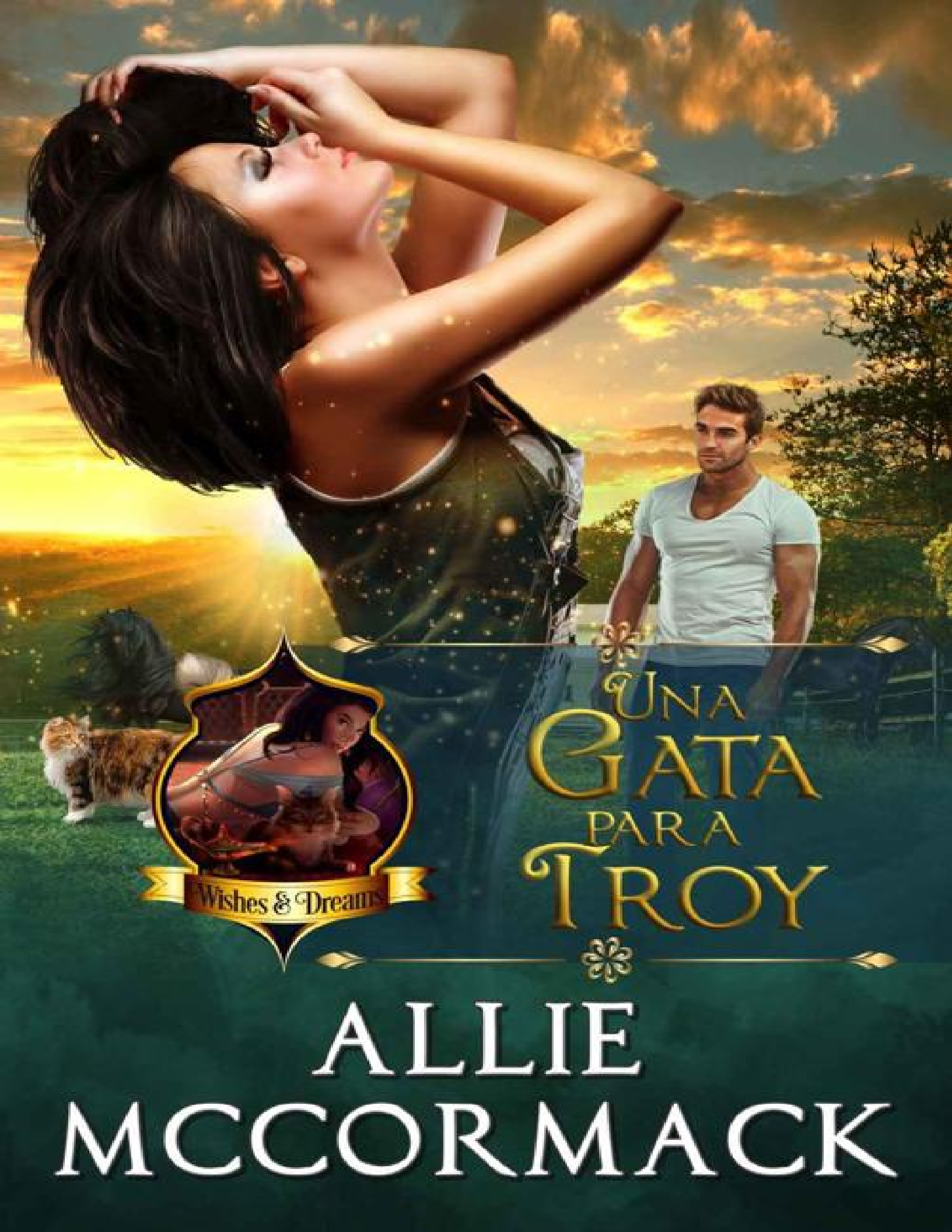




UNA
GATA
PARA
TROY

ALLIE
MCCORMACK

UNA GATA PARA TROY

LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS

LIBRO TRES

ALLIE MCCORMACK

Una Gata Para Troy
Copyright (c) 2021 por Allie McCormack
Todos los derechos reservados

Una Gata Para Troy / Allie McCormack

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, excepto en el caso de citas para artículos, reseñas o almacenes en cualquier sistema de recuperación, así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la autora.

Visite el sitio web de Allie en
www.alliemccormack.com
Portada diseñada por Dar Albert en Wicked Smart Designs
<https://www.wickedsmartdesigns.com/>
Traducción de DeepL

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Libros de Allie McCormack](#)

[Sobre la autora](#)

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mi maravilloso Equipo de Lectores Beta, que ha leído mi manuscrito y me ha enviado montones de comentarios. No podría haberlo hecho sin ellos.

Amara Rae
Danielle Clifton
Dianna Evans
Elise Wells
Heids Van Vuuren
Lauren Capps
Margery Tipton
Riet de Bruin-Strijker

CAPÍTULO I



EL PARQUE ERA uno de los lugares preferidos de Gata; los sonidos y los olores se combinaban para adormecerla, tumbada en un banco, con la punta de su larga cola agitándose suavemente de un lado a otro mientras dormitaba. Las manchas moteadas de luz solar brillaban sobre su pelaje multicolor mientras la luz del sol se filtraba a través de las hojas de los arces que se extendían por encima. El aroma de la hierba recién cortada se mezclaba con la fragancia de multitud de flores, y apenas se oía el zumbido de las abejas que revoloteaban aquí y allá. A lo lejos se oía el graznido de los patos que se arremolinaban en torno a los humanos que les daban de comer en el lago, y las risas de los niños resonaban en el parque infantil cercano.

A Cat le encantaba el verano, le encantaba tumbarse al sol, agradablemente caliente y perezosa. Aunque no le gustaban especialmente los niños, le gustaba verlos jugar. Había dos niños que sí le gustaban, Ben y la pequeña Molly, que venían a menudo a este parque con Jacinth, su niñera. Los bigotes de Gato se crisparon. Jacinth estaba resultando ser una cocinera bastante decente, y Cat debatió la posibilidad de volver a invitarse a cenar. Aún no estaban en el parque, pero era pronto para que llegaran. Aún había tiempo, o podría presentarse en su casa a la hora de cenar. Eso podría ser divertido. También le divertiría observar las travesuras del gatito que Douglas, el padre de los niños, había traído a casa para Ben y Molly, y quizá darle algún que otro manotazo. El gatito necesitaba aprender algo de respeto. También era divertido ver cómo Jacinth, una djinn de 900 años, se enamoraba de un humano, un padre soltero con dos hijos. Jacinth no estaba tan mal... para ser un Djinn. Y los jóvenes Ben y Molly tendrían la madrastra más guay del lugar.

El ataque se produjo sin previo aviso. En un momento estaba dormitando, con profundos pensamientos gatunos, una oreja aguzada como siempre para percibir un posible peligro. Al momento siguiente, el perro estaba sobre ella, todo dientes afilados y gruñidos de furia. Ella se defendió, intentando arañarle la cara, los ojos, cualquier cosa que hiciera que el animal la soltara, pero la tenía agarrada. Chilló de dolor y miedo mientras el animal, mucho más grande, la zarandeaba de un lado a otro como si fuera un juguete de trapo, con sus enormes dientes clavándose profundamente. A lo lejos oía los gritos de los niños, las pisadas que se acercaban a toda prisa, pero el mareo la invadió y sus sentidos empezaron a desvanecerse. Tenuemente, tras la furia del perro, pudo percibir algo más... un ser humano de gran inteligencia, cuyos pensamientos transmitían malevolencia y una viciosa satisfacción.

Cat apenas fue consciente cuando las mandíbulas de hierro se separaron, liberándola. Yacía desplomada en el suelo donde había caído, jadeando de dolor. Por encima de ella, unas voces

exclamaban preocupadas. Los humanos. Le habían quitado al perro de encima, se dio cuenta tarde. Intentó levantar la cabeza, pero no lo consiguió. El dolor la cegaba.

Jacinto. Ayuda. Intentó llamar telepáticamente al Djinn, pero sus pensamientos no parecían ir más allá de su propia cabeza. Abrió la boca en un grito convulsivo cuando unas manos suaves la levantaron del suelo, pero no emitió ningún sonido. El viaje en coche fue una agonía, y pareció durar una eternidad. Volvieron a levantarla y la llevaron dentro. Una ráfaga de aire frío la envolvió, y la brisa la transportó a mil olores: linóleo estéril, antisépticos y animales de todo tipo, y bajo todo ello una desesperación y una desesperanza permanentes. ¿A qué lugar la habían traído? Luchó débilmente, queriendo protestar.

"Oh, pobrecita", exclamó una voz femenina sobre ella. La pasaron a otras manos, manos expertas que palparon sus heridas con cuidado, pasando sobre su cuerpo magullado y sangrante en busca de conocimiento. "¿Un ataque de perro? Haremos que el médico la atienda inmediatamente".

Un pasillo largo y frío, luego una habitación fría y una mesa fría, de duro acero inoxidable que no hacía nada por calmar la agonía abrasadora que atravesaba su pequeño cuerpo como cuchillos calientes. Un hombre se inclinó sobre ella, con expresión amable pero impersonal. Tenía una aguja en la mano y ella se puso rígida instintivamente, separando las mandíbulas en señal de protesta, pero no emitió ningún sonido.

No. ¡No, no, no!



CAT ABRIÓ LOS ojos y miró a su alrededor, aturdida. Se sentía mareada y enferma, desorientada. Era consciente de que le dolía y de que estaba constreñida, e intentó levantar la cabeza. El dolor respondió al intento de movimiento, y los recuerdos volvieron a inundarla. El perro en el parque. Un veterinario con una aguja. Se estremeció de alivio. Durante aquel breve y horrible instante había pensado que pretendía dormirla para siempre.

Devolvió sus pensamientos al presente y observó su entorno. Estaba tumbada sobre el costado izquierdo en una pequeña jaula. Tenía la pata delantera y el hombro derechos vendados, al igual que las costillas. El dolor era terrible ahora que los efectos de la anestesia estaban desapareciendo, pero su cabeza empezó a aclararse y miró a su alrededor.

Por el suelo de cemento y las frías paredes de bloque, y por las hileras de jaulas que podía ver frente a ella, pensó que estaba en el refugio de animales. Una multitud de perros aullaba, ladraba y lloriqueaba en otra habitación cercana. Cat sabía que debía sentirse agradecida a la mujer que la había traído aquí, pero ahora mismo quería morderla. ¿Por qué no podía la mujer haber encontrado una clínica veterinaria en vez de traerla aquí? Para empezar, sería mucho más difícil escapar de un refugio. Las clínicas veterinarias siempre estaban llenas de ayudantes, técnicos y estudiantes voluntarios con los ojos muy abiertos que hacían lo que podían para que sus pacientes estuvieran cómodos.

Cat recordaba claramente la mirada impersonal del veterinario que la había atendido. Había hecho lo que tenía que hacer, supuso. Pero ahora estaba atrapada aquí. No podía cambiarse en esta jaula, y sabía sin molestarse en mirar que no iba a poder abrir el pestillo en su forma gatuna. Su única esperanza era poder comunicarse con Jacinto, incluso a pesar de la distancia que las separaba. La telepatía era mucho más fácil cuando la persona estaba cerca y cuando el receptor también era telepático. Jacinth no era ninguna de las dos cosas, pero Cat podía iniciar el contacto y mantener la conexión. Cerró los ojos y se concentró.

Jacinto.

No hubo respuesta. Pero había un débil rastro del Djinn al final del camino mental. Sólo tenía que esforzarse más para atravesarlo.

¡Jacinto!

¡Sí! Sintió la conciencia sobresaltada, pero era tan débil, tan nebulosa. Le resultaba difícil mantener el vínculo mental; tanto el dolor como los efectos persistentes de la anestesia que le había administrado el veterinario estaban nublando sus capacidades. Reunió toda la energía que pudo y transmitió sus pensamientos a Jacinto, con la esperanza de que el djinn la oyera.

Estoy en el refugio de animales. Me ha atacado un perro en el parque. Estoy...". Se interrumpió, jadeando un poco por el dolor y el esfuerzo de intentar comunicarse con alguien que estaba tan lejos. *Estoy en una jaula pequeña y no puedo moverme. Si puedes oírme, ayúdame, por favor.*

La conexión vaciló, y no pudo evitar aullar cuando la desesperación se apoderó de ella. Se armó de valor, hizo acopio de todas sus fuerzas y envió un último pensamiento con claridad.

Díselo a Douglas.

Volvió a tumbarse en el frío suelo metálico de la jaula, jadeando pesadamente. No había forma de saber si el Djinn había oído lo suficiente como para comprender. Lo único que podía hacer ahora era esperar. Como la habían curado aquí, no querían dormirla. Si nadie venía a buscarla hoy, volvería a llamar a Jacinto mañana, cuando estuviera más fuerte. Todo iría bien. Estaba demasiado cansada y dolorida para intentar levantarse o cambiar la postura en la que la habían puesto, así que apoyó la cabeza en su pata buena, cerró los ojos y durmió.



JACINTH SE PUSO en pie de un salto cuando la conexión con Cat terminó bruscamente. Ésta era una de esas ocasiones en las que ser telepática sería realmente conveniente. Los metamorfos lo eran, que era como Cat podía hablarle a distancia, pero los Djinn no. Al menos, ella no lo era, aunque podía oír a Cat. Se dirigió rápidamente a la cocina y murmuró en voz baja al no ver el móvil en la encimera. ¿Dónde lo había metido? Impaciente, dio un pisotón y gritó: "¡Aquí!". Un momento después, el aparato chocó contra su mano. Ya era hora.

Apresurándose, lo abrió y pulsó el botón para llamar a Douglas, pero saltó el buzón de voz. Oyó a los niños que venían por el pasillo y levantó un dedo para acallar sus preguntas. Bajó hasta la clínica veterinaria y pulsó el botón para llamar. Para su alivio, la recepcionista contestó de inmediato.

"Lo siento, está fuera por una llamada". La recepcionista respondió a su ansiosa pregunta por Douglas.

¡Piensa! ¡Piensa! Con una oleada de alivio, recordó al compañero de Douglas, Troy. Los dos habían sido chicos, habían ido a la universidad y luego a la facultad de veterinaria, y habían abierto su propia consulta.

"¿Y Troy? ¿Dr. Shelton?"

Un momento después, la profunda y retumbante voz del compañero de Douglas en la clínica entró en la línea. "Soy el doctor Shelton".

"¿Troy? Ésta es Jacinth, la niñera de Ben y Molly", empezó.

"¿Sí? ¿Ocurre algo?" Su respuesta fue rápida y preocupada.

"No con los niños". Jacinth se mordió el labio, intentando decidir cuánto decir sin decir demasiado delante de los niños. "Hay una gata en el parque cercano con la que los niños siempre

juegan. Es... bueno, parece que no tiene dueño, pero es muy simpática y amable. Hoy la ha atacado un perro y un vecino que estaba allí la ha llevado al refugio de animales. Yo tengo a los niños, y Douglas está fuera por una llamada. Necesito que alguien vaya a buscarla y se asegure de que está bien. Los niños estarían destrozados si le pasara algo... todos lo estaríamos".

"No hay problema", le aseguró la voz grave. "Iré corriendo a recogerla. ¿Qué aspecto tiene?"

"Es una calicó atigrada de pelo largo, muy rojo. Es una Maine Coon, tiene esas grandes orejas y patas empenachadas. ¿Podrías llamarme enseguida si hay algún problema, o... si está malherida?"

"Ya tengo tu número en mi teléfono, te avisaré en cuanto la tenga".

"Gracias", le dijo Jacinto, sintiendo una profunda gratitud. "Te reembolsaremos lo que cueste".

Se rió entre dientes. "No hay problema. Lo sacaré de Douglas y haré que me cubra algún sábado".

Su burla la hizo sonreír, calmando parte de su ansiedad. Atraparía a Cat y ella estaría bien.

"Estaremos esperando noticias tuyas".

Colgó, e inmediatamente Benny se aferró a ella, seguido de cerca por Molly, con los ojos muy abiertos y ansiosos.

"Señorita Jas, te hemos oído al teléfono. ¿Se va a poner bien Cat?" quiso saber Benny.

Molly no dijo nada, pero se apoyó en su rodilla, con los grandes ojos llenos de lágrimas.

"Sí, se pondrá bien", les tranquilizó Jacinto. "El Dr. Shelton... el amigo de tu padre, Troy... va a buscarla ahora y se ocupará de ella. Está en el refugio de animales, y la habrían enviado directamente al veterinario si estuviera malherida, así que debería estar bien. Nos llamará en cuanto la tenga".

Al menos, supuso que la habrían llevado al veterinario si estuviera herida. Quizá no lo hicieran, o quizá tuvieran veterinarios en el refugio. No sabía cómo funcionaban esos sitios. Pero era importante tranquilizar a los niños.

Benny volvió a agitarse, señal inequívoca de que su cerebro se ponía en marcha.

"Cómo lo sabías... mmmphf".

La mano de Jacinth cortó su pregunta y le dirigió una mirada de advertencia, inclinando la cabeza hacia Molly. Él se calmó, asintiendo, pero Jacinth sabía que más tarde le pediría respuestas y más le valía estar preparada con algo que pareciera factible. Odiaba mentirle, pero era demasiado joven para confiarle el secreto de los Otros... que seres paranormales como los Djinn y los metamorfos eran reales. Y aunque Douglas dijera que Benny sólo tenía seis años, el chico era listo como un látigo. No se le escapaba nada; ya sospechaba y la observaba atentamente. Iba a darse cuenta, pensó cabizbaja. Estaba muy hundida.

CAPÍTULO 2



ELLA FUE LA primera en percibir su aroma, amaderado, a arce y roble, con matices ahumados como un buen fuego en invierno. La calidez de su aroma caló hondo en la personalidad. Tocó su mente cuando entró en la habitación. Aunque era telepática, no podía leer la mente propiamente dicha, pero a los gatos se les daban bien las impresiones. Le pareció un hombre amable, generoso y compasivo, el tipo de hombre que atraía a la gente hacia sí sin que él lo hiciera conscientemente, sino que su naturaleza abierta atraía a la gente hacia él como un imán.

Cat se incorporó, no sin cierta dificultad dadas sus heridas y los vendajes, apretando la cara contra los barrotes de la jaula para poder verle. Se había detenido justo dentro de la habitación, detrás de una joven que trabajaba en el refugio, y miraba a su alrededor. Era un hombre corpulento, alto y moreno, de hombros anchos y paso largo; pensó que era un hombre de campo, que pasaba el tiempo haciendo cosas en el exterior, en los bosques y los campos. Eso le atraía mucho más que los tipos elegantes y cuidados con los que tenía que tratar en su trabajo.

Deseando su atención, aulló. Le gustaba. Quería que la rescatara de aquel lugar.

"¡Marrrrwww!", gritó quejumbrosa, reclamando su atención. Quería que la viera, que se fijara en ella. Que se la llevara de aquí. Golpeó la jaula con la cabeza, enroscó la pata buena alrededor de los barrotes y los hizo sonar para que el metal repiqueteara. ¡Aquí! ¡Aquí!

La empleada del refugio se rió. "Parece que te conoce. Éste debe de ser el gato que has venido a buscar".

"Es ella". Su voz divertida era profunda y ligeramente grave, un rumor de terciopelo oscuro.

El gato manoseaba la puerta de la jaula con impaciencia, deseando salir.

"De acuerdo, de acuerdo", dijo la mujer, soltando el pestillo de la puerta de la jaula. En cuanto la puerta se abrió, Cat se lanzó directamente a los brazos del hombre.

"¡Vaya!", dijo riendo, cogiéndola con facilidad. "Tranquila, pequeña".

Tenía los brazos fuertes y musculosos mientras la sujetaba. Sus dedos exploraron suavemente su esbelto cuerpo, moviéndose con conocimiento de causa sobre huesos doloridos, carne desgarrada y piel magullada, como había hecho el veterinario la noche anterior, pero sin el distanciamiento clínico del veterinario del refugio. Como si la conociera y le importara.

El salto había sacudido sus heridas, apenas cicatrizadas, y estaba segura de que un par de ellas se habían abierto de nuevo, pero valía la pena yacer en sus brazos, acunada cuidadosamente contra su ancho pecho, disfrutando de su aroma, del aura cálida y reconfortante que lo rodeaba. Ronroneó profundamente, sintiéndose reconfortada y aliviada.

"Nos vamos, pues", le dijo a la joven. "Estaré en la clínica el martes por la tarde, como de

costumbre".

"Vale. Me alegro de que hayas encontrado al gato de tu amigo, doctor Shelton", respondió ella.

¿Médico? Ah, sí, Douglas tenía varios socios en su clínica veterinaria, quizá este hombre fuera uno de ellos. A Cat le daba igual quién fuera. Había venido a por ella y la había rescatado de aquel horrible lugar. Y olía bien.

Le gustó que no intentara desprenderla de su camisa, que ella mantenía firmemente enganchada entre sus garras, para meterla en el transportín para gatos que había venido preparado. En lugar de eso, la abrazó mientras se inclinaba para recoger el transportín, que había dejado caer para atraparla. Ella se aferró a su camisa de franela, apoyando la cabeza en la parte inferior de su barbilla. Le gustaba su aftershave. Era una sutil mezcla de aromas, masculinos y de aire libre, que le sentaba de maravilla. Ronroneó en lo más profundo de su pecho mientras él la llevaba a través del edificio y salía por la puerta.

Tenía un gran camión negro, y Gata decidió que también le quedaba bien. Estaba a gran altura del suelo, y había mechones de heno y paja esparcidos por la plataforma, cuyo aroma le resultó agradable. Este hombre tenía caballos. Arrugó la nariz ante el otro olor, inconfundible, a perro. Bueno, podría vivir con un perro, una vez que entendiera cuál era su lugar. Sólo tendría que aprender que ella era la jefa. Su olfato le dijo que el animal era hembra, lo que facilitaría las cosas. Los perros macho se ponían en plan alfa y siempre querían desafiar su autoridad.

Una vez dentro del camión, retiró las garras de la camisa del hombre y dejó que la acomodara con cuidado en el asiento del copiloto. Sus manos eran grandes y suaves, y le acarició el pelaje con delicadeza, alisando su espeso pelaje. Ella frotó la cabeza contra su brazo.

"Eres amable, ¿verdad?", dijo. Su mirada era evaluadora. "Un Maine Coon, además, o pierdo mi apuesta. Jacinth me ha dicho que eres callejera, pero supongo que alguien te estará buscando, guapa".

Le gustó que él pensara que era guapa, y le guiñó un ojo, acomodándose lo más cómodamente que pudo en el asiento. Le dolían mucho las costillas y el hombro, donde el perro le había clavado los dientes, y le dolía todo el cuerpo, pero al menos estaba fuera de aquel lugar, y los asientos tapizados eran más cómodos que el frío acero de la jaula en la que había pasado la noche.

A su lado, el hombre sacó el móvil y pulsó un par de botones. "Hola, soy Troy".

Giró ambas orejas hacia delante para escuchar, con los ojos entrecerrados, un ronroneo profundo retumbando en su pecho ante la cadencia tranquilizadora de su voz grave.

"Sí. Tengo al gato aquí muy bien. Me vio en cuanto entré en la habitación y lanzó un aullido, como si supiera quién era yo. Salió de la jaula y se aferró a mí como si me conociera de toda la vida. Es una cosita muy dulce. Ahora está acurrucada a mí aquí en el camión, ronroneando como una loca".

Ah, estaba hablando con Jacinto. Hubo una pausa.

"Se pondrá bien", tranquilizó a Jacinto con su voz profunda. "Tiene el hombro y la pata delantera un poco mordidos, y quizá una costilla rota o dos, así que me la llevaré a casa. Me puse en contacto con Douglas antes de salir de la clínica y me dijo que te dijera que tenía que llegar tarde o la llevaría él mismo a casa. De todas formas, con lo maltrecha que está, quizá sea mejor que se quede unos días en mi casa, donde podré vigilar su evolución. ¿Cómo se llama?"

Cat abrió los ojos de golpe y vio que Troy sacudía la cabeza como consternado. "Es Cat. Bueno, ahora me dirijo a casa con ella. Me mantendré en contacto y te contaré cómo está".

Echó un vistazo al interior del camión. Había una cartera en el suelo y algo de correo suelto

en el asiento donde estaba tumbada. Mientras Troy arrancaba el camión y salía de la plaza de aparcamiento, ella echó un vistazo subrepticio a un sobre que había en el asiento, junto a su pata. Iba dirigido a un tal Troy Shelton, DVM.

Troy. Troy Shelton. Le dio vueltas al nombre en su cabeza y lo aprobó. Como todo lo demás, su nombre le sentaba bien. Suspiró, el dolor y el cansancio la abrumaban ahora que había logrado escapar de aquel lugar, y se arrastró por el asiento para acurrucarse contra la pierna de Troy. Estaba demasiado cansada y herida para sentir la menor curiosidad por su destino. En cambio, se entregó al placer de ser acariciada y cuidada. Él conducía con seguridad, con una mano en el volante y la otra acariciando suavemente su pelaje, y ella se adormiló, arrullada por el movimiento rítmico de sus dedos y por el potente ruido del motor.

Condujeron durante lo que a ella le pareció mucho tiempo. Su olfato le avisó cuando abandonaron los suburbios y se adentraron en el campo. La asaltaron olores frescos: árboles, flores, campos con caballos y vacas. Los pájaros cantores trinaban desde las ramas de los árboles cuando pasaban bajo robles y arces.

El camión aminoró la marcha y salió de la carretera asfaltada, con las ruedas crujiendo sobre la grava. Cat se agitó y se incorporó con dificultad en el asiento. Pensó que estaba tan rígida y dolorida por las horas pasadas en la fría jaula de acero como por sus heridas. Mirando por el parabrisas delantero, un largo camino serpenteaba a través de un patio cubierto de hierba y salpicado de árboles de ramas anchas hacia una vieja granja apartada de la carretera. Detrás de la casa había un gran granero y más allá se extendían unos pastos a la derecha de la casa. Grandes caballos negros pastaban dentro de los cercados pulcramente vallados, de una raza que Cat no reconoció. No estaba cuidado ni ordenado, sino lo bastante revuelto como para resultar agradablemente atractivo y hogareño. Cat sintió un extraño tirón en el corazón, como si hubiera conocido este lugar en el pasado. Le produjo una sensación extraña, casi como la de volver a casa.

Troy detuvo el camión delante de la casa.

"Aquí estamos, Gato".

Un gran collie salió de la casa ladrando extasiado. Troy salió de la camioneta, rechazando los alegres avances del collie.

"Abajo, Cherie", le dijo al perro con su voz grave. "Tenemos visita".

Metió la mano en el camión y levantó a Cat con cuidado, haciendo todo lo posible por no sacudirle las heridas. La estrechó contra su pecho con un brazo, mientras con el otro sujetaba firmemente el collar del collie para evitar que saltara sobre ella. Cat no percibió agresividad en el perro, sólo curiosidad amistosa.

Troy la subió los pocos escalones bajos y anchos que conducían al porche, y luego entró en la casa. Dentro hacía fresco, con aire acondicionado. Cat miró a su alrededor con interés. Unos magníficos suelos de roble rojo pulido se encontraban ante su mirada de aprobación, con alfombras de trapo trenzado esparcidas por aquí y por allá. Sólo dispuso de un minuto para mirar, pues Troy la llevó a través del comedor hasta una cocina grande y anticuada.

La dejó con cuidado sobre la mesa de la cocina. Cat arrugó la nariz fastidiosamente. Esto debe de ser cosa de tíos. Personalmente, nunca permitía gatos en su mesa. Era totalmente antihigiénico.

A una orden tranquila pero firme de Troy, la collie, Cherie, fue a tumbarse en un rincón, con los conmovedores ojos marrones fijos en su amo mientras éste se movía por la cocina. Bien adiestrada. Eso era bueno.

"Ahora, vamos a echarle un vistazo, bonita Gata", dijo. Le quitó las vendas y exploró las

profundas heridas con un tacto cauteloso. El tanteo, por cuidadoso que fuera, la lastimó, pero ella sabía que él hacía todo lo posible por no hierla, y le ronroneó.

Abrió un armario cerca de la puerta trasera que ella había supuesto que era una despensa, pero parecía estar lleno de material veterinario. Una vez más, debía de ser otra cosa de hombres. La mayoría de la gente que ella conocía guardaba la comida en la cocina, pero Troy, al parecer, guardaba el material de primeros auxilios en la suya. Volvió a la mesa y untó pomada antibiótica en las heridas punzantes.

"Eres muy, muy guapa", le dijo, con su profunda voz de aprobación. "Y gentil".

¿Eh? Los bigotes de Gato se movieron divertidos.

"Es una maldita lástima lo que te ha pasado -continuó, hablándose tanto a sí mismo como a ella. Ésa era otra de las cosas que le gustaban de él. Le hablaba como si fuera una persona, como si pudiera entenderle.

"Me pregunto si habrán cogido al perro que hizo esto. Parece un mastín, por la descripción que les dio la mujer que te trajo. Se ofreció a pagar la factura para que te curaran".

Gato movió las orejas hacia delante. ¿No era interesante? Tendría que hacer que Douglas consiguiera el nombre de la mujer y ella podría...

"¡Yowwww!"

"Lo siento, gatita bonita". Las grandes manos la tranquilizaron disculpándose. "Supongo que te duele, ¿eh?".

Cogió un rollo limpio de vendas de sus provisiones y se lo enrolló alrededor de las costillas y el hombro, ajustado pero no demasiado. Hecho esto, le acarició la cabeza, con mirada de admiración.

"Bueno, señorita, te has hecho algunos destrozos, pero te pondrás bien. Tanto Jacinth como Douglas me han asegurado que te has vacunado contra la rabia, lo cual es bueno, ya que por la descripción de ese perro, era preocupante."

Rabia. Gato lo consideró durante un largo momento, sus ojos dorados se entrecerraron mientras repasaba el suceso en su mente. No había pensado que el perro tuviera rabia, aunque había estado babeando cuando la atacó. No, detrás de aquel ataque había algo más. Alguien... o algo le había tendido una trampa al perro. Algo que no era del todo humano, y tenía una idea bastante clara de quién... o al menos de qué... era.

Troy le trajo un cuenco de agua, y ella bebió agradecida. Le trajo un plato de comida para gatos, pero ella apartó la cabeza con asco. Le dolía tanto que la comida no le atraía, pero aunque se muriera de hambre nunca comería algo tan asqueroso. Ya se preocuparía de eso más tarde, cuando se sintiera mejor.

Tras llevarse la comida, Troy volvió a cogerla en brazos y la llevó al salón, donde la acomodó con cuidado en el sofá, sacó una manta de una silla y le hizo un nido para que se tumbara. Y era una manta muy bonita, pensó con desaprobación, mientras se acomodaba en ella y amasaba los suaves pliegues. Probablemente hecho a mano, y con un ligero aroma a lavanda. Tal vez había sido de su abuela, era ese tipo de afgana. Debería cuidarlo mejor.

Mientras tanto, Troy había desaparecido en otra parte de la casa, y volvió al poco rato con una caja para gatos, que colocó en un rincón de la habitación y llenó de arena de una gran caja amarilla. ¡Qué asco! La gata arrugó la nariz. ¡Como si fuera a utilizar una de esas!

Le dolía demasiado acurrucarse, así que se estiró, apoyando la barbilla en las patas. Se quedó dormida, con una oreja inclinada para escuchar a Troy mientras éste se movía por la casa, con el collie como compañero constante pisándole los talones. Al cabo de un rato, Troy volvió al salón y dejó caer su corpulento cuerpo en un gran sillón reclinable de cuero. Cherie gimoteó un poco y

fue a tumbarse en una cama acolchada para perros ante la chimenea, dando vueltas sobre sí misma antes de acomodarse.

Mientras tanto, Cat daba vueltas a sus opciones, considerando lo que debía hacer. Si se iba a casa, tendría que cuidar de sí misma, lo que significaba Cambiar... y sospechaba que sus heridas le dolerían mucho, mucho más si intentaba el Cambio. O podía quedarse aquí, en su forma gatuna, con Troya, hasta que se curara. Ésa podría ser incluso la mejor idea. Él cuidaría bien de ella. Además, Troy le caía bien. Le gustaban él y su casa, y no tenía muchas ganas de marcharse ahora. Por supuesto, eso también tenía sus desventajas, pero estaba demasiado cansada y dolida para preocuparse por ellas en ese momento. Además, para remachar la cuestión, si se quedaba en su forma gatuna para curarse, no tendría cicatrices cuando volviera a su forma humana. Los metamorfos nunca las tenían.

Así que estaba decidido. Se quedaría aquí, en esta espaciosa casa de campo, con este gentil gigante que la cuidaría y con Cherie para hacerle compañía. Miró dubitativa a la collie, que la miraba a ella con la misma indecisión. Cherie estaba preñada, se dio cuenta Cat, al notar el vientre redondeado y fecundo de la perra. Por su tamaño, iba a tener crías cualquier día. Era un testimonio del manejo y el adiestramiento de Troy que la perra aceptara a un animal extraño en su casa con tanta facilidad cuando estaba tan cerca de dar a luz. Segura. Hizo que la collie se sintiera segura con él. La gata también lo sintió.

Seguro.

Con un suspiro, Gata cerró los ojos y se quedó adormilada, con sólo la punta de la cola balanceándose de un lado a otro. Tras ver las noticias en el televisor de pantalla grande instalado en la pared del otro lado de la habitación, Troy se levantó para moverse por la casa, cerrando persianas y ventanas y echando el cerrojo a la puerta principal. Gato mantuvo una oreja atenta, girando para seguir su paso mientras él pasaba junto a ella por el pequeño vestíbulo y subía por una estrecha escalera al piso superior.

El chasquido de las uñas de los pies en la escalera de madera le informó de que Cherie acompañaba a Troy escaleras arriba. Qué bien. Sintió que sus músculos se relajaban, sin darse cuenta hasta ese momento de lo aprensiva que se había sentido al quedarse sola abajo con el perro. No es que Cherie fuera como la que la había atacado. Pero era bueno que estuviera arriba. Cat se levantó y saltó con cuidado del sofá, con el cuerpo herido protestando por cada movimiento. Saltó al sillón reclinable que estaba en ángulo recto con el sofá. La piel no era tan suave como la del sofá y el cómodo edredón, pero estaba claro que era el sillón de Troy, y se acurrucó en su aroma mientras pasaba la noche.



LA SACUDÍAN, la zarandeaban de un lado a otro, enormes dientes afilados como una prensa la sujetaban. Con cada movimiento se acercaban más al premio, desplazándose más alto, buscando su vulnerable cuello, para cerrarle la tráquea. Incapaz de escapar de aquella pinza sobre su cuerpo, gritó una y otra vez.

Se encendió una luz y sonaron pasos que se acercaban.

"Hola". Una voz de hombre, profunda y tranquilizadora. Una mano acarició su pelaje. "Vamos, gatito bonito, despierta".

Tembló y respiró hondo, abriendo los ojos. Troy. Empujó la cabeza agradecida bajo su mano, aliviada por haberse liberado de la pesadilla.

"¿Un mal sueño?" compadeció Troy. "Ahora estás a salvo conmigo, gatita".

La levantó, acunándola con un brazo contra su pecho desnudo. Se dio cuenta de que sólo llevaba un pantalón de pijama. El aire acondicionado se había apagado cuando él se acostó antes, y la casa empezaba a calentarse en la calurosa noche de verano.

Llevándola escaleras arriba, entró en un gran dormitorio situado en la parte delantera de la casa. Las luces estaban apagadas, pero sus ojos de gata le permitían ver con tanta claridad como si fuera de día.

El dormitorio de Troy estaba tan cómodamente amueblado como el resto de la casa. En el centro de la habitación había una pesada cama de madera de cuatro postes, con una cómoda de roble a juego contra una pared y lo que parecía un antiguo puesto de afeitado en una esquina. Había una estantería repleta de libros de tapa dura y algunos de bolsillo a un lado. Podría explorarlos cuando estuviera lo bastante curada para cambiarse. La habitación estaba refrescada por un ventilador de techo que zumbaba perezosamente.

Le sorprendió por primera vez la limpieza general de la casa. Debía de tener un ama de llaves que venía a trabajar para él. Probablemente también tenía peones, dado el gran granero y los extensos prados y pastos que había más allá.

Las mantas y el edredón de la cama de cuatro postes estaban bien doblados en el extremo de la cama, pero la sábana estaba echada hacia atrás y revuelta, como si el durmiente hubiera abandonado la cama precipitadamente. Troy acomodó a Gato cómodamente sobre las mantas dobladas, y luego volvió a deslizarse entre las sábanas.

"Ya está, gatito bonito. Duerme aquí y sabrás que estás a salvo".

En una alfombra de gancho cercana, Cherie levantó la cabeza para contemplar al recién llegado, decidió que no merecía la pena investigarlo y bajó la cabeza al suelo, cerrando los ojos con un cómodo suspiro.



POR LA MAÑANA se despertó con el ruido de la ducha; Troy se estaba preparando para ir a trabajar. El relajante y constante sonido del agua, combinado con el canto de los pájaros del exterior y la cálida luz del sol que se proyectaba sobre las mantas sobre las que estaba tumbada, la arrullaron hasta que volvió a dormirse.

Un rato después, protestó somnolienta cuando la levantaron y la llevaron escaleras abajo contra un pecho duro y ancho.

"No quiero que intentes manejar las escaleras todavía", le dijo, como si ella pudiera entenderle. La acomodó en el sofá y miró a su alrededor. "Me voy a trabajar. Aquí tienes todo lo que necesitas, gatita bonita. Agua, comida y tu caja de arena".

Le acarició la cabeza y sus ojos la recorrieron con mirada evaluadora.

"Por ahora deberías estar bien, y volveré a la hora de comer para echarle un vistazo".

De nuevo le llamó la atención cómo Troy le hablaba como si fuera un ser humano pensante y razonador, como si pudiera entenderle, aunque él creyera que no era más que un gato. El gran veterinario tenía un don con los animales, un tacto seguro y unos modales tranquilos que inspiraban confianza a los animales que cuidaba, y probablemente también a sus dueños.

Como él se había encargado de colocarla justo donde un rayo de sol daba en el sofá a través de las ventanas delanteras, Gata no tuvo inconveniente en quedarse donde la habían colocado, sino que apoyó la cabeza en las patas y cerró los ojos, escuchando somnolienta el sonido de sus pasos cruzando el suelo, la apertura y el cierre de la puerta, la llave en el pestillo. Unos instantes después, el motor del camión rugió y Troy desapareció.

Gato dormitaba, medio despierto, medio dormido, con una parte de ella en alerta, a la manera de los felinos. Los pájaros cantaban ruidosamente fuera, y a poca distancia los caballos bufaban y chillaban, y algún que otro vehículo rugía por el camino rural. Las uñas de los pies de Cherie repiquetearon en el suelo cuando el collie entró en el salón. Se acercó al pequeño cuenco de agua que Troy había dejado para Gata, y ésta levantó la cabeza para mirar a la perra.

No. Te. Atrévete. Envío el pensamiento con firmeza al perro. Ésa era la única agua de que disponía en esta forma, ¡y de ninguna manera iba a beber agua contaminada con babas de perro!

Con un gemido, Cherie se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos por la alarma mientras miraba fijamente a Cat. La perra gimoteó confundida, y Cat reforzó la orden, observando que su voz mental hoy era fuerte.

MI agua. No.

Cherie se retiró hacia la puerta de la cocina, gimoteando y lanzando miradas nerviosas a Cat, que la ignoró, cerrando los ojos una vez más.

Al cabo de un rato, Cat empezó a sentir las primeras punzadas del hambre. Saltó del sofá, con una mueca de dolor en el hombro y la espalda. Cojeó penosamente por el suelo. Le dolía más de lo que pensaba, y jadeaba cuando llegó al cuenco de comida que había junto a la puerta de la cocina. Al parecer, la lata de comida para gatos que le había ofrecido la noche anterior era la única que tenía, porque la de esta mañana era caballa en conserva... de la que sirve para humanos, no para gatos. La caballa no era su plato favorito, pero era pescado y no era comida para gatos, así que comió agradecida.

El dolor debía de haberle quitado el apetito, o tal vez el agotamiento por el esfuerzo de llegar a la cocina, porque unos pocos bocados parecían ser todo lo que podía comer. El salón parecía estar muy lejos y, de todos modos, le dolía demasiado como para volver a subirse al sofá, así que se acomodó en la alfombra de gancho que había bajo la mesa de la cocina y dejó que el sueño volviera a apoderarse de ella.

Cuando despertó de la siesta se sentía mucho mejor, más despierta que antes, y con curiosidad por explorar la casa de Troy... o, en todo caso, el primer piso. El motivo de los suelos de madera y los muebles de madera se extendía también por el resto de la casa. El comedor tenía una gran mesa en la que probablemente cabrían diez personas con facilidad; era una mesa hecha para familias numerosas. En uno de los extremos de la sala había un bufé calado que contenía una vajilla completa. Todo parecía como si hubiera estado aquí mucho tiempo. Cat pensó que tal vez ésta había sido la casa familiar de Troy; era el tipo de casa en la que una familia vivía y se transmitía durante generaciones. Se respiraba una agradable sensación de vida, y los olores humano y canino y del buen aceite de limón para muebles se combinaban agradablemente para su sensible olfato.

La cocina estaba revestida de linóleo, y en las ventanas colgaban cortinas Priscilla de ocales blancos. Los armarios azules con encimeras de bloque daban un toque alegre a la amplia estancia. La habían reformado recientemente. Los electrodomésticos estaban relucientes y modernos, y Cat se dio cuenta de que tampoco se utilizaban mucho.

Detrás de la cocina había una pequeña habitación que servía a la vez de lavadero y cuarto de barro. La puerta que daba al patio trasero y al granero tenía una gran trampilla que permitía a Cherie entrar y salir a su antojo. Gato la contempló, pero no se sentía con ánimos para enfrentarse a la intemperie. Arrugó la nariz con resignación. Al fin y al cabo, iba a tener que utilizar aquella gatera, al menos hasta que se sintiera con fuerzas para aventurarse fuera. Se dio la vuelta y volvió cojeando lentamente a la sala de estar. Al otro lado de la habitación había un pequeño pasillo con un cuarto de baño y al menos otro dormitorio por lo poco que podía ver,

pero estaba dolorida y rígida. Podría explorarlos más tarde. Al menos estaba algo mejor que la noche anterior. El dolor se había reducido a un dolor sordo y persistente. Bueno, casi todo. Si no se movía ni respiraba.

El chasquido de las uñas de los pies en el suelo de madera anunció la llegada de Cherie, y Cat se volvió para ver a la collie observándola con nostalgia desde la puerta del vestíbulo. No había tenido que hablar con la collie desde aquella mañana, pero Cherie le daba largas y le lanzaba miradas ansiosas cada vez que estaban en la misma habitación. Era hora de salvar la distancia. Cat caminó por el suelo hasta donde se encontraba la collie, caminando con valentía por debajo de la cabeza larga y estrecha y dejando que su cola se deslizara alrededor y por debajo del esbelto hocico. Cherie gimió ligeramente. Enroscándose entre las patas de la perra, Cat acarició el espeso pelaje y la cabeza de la perra se inclinó hacia abajo para olisquearla, extrañada pero no hostil. Era un buen perro.

Cat emitió un ronroneo tranquilizador y alargó el hocico para frotar la mejilla de Cherie. Qué asco. Las cosas que tenía que hacer. Pero Cherie había perdido aquella mirada ansiosa, y la cola plomiza empezó a agitarse lentamente de un lado a otro.

Cat pasó por debajo del collie, dejando que su cola se deslizara a lo largo de la rotunda barriga del perro, y entró en la sala de estar. Los músculos se le estaban aflojando ahora que estaba en pie y en movimiento. Sin embargo, le dolía el hombro, donde los dientes asesinos se habían clavado profundamente, y tenía la pierna tan dolorida que, aunque podía cargar peso sobre ella, prefería no hacerlo. Saltó al sofá, dando vueltas y vueltas bajo los rayos de sol que entraban por las amplias ventanas, antes de acomodarse lo más cómodamente que pudo.

Levantó la cabeza cuando los neumáticos crujieron sobre la grava y se puso tensa. No era el camión de Troy. Cherie cargó a través de la cocina y salió por la puerta para perros de la puerta trasera, pero sus ladridos eran acogedores. Aun así, Gata se levantó con cautela y entró a hurtadillas en el dormitorio trasero del primer piso, en el lado opuesto de la casa respecto a la cocina. La ventana de la pequeña habitación daba al patio trasero y al granero. Saltó hacia el alféizar de la ventana, pero sus patas traseras flaquearon y sus garras arañaron la madera antes de caer al suelo. Permaneció un momento jadeando por el dolor. Al menos aquel perro no había estado aquí para presenciar su humillación. Con el pelaje erizado tanto por la indignidad como por la caída, Gata se incorporó de nuevo y dio un salto relativamente suave hacia el alféizar.

Desde aquí se asomó para ver quién había llegado. Cherie estaba cacheando y saltando sobre dos hombres en vaqueros y camiseta que habían salido de una vieja y maltrecha camioneta. Uno desapareció en el granero, el otro rodeó el lateral hasta la parte trasera del granero, con Cherie pisándole los talones. Cat se relajó. Los mozos de cuadra, por supuesto. Como no le interesaba, abandonó su percha y regresó al salón. Su caída no había aliviado los dolores, y le costó volver a saltar hasta el sofá, aunque no volvió a caerse. Pero fue un alivio tumbarse sobre la suave manta de ganchillo y dejar descansar su maltrecho cuerpo.

CAPÍTULO 3



EL SOL CALENTABA SU PELAJE, casi demasiado, y Gata se estiró lentamente, dispuesta, por ahora, a despertarse y moverse un poco. Se levantó, probando cada músculo. Sí, hoy estaba mucho mejor. Se sentía alerta y activa. Quizá aún no estaba preparada para una buena carrera, pero sin duda estaba mejor. Era lunes, tres días después de su ataque en el parque, y Troy se había ido a trabajar a la clínica veterinaria.

Saltó de la cama al suelo, comprobando sus reflejos. Aterrizó suavemente, sin que sus patas acolchadas hicieran apenas ruido. Sí, casi como nueva. Volvió a estirarse. Su mente también parecía más clara que en los últimos días. Quizá había llegado el momento de intentar el Cambio.

Se estiró sinuosamente, liberando la imagen felina de su mente y permitiendo que se produjera el Cambio. Sus miembros se alargaron, se agrandaron y se remodelaron, y el pelaje se desvaneció en piel suave. Se dio la vuelta una vez, dos veces, y volvió a estirarse, sintiendo el tejido de los cojines bajo su piel desnuda. Movié los dedos de las manos y de los pies y se incorporó con cautela, haciendo una leve mueca de dolor al sentir que le atravesaba el brazo y el hombro derechos, por no hablar de lo que sentía como un cuchillo en las costillas. Sin embargo, al inspeccionarse el brazo, vio con satisfacción que la piel era tan suave y cremosa como siempre, sin rastro de las feroces heridas que apenas cicatrizaban en su forma gatuna. Sin embargo, el dolor era más profundo y mucho más intenso que hacía unos instantes, cuando era Gata.

Un ruido sordo la hizo levantar la vista. Cherie estaba en el umbral de la puerta, con la estrecha cabeza ligeramente inclinada y un gruñido en la garganta mientras observaba a la desconocida. Vaya.

"Soy yo, perro tonto", le dijo Katerina, deseando tener la telepatía de su forma cambiada. Se inclinó hacia ella y chasqueó ligeramente los dedos. Volvió a hablar, esforzándose por captar el tono y la cadencia de su voz felina mental. "Ven aquí, niña. Ven aquí, Cherie, me conoces".

Cherie gimoteó y dio unos pasos hacia la habitación, luego se detuvo. Volvió a gemir y Katerina silbó por lo bajo, como había oído hacer a Troy. Cherie se acercó lentamente, y Katerina repitió sus seguridades mientras le tendía la mano para que la olisqueara. Cherie le permitió acariciar el áspero pelaje que rodeaba su cuello, y Katerina la acarició, murmurando todo el tiempo.

"Qué buen perro", le dijo al collie, acunando la esbelta cabeza entre sus manos. "Eres un buen perro."

La cola de Cherie empezó a moverse, y Katerina se levantó, con cuidado de mantener la

mano en la cabeza de la perra, manteniendo el contacto. "Venga, chica, vamos arriba. Necesito una larga ducha caliente".

Se quedó quieta un momento, dejando que su sentido del equilibrio se readaptara a estar erguida, pero cuando dio un paso, el dolor le recorrió la pierna por la tensión de los músculos de la pierna y el muslo. Maldita sea. No la habían mordido allí, pero en su lucha desesperada por escapar del perro que la atacaba, se había desgarrado músculos y tendones. No le molestaban tanto como a Cat, pero ahora que estaba de pie, sus músculos le hacían saber que no estaban contentos. Se estiró un poco, tanto para intentar aflojar los músculos tensos como para volver a familiarizarse con su cuerpo humano. Rara vez permanecía en su forma felina durante varios días seguidos, dadas las exigencias de su trabajo y la vida social que requería.

Recorrió con la mirada el salón de Troy, viéndolo desde su nueva perspectiva, con el sofá y el loveseat mullidos y acolchados, las alfombras de gancho esparcidas por el suelo y las alegres cortinas en las ventanas. Una chimenea de piedra dominaba una pared, y el gran televisor de pantalla plana, otra. Sí, le gustaba esta casa, el ambiente fácil y relajado. Era acogedora y agradable, como no lo era su casa de la ciudad. Pero tenía una imagen que debía mantener. Tenía el tipo de casa que se esperaba de ella, pero prefería mucho más esta granja cómoda y anticuada.

De repente, Katerina se dio cuenta de que tenía frío. El aire frío del aire acondicionado central le ponía la carne de gallina. Ahora mismo una buena ducha caliente sonaba de maravilla. Acompañada de Cherie, subió las escaleras. Pasarían horas antes de que Troy volviera de la clínica, así que tenía tiempo de sobra. Subió las escaleras despacio, sintiendo cómo se estiraban sus doloridos músculos.

De pie bajo el chorro de agua caliente, sintió que los músculos tensos se relajaban, se calmaban. Se lavó el pelo enérgicamente, arrugando la nariz ante el olor masculino de su champú. Ah, bueno. Había que hacer lo que había que hacer. Salió de la ducha y se secó enérgicamente con la toalla que colgaba de la pared. Envuelta en la enorme toalla, se dirigió al dormitorio en busca de algo que ponerse para protegerse del frío del aire acondicionado.

Naturalmente, no había nada ni remotamente pequeño para ella, pero le llamó la atención una camisa de franela a cuadros que había al fondo del armario. Cuando se la puso, le llegaba casi a las rodillas, lo que la hacía parecer un poco ridícula, pero al fin y al cabo sólo estaban ella y Cherie, y a la perra tonta le daría igual su aspecto. Tuvo que subirse las mangas largas para poder tener las manos libres, pero la cubría decentemente y evitaría que muriera de frío. Cogió una corbata del corbatero que colgaba detrás de la puerta del armario y se la anudó a la cintura para mantener la camisa en su sitio. Volvió al cuarto de baño, colocó la toalla en su barra y, rebuscando en el botiquín, encontró un frasco de aspirinas. Se tomó dos y las acompañó con un puñado de agua del lavabo. Y ahora, ¡a comer de verdad!

Volvió a bajar a la cocina, de nuevo con Cherie como sombra interesada, con las uñas chasqueando en el suelo de madera. Katerina acarició distraídamente la cabeza del perro mientras abría la puerta del frigorífico y examinaba detenidamente su contenido. Aparte de leche, mantequilla y condimentos variados, parecía extrañamente desprovisto de comestibles. Requesón. Arrugó la nariz. Bueno, eso serviría en caso de apuro. Abrió el cajón de las verduras y encontró un montón de melocotones maduros. ¡Eso estaba mejor! Leche y melocotones, ¿qué más puede pedir una mujer gato? Con movimientos rápidos y hábiles, cortó el melocotón en un cuenco y vertió con entusiasmo leche sobre el conjunto. Se llevó una cucharada a los labios, saboreando, y cerró los ojos extasiada. ¡Eso sí que era un placer!

Terminó los melocotones con leche, lavó el cuenco, el cuchillo y la cuchara y los guardó... no tenía sentido dejar pistas a Troy de que alguien había estado en su cocina. Satisfecha por ahora,

investigó el resto de la cocina, mirando en armarios y cajones. El congelador estaba, como era de esperar si lo hubiera pensado de antemano, lleno de carne... filetes, hamburguesas y chuletas. Casi podía sentir cómo se le crispaban los bigotes. Estaba claro que a Troy le gustaba mucho la carne y las patatas. Tendría que hacer algo al respecto.

Entró en el salón y se acurrucó en el sillón reclinable de Troy, en el que tanto tiempo había pasado dormitando cuando era Gata. Ahora que había recuperado su forma humana, también pensaba con más claridad y repasó los acontecimientos de aquel día en el parque. Recordaba con vívida claridad la despiadada satisfacción que había sentido tras el ataque; no había procedido del propio perro. Había sido otra persona la que le había tendido la trampa; alguien que tenía el poder de ocultarle el acercamiento del perro. Ningún perro había sido capaz de acercarse sigilosamente a Gata; no, alguien más fuerte y mucho más poderoso le había tendido una trampa, enmascarando su aproximación y sus intenciones. Alguien que odiaba. Tenía que haber sido el Pícaro.

¡Melanthe! Alarmada, se dio cuenta de que el peligro para su hermana no había terminado. Unos meses antes, un Werecat, Pícaro metamorfo que operaba al margen de las leyes que rigen a los metamorfos, había acorralado y atacado a la hermana de Katerina. De algún modo, el Pícaro había alejado a Melanthe de su casa justo antes de que se pusiera de parto. Incapaz de cambiar a su forma humana, Melanthe se había visto obligada a dar a luz a sus gatitos bajo un tronco del bosque, fuera del alcance de los Werecat. La oportuna intervención de un mago, Julian, y de su prometida, Alessandra, había salvado a Melanthe y a los gatitos.

La propia Katerina no se había encontrado con el Werecat, pero este ataque contra ella en el parque sólo podía significar una cosa: el Pícaro estaba cerca, acechándoles, vigilándoles. Debía de llevar tiempo observando a Katerina para haber estado esperando en el parque a que Jacinth, Ben y Molly no estuvieran cerca para salvarla. Esperando el momento oportuno para atacar.

Y eso significaba que no era casualidad que la Werecat se hubiera dirigido a sí misma y a Melanthe. Se había instalado allí y pretendía quedarse. La Pícara estaba vigilando su territorio... buscaba pareja. Le entraron náuseas, rápidas y urgentes. Luchó contra ellas y se concentró en respirar para calmarse. Melanthe. Tenía que avisar a Melanthe, llevarla a ella y a los cachorros a un lugar seguro.

Todavía muy rígida, Katerina cojeó lo más rápido que pudo por el reluciente suelo de madera hasta la cocina, maldiciendo cuando un pie resbaló en la resbaladiza superficie, torciéndose aún más la pierna. En la cocina estaba el arcaico teléfono... lo que daría por su móvil, que descansaba en el bolso junto a la puerta de casa, a kilómetros de distancia. Frunció los labios, intentando recordar el número de Melanthe. Lo tenía en marcación rápida en el móvil, por supuesto. Ah, sí. Levantó el auricular y marcó.

Esperó ansiosa, golpeando con los dedos la encimera de la cocina mientras el teléfono sonaba y sonaba en el otro extremo. ¿Y si había llegado demasiado tarde, si había tardado demasiado en encajar las piezas del rompecabezas? Parte de la maldición de tener forma felina era la falta de sentido de la urgencia, la naturaleza relajada de los gatos, que permitía que el tiempo y la vida transcurrieran a la deriva, sólo interrumpidos por periodos de mimos afectuosos, juego y comida. No necesariamente en ese orden.

Al quinto timbrado, Melanthe contestó, sonando algo sin aliento. Katerina lanzó un suspiro de alivio.

"¡Gracias a Dios!", exclamó. "¿Por qué has tardado tanto en contestar?"

"¿Por qué? ¿Qué pasa?"

"El Werecat ha vuelto. Ahora me persigue a mí".

"¿La Pícara? Katerina, ¿estás bien?"

"Sí, ahora sí. Pero me atacó en el parque. Los humanos me rescataron y me llevaron al refugio. ¿Recuerdas a Jacinto, el Djinn que vigila a los niños humanos? Llamó a un amigo que me sacó de allí, un veterinario, que me llevó a su casa y me está cuidando. Es imposible que el Pícaro sepa dónde estoy y no debería poder encontrarme. Pero tienes que estar alerta, aún nos tiene en el punto de mira, y apuesto a que volverá a intentarlo contigo si puede".

"¿Por qué?" La voz de Melanthe temblaba. Estaba llorando. "¿Por qué viene a por nosotros? No le hemos hecho nada".

Katerina se encogió de hombros. "No necesitamos hacer nada. Estamos en su territorio. Ya sabes lo que eso significa".

Casi podía oír el estremecimiento de su hermana a través de la línea telefónica.

"Está cazando", susurró Melanthe.

"Sí".

"Tengo miedo. ¿Qué voy a hacer? Sabe dónde vivo y he sentido su presencia. A veces, por la noche, la siento merodear fuera".

"No me lo habías dicho", acusó Katerina, con voz severa. "Melanthe..."

"Pensé... Pensé que sólo eran imaginaciones mías. Estar nerviosa después de lo que pasó, ¿sabes? Pero, después de todo, no se puede hacer nada".

"Podría convocar al Consejo". Incluso mientras pronunciaba las palabras, sabía que no serviría de nada. Una Pícara ya estaba fuera de la ley. Convocar al Consejo sólo la obligaría a permanecer en la sombra. Sería más cuidadosa, mantendría las distancias hasta que bajaran la guardia, y entonces la Werecat atacaría, y esta vez no se equivocaría. No, era mejor que se ocuparan de ella ahora, lo bastante enfadados y territoriales como para creer que dos jóvenes metamorfos hembras no eran una amenaza real, sino una presa escurridiza. Mejor tener a su enemiga fuera de guardia.

Melanthe parecía seguir su propio hilo de pensamiento.

"Enfureció a los genios", dijo Melanthe, reflexionando. "Amenazó a uno. ¿Quizá los genios la ayudarían?"

"¡No!" Implicar al Djinn significaría implicar a Jacinto... y, por tanto, a Ben y Molly. Katerina nunca pondría a los kits en peligro. "Haremos lo que podamos por nuestra cuenta por ahora. Pero quedaos dentro, a menos que haya humanos cerca. Los humanos son nuestra mejor protección".

"Tengo miedo", tembló la voz de Melanthe. "Quizá deberíamos estar juntos..."

"Eso sólo la haría más decidida. Nos tendría a los dos a su merced si consiguiera entrar. No, tenemos que permanecer separados".

Se le ocurrió una idea.

"Espera", le dijo a su hermana. "Déjame pensar".

Temía por su hermana. Los cambiaformas tenían su propia magia, una magia sencilla que protegía su hogar, su guarida, de los intrusos. Sin embargo, la Werecat era poderosa, más que cualquier otro ser que hubiera conocido antes. Si encontraba la forma de entrar en el hogar de Melanthe, mataría a Melanthe y a sus gatitos sin remordimientos. Era la naturaleza de la Pícara.

"Lo tengo". El alivio fue abrumador. "Julian y Alessandra, la pareja que os rescató a ti y a los bebés el mes pasado. Te acogerán, estoy segura. Julian tiene una magia propia que enmascarará tu presencia en su casa. Así no podrá encontrarnos a ninguno de los dos".

"Creía que habías dicho que ya no era un Djinn". preguntó Melanthe.

"Pero es un mago y tiene una magia muy poderosa. Estarías a salvo con él y con Alessandra.

Son buenas personas, para ser humanos. Y conocen al Otro Tipo, así que no nos revelaríamos contra nuestras leyes".

Melanthe exhaló un rápido suspiro. "De acuerdo. La llamaré inmediatamente. ¿Y tú, Katerina? ¿Qué hay de ti?"

"Pasando desapercibida", respondió. "Por ahora estoy a salvo con el veterinario, y en todo caso debo quedarme aquí para curarme".

Se oyó un grito ahogado al otro lado de la línea. "¡Katerina, tu colección de otoño! Fue anoche".

Oh, bigotes. Lo había olvidado por completo. Estas cosas ocurrían cuando estaba en su forma gatuna; los plazos y las citas humanas, aunque no se olvidaban del todo, dejaban de tener la importancia que tenían en el mundo humano. Bueno, su personal y sus empleados estaban bien entrenados, acostumbrados a sus repentinas desapariciones, y sin duda lo habrían llevado a cabo sin problemas. Sin embargo, sintió una punzada de pesar; se había sentido orgullosa de aquella colección.

"Eso ya no tiene remedio", le dijo a Melanthe. "Lo importante es que tenemos que ponernos a salvo. Tenemos que ponerte a salvo a ti y a los kits. No puede encontrarme donde estoy, y ahora tengo que mantener las distancias con Jacinth; no pondré en peligro ni a ella ni a Douglas, ni a sus kits".

"Mamá se va a volver loca, ya sabes que siempre mira cuando tienes una presentación. Me sorprende que tu teléfono no haya explotado".

Ouch. "Mi teléfono está en casa y no quiero que te acerques para cogerlo. Haz saber a mamá y a YiaYia que estoy a salvo. Diles que...".

Se devanó los sesos buscando alguna excusa que pudiera sentarle bien a su madre y a su aún más prohibitiva abuela, la matriarca de la familia. Para su sorpresa, Melanthe soltó una risita de repente.

"¡Ya lo sé!" dijo su hermana. "Les diré la verdad: estabas en tu forma de gato y te olvidaste".

A pesar de la tensión y el dolor, Katerina tuvo que reírse. "Sí, eso servirá. Lo entenderán perfectamente".

"¿Y Kester?"

Katerina arrugó la nariz al pensar en su hermano mayor, que actualmente jugaba a ser surfista en el sur de California.

"No lo sé", dijo dubitativa. "Si tuviera el más mínimo atisbo de duda, estaría aquí en un santiamén. Aunque me sentiría mucho más segura con él aquí, ¿y si ella también le atacara para llegar hasta nosotros?".

"O peor", susurró Melanthe, sonando enferma. "Podría convertirlo en su próxima pareja".

"¡Dios!" Katerina se sentía tan mal como sonaba su hermana. "Ni siquiera intentemos hablar con Kester nosotros mismos. Convince a mamá y ella le dirá que todo va bien".

"Eso funciona".

"Llama a Alessandra, o si no puedes localizarla llama a Julian a su tienda, Whimsies, en Manhattan".

"Sí, lo haré enseguida. Cuídate, Katerina".

Se despidieron, y Katerina colgó el teléfono, sintiéndose agotada. Se quedó sentada, indecisa, durante un minuto. Debería llamar a Roberta, su ayudante jefe, y decirle que estaba bien. Pero eso requeriría explicaciones y preguntas que ella no podía responder, y estaba demasiado cansada y dolida para ocuparse de eso ahora mismo. Por otra parte, no era justo para Roberta dejarla preguntándose y preocupándose.

La salvó de tener que tomar una decisión el crujido de los neumáticos en el camino de grava. ¡Mierda! Corrió escaleras arriba y se desnudó rápidamente, colocando la camisa de Troy en el armario tal y como la había encontrado, y llamó al Cambio hacia ella. Vale, eso dolía. Con una mueca de dolor, bajó cojeando las escaleras justo cuando se abrió la puerta principal y una extraña mujer se plantó en el umbral. Con un silbido sobresaltado, Gata corrió hacia el sofá y se metió debajo para agazaparse, temblorosa, en la sombra tenebrosa. Seguro que la Werecat no podía entrar en casa de Troy, ¿verdad? No, entrar así, con llave y todo.

Sonaron unos pasos, que golpearon ligeramente el suelo de madera que rodeaba el sofá. Hubo una pausa, y entonces cuatro curiosos rostros femeninos de distinta edad y raza la observaron desde debajo del borde del sofá.

"¡Oh, qué guapa es!"

"Dios, es enorme. No sabía que los gatos fueran tan grandes, ¿y cómo sabes que es una mujer? Lo dijo la más joven del grupo, una chica rubia que apenas había superado la adolescencia.

"Porque es calicó", dijo una mujer mayor, con una mirada melancólica que se detenía en Cat. "Yo tenía una como ella, mi Punkin, que murió hace unos meses. Ésta es una Maine Coon. No sólo se nota por el tamaño, sino también por sus orejas empenachadas, y las patas también están empenachadas, para caminar por terrenos nevados o helados."

La cabeza rubia desapareció de la vista. "Aprendes algo nuevo cada día. El Dr. Shelton no tenía gato cuando estuvimos aquí antes".

El resto de las caras también desaparecieron.

"Debe de ser nueva", llegó la voz de la mujer mayor. Yo pasaré la aspiradora, si tú vas a la cocina, Shelly".

"Estoy en los baños", dijo otra persona. "Courtney, eso te deja el polvo a ti".

"Estoy en ello".

Cuatro pares de zapatillas se dispersaron por distintas partes de la casa. Arrimándose al borde del sofá para asomarse, Cat vio que todos llevaban camisetas amarillas brillantes con letras azules. Algún tipo de servicio de limpieza doméstica, claramente. Igual de claro era que venían con regularidad, ya que las cuatro mujeres conocían bien la casa y cada una se ocupaba de su tarea con eficacia.

Demasiado cansada y dolorida para ocuparse de moverse, apoyó la cabeza en las patas y cerró los ojos, dormitando. Las mujeres no estuvieron mucho tiempo, menos de una hora, y luego se fueron. Al salir de debajo del sofá, Cat tuvo que aprobar su trabajo, ¡la casa estaba tan reluciente de limpieza que casi podía imaginársela sonriendo!

Así quedó zanjada la cuestión de llamar a Roberta. Más tarde, después de recuperarse un poco, la llamaría y tranquilizaría a Roberta. Ahora mismo el dolor y el agotamiento le estaban pasando factura, y nada parecía más importante que una larga siesta estirada en su forma humana. Tendría que acordarse de cambiarse con tiempo suficiente antes de que Troy llegara a casa, y hacer que le guardaran la camisa. Subió las escaleras una vez más y se Cambió, poniéndose la camisa de Troy una vez más antes de arrastrarse hasta la cama grande. Levantó la colcha que había al pie de la cama y se acurrucó en sus cálidos pliegues. Cherie, que había seguido a las mujeres mientras limpiaban, entró en la habitación y cruzó hasta la alfombra de gancho que había bajo la ventana. La perra dio un par de vueltas antes de acomodarse con un suspiro.

Fuera, Katerina oía el alegre canto de los pájaros. Más lejos, los caballos resoplaban y zapateaban, y de vez en cuando pasaba el motor de un coche por la lejana carretera. Katerina

bostezó y se dejó llevar por el sueño.

CAPÍTULO 4



TROY BAJÓ DEL CAMIÓN, arrastrando tras de sí varias bolsas de plástico de la compra. Se acercó al porche, hizo malabarismos con las bolsas para abrir la puerta, mientras rechazaba los extasiados avances de Cherie.

"¡Abajo, chica! Déjame entrar".

Empujó la puerta con el codo y cruzó el umbral, pero estuvo a punto de tropezar cuando Cherie entró corriendo delante de él. Su mirada barrió el salón en busca de su otra inquilina, pero se topó con la mirada hostil de Cat, acurrucada en el sofá. Parecía un poco enfadada y él se detuvo a medio paso. ¿Le estaba mirando la gata? Sí. Eso sí que era una mirada, pensó. Observó con perplejidad cómo Gata apartaba la cabeza, apoyaba la barbilla en las patas y cerraba los ojos. Sin duda, ¡acababa de ser castigado!

"Debo de haberte molestado en la siesta", le dijo en la nuca. "¡Lo siento, princesa!"

No tienes ni idea, pensó Cat enfurruñada. Al oír el crujido de sus neumáticos en el camino de grava horas antes de que lo esperaran, Cat había salido de la cama de una embestida, corriendo al cuarto de baño para recoger la toalla de baño del suelo, donde se le había caído, y luego volando al armario para ponerse apresuradamente la camisa por encima de la cabeza, bajándose las mangas remangadas y dándole una buena sacudida antes de devolverla a su percha. Sus pasos se oían en la entrada mientras ella cambiaba a su forma gatuna. ¡*Odiaba que la metieran prisa!*

"Mira lo que tengo aquí", Troy agitó tentadoramente las bolsas de plástico que llevaba. "¡Espaguetis!"

Ni con un movimiento de la oreja indicó que entendía, pero dentro del cuerpo de gato, se puso alerta. ¿Espagueti? Hmm... Bueno, tal vez podría perdonarle. Pero sólo si no eran de esa marca Prego. Se levantó del sofá con un estiramiento lento y sinuoso, saltó con gracia al suelo y trotó hacia la cocina. Él la observó mientras avanzaba por el suelo.

"Hoy te encuentras mejor, ¿verdad, gatita bonita?". Se inclinó para acariciar y acariciar, las grandes manos explorando suavemente el hombro herido y los costados. Ella ronroneó, inclinándose hacia él. Se enderezó y, tras lavarse las manos (Cat lo aprobó, ya que también le había dado un par de caricias al perro), Troy empezó a descargar las bolsas de la compra. Saltando sobre la mesa, Cat se sentó con las patas delanteras bien juntas, enroscando la cola sobre ellas, con la punta balanceándose suavemente de un lado a otro mientras observaba alerta. Aparecieron cajas de pasta, cebollas y especias frescas, y un montón de tomates Roma maduros. Sus bigotes se crisparon cuando desenterró un diente de ajo fresco. Después de todo, ¡a lo mejor aquel hombre sabía cocinar! Esto se ponía cada vez mejor.

Lo aprobó aún más al verle rehogar las cebollas y el ajo en aceite de oliva. El aroma del ajo dorándose recorrió la casa, haciéndola salivar. ¡Esto iba a estar bueno! Miró a la collie, sentada en el suelo junto a su amo, con una sonrisa de satisfacción. Cherie comería comida para perros, pero esta noche Cat comería espaguetis... ¡y no le importaba lo que tuviera que hacer para conseguirlos!

Tras freír carne picada y cortar lo que parecían cantidades interminables de tomates, la salsa parecía estar hecha a su gusto. Añadió un puñado de especias, lo removió todo por última vez, tapó la olla y bajó el fuego. Se volvió y observó a sus compañeros cuadrúpedos.

"Vale, pandilla, hora de ducharse".

Con la cola peluda de Cherie a la cabeza, Troy subió la estrecha escalera. Al entrar en el cuarto de baño, se detuvo, perplejo. Había una ligera sensación de calor y humedad en el aire, como si alguien se hubiera duchado recientemente. Su mirada se posó en el toallero. Dio un paso adelante y levantó la toalla del toallero con dos dedos, como si fuera un objeto extraño. ¿Doblada? Recordó aquella mañana, cuando se había dado su habitual ducha apresurada antes de dirigirse a la clínica. Miró fijamente la toalla que tenía entre las manos, intentando recordar la acción de doblarla, pero por mucho que lo intentaba, no recordaba nada más que colocar la toalla en el toallero, como era su costumbre. ¿Doblarla?

Encogiéndose de hombros, volvió a colocar la toalla en su sitio, lanzándole una última mirada de desconcierto. Al bajar por el pasillo hacia su dormitorio, le pareció que la cama estaba un poco despeinada. Aunque no doblara la toalla durante sus locas prisas matutinas, siempre tendía la cama con esmero cada mañana. De repente, se le pasó por la cabeza la idea de que se había metido en un cuento de hadas: "Alguien ha estado durmiendo en mi cama". Se rió entre dientes. Acariciándose detrás de Cherie, Cat pasó junto a Troy, acariciándole sinuosamente la pierna, y saltó con gracia sobre la cama. Se echó de cuerpo entero sobre la colcha y empezó a ronronear y a amasar, con los ojos a media asta de felicidad felina. Troy se rió. Misterio resuelto. Se adelantó para acariciarle la cabeza, y el ronroneo aumentó de volumen.

"Así que te echaste la siesta en mi cama, ¿verdad? El ronroneo subió otro decibelio, y ella empujó la cabeza contra su mano, inclinándola para que sus dedos atraparan ese punto preciso detrás de sus orejas.

"Eres una gatita tan bonita y buena", le dijo, y ella parpadeó mirándole, disfrutando de la atención.

Cat continuó con el rítmico amasamiento mientras Troy desaparecía en el cuarto de baño, oyendo cómo se abría la ducha. Cerró los ojos del todo y apoyó la cabeza en las patas para dormir. El sol entraba por la ventana del piso de arriba en el ángulo justo a través de la cama, así que cuando Troy salió del baño para vestirse y volver abajo, ella sólo movió una oreja antes de reanudar la siesta.

Sonaron neumáticos en el camino de grava, se cerró la puerta de un coche y unos pasos subieron por el sendero. Cat se despertó, con un gruñido instintivo en la garganta y el vello de la nuca erizado. ¿Quién venía a su casa? Debía de ser alguien conocido, porque el ladrido de Cherie fue un alegre aullido de saludo. Aún desconfiada, Gata bajó las escaleras. Sentada firmemente en el centro del suelo del salón, vio cómo Troy abría la puerta antes incluso de que la mujer que estaba fuera pudiera llamar.

"¡Hola, has llegado!", fue su saludo informal. Se hizo a un lado para que ella entrara.

La mujer era una rubia guapa, con curvas en todos los sitios adecuados, más o menos de la misma edad que Troy. Iba vestida de forma conservadora con una falda y una blusa de algodón bien planchadas. Gato se erizó en silencio. ¿Una mujer que venía a visitar a Troya? Un momento

después, un destello de oro llamó su atención y lo identificó como un anillo de boda. Tomado. Se relajó un poco. Pero, ¿qué hacía la mujer aquí?

Justo entonces la mirada de la mujer se posó en Gato.

"¿Es el gato que rescataste del refugio?", preguntó, mirando a Cat con amistoso interés. "¿De la que tanto hablan Ben y Molly?".

"Sí, es Cat".

A Cat se le pusieron los pelos de punta. Esta mujer conocía a Douglas y a los kits. Sin embargo, ¿quién era y qué hacía aquí, en casa de Troy? Cat se mantuvo firme y respondió a la mirada de la mujer con una mirada amplia y sin pestañear. La rubia se agachó y movió los dedos, presumiblemente para Cat, pero Cherie, que rodeaba a Troy, se abalanzó sobre la mujer, con naturalidad, y empezó a lamerle los dedos. Cat se limitó a parpadear. Perra tonta.

La mujer se enderezó y miró inquisitivamente a Troya.

"Creía que habías dicho que era amistosa".

Troy se encogió de hombros. "Hasta ahora no se había puesto así. No sé qué le pasa. Ven a la cocina, Suzanne, y tómate un vaso de vino mientras remuevo la salsa".

"Déjame ver primero a Cherie", le dijo. "Luego me lavaré y haré la ensalada. Puedo oler la salsa, ¡es celestial! Mac lleva unos minutos de retraso, pero llegará enseguida".

Cat observó con la mirada entrecerrada cómo la rubia se arrodillaba junto al collie, sus manos se movían con rapidez, profesionalmente, sobre el rotundo abdomen del perro. Ah. Una veterinaria, quizá una de las compañeras de Troy y Douglas, que venía a ver cómo estaban Cherie y los cachorros.

Suzanne se puso en pie, asintiendo a Troy. "No debería tardar mucho. Uno o dos días como mucho. En cualquier momento, en realidad".

Cat resopló para sus adentros. Podría habérselo dicho. Pero, claro, ¡ellos no entendían de gatos! Divertida por su capricho, les siguió hasta la cocina. Satisfecha de que Suzanne no tuviera intención de reclamar nada a su humana, se acercó al sofá y saltó para acurrucarse en su lugar favorito, sin dejar de mirar la cocina con los ojos entrecerrados.

A partir de la conversación, se confirmó su suposición de que Suzanne era una de las socias de la clínica. Al parecer, los tres habían ido juntos a la facultad de veterinaria y se habían unido para abrir la clínica veterinaria. Parecía haber una división del trabajo, o de los intereses. La especialidad de Suzanne eran los cuidados caninos, mientras que Troy se ocupaba de los gatos. Sabía que Douglas se ocupaba de los caballos y el ganado. Al parecer, Suzanne también se ocupaba de las aves exóticas, cosa que a Cat le intrigaba. Quizá debería visitar la clínica algún día y ver qué travesuras podía provocar.

Un rato después, otro coche se detuvo en el largo camino de entrada, y Suzanne se dirigió a la puerta principal para dejar entrar a un hombre alto y larguirucho de unos 30 años. Lo saludó con un beso, y pronto se supo que era Mac, el marido de Suzanne. Tenía el pelo castaño rojizo y la tez rubicunda, en contraste con su mujer, mucho más blanca. Eran una pareja atractiva, con un evidente y profundo afecto entre ellos.

Convencida por fin de que Suzanne no suponía ninguna amenaza para su territorio, Cat se dejó llevar por el sueño. Puede que no estuvieran invadiendo lo que era suyo, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a mostrarse amistosa con los recién llegados. Tras la cena, y después de que Cat se atiborrara a un plato de espaguetis, cuidadosamente cortados en trozos pequeños por Troy y cubiertos con una generosa cantidad de su apetitosa salsa, Cat se retiró una vez más al sofá.

Una vez fregados los platos por los tres humanos, entraron en el salón para acomodarse,

Suzanne y Mac en el sofá, Troy en su gran sillón reclinable sobredimensionado. Cat saltó ligeramente de su sitio al respaldo del sofá, recorrió el estrecho respaldo y saltó a lo alto de la silla de Troy justo cuando éste se acomodaba cómodamente. Desde su posición ventajosa, se agachó y miró sin pestañear a los intrusos con su amplia mirada dorada.

Troy se rió y alargó la mano por encima de su cabeza para acariciarla. Con un *ronroneo*, ella bajó por su hombro hasta sus brazos, aferrándose a su pecho y metiendo la cabeza bajo su mandíbula con un ronroneo retumbante. Él era *su humano*, ¡y de nadie más!

"Hablando de gatos", comentó Suzanne. "¿Cómo está tu brazo, Troy?"

Como una lámpara apagada de repente, Cat pudo sentir cómo la risa abandonaba a Troy. Estaba muy quieto, con la voz grave por la preocupación.

"El brazo está bien". Se retiró la manga para mostrar varios cortes profundos y rojos en el antebrazo izquierdo. Suzanne se levantó de un salto del sofá y acudió al lado de Troy, examinando las heridas.

"Deberías tener algo sobre eso", le reprendió.

"Lo he lavado bien, le he puesto desinfectante. No pasa nada. Lo que me preocupa es Afrodita. Conozco a esa gata desde que vino por sus primeras vacunas hace 18 años. Nunca ha hecho nada parecido, ni siquiera cuando era joven y activa y odiaba venir al veterinario".

La gata gruñó por lo bajo en su garganta. Un gato había mordido a Troy, ¡le había arañado! Estiró la cabeza para olisquear las marcas rojas y le pasó suavemente la lengua por el brazo en señal de disculpa.

"¡Mira eso!" Suzanne alargó la mano para acariciar su espeso pelaje, y Cat lo permitió, más preocupada por la herida causada a su humana.

"¿Qué ha pasado?" preguntó Mac desde el sofá. Perfecto, pensó Cat. Eso era justo lo que quería saber.

Troy se encogió de hombros. "La señora Anderson trajo a Afrodita para su revisión anual. Se está haciendo vieja y un poco frágil y no ha estado comiendo bien, y la señora Anderson quería que le echara un vistazo. La había examinado y estaba de pie sosteniéndola mientras discutíamos qué tipo de alimentos podrían tentar su apetito. De repente empezó a aullar y a forcejear para alejarse. Intenté sujetarla, pero me arañó y mordió hasta que la solté. Cayó al suelo y corrió a esconderse debajo del carro del equipo. Tardamos diez minutos en sacarla y meterla en un transportín que Beatrice trajo de la trastienda. La Sra. Anderson no había traído ninguno, nunca había tenido que meterla en un transportín".

"¿Beatrice?" preguntó Mac. "¿Qué hacía allí? ¿No es la veterinaria de Suzanne?"

"No me paré a preguntar". Troy se encogió de hombros. "Saqué la cabeza al pasillo para llamar a uno de los dependientes y la vi allí, así que se lo dije".

"¿Qué has hecho con el gato?"

"Lo único que se me ocurre es que haya tenido algún tipo de amnesia temporal, o un ataque. Quizá algún tipo de demencia, después de todo es muy mayor. Pero sin pruebas costosas, no hay forma de estar seguros, y los Anderson no tienen mucho dinero. Le dije a su dueña que la vigilara y me avisara si volvía a ocurrirle algo así, y entonces discutiríamos qué hacer. Me llamó cuando llegó a casa y me dijo que, en cuanto salieron de la clínica, Afrodita se tranquilizó y se comportó como siempre."

"Querrás decir, una bola de mantequilla groseramente obesa, malcriada y perezosa", comentó Suzanne, y Troy se echó a reír.

"Ah, es una gran gata. Se merece que la mimemos un poco. No es por cambiar de tema, pero he cambiado a la tarde mis consultas del jueves y el viernes por la mañana", decía Troy a sus

invitados. "Si Mac puede ayudarte con tus consultas, tú y Douglas podéis cubrir las mías por la tarde".

¿De qué hablaban? ¿Por qué Suzanne iba a acudir a sus citas? Cat se sacudió para despertarse y prestar más atención.

"Realmente tenemos que ver la posibilidad de conseguir otro veterinario en la clínica", dijo Suzanne. "Uno que pueda cubrir al menos los animales domésticos, y entonces el resto de nosotros podremos ayudar a Douglas con el ganado si surge la necesidad. ¿Y si uno de nosotros enferma o...? ¡Dios no lo quiera! ... quiere tomarse unas vacaciones"?

"Tienes razón", admitió Troy. "Nos ha ido bien desde que Maxwell se jubiló, pero tienes razón. Hablaré con la directora de la oficina para que nos haga algunos números y vea qué podemos ofrecer. Puedo empezar a tantear el terreno en la conferencia de este fin de semana".

¿Conferencia? Levantando las orejas, Cat miró a Troy. No se iba a ir, ¿verdad?

"Mira qué gato", exclamó Suzanne. "Juro que entiende de qué estamos hablando".

Sonó la risita profunda de Troy, cuyas manos le acariciaban la cabeza, y ella cerró los ojos de felicidad.

"Se diría que sí, ¿no?".

"Es realmente una gata preciosa", dijo Suzanne. "No puedo creer que nadie la haya buscado. Es obvio que no es una gata callejera".

"Lo he comprobado con todos los grupos de rescate, he estado pendiente de los periódicos y demás. Creía que alguien ya la habría reclamado. Si no es una Maine Coon de pura raza, y de calidad de exposición, me comeré mi certificado veterinario".

Mac se rió. "¡Ese será el día en que Troya se equivoque de gato!".

Ronroneando a dos tiempos, contenta en el regazo de Troy, con sus manos acariciando rítmicamente su pelaje, escuchaba la conversación. Cada vez más consternada, mientras escuchaba, Cat se dio cuenta de que Troy iba a salir de la ciudad para asistir a una conferencia de veterinarios. Mac, el marido de Suzanne, también era veterinario, en otra clínica, pero ayudaría durante la ausencia de Troy. Cat sintió un gruñido retumbando en su pecho, que reprimió apresuradamente. No quería que supieran que realmente entendía todo lo que decían. Pero no le gustaba nada que Troy la abandonara y se fuera de la ciudad.

Suzanne prometía venir dos veces al día para controlar a Cherie, que para entonces ya habría tenido a sus cachorros, por supuesto.

"Y vigila también a Cat", le recordó Troy.

Cat lanzó a Suzanne su mejor mirada enigmática. Ajá. La veterinaria era perruna hasta la médula. Probablemente intentaría darle comida para gatos. Los bigotes de Gato temblaron de diversión. Quizá la veterinaria trajera uno de sus pájaros.

Troy le dio a Cat una última caricia antes de levantarla de su regazo y dejarla suavemente en el suelo del salón. Se levantó, estirándose.

"Es hora del postre. ¿Alguien quiere tiramisú?"

Cat lo miró asombrada y se le hizo la boca agua. ¿Tiramisú? ¿En serio?

Suzanne se animó. "¿Hiciste el tiramisú sólo para nosotras?".

"Ya lo creo", dijo con suficiencia.

Así que eso era lo que había estado haciendo, dando vueltas por la cocina durante tanto tiempo después de ducharse, pensó Cat. Había estado acurrucada en su cama echando una cabezadita, pensando que él sólo estaba revolviendo la salsa de los espaguetis. Pero ¡el tiramisú!

Se arrastró hasta la cocina pisándole los talones, enrollándose sinuosamente alrededor de sus piernas mientras él permanecía de pie junto a la encimera, esperando que captara el mensaje.

Seguro que podía convencerle de que le diera un poco. Por supuesto, podría servirse mañana, cuando él se fuera a la clínica, o incluso, atrevidamente, por la noche, mientras él dormía, ¡pero ella quería tiramisú *ahora*! Estaba casi dispuesta (pero no del todo) a cambiar aquí mismo, delante de todos.

Afortunadamente, Troy captó el mensaje, porque en la encimera de la cocina había cuatro cuencos de postre de cristal del anticuado mueble de porcelana del comedor. Sirvió una porción en cada cuenco, y una porción más pequeña en el cuarto cuenco, cortándolo con cuidado en trozos más pequeños. Lo dejó en el suelo.

"¿Tiramisú, gatito bonito?"

Suzanne la observó, con el ceño fruncido por la preocupación.

"¿Seguro que le parece bien? Utiliza amaretto de verdad".

"Troy se detuvo para acariciarla mientras Cat se zampaba el dulce manjar que se abría paso hasta su garganta. Le ronroneó entusiasmada, comiéndoselo rápidamente antes de que la Sra. Sabelotodo Suzanne le convenciera para que se lo quitara.

Desde su asiento en el sofá, Mac soltó una risita. "El bueno de Troy sigue mimando a sus gatos, incluso cuando sabe que no debe hacerlo".

Troy lo rechazó con una sonrisa, y se inclinó para acariciar el grueso pelaje de Cat mientras comía. Cuando hubo terminado, Cat se lavó la cara y las orejas con la pata izquierda, la del lado no lesionado, y ronroneó más, agradecida por el talento culinario de Troy. Era uno de los mejores tiramisús que había probado nunca, y había comido algunos de los mejores.

Consternada, Cat observó cómo Troy cubría la sartén que contenía el resto del tiramisú con film transparente y se la entregaba a Suzanne mientras se levantaban, dispuestos a marcharse. ¡No! Era *su* tiramisú. Cat se enfadó. Ya había planeado cambiarse y asaltar el postre de la nevera mañana en cuanto Troy se fuera a trabajar.

Desconsolada, se quedó detrás de ellos, viendo cómo su tiramisú desaparecía por la puerta principal. Suzanne y Mac se marcharon en una ráfaga de adioses y la puerta se cerró. Cat miró con nostalgia el tiramisú que se había ido, lamiéndose la boca y los bigotes en busca del último y persistente sabor. A veces, ser un gato era realmente horrible.

CAPÍTULO 5



HACIA LAS DOS de la madrugada, Cherie se puso de parto. Pegó la nariz a su amo dormido unas cuantas veces, gimoteando y resoplando melancólicamente, pero no consiguió despertarlo. Finalmente se dio la vuelta y salió del dormitorio, con las uñas de los pies chasqueando por el pasillo y la escalera. Gato vislumbró en la mente de la perra recuerdos de partos pasados, de partos en una cama acolchada y mullida colocada cómodamente en un rincón del sótano junto a la caldera, donde tenía intimidad y calor para sus cachorros.

Gato se alegró de verla marchar. La perra había estado inquieta toda la noche, perturbando el sueño de Gata con sus paseos, vueltas y lloriqueos. Oyó que la perra volvía a gimotear, quejumbrosa, antes de bajar por las estrechas y empinadas escaleras que conducían al sótano desde el salón. Gato se acurrucó más, cubriéndose la nariz con la cola en espera de un sueño ininterrumpido.

Un momento después, suspiró mientras su conciencia la golpeaba. Podía sentir la angustia del collie hasta aquí arriba. Las gatas preferían parir en la intimidad, escondidas en lugares recónditos y secretos, pero Cherie sólo pensaba en su amo, anhelando su presencia. Muy bien.

Gata se puso en pie y, equilibrándose con cuidado, subió por la pierna de Troy, marchando sobre su pecho hasta colocarse de pie en el centro. Se quedó allí, sintiendo el subir y bajar de su pecho bajo sus patas. Inclinandose hacia delante, rozó ligeramente su nariz con la de él.

Troy se despertó con un grito y se incorporó bruscamente. Ella se agachó justo a tiempo para evitar que un brazo agitado la sacara de la cama.

"¿Qué? ¿Qué?"

Miró a su alrededor, sombrío, y su mirada se posó en ella.

"Maayr", le dijo.

"Ajá". Se dejó caer sobre la almohada, cubriéndose los ojos con un brazo.

Se sentó firmemente sobre su pecho.

"¡Maayr!"

"Qué chica. Buena chica", balbuceó, subiendo una gran mano para acariciarle la cabeza con rudeza. "Ahora vete a dormir".

Irritada, Gata le miró. ¿Por qué no podía levantarse e ir con su perro tonto, para que ella pudiera dormir un poco? Enganchó las garras en la parte superior de la sábana y tiró, retrocediendo para quitársela de encima.

Troy se incorporó, pasándose la mano por el pelo oscuro despeinado.

"¿Qué te pasa?", preguntó.

Esta vez su voz era lo bastante alta como para penetrar en la silenciosa casa hasta el collie del piso de abajo. Al oír la voz de su amado amo, Cherie ladró bruscamente una vez, y luego otra.

La expresión de Troy cambió rápidamente.

"¡Los cachorros!"

Saltó de la cama, cogió la bata del gancho que había detrás de la puerta y se la puso mientras salía corriendo de la habitación con los pies descalzos. Ni siquiera se paró a ponerse las zapatillas, observó Cat con desapasionamiento. Bueno, ése era su problema. Por fin tenía la cama para ella sola. Bostezó y se dispuso a dormir cómodamente.



"TE LO JURO", dijo Troy a Douglas al día siguiente, al cruzarse con su mejor amigo y compañero en el pasillo de la clínica veterinaria. "Te lo juro, es como si ese gato supiera que Cherie estaba de parto y me despertara sin más motivo que asegurarse de que yo lo supiera".

Douglas ocultó una sonrisa. "¿Cómo está Cat?"

"Es un animal precioso", respondió Troy. "Y de lo más simpática. Me sigue a todas partes de la casa, pero creo que todavía no se encuentra demasiado bien. Todavía cojea un poco, aunque he podido quitarle las vendas. No sale de casa, la he dejado dentro. En cuanto me siento está en mi regazo. Es una de las gatas más compañeras que he conocido".

Douglas tenía los ojos redondos y parecía estar ahogando algún tipo de réplica.

"Eso está... bien", dijo con cuidado. "Me alegra saber que te llevas tan bien con ella. Se lo diré a Jacinth y a los niños, han estado ansiosos por Cat".

"El mayor problema que tengo con ella es conseguir que coma", comentó Troy. "No parece tener mucho apetito".

"¿Qué es lo que le estás dando?" preguntó Douglas, aunque la respuesta era una conclusión inevitable.

Troy le miró fijamente. "Bueno... comida para gatos. ¿Qué te parece?"

"Mmmm". Douglas pareció debatir consigo mismo un largo momento. "Nunca antes había notado un problema con su apetito. Hemos visto bastante a Cat, ¿sabes? Jacinth y los niños la ven regularmente en el parque a veces, y a menudo Cat les sigue a casa y cena con nosotros. Sólo le ponemos un plato de comida de la mesa, y a ella le parece bien".

"Sí que le gustaron los espaguetis que le preparé cuando vinieron Suzanne y Mac", admitió Troy. "Yo como mucho filete, puedo darle un poco del mío, sin problemas".

Douglas volvió a esforzarse por mantener la cara seria. "Ah, sí, ha comido espaguetis en nuestra casa. También pollo frito y puré de patatas, y parece que le gusta especialmente la coliflor".

"¿Coliflor?" Troy parecía incrédulo. "¿Para un gato?"

"Mmmm Con salsa de queso. Ah, y le gusta mucho la berenjena".

Troy sacudió la cabeza. "Tío, me estás dejando alucinado. ¿De verdad quieres decir que un gato se come esas cosas? Joder, yo no tocaría la coliflor ni aunque me pagaras".

Douglas sonrió y cambió de tema.

"Los niños han estado muy ansiosos por Cat. ¿Puedo llevarlos a verla?"

"Por supuesto". Troy respondió con facilidad. "También pueden ver a los cachorros. Tráelos después de que cierre la clínica, hoy es medio día".

"Me parece bien", aceptó Douglas. Dudó y luego inclinó la cabeza hacia el despacho de Troy. "¿Tienes un segundo?"

"Claro". Troy siguió a su amigo al despacho, curioso. Conocía a Douglas de casi toda la vida, y no era frecuente que surgiera algo de lo que no pudieran hablar y que no quisieran que alguien escuchara. Se acomodó en la gran silla acolchada que había detrás del escritorio. "¿Qué pasa?"

Douglas cerró la puerta con cuidado antes de apoyar una cadera en el escritorio. Por su expresión, estaba indeciso y preocupado.

"Anoche cené con Beatrice -dijo, manteniendo la voz baja-.

Troy se echó hacia atrás riendo. "¿Tuviste una cita con Beatrice?"

"¡No era una cita!" Douglas hizo una mueca de dolor. "Bueno, supongo que lo fue. No pretendía que lo fuera, pero... bueno, se me acercó para preguntarme por la conferencia y se me insinuó un poco. Nos interrumpieron, pero me puse a pensar, ¿por qué no? Llevo dos años divorciado, tengo que empezar alguna vez. Así que pensé, ya sabes, tal vez podríamos tener una cena agradable y hablar del trabajo, y de la conferencia".

"¿Supongo que no fue así como ocurrió?"

Ahogó una carcajada cuando su amigo palideció visiblemente.

"Eh, no, no exactamente. Cuando fui a recogerla, iba vestida de punta en blanco y me lanzaba miradas de soslayo, ¿sabes? Quería salir de allí antes incluso de que saliéramos de su casa. Y -añadió- sólo quería quedar con ella en algún sitio. Casual, ¿no? Pero ella sacó un trozo de papel y estaba escribiendo su dirección en él antes de que yo pudiera decir nada".

"¿Supongo que las cosas no mejoraron a partir de ahí?". preguntó Troy cuando Douglas se sumió en el silencio.

"No tienes ni idea", murmuró Douglas. "Es una auténtica devoradora de hombres. La dejé en casa después de cenar y salí de allí como un tiro. Pero no quería hablar contigo por eso. El caso es que... se presentó en mi casa esta mañana".

"¿Qué? Troy se irguió en su silla, mirando fijamente a Douglas. "¿En serio?"

"Sí, tío. Entró como si fuera la dueña del lugar. Luego, de repente, se largó como un tiro. No sé qué ha pasado, y no me importa, mientras no vuelva, y no creo que lo haga. Pero quería que supieras que tuvieras cuidado con ella, por si se te insinúa o algo, porque eso fue totalmente espeluznante. Tengo la sensación de que es muy mala, Troy".

"Entendido. Te agradezco la advertencia".



CAT LEVANTÓ LA cabeza al oír la camioneta de Troy rodando por el camino de entrada. Saltó del sofá al suelo y aterrizó en él con elegancia y sin la dolorosa sacudida que la atravesó. Sin duda se estaba curando. Trotó hacia la puerta principal justo cuando Troy entraba.

"Hola, gatita bonita". Troy se inclinó para cogerla en brazos. Ella ronroneó, metiendo la cabeza bajo su barbilla, saboreando su olor a bosque. "Tengo una sorpresa para ti".

Aguzó el oído. ¿Espaguetis? ¿Tiramisú? ¿Cualquier cosa de Godiva?

Los neumáticos crujieron en la grava y ella giró la cabeza hacia el sonido, con las orejas echadas hacia atrás, disgustada. Las puertas de los coches se cerraron de golpe y se oyeron voces de niños. ¡Ella conocía esas voces! Se apartó de su pecho con las patas delanteras y se giró para mirar hacia la puerta. Al abrirse, aparecieron Douglas y Jacinth, seguidos de cerca por los jóvenes Ben y Molly. Cat se lanzó como un cohete a los brazos de Jacinth, ronroneando de placer. Riéndose, Jacinth se acercó al sofá y la abrazó con fuerza, mientras Ben y Molly se acomodaban a ambos lados para acariciarla. Ella frotó la cara contra la mejilla de Ben, de seis años, ronroneando doblemente.

"¡Yo también!" exigió Molly, de cuatro años, con sus dedos regordetes acariciando el grueso pelaje de Cat. La niña la abrazó con entusiasmo. Cat se estremeció un poco, pero no hizo ningún intento por liberarse y obligó a la niña a moverle las cejas, haciéndola reír.

"Con cuidado", advirtió Jacinto. "Puede que el gato aún esté bastante dolorido".

Ambos niños retrocedieron un poco, Ben miró a Cat con expresión ansiosa.

"¿Está malherida?"

Troy se acercó al sofá, haciéndole cosquillas a Gata detrás de una oreja. "El perro la mordió, ¿sabes?, y eso duele mucho. Ahora no tiene mucha energía y no se encuentra muy bien, pero se pondrá bien. Pero no la aprietes ni la acaricies demasiado fuerte, ¿vale?"

"De acuerdo", respondió Ben, y Molly asintió solemnemente. Cuando volvieron a acariciarla, lo hicieron tan suavemente que apenas podía sentir su tacto a través de su espeso pelaje. Los bigotes de Gato se movieron divertidos. Ben era un calco de su padre, con el pelo castaño y los ojos verdes, mientras que Molly era como una delicada muñeca de porcelana, toda rizos dorados y grandes ojos azules. Eran buenos chicos. A ella le gustaban.

Aun así, ya era suficiente y, al cabo de unos minutos, abandonó el regazo de Jacinth y saltó al respaldo del sofá, estirándose con gracia. Jacinth captó la indirecta y desvió la atención de los niños recordándoles que Cherie había tenido a sus cachorros.

"¿Papá?" Molly se apartó del lado de Jacinth y tiraba de la manga de Douglas, mirándole con ojos suplicantes. "Papá, ¿podemos ver a los cachorros?"

"¡Ah, sí!" Benny rebotó con impaciencia. "¡Cachorros!"

"Eso depende de Troy", les dijo Douglas.

"Claro que sí", dijo Troy con su voz profunda. Tendió una mano a cada niño. "Vamos, están en el sótano".

"Sólo tienen unas horas", explicó a los niños mientras bajaban las escaleras. "Aún no tienen los ojos abiertos, no hasta dentro de una semana o más. Podéis coger uno si prometéis tener mucho cuidado".

La gata saltó del sofá y la siguió, sorteando con cuidado la estrecha escalera. Cherie gimoteó ansiosamente cuando vio al gato, y se apoyó en Troy como para protegerse.

Perro tonto, comentó Cat a Jacinth, su voz mental goteaba una mezcla de desprecio y tolerancia divertida. *"Le he dicho que no les haría daño. Qué tonta."*

Jacinth apretó los labios con fuerza y sus ojos se iluminaron de risa.

"Cat dice que Cherie es una tonta", le susurró a Douglas.

Soltó un bufido incauto. "¿Ninny? Creo que no he oído esa palabra desde tercero de primaria. Ese pobre perro no es rival para una combinación de hembra y felino".

Gritó cuando ella contraatacó pellizcándole el brazo, y luego le dio un codazo.

"Mira cómo sujeta Molly a ese cachorro", dijo, manteniendo la voz baja. "Y balbucea como un arroyuelo. Quizá debería decirle a Troy que quiero uno de ellos cuando sean lo bastante mayores".

Oh, estupendo, se quejó Cat al Djinn, inspeccionando a los cachorros desde una distancia circunspecta, respetando el instinto maternal de Cherie. *Como si no fuera bastante malo tener que lidiar con esa bolita de pelusa descerebrada que Douglas trajo a casa.*

Jacinto pareció divertido ante la descripción que hizo de su gatito, y Gato volvió a subir los escalones del sótano. Un cachorro. Ah. Saltó al sofá y se estiró al calor del sol que entraba por la ventana. Jacinth y Douglas subieron unos minutos después y salieron al exterior, donde oyó sus voces alejarse en dirección al prado de los caballos.

Se quedó adormilada, con un oído medio pegado a las voces de los niños que subían flotando

desde las escaleras del sótano, junto con el estruendo más profundo de Troy. Le dolía el hombro donde el perro le había hincado el diente, a lo que no había contribuido su impetuoso salto a los brazos de Jacinth ni el abrazo demasiado entusiasta de Molly. No es que culpaba a la gatita. Estaba bien que una niña te quisiera, de forma tan sencilla e incondicional. Pero con tanto movimiento, parecía dolerle todo; las costillas le dolían con cada respiración y la pata trasera le dolía tanto que sólo la vanidad le impedía cojear. Estaba harta de sufrir.

Si fuera humana le darían Vicodin, pensó enfurruñada. Por supuesto, si volviera a su forma humana le dolería mucho más que ahora. Su anterior experimento se lo había demostrado. Pero no era justo, sólo por ser una gata tenía que sufrir.

Iba camino de montar en cólera cuando, de repente, Jacinth apareció en el salón, a menos de medio metro de distancia. Cat se sobresaltó.

No hagas eso, gruñó. Entonces vio que las mejillas de la Djinn estaban manchadas de lágrimas y que tenía un aspecto decididamente infeliz. Ut-oh. Problemas en el Paraíso. Jacinto se hundió en el sofá y Gato saltó con cuidado hacia abajo, frotándose contra la pierna de la Djinn. Ésta le dio un codazo y Jacinth la cogió en brazos, enterrando la cara en el pelaje de Cat.

"Douglas dice que me quiere", susurró ella. "¿Qué voy a hacer?"

¿Ha sido una sorpresa? O-kkkkay.

Claro que sí. ronroneó Cat, inclinándose hacia el Djinn. *Cualquiera lo haría. ¿Y qué hay de malo en ello? Tú también le quieres.*

"¿Es tan evidente?"

Sólo a un gato. respondió Cat en su tono más petulante, intentando aligerar el ambiente. Se sintió aliviada cuando Jacinth se rió. Cat nunca había hecho eso de ser amiga de una chica... definitivamente no era su estilo... y aunque lo hubiera hecho, no le habría servido de nada saber qué decirle a un ser mítico de siglos de antigüedad que estaba enamorado de un hombre muy mortal. Podría recurrir al viejo "más vale haber amado y perdido que no haber amado nunca", pero tenía la sensación de que eso no era lo que Jacinto quería oír ahora.

Unos pasos subieron las escaleras y Ben y Molly irrumpieron en el salón, con Troy detrás, justo cuando Douglas llegaba del patio trasero.

"He oído que vas a añadir un cachorro a tu colección", saludó Troy con una sonrisa a su amigo y compañero. "Lo sabía, tío. Te encantan estos niños".

Lo único que podían hacer Ben y Molly era arrastrar a su padre escaleras abajo para que viera al cachorro que habían elegido. Jacinth les siguió, llevando a Cat, que olisqueó el pequeño bulto de pelo que Ben le tendió para que lo examinara. Bajó de un salto para que Jacinth pudiera sujetar al cachorro y trotó hasta los pies de Troy, enroscándose sinuosamente en sus tobillos antes de mirarle imperiosamente. Con una carcajada, Troy la levantó y la rascó distraídamente detrás de las orejas mientras daba un codazo a Douglas.

"Entonces, cuando estés listo para el cachorro, ¿te lo envío con Beatrice?". se burló de su amigo.

¿Beatrice? Instintivamente, Gata clavó sus garras y Troya chilló, dejándola caer. Cayó ligeramente de pie, aunque el impacto volvió a sacudirle el hombro y la pierna heridos, pero no le prestó atención. ¿Beatrice? ¿Eh?

"¡Me ha arañado!" Troy la miró fijamente y Cat le dirigió su mejor mirada de "¿quién, yo?". Douglas se apartó, ahogando una carcajada, mientras Jacinth fulminaba a Troy con la mirada.

"Vamos". Douglas tendió las manos para que sus hijos las cogieran. "Es hora de volver a casa".

De vuelta en el salón, Cat se sentó junto a la puerta para ver cómo los niños se despedían de

Troy y le daban las gracias. Jacinth rebuscaba en el bolso, probablemente las llaves del coche.

"La gata tiene buen aspecto", comentó Douglas a Troy. "¿Nos la llevamos a casa?"

Las orejas de la gata se echaron hacia atrás y, abriendo mucho la boca, le siseó. Salió disparada, corriendo a su lado, entre las piernas de Troy, y subió las escaleras.

"Eh... supongo que no".

Troy parpadeó tras su invitado felino, y luego se volvió hacia ellos con una sonrisa irónica.

"Te lo juro, creo que a veces lo entiende. Oye, no me importa quedármela. Es una gata muy guay. Pensé que seguro que alguien la estaría buscando, porque ha estado muy bien cuidada. Por otra parte, nadie ha contestado a los anuncios que puse en el periódico".

"Parece que te has buscado un gato". Luego, en voz baja, Douglas murmuró: "Mejor tú que yo".

Ya lo he oído.

La risa de respuesta de Jacinto subió las escaleras, apresuradamente sofocada.

CAPÍTULO 6



CAT SE PASEABA por la casa, aburridísima. Troy se había marchado a su conferencia el día anterior, y Cat estaba aburrida, aburrida, aburrida. Cherie se pasaba todo el tiempo acurrucada en la suave y cálida cama del sótano con sus bebés. Suzanne había venido anoche a ver cómo estaban los cachorros, a dar de comer a Cat y Cherie y a cerrar la casa, y esta mañana había vuelto a pasarse de camino a la clínica. Efectivamente, la mujer le había dejado comida para gatos. ¡Comida para gatos! Cat levantó el labio con desdén. Pero ella también tenía hambre. Troy había limpiado cuidadosamente la nevera de productos perecederos, lo que podría haber alegrado el corazón de una madre, pero no le valió la aprobación de Gato.

Pensó en su probable destino: Vivir a base de judías enlatadas, de las que había en abundancia, hasta que Troya llegara a casa mañana por la noche. Qué asco. O bien, podría buscarse la cena en otro sitio. Eso implicaría volver a casa para ponerse su propia ropa. Era arriesgado; el Werecat podría estar vigilando su casa, pero ella no podría entrar sin que la invitaran. La Regla del Hogar era sagrada para todos los metamorfos, y el castigo por infringirla, rápido y severo. Ni siquiera un Pícaro se arriesgaría a quebrantarla. Además, podría conseguir ropa y objetos personales... y tentempiés... para esconderlos en casa de Troy.

Al otro lado de la habitación, el reloj de pared indicaba que eran casi las dos de la tarde. Abucheos. O... Volvió a mirar el reloj. En un día tan bonito y soleado como aquel, era muy probable que Jacinth hubiera llevado a Ben y Molly al parque. Podría ir a pasar el rato con el Djinn y los kits, y seguirlos a casa para cenar. La Djinn no cocinaba nada mal. Cat tendría que conseguirle la receta de tiramisú de Troy. Se lamió los labios.

En cualquier caso, tenía que tener forma humana. Volvió a recostarse en el sofá, permitiendo que el Cambio se produjera con facilidad, sintiendo el hormigueo cuando las patas se convirtieron en pies y manos, los miembros se alargaron, el pelaje se desvaneció hasta convertirse en piel suave. Al levantarse del sofá, Katerina hizo una mueca de dolor en la pierna. Debía de haber sufrido algún daño muscular profundo para que aún le doliera tanto en su forma humana. Como gata, la pierna apenas le molestaba ya. Se dirigió al teléfono y rebuscó en la agenda de la encimera de la cocina. Como amigo y socio de Troy, casi seguro que tendría anotado en alguna parte el número de teléfono de casa de Douglas. Sin duda, allí estaba. En la "D" de Douglas, no en la "M" de McCandliss. Puso los ojos en blanco. ¡Hombres!

Katerina marcó, y esperó mientras el teléfono sonaba y sonaba. Cuando contestó el contestador automático, colgó el teléfono. Era posible, por supuesto, que Jacinto se hubiera ido con los niños a otra parte, pero se arriesgaría. Lo peor que podía pasar era que el Djinn no

estuviera en el parque, y Katerina podría recurrir al plan B, arreglarse y salir a cenar sola a algún sitio. No le gustaba mucho cocinar para sí misma. Pero apostaría el pedigrí de su abuela a que Jacinth y los niños estaban en el parque. Eligiendo al azar, llamó a una compañía de taxis y les dio la dirección de Troy. Normalmente utilizaba Uber, pero sin su teléfono ni los números de su tarjeta de crédito, tendría que pagar un taxi en metálico al llegar a casa.

Subió las escaleras y volvió a rebuscar en el armario de Troy, donde encontró una camisa de lino a rayas de gran tamaño. Volvió a utilizar una de sus corbatas como cinturón y miró su reflejo en el espejo. No conseguiría que la detuvieran en público, pero afortunadamente sólo la vería el conductor del Uber.

Salió a recibir el coche cuando éste entró en el largo camino de entrada. La conductora, una mujer mayor, charló alegremente con Katerina durante el trayecto hasta su casa.

Media hora más tarde, Katerina entraba en su casa por primera vez en más de una semana. Entró con la llave que tenía escondida bajo una roca en el patio trasero. Le resultaba extraño estar aquí, la casa vacía y silenciosa le parecía extraña y ajena. Se había acostumbrado a la comodidad hogareña de la casa de Troy, al chasquido de las uñas de los pies de Cherie. Volvió al piso de arriba, se quitó la ropa y llamó al Cambio. Una vez en su forma gatuna, atravesó la gatera de la puerta trasera y se dirigió directamente al parque que había a unas manzanas de distancia.

Efectivamente, cerca del parque infantil Jacinth estaba sentada en un banco, observando a Ben y Molly. Era extraño, de hecho. Alegre y con una alegría casi infantil, a la Djinn normalmente le encantaba jugar con los niños, reírse de sus juegos, empujarlos en el tiovivo o en los columpios. En cambio, una extraña mujer jugaba con los niños. Gato saltó al banco junto a Jacinto.

Hola, Djinn.

Jacinto pareció alegrarse de verla, y Gato ronroneó cuando la Djinn acarició su espeso pelaje. Jacinth era bonita, con su piel de color bronce claro que delataba su origen de Oriente Próximo, y una melena de brillante pelo de ébano que solía llevar recogida en una coleta alta, dejando el cuello al descubierto. Inteligente, dada la humedad de finales de verano. Sus ojos eran grandes y marrones, del color del chocolate, y en ese momento mostraban una expresión triste, lo que resultaba extraño, ya que la Djinn, por lo general efervescente, rebosaba felicidad.

"¿Qué haces aquí?" preguntó Jacinto. "Creía que eras feliz en casa de Troy".

Tenía que salir de la ciudad. La gata movió la cola irritada. *A alguna conferencia veterinaria. Es aburrido estar ahí fuera sólo con ese perro tonto como compañía. Llamé a un taxi y me fui a casa, luego vine al parque. Pensé que hoy os encontraría aquí a ti y a los kits.*

Cat miró hacia el patio de recreo. *¿Quién es esa mujer que está con tus kits?*

"No son míos". ¿Era nostalgia lo que oía en la voz del Djinn? Cat levantó rápidamente la vista, para ver la mirada de Jacinth sobre los niños. "Es la madre de los niños, la ex mujer de Douglas, Lilian".

Los labios de Gato se retrajeron en un siseo. ¡La mujer que tanto había maltratado a los kits! ¿Qué hacía aquí? Sintió que se le erizaban los pelos al pensar en la mujer. Algo iba mal, pero no sabía qué. Algo en aquella mujer hacía que todos sus instintos se estremecieran de desconfianza. *¿Quieres que le destroce las medias?*

A Jacinth le brillaron los ojos y se rió, pareciéndose más a sí misma. "No, pero gracias".

Gato se despezó en el extremo del banco cubierto de sol y sombra, disponiéndose a dormir bajo la mano acariciadora del Djinn. *Como quieras. Avísame si necesitas ayuda.* Sus bigotes se crisparon. A lo lejos oyó las risas de Molly y Ben mientras daban vueltas en el tiovivo. *Nadie se venga como un felino.*

Un rato después, Ben y Molly se acercaron corriendo al banco. Junto a los columpios, la madre de los niños saludó a Jacinto con la cabeza y se dio la vuelta para acercarse a una fuente de agua que había en el otro extremo del parque infantil.

"¡Mira, es Cat!"

Se deleitaba con el gran alboroto que armaban los cachorros con ella, acariciando su espeso pelaje, e incluso lo permitía cuando Ben la levantaba, dispuesto a llevarla a casa. Los Maine Coon eran gatos grandes y pesados, y a los seis años Ben no sería capaz de llevarla todo el camino, pero ella siempre le permitía que la llevara tan lejos como pudiera antes de que la pusiera en pie y ella condujera el resto del camino hasta su casa, a la vuelta de la esquina del parque.

Acababan de llegar al aparcamiento cuando la paz del parque se vio rota por un chillido estridente. Cat se asomó por encima del hombro de Ben para ver qué pasaba, y vio a la madre de los niños que venía corriendo hacia ellos. Parecía una loca, y Jacinth echó a correr, arrastrando a los niños con ella.

Gato percibió la oleada de regocijo malicioso de la mujer y se dio cuenta de lo que pretendía.

¡No! Ha enviado al Djinn. No huyas. Eso es lo que ella quiere que hagas. ¡Te hace parecer culpable!

Jacinto se detuvo y la miró fijamente, luego volvió a mirar a la mujer de ojos salvajes que se acercaba. "¿Culpable?"

"¡Detenedla!" gritaba Lilian. "¡Tiene a mis hijos! ¡Esa mujer me está robando a mis hijos!"

El grupito ya estaba quieto, y Ben se quedó con la boca abierta al ver acercarse a su madre. Cat forcejeó para agacharse y él la soltó, sin apenas darse cuenta. Cat le vio agarrar con fuerza la mano de Jacinth. La gente se acercaba ahora, agolpándose, irradiando ira, incluso odio, contra alguien que robaba a un niño.

Cat se puso sobre sus talones, huyendo velozmente por el parque. Esquivó bajo las ruedas de los coches, que afortunadamente iban despacio en la zona de juegos, y bajó por la calle hasta donde vivía Douglas. De algún modo tenía que entrar en la casa y llamar a Douglas.

No podía creer su suerte cuando vio su todoterreno aparcado en la entrada. ¡Estaba en casa! Saltó hacia el timbre, pero en su agitación falló y rebotó contra la dura puerta de madera. Consiguió ponerse en pie, pero le dolía la pierna herida. Volvió a intentarlo, justo cuando se abrió la puerta.

"¡Eh!"

Cat corrió entre sus piernas, entró en la casa y bajó por el pasillo hasta el cuarto de baño que había allí. Cambió, transformándose rápidamente en su forma humana. Cogió una toalla y, envolviéndose en ella, abrió la puerta del cuarto de baño, casi chocando con el ancho pecho de Douglas.

"¿Gato?"

Por supuesto. Aunque sabía que era una metamorfa, ni él ni Jacinto la habían visto antes en forma humana.

"Sí". Jadeó, forzando las palabras. "Tienes que ir al parque. Tu ex mujer está allí, intentando llevarse a los niños. Afirma que Jacinto los secuestró, y ha reunido a una multitud".

"¡Diablos!" Se metió en su habitación y, al volver, le puso una camisa en las manos.

"Toma, coge una camiseta. Tendremos que buscarte unos pantalones en la habitación de Jacinto".

Ella le agarró del brazo. "No hay tiempo, no hay tiempo. ¿Tienes pantalones de chándal, de los que tienen cordones?"

"Sí, aquí".

Se las lanzó. Ella ya se estaba deslizando dentro de la camiseta. Asomó un brazo y cogió los pantalones.

"Ve", me instó. "Iré detrás de ti".

Él corrió por la casa y ella luchó tras él, saltando sobre un pie cada vez para ponerse los pantalones. Cuando ella llegó a la escena del parque, él ya le llevaba mucha ventaja y cojeaba mucho.

Cuando Douglas se acercó al grupo, la multitud se separó, volviéndose para ver cómo se acercaba. Había un policía, vio Katerina con alivio. Benny abrazaba a Jacinth como si su vida dependiera de ello, pero a poca distancia de ellos, Lillian sostenía la mano de una sollozante Molly.

De repente, Lillian se dio la vuelta y echó a correr, arrastrando a la niña con ella. Hubo una oleada de energía crepitante que Cat reconoció por lo que era: energía Djinn. La mujer tropezó, arrastrando a Molly con ella. El policía la alcanzó en un instante.

"Supongo que eso lo resuelve todo". El policía levantó a Molly y se la pasó a Jacinth, luego dirigió su atención a Lillian, y con mucha menos delicadeza la puso en pie.

Colgada en el borde de la multitud, Katerina no estaba lo bastante cerca para oír lo que se decía, pero el policía escuchaba atentamente a Douglas mientras Jacinth abrazaba y tranquilizaba a los niños.

El súbito chillido de Lillian rasgó el aire y todo el mundo, incluida Cat, se volvió para mirarla. Volvió a gritar, señalando con el dedo.

"¡Dios mío! Aléjalos... Aléjalos de mí!"

Todos miraron en la dirección que ella señalaba, hacia un grupo de arbustos al otro lado del ancho camino.

"¡Los elefantes!" El rostro de Lillian se había vuelto blanco como la sábana, sus ojos se abrieron de par en par por el terror, y retrocedió unos pasos a trompicones. "¿No los ves? ¡Todos esos elefantitos que vienen hacia nosotros! Elefantes rosas".

La expresión del policía cambió. Se inclinó hacia delante, olfateando experimentalmente. Su mirada se deslizó hasta encontrarse con la de Douglas. "¿Alcohólico?"

Douglas asintió, y el fornido oficial suspiró. "Estupendo".

Jacinth se volvió, aún con Molly en brazos, cuando Katerina se acercó a ellos. Jacinth la miró largamente y luego sonrió.

"¿Gato?", dijo en silencio. Douglas se unió a ellos en ese momento y le tendió la mano.

"Gracias por venir a buscarme tan rápido".

Le cogió la mano, se la estrechó, encontrando su agarre firme y seguro.

"Soy Katerina", dijo en voz alta.

Molly seguía llorando, tendiendo los brazos a su padre, y él la cogió de Jacinth, y se dirigieron fuera del parque, con Benny aferrado al costado de su padre como una enredadera. Las dos mujeres se quedaron unos pasos atrás, hablando en voz baja.

"Siento no haberla leído a tiempo para saber lo que planeaba", dijo Katerina. "Vi que los niños eran felices, y eso me bastó. No fue hasta que os alejasteis y ella empezó a perseguiros cuando me di cuenta de su intención".

Jacinto la estrechó en un fuerte abrazo. "Fue suficiente. Y trajiste a Douglas. No puedo agradeceréte lo suficiente".

Katerina devolvió el abrazo rápidamente, y luego dio un paso atrás, como si le incomodara el contacto personal.

"Tienes que llevar a los ki... a los jóvenes a casa. Volveré a verte pronto".

Se dio la vuelta y se alejó por la hierba, cojeando mucho ahora, con la cadera dolorida y la pierna como si la hubieran abrasado con un atizador caliente.

Sin embargo, una vez fuera de su vista, regresó a la casa de Douglas y entró en el patio trasero por la puerta lateral. Se despojó de la ropa de Douglas y cambió a su forma gatuna. El dolor no era tan intenso, pero seguía cojeando cuando se dirigió a la puerta del patio.

Djinn, ha llamado. Estoy en el patio. Déjame entrar.

Jacinth apareció en la amplia puerta de cristal, con su largo pelo negro despeinado y aspecto ansioso. El gato se precipitó hacia el interior al abrir la puerta.

Pensé que podría ayudar más de esta forma, le dijo Cat. *¿Cómo están los cachorros?*

"Estarán bien". La voz de Jacinth era temblorosa, y Cat se dio cuenta de que el Djinn temblaba, sufriendo una reacción ahora que el peligro había pasado.

"Mirad a quién he encontrado fuera", dijo Jacinth al pequeño y silencioso grupo del salón. Douglas estaba sentado en el sofá con un niño arrimado a cada lado. Los niños parecían apagados, pero cuando vieron a Cat se deslizaron fuera del sofá para saludarla, y Douglas tiró de Jacinth para que se sentara a su lado. Satisfecha, Cat volvió su atención hacia Ben y Molly, ronroneando a dos tiempos mientras la acariciaban y la acariciaban, y amasando suavemente en el regazo de Molly hasta que la niña soltó una risita.

"He traído pollo frito a casa para cenar", anunció Douglas al grupo, y Ben y Molly se animaron. También lo hizo Cat, a la que se le hacía la boca agua expectante.

Después de cenar, Douglas anunció la hora del baño y de acostarse. Cat sintió la resistencia de los niños. Mientras estaban con su padre se sentían seguros, pero no querían que los acostaran y los dejaran solos.

Mala idea, le dijo Cat a Jacinth. *Tienes que quedarte con ellos hasta que duerman.*

Jacinto asintió con la cabeza.

"¿Qué tal si primero nos bañamos?", sugirió. "¿Y luego nos sentamos a leer todos juntos?".

Esto fue aprobado, y los niños fueron a buscar sus pijamas y zapatillas.

Tengo que volver a casa de Troy antes de que Suzanne venga después del trabajo a dar de comer a Cherie y descubra que no estoy. ¿Puedes llamarme a un Uber? Además, ¿tienes algo de ropa que me puedas prestar que me quede mejor que el chándal y la camiseta de Douglas? Por cierto, las dejé en el patio trasero".

Jacinth asintió con la cabeza y la guió por el pasillo. "Toma", abrió la puerta del cuarto de baño. "Ahora vuelvo".

Regresó un momento después, con un mono de color ámbar en la mano. "Puede que aún te quede un poco grande, pero es sólo el color de tus ojos".

Cat miró la prenda y dio su aprobación. Podía remangar los puños del pantalón y quedaría bien. Jacinth depositó una pequeña pila de artículos sobre la encimera del baño: ropa interior y un par de zapatos bajos, y Cat asintió con un gesto de agradecimiento. A solas en el baño, cambió a su forma humana y se puso el traje. El Djinn tenía razón, sólo era el color de sus ojos. Era un poco largo, y se agachó para arremangarse el puño de los pantalones. Maldita sea, le dolía.

Abrió de golpe la puerta del baño. "¿Es seguro?"

"Un momento". Jacinth bajó al pasillo y se asomó a la habitación de Molly, donde Cat podía oír a Douglas hablando con los dos niños. Jacinth le hizo un gesto. Deslizándose rápidamente por el pasillo, Cat salió por la puerta principal hacia el coche que la esperaba.

Una vez en casa, sacó una bolsa de viaje y empezó a empaquetar rápidamente algunas cosas.

Le vendría bien tener su propia ropa para vestirse durante el día; ya había buscado un lugar en uno de los dormitorios de invitados de la planta baja donde esconder cosas. La cama de invitados tenía un roto en la tela debajo del somier... que ella misma había hecho... donde podría esconder algunas pertenencias. Ropa y un par de zapatillas, junto con su bolso.

Hizo la maleta, abrió la aplicación Uber y pidió que la llevaran. Era tarde, hora punta, y no sabía cuánto duraba la consulta de Suzanne. Podría resultar incómodo si llegaba, con bolso y todo, justo cuando Suzanne entraba o salía.

Estaba cerrando la puerta de su casa, con la intención de esperar a su Uber en la acera, cuando sintió que la invadía una oleada de malicia. Katerina levantó la cabeza y se puso rígida de miedo y aversión. ¡El Hombre! El Pícaro estaba esperando. Debía de haber estado de nuevo en el parque, la había visto allí y había vuelto para esperar su oportunidad aquí, donde estaba sola y desprotegida.

Katerina regresó al interior de su casa en un santiamén, cerrando la puerta de un portazo. La ley de los metamorfos la protegía en su casa; ningún canalla, por loco que fuera, anularía esa ley, pues sería perseguido y asesinado con todo el poder del Consejo, no sólo del Consejo de los Metamorfos, sino también del Consejo Mágico. Mientras el Werecat no entrara en su casa por otros medios, estaba a salvo. Se estremeció y se paseó por el suelo del salón hasta que llegó el Uber. Esperó a que el conductor se acercara a la puerta para abrirla y dejar que bajara la bolsa hasta el coche. Detrás de ella, la amenaza se transformó en frustración e ira. ¡Esta vez había burlado al Granuja!

Aun así, para estar segura, cambió de ruta e hizo que el conductor la llevara a un centro comercial iluminado, lejos de la dirección del parque. Esquivando el aparcamiento del centro comercial, hizo señas a un taxi en la concurrida calle. No estaba dispuesta a arriesgarse a que el Werecat encontrara la forma de rastrear el destino del Uber hasta la casa de Troy. La Pícaro ya había demostrado ser tan astuta como malvada, y Katerina no se arriesgaría a subestimarla.

CAPÍTULO 7



PASARON LOS DÍAS y Cat se acostumbró a una especie de rutina suave. Todas las mañanas se cambiaba y se duchaba, luego se ponía la vieja camisa de trabajo de franela de Troy y se servía discretamente la comida que había en la cocina. Había aprendido a ducharse poco después de que Troy se marchara, porque nunca sabía cuándo podría tener un día tranquilo en la clínica y pasarse por casa a comer algo rápido o a acicalar a sus caballos.

Una semana después de que Troy la llevara a su casa, estaba tumbada en el alféizar de la ventana de la habitación de invitados. Era perfecto para un gato, pues era bonito y ancho. Desde allí podía observar a los caballos en su prado, pastando con perezosos meneos de cola que atraían poderosamente su naturaleza felina. Mirando por la ventana, Gata suspiró. Ojalá pudiera estar allí en su forma humana. Por lo general, no le interesaba demasiado el tema de la flora y la fauna, pero un árbol grande y extenso, encaramado en una suave elevación del terreno y recortado contra el cielo azul, parecía llamarla. Podía imaginarse a sí misma tumbada bajo las anchas ramas, esbozando sus diseños en el cálido aire de finales de verano. Pero no tenía forma de explicar su presencia si Troya llegaba pronto a casa y la descubría allí.

Se encontraba dividida entre la necesidad de volver a su vida humana y la satisfacción que había encontrado aquí, con Troy, en esta anticuada casa de campo. Para hacer sus diseños y dirigir su negocio, necesitaba estar en su forma humana. Tenía cosas que hacer, de las que ocuparse. Necesitaba llegar a su casa y comprobar su correo, sus correos electrónicos. Si se quedaba aquí, corría el riesgo constante de que Troy la descubriera, por un medio u otro. Además, se estaba gastando una fortuna en taxis, y al final alguien se daría cuenta y se lo diría a Troy, o él llegaría a casa justo cuando ella se marchara, o llegaría a casa y no la encontraría allí.

La alternativa, por supuesto, era volver a su casa, donde pertenecía. El problema era que ya no sentía que perteneciera a ese lugar. Y, de todos modos, aún no estaba preparada para hacerlo. Le gustaba estar aquí. Le gustaba estar con Troy. Le gustaba su casa, el ambiente hogareño, el granero, los caballos, el amplio y verde césped y los pastos con árboles frondosos y, vale, sí, ¡incluso le gustaba su perro! Y los cachorros eran sencillamente adorables.

Además, hasta que se ocuparan del Granuja, aquí estaba más segura. Además, estaba en mejores condiciones para asegurarse de que el Granuja no clavara sus garras en Troya. Un juego de palabras, por supuesto, pensó con un bufido felino de diversión. Al menos su hermana estaba a salvo; Melanthe y sus cachorros habían sido acogidos por la pareja que, con la ayuda de Jacinto, los había rescatado del Werecat hacía unas semanas. Pasarían meses antes de que los cachorros pudieran cambiar a su forma de crías humanas, y después no podrían volver a

transformarse en gatos hasta que fueran bastante mayores.

Aquella tarde, cuando Troy salió a dar de comer a los caballos, Gato lo siguió hasta donde pastaban los caballos gigantes en su prado junto al granero. Era el atardecer, el sol se hundía en el horizonte y llenaba el prado de una luz dorada que se colaba entre los árboles.

Troy parecía complacido, y se agachó para acariciarle el espeso pelaje. "Empiezas a sentirte mejor, ¿verdad, gatita?"

Al detenerse en el establo, se llenó los bolsillos de grano de unos grandes cubos que había dentro. Gata trotó a su lado, aún favoreciendo su pata trasera, y luego saltó y se encaramó a lo alto de un poste de la valla cuando uno de los caballos se acercó voluntariamente a ella. El enorme animal aceptó la ofrenda de grano de la ancha mano de Troy mientras éste le acariciaba la brillante piel negra.

"Son frisonas", le dijo a Gato con orgullo, acariciando el cuello musculoso y arqueado con evidente afecto. "Son caballos de paso. Antiguamente se criaban para ser montados por caballeros".

El caballo sacudió la cabeza, con la espesa crin al viento, y sopló por las fosas nasales como si supiera que lo admiraban. Tras lamer los últimos trozos de grano de la mano de Troy, levantó la cabeza, dirigiendo su atención al poste de la valla donde estaba sentado Gato, que olfateaba inquisitivamente. Gato se puso de pie, balanceándose precariamente sobre el poste de la valla, y se inclinó hacia delante para olisquear el hocico negro y aterciopelado que tenía delante. El caballo volvió a resoplar, sacudió la cabeza por última vez, dejando volar la pesada crin, y se alejó.

"Prow". comentó Cat, aprobándolo.

Troy alargó la mano para rascarle la nuca, admirando los reflejos que la luz del sol que entraba por los árboles sobre ellos hacía en su pelaje multicolor. Ella arqueó la espalda mientras él la acariciaba, empujando la cabeza contra su brazo, y él se rió.

"No tienes miedo de nada, ¿verdad, gatita bonita?"

Cat reprimió un escalofrío. Había algo que temía, pero el Pícaro estaba muy lejos y no tenía ni idea de dónde estaba. Troy la levantó de la valla y la acunó en el pliegue de un brazo fuerte. Con la otra mano le rascó debajo de la barbilla y ella estiró la cabeza, inclinando la mandíbula para asegurarse de que llegaba justo a los puntos adecuados, y ronroneó en señal de agradecimiento. ¡Podía vivir así!

"Sí, una gatita muy, muy guapa", dijo.

Se oyó un zumbido y se llevó la mano al bolsillo.

"Sí".

Los bigotes del gato se crisparon. ¿Quién contestaba al teléfono con un Yep? Debe de ser cosa de tíos.

Troy escuchó y su expresión se volvió seria. "¿Breech? Maldita sea. Sí, estoy en ello. Estaré allí en media hora, Doug".

Apagó el teléfono y volvió a guardárselo en el bolsillo. "Vamos, gatita bonita. Vuelve a la casa por ti. Tenemos una yegua parida en la clínica y me necesitan".

Al ver desaparecer las luces traseras de su camioneta cuando Troy giró hacia la carretera principal, Cat movió la cola, molesta. En realidad no era culpa suya, pero había llegado a ver las tardes acurrucada en su regazo como su derecho. Aun así, ya era hora de que llamara a Roberta, su ayudante. Lo había pospuesto demasiado.

Entró en la habitación de invitados, al fondo de la casa, saltó encima de la cama y, estirándose lánguidamente, alcanzó el Cambio, abrazando su forma humana. Allí tumbada, se

estiró, flexionando la espalda y el hombro de forma experimental. El dolor ya se había reducido a una molesta molestia. Se deslizó fuera de la cama y metió la mano debajo de ella, sacando su pequeña bolsa de ropa y su teléfono móvil, Cambiándose rápidamente antes de abrir el teléfono y llamar a su ayudante.

"¡Katerina!" le gritó la voz de Roberta, y ella se estremeció, apartándose el teléfono de la oreja. "¡Gracias a Dios! ¿Estás bien? ¿Dónde has estado?"

"Lo siento, Roberta", Katerina rara vez se disculpaba, pero sentía que se lo debía a su ayudante, por la preocupación y las molestias que le había causado. "Me agredieron y acabé en el hospital". No era exactamente una mentira, sino más bien un juego de manos, pensó Katerina. La clínica veterinaria de un refugio de animales era algo así como un hospital, ¿no? "Estaba bastante malherida, y no podía estar en contacto antes de esto".

"¿Estás bien?" La preocupación flotaba en la voz de Roberta.

"Por ahora me estoy recuperando. Y, ¿Roberta? Esto es sólo entre tú y yo, ¿vale? No quiero que la prensa se entere y lo convierta en algo sensacionalista, y de todos modos no sé quién fue el que vino a por mí. Dejaremos las cosas como están, y cuando vuelva diré que no he estado disponible".

"¡No es que no estemos acostumbrados a cubrirtelo!", dijo Roberta con irónica diversión.

"Muy cierto", Katerina también se rió. "Los plazos no son lo que más me gusta".

"Nunca me habría dado cuenta". El tono de Roberta era seco.

"Vale, ahora". Katerina pasó al modo de negocios. "Me alojo en casa de unos amigos que me cuidan mientras me recupero. Prepararé mi ordenador para conectarme a distancia desde aquí. Además, necesito que me envíes todo lo relativo a la colección de primavera que he dejado en la oficina. No lo envíes por fax, sino escaneado y por correo electrónico. De hecho, necesitaré que te pases por mi casa y compruebes mi correo cada pocos días hasta que pueda volver a casa por mis propios medios. Supongo que aún tienes mi llave".

"Sí, y fui allí a buscarte cuando no apareciste la noche de la recogida. Estaba muy preocupada".

La oleada de miedo no se hizo esperar. "¿Viste a alguien allí? ¿Se acercó alguien a la puerta?"

"No, nadie. ¿Por qué?"

"No estoy seguro, pero... mientras estés allí, no dejes entrar a nadie. No importa quién diga ser, ni por qué diga que está allí. Si no soy yo, no abras la puerta".

"¿Qué ocurre?" La voz de Roberta era aguda, ansiosa.

Katerina dudó. No podía decirle la verdad a Roberta, pero la mujer estaba cerca de ella, era su ayudante jefe y le quitaba a Katerina muchos de los detalles insignificantes del negocio. Se merecía algún tipo de explicación.

"Yo... creo que tengo un acosador", admitió. "Ésa es una de las razones por las que me quedo con amigos. Pero es de vital importancia que no abras la puerta a nadie, ¿vale?"

"¿Incluso Melanthe? ¿Tu hermana?"

"Melanthe tiene su propia llave", respondió Katerina. "No voy a estar muy disponible por teléfono durante un tiempo, aún duermo mucho y tengo el teléfono apagado. Así que el correo electrónico es la mejor forma de contactar conmigo, al menos de momento".

"No hay problema". Roberta hizo una pausa. "¿Te has hecho mucho daño? ¿De verdad estás bien?"

"Fue bastante malo", admitió Katerina. "Y sí, estoy bien. Pero la curación es lenta, y parece que no tengo mucha energía".

La preocupación en la voz de Roberta llegó a través de la línea telefónica. "¿Has ido a la policía? Sabes que con los acosadores no se juega ni se toma a la ligera".

No es broma. "No tengo ninguna prueba", suspiró Katerina en voz alta. "Si tuviera la más mínima prueba de que fue algo más que un accidente, estaría en comisaría en un santiamén, puedes estar segura. Mientras tanto, tendré mucho cuidado, ¿vale?".

"Bueno, vale", Roberta parecía reacia. "Pero si ocurre algo más, será mejor que hagas un informe, o lo haré yo. ¿Entendido?"

"Entendido. Cuéntame", invitó. "¿Cómo fue la recogida? Si hay algo que realmente me molesta de todo esto... aparte de haberme lesionado... es que me perdí la recogida".

"¡Oh!" La voz de Roberta se iluminó. "¡Ha sido perfecto! Todo salió a pedir de boca. Salvo preocuparme por ti, no podía estar más contenta. En todo caso, el misterio de tu paradero no hizo sino aumentar la cobertura y mantener la atención de la prensa sobre nosotros durante días. Roger está que no cabe en sí de gozo".

"Me lo imaginaba", Katerina ahogó una carcajada, pensando en su jefe. "Si lo supiera, probablemente pensaría que es un gran truco publicitario, así que asegurémonos de que no se entere. No estoy dispuesta a hacer mucho más por las relaciones públicas, ¡y esto ya ha sobrepasado ese límite!



MIENTRAS LA LUNA llena brillaba a través de las ventanas de la habitación del establo, la cabeza de la yegua yacía lánguida sobre la paja, con los ojos apagados por el dolor y la respiración entrecortada. Troy se secó el sudor de la cara con un antebrazo manchado de sangre. Douglas y él llevaban horas intentando girar el enrevesado cuerpo del potro en el vientre de su madre. Agarró a su amigo por el hombro.

"Mírala, tío", dijo, odiando las palabras incluso mientras las pronunciaba. "No le queda nada que dar. Aunque consigas convertir al potro, no estoy seguro de que pueda sacarlo".

"Lo sé". Douglas se desplomó tanto por la desesperación como por el agotamiento. Apretó los puños y levantó la cabeza para gritar al mundo. "¡Maldita sea! Ni siquiera ha tenido una oportunidad. Acabábamos de conseguir que se diera la vuelta. Nos estaba aceptando. Seguía a Jacinth como un cachorro, incluso dejaba que los niños se acercaran, que la acariciaran".

"Lo sé, tío. Lo sé". Troy no sabía qué decir. Como veterinario, ambos veían morir animales todos los días, pero eso no lo hacía más fácil. Firefly había llegado a ellos muy maltratada, y Douglas había pasado semanas trabajando con ella cuando todos los demás la habían abandonado... incluso Troy. Pero Douglas había tenido paciencia y la yegua había acabado confiando en él. "Lo siento, Doug".

Douglas se arrodilló junto a Luciérnaga, con la cabeza inclinada en señal de derrota, acariciándole los flancos agitados. "Lo siento, muchacha. Ojalá... Ojalá..."

De repente se quedó quieto, y Troya le miró bruscamente.

"¡Dios mío, eso es!" exclamó Douglas.

"¿Qué pasa? ¿De qué estás hablando?"

"Un deseo. Puedo pedir un deseo". La voz de Douglas sonó en la caseta y se levantó, quitándose los guantes ensangrentados de las manos.

"¡Jacinth!" Gritó en el oscuro granero. "¡Jacinth! Quiero pedir un deseo... ¡ahora mismo!"

¿Qué demonios? Troy miró fijamente a su amigo. ¿De qué estaba hablando? ¿Se había vuelto loco? Extendió la mano para agarrarle el hombro. "Doug..."

"Estoy aquí, Douglas".

Troy giró tan deprisa que casi se cae, y se quedó boquiabierto. Una mujer estaba de pie en las oscuras sombras del puesto, los tenues rayos de la luz de la luna tocando en relucientes telas enjoradas y bordados centelleantes. Avanzó hacia la luz y, con dificultad, Troy reconoció a Jacinth... no a la Jacinth que él conocía, la joven y bonita niñera vestida con vaqueros, camisa y zapatillas de deporte, sino a una criatura exótica, extranjera, vestida con un caftán maravillosamente bordado, el pelo negro en una complicada trenza con joyas entretejidas en los lujosos bucles. Llevaba aros de oro en las orejas, brazaletes de oro en los delicados brazos y una fortuna de oro y rubíes en el cuello.

Troy se pasó el antebrazo por los ojos, pensando que estaba soñando... no, alucinando. Debía de estarlo, porque incluso cuando volvió a mirar, las joyas y la seda parecieron desvanecerse y desdibujarse ante sus propios ojos, y en el espacio de apenas un latido ella se presentó ante él en vaqueros y camiseta desteñidos y harapientos, con zapatillas deportivas en sus pequeños pies.

Pasó a su lado sin mirarle, con toda su atención puesta en la yegua exhausta.

"¿Qué pasa, Douglas?"

"El potro está retorcido en el útero. Está de nalgas. No puedo girarlo, y aunque pudiera, a Luciérnaga no le queda energía ni voluntad para empujarlo hacia fuera. Vamos a perderlos a los dos, a menos que puedas salvarlos. ¿Puedes hacerlo?"

¿Qué demonios? pensó Troy. ¿Cómo podía ayudar Jacinth, cuando tanto él como Doug, veterinarios de formación, no podían hacer nada? Vio que los bonitos labios de Jacinth formaban una línea firme.

"Sí". Su respuesta fue firme, segura.

Troy vio cómo Douglas buscaba sus manos y las agarraba con fuerza.

"Entonces deseo que salves a esta yegua y a su potro".

"Muy bien". Jacinth se sentó en la paja profunda y levantó la cabeza de Luciérnaga sobre su regazo. "Adelante, dale la vuelta al potro, Douglas".

Douglas se detuvo un segundo. "¿Benny y Molly?"

"He puesto un hechizo de seguridad en la casa y he enviado un mensaje a mi madre. Ahora está con ellos".

Troy la miró fijamente. ¿Un hechizo? ¿Estaba perdiendo la cordura?

"Vale, estupendo. Troy, lánzame otro par de guantes de mi bolsa".

Incapaz de pensar con claridad, Troy se encontró automáticamente buscando los guantes y entregándoselos a Douglas. No podía apartar los ojos de Jacinth, sentada con las piernas cruzadas y arrullando a la yegua con palabras suaves. Debería estar a kilómetros de distancia con Ben y Molly. ¿Cómo había entrado en el establo sin que él la viera? Apenas podía considerar la alternativa, incapaz de creer lo que habían visto sus propios ojos.

Con los guantes puestos, Douglas volvió a meter la mano en el canal del parto. Troy observó, incrédulo, cómo el potro parecía deslizarse fácilmente hasta su posición, como si él y Doug no hubieran estado intentando girarlo en vano durante horas.

"¡Ya está!" La voz de Doug estaba excitada. "¡Ya lo tengo! A ver si consigues que empuje".

"Vamos, Luciérnaga", murmuró Jacinth suavemente, acariciando la cara sudorosa de Luciérnaga. "Ayúdanos a sacar a tu bebé al mundo. Ya casi lo tienes, y entonces todo habrá terminado".

Troy se puso al lado de Douglas cuando el abdomen de la yegua se estremeció con la contracción.

"Aquí vienen las patas delanteras", anunció Douglas. "¡Y la nariz!"

Doug limpió el diminuto hocico de membranas en cuanto la cabeza quedó libre, y el resto del cuerpo del potro se deslizó con facilidad un momento después.

"¡Sí!" Doug se dejó caer de espaldas en la paja, riendo, y apretando al potro contra su pecho. "¡Lo has conseguido! Es una potra, y es perfecta".

La risa de Jacinto era contagiosa, y Troy se encontró aplaudiendo junto a los dos. Se agachó, agarró la mano de su amigo y lo levantó para darle un fuerte abrazo y chocar los cinco. Observaron cómo Luciérnaga se ponía en pie, con las esbeltas piernas temblando un poco, pero ya estaba en pie, girándose para olfatear a su bebé y lavándolo con una lengua ancha.

Douglas se agachó y agarró la mano de Jacinth, poniéndola en pie y en sus brazos.

"¡Lo has conseguido!" Douglas la besó fuerte y rápido, y luego la abrazó con fuerza. "¡Lo has conseguido, lo has conseguido!"

Troy lo observó, con los ojos entrecerrados. *No* estaba perdiendo la cabeza, y *había* visto lo que creía haber visto.

"Eh, me toca un abrazo". Troy apartó a Douglas y rodeó a Jacinth con los brazos, dándole un sonoro beso en la mejilla. "Yo también le daría un beso como es debido", le dijo a Douglas por encima de la cabeza de Jacinth, "pero no estoy seguro de querer tomarme tantas libertades con un... ¿genio?".

Douglas se aclaró la garganta. "Bueno... Jacinth, lo siento".

Jacinto sonrió a Troya, con sus grandes ojos inocentes. "Preferimos que nos llamen Djinn. Pero alegrémonos todos de que esto haya ocurrido en mitad de la noche, y no de día con un granero lleno de gente".

No es broma.

"Creo que podemos alegrarnos por ello", dijo Troy con cuidado. Un millón de preguntas surgieron en sus labios. ¿Genios? ¿Djinn? "Te juro que si no lo hubiera visto por mí mismo, nunca lo habría creído".

Diablos, aún no estaba seguro de creérselo.

De repente, una brillante sonrisa iluminó el encantador rostro de Jacinto. "¡Oh, mira!"

Luciérnaga tenía a su bebé en pie, encontrando su primera comida.

"¡Sí!" vitoreó Douglas, y Troy y él se chocaron los cinco de nuevo. "Es un potro sano y feliz. Y palomino, como su mamá".

Douglas observó, perplejo, cómo Jacinth tendía la mano a la yegua, con varios terrones de azúcar en las palmas extendidas. Terrones de azúcar que, sin duda, no habían estado allí antes.

"Te acostumbras", le dijo Douglas.

"¡No me imagino acostumbrándome a un genio!"

"Djinn", le corrigió Jacinto distraídamente, acariciando la amplia frente de la yegua.

Douglas parecía estar debatiendo.

"No, supongo que no", decidió.

"Entonces, ¿has encontrado una lámpara mágica o qué?". Troy sólo bromeaba a medias.

Su amigo se encogió ligeramente de hombros, metiéndose las manos en los bolsillos.

"Algo así. Era una vieja tetera de plata que vi en una tienda de antigüedades de Manhattan. Me la llevé a casa y fui a pulirla, y lo siguiente que supe es que allí estaba Jacinth".

"¿En serio?" Troy apenas podía imaginárselo. "¿Y qué has hecho?"

Jacinth miró a su alrededor, sonriéndoles pícaramente por encima del hombro. "Me echó".

Troy la miró fijamente, luego a Douglas, que asintió levantando las manos. "No me lo creía. No existen los genios ni las lámparas mágicas. Es sólo un cuento de hadas, ¿sabes?".

"Evidentemente", dijo Jacinth, pasando delicadamente por encima de la gruesa paja cuando

llegó al lado de Douglas. Hubo un pequeño resplandor y, de repente, volvió a vestirse con el elaborado caftán y las joyas con las que había aparecido por primera vez en el puesto.

"Es un mito", insistió Troy.

Jacinth deslizó su mano entre las de Douglas y le guiñó un ojo a Troy. "Eso es señorita para ti".

Troy no pudo contener su curiosidad.

"Entonces, ¿le concediste tres deseos, como en los cuentos de hadas?"

"Esa parte es cierta", le dijo Jacinto. "Soy Portadora de Deseos. Éste es su segundo deseo", y señaló con la cabeza a Luciérnaga y al potro recién nacido.

"¿En serio? ¿Cuál era el primer deseo?"

Doug le devolvió la mirada con firmeza.

"Ben y Molly".

Troy le miró fijamente. Durante dos años, Douglas había buscado desesperadamente a sus hijos desaparecidos, que habían sido secuestrados por su rencorosa ex mujer. Hacía unas semanas, Douglas había llamado a la clínica diciendo que habían encontrado a los niños en California y que iba a traerlos a casa. Todo el mundo se había emocionado. A Troy no se le había ocurrido cuestionar que hubieran encontrado a los niños; Douglas llevaba mucho tiempo buscándolos y sus rostros llevaban meses apareciendo en las noticias y en Internet.

"Oh, tío". Volvió la mirada hacia Jacinto, impresionado. "¿Puedes hacer eso?"

Ella asintió. "Sabía por Douglas que Ben y Molly estaban en la red de niños desaparecidos; era muy sencillo lanzar un pequeño seductor para que alguien que conociera a los niños reconociera las fotos y llamara".

"Tenía que haber algo más", objetó Douglas. "¿Mi teléfono sonó a los pocos minutos de pedir el deseo!"

Jacinth se limitó a sonreírle, con los ojos brillantes.

Troy dio un puñetazo juguetón en el brazo de Douglas. "Así que estás atrapado con este tipo hasta que pida su tercer deseo, ¿eh?"

Los grandes ojos marrones centellearon alegremente. "No exactamente. No sabía qué hacer con los niños, así que me pidió que fuera con él a California a buscarlos y que luego me quedara a cuidarlos hasta que encontrara a alguien."

Troy se quedó mirando a su mejor amigo como si hubiera perdido la cabeza. "¿Le has pedido a un genio que sea tu niñera?"

"¿Pues les gusta!" se defendió Douglas. "Y a ella le gustan ellos. ¿Por qué no?"

"Oh, sí", la respuesta de Jacinth fue entusiasta. "No me importó en absoluto. Me encantan Ben y Molly".

Troy la miró, recordando lo que le había dicho cuando apareció por primera vez en la caseta.

"Dijiste que tu madre cuidaba de ellos".

Hizo una mueca maliciosa. "Ah, sí. Mamá también quiere mucho a los niños".

"Los genios... tienen... madres", a Troy le costó entenderlo. "Los genios tienen madres. La madre de un genio".

"Djinn", le corrigió ella, mordiéndose el labio para no reírse. "Y claro que tenemos madres, no salimos de debajo de una col, ¿sabes?"

"Umm... ¿cómo funciona esto?", preguntó con cuidado.

"No sabes mucho sobre los Djinn, ¿verdad?" preguntó Jacinto cortésmente.

"No". Podía decirlo con absoluta certeza. "Absolutamente no. Quiero decir... Sé lo del gran tipo azul, ¿verdad?"

La alegre risa de Jacinto resonó en el patio de butacas.

"¿Así que tu madre también es un gen... un Djinn?"

"Oh, sí. Nacemos, no nos hacemos. Al menos, normalmente, aunque... Bueno, no importa. Pero mi padre era humano".

El interés profesional de Troy se despertó.

"Entonces, ¿los Djinn no son humanos, pero los Djinn y los humanos pueden tener hijos juntos?"

Jacynth soltó una risita, inclinándose hacia el abrazo de Douglas. "¡Pues claro!"

Troya reflexionó sobre ello. "¿Todos los gen... Djinn... ¿dan deseos? ¿Como en los cuentos de hadas?"

"Oh, no, no todos. Tenemos familias, vidas, aficiones, igual que los humanos. Algunos elegimos la realización de deseos, ser Portadores de Deseos. Es... satisfactorio".

"Está eso de no preguntarle la edad a una dama, pero....". Troy dejó que se le escaparan las palabras.

Los ojos de Jacinto brillaron con humor. "¿De verdad quieres saberlo?"

Bueno, ahora que lo pienso, "No, quizá no".

Se detuvo, mirando de Jacynth a Douglas y viceversa. Extendió las manos en un gesto de rendición. "Vale, supongo que sí".

"Digamos", dijo Douglas, "que Jacynth no desconoce el Imperio Otomano".

Los ojos de Troy se abrieron de par en par. "¿Cientos de años?"

Ella asintió solemnemente. Él la miró, el rostro juvenil, la piel clara y suave como la crema, la mirada amplia e inocente que ella le dirigía.

"No creo que quisiera saberlo, después de todo", murmuró.

Douglas le dio una palmada en la espalda. "Demasiado tarde, colega. Ahora estás al corriente".

"Oh, tío, oh, tío". Troya apenas podía asimilarlo. ¡Cientos de años! ¡"¿Y tienes una madre, que también es un Djinn, que está cuidando... cuidando! ¿A los hijos de Douglas ahora mismo?"

"Mmhmm", asintió Jacinto solemnemente.

Troy lo meditó. Ladeó la cabeza y la miró inquisitivamente. "¿De algún modo todo esto es un elaborado engaño?". Su mirada recorrió la caseta y se dirigió hacia las vigas de arriba. "¿Estoy en una cámara oculta?"

Antes de que pudiera volver a respirar, Jacinto desapareció. Se desvaneció en el aire, ante sus ojos. Troy se quedó con la boca abierta, mirando el lugar donde ella había estado, a menos de medio metro de él. Volvió la mirada hacia Douglas, que le observaba fijamente.

"No es un engaño, ¿verdad?"

"Créetelo". Douglas le dio una palmada en la espalda. "Mira, yo limpiaré aquí. ¿Por qué no te vas a casa y te sirves un buen trago?"

Me pareció una idea estupenda. Aturdido, Troy salió hacia su camioneta, subió y arrancó el motor. Un genio. Un genio. No. De ninguna manera. Condujo por las carreteras secundarias en piloto automático, con la mente en blanco.

Al entrar en su casa, apenas reparó en el exuberante saludo de Cherie, ni en Cat, que esperaba impaciente sus caricias. En lugar de eso, cruzó el salón, dirigiéndose directamente al comedor. Abrió de un tirón la puerta de un armario y apartó botellas hasta encontrar lo que buscaba: una botella de Chivas Regal que le había regalado las pasadas Navidades un aficionado a los gatos, a cuyo Manx había asistido en el parto de una camada de siete esponjosos gatitos. No la había abierto, pero ahora parecía tan buen momento como cualquier otro. Cogió un vaso de chupito, se

sirvió un buen trago y lo devolvió sin pestañear.

Un genio. Djinn. Imperio Otomano. Con los ojos de su mente, vio a Jacinto de pie ante él, con un aspecto elegante y surrealista, su esbelto cuerpo envuelto en relucientes pliegues de seda, su lujosa cabellera negra bellamente arreglada, reluciente de oro y joyas como para pagar el rescate de un rey. Parecía sacada de una novela... de un cuento de hadas.

¡Un genio!

Cruzó el salón y se hundió en su sillón reclinable. La gata saltó instantáneamente a su regazo, prowwwando ansiosamente. Su mano se dirigió automáticamente a acariciarla y ella empezó a ronronear, cerrando los ojos de felicidad felina.

"Un genio", dijo en voz alta, con la mirada perdida en la habitación. "Un genio".

El ronroneo de la gata se detuvo en seco, y sus grandes ojos dorados le miraron sin pestañear. Bajó la mirada hacia el gato y reanudó sus caricias.

"No pasa nada, gatita bonita. No he perdido la cabeza". Hizo una pausa, considerando la posibilidad. "Al menos, no lo creo. Oh, tío, oh, tío. Un genio de verdad, auténtico, no un engaño".

Gata le dio un bonito trino y trepó por su pecho, colocando sus anchas y empenachadas patas a cada lado de su cuello y metiendo la cabeza bajo su mandíbula, frotándose cariñosamente contra él. Troy la recogió y la abrazó.

"Gato, esta noche he conocido a una genio. Bueno, la conocí antes de esta noche, pero no sabía que era un genio. Djinn. Djinn, dijo. Vaya. Allí estaba yo con Douglas en el establo, y estábamos perdiendo a Firefly. El potro estaba mal girado dentro de ella, Douglas no podía colocarlo en la posición correcta. Iba a morir, y el potro también, y no podíamos hacer nada. Y lo siguiente... oh, tío".

Troy se levantó con un movimiento repentino y compulsivo, dejando a Cat en el suelo, y se dirigió hacia el comedor.

"Necesito otra copa".

CAPÍTULO 8



EL SONIDO DEL teléfono sonaba como un martillo neumático en su cabeza. Troy se dio la vuelta con un gemido, tanteando a ciegas con una mano. Al abrir los ojos, entrecerró los ojos cuando la luz le atravesó los párpados como puñales.

"¡Infierno!"

Sus dedos buscadores localizaron el teléfono, y arrastró una almohada sobre su cabeza, el teléfono con él.

¿"Lo"?", murmuró.

La risa de Douglas sonó despiadada.

"Todavía no nos hemos despertado esta mañana, ¿verdad?".

Eh... no... "¡Dios mío!"

Troy se incorporó como un rayo en la cama y sus recuerdos le inundaron. La cabeza le latía con fuerza, sintiéndose del tamaño aproximado de Manhattan. Se frotó la cara con una mano y apoyó un codo en la rodilla, cubriéndose los ojos de los rayos de sol que entraban por la ventana del dormitorio.

"Dime que no ha ocurrido", dijo al teléfono. "Dime que Firefly aún no ha parido y que lo de anoche sólo fue un sueño".

"Lo siento, colega". La voz de Douglas era demasiado alegre para un tipo que se suponía que era su mejor amigo. "Ocurrió de verdad".

Hubo movimiento cerca de sus pies, y unas anchas patas subieron por sus piernas. Automáticamente su mano libre salió al encuentro de un pelaje espeso y sedoso. Gato. Le lamió la mano con delicadeza y se frotó sinuosamente contra su brazo. Hizo el esfuerzo de acariciarla, a pesar del martilleo de su cráneo.

"Oh, tío", gimió.

Douglas se rió entre dientes. "Veo que anoche seguiste mi consejo. ¿Te ataste uno?"

"Sí. ¿Puedo morirme ya?"

"Todavía no. Sé que es decir algo obvio, pero entiendes que esto es alto secreto, ¿verdad?".

"¿Estás de broma?" resopló Troy. "¿Quién demonios me creería? ¿Llamaste sólo para atormentarme?".

"No. Te he llamado para decirte que Firefly y el potro están bien. Y que ya he dispuesto que Suzanne y yo nos ocupemos de tus citas matutinas".

"Buen trato, amigo. Gracias".

"Sí, pero no olvides la comida de los empleados hoy a mediodía".

Ah, es verdad, eso era hoy. Para entonces ya se había recuperado. Dos veces al año cerraban la clínica durante un par de horas y se llevaban a comer a todos los empleados. Había olvidado que era hoy.

"Sí, vale. No me pasa nada que un par de aspirinas y una buena dosis de cicuta no curen... ¡AY!"

Se apartó el teléfono de la oreja para mirar a Cat, que le había clavado las garras en la pierna. Ella le devolvió la mirada inocentemente.

"Mrow".

"¿Qué ha sido eso?" preguntó Douglas.

"Ni idea". Troy se encogió de hombros. "La gata acaba de clavarme sus garras. Y una mierda. Tu niñera se convierte en un Djinn. Quizá mi gato se convierta en vampiro". Oh, no... espera un momento... "¡Infierno!"

Douglas se le anticipó. "Jacinth dice que ni vampiros ni hombres lobo".

Bueno, al menos eso era algo.

"Al menos, no como en Hollywood", añadió Douglas, desterrando la tranquilidad.

"¿Qué se supone que significa eso?"

"Ni idea". Troya pudo oír el encogimiento de hombros en el tono desconcertado de Douglas.

"A veces pienso que preferiría no saberlo, ¿sabes?"

Al pensarlo, Troy estuvo de acuerdo.

"Vale, colega, nos vemos a mediodía".

"Sí, adiós. Y gracias por ocuparte de las cosas en el trabajo esta mañana, Douglas".

"No te preocupes. Para eso están los amigos".

Troy colgó el teléfono y volvió a tumbarse, el estruendo de su cabeza amainó un poco. Cat subió por su pecho y él la acarició somnoliento.

"Buen gatito bonito. ¿Te apetece dormir un par de horas más?"



AL DESPERTARSE MUCHO antes del mediodía, su dolor de cabeza estaba mucho mejor. Se pasó las manos por la cara, frotándose los ojos. Tío, ¡odiaba el whisky!

Tras una ducha caliente, se sintió como un hombre nuevo. Los últimos restos del dolor de cabeza estaban desapareciendo, y salió sintiéndose razonablemente lúcido y preparado para afrontar el día. Después de vestirse, bajó las escaleras y dio de comer a Cherie y Cat, que habían estado esperando pacientemente todo ese tiempo para desayunar.

Cuando llegó a la clínica, los últimos pacientes de las citas de aquella mañana ya se habían marchado y los empleados se estaban reuniendo fuera, acomodando los asientos en varios coches.

"Tengo sitio para dos", ofreció Troy.

Beatrice, una de las veterinarias del otro lado de la clínica, se acercó. Rara vez la veía, pues trabajaba exclusivamente para Suzanne en el ala canina de la clínica.

"Conduciré contigo", se ofreció. Se acercó al camión y se quedó junto a la puerta, esperando a que él se la abriera. Se había quitado la bata de laboratorio y estaba atractivamente vestida con una falda y una blusa. Con la bata blanca y el pelo pelirrojo peinado hacia atrás con un modesto recogido, a Troy siempre le había parecido bastante conservadora. Pero ahora, con el pelo suelto sobre los hombros y la fina tela de la blusa pegándose ligeramente a sus admirables curvas en medio de la humedad del verano, parecía diferente, menos conservadora y más... bueno...

peligrosa. Sacudió la cabeza, sin saber de dónde había salido aquel pensamiento. Era atractiva, por supuesto, pero ¿peligrosa?

"Gracias". Ella le sonrió mientras se encaramaba con elegancia al asiento alto, con los ojos verdes como un trébol brillándole mientras él mantenía la puerta abierta.

Su mirada se desvió y él captó un destello de impaciencia en aquellos ojos verdes. Miró a su alrededor y vio a un adolescente alto y larguirucho que se acercaba a él, uno de los estudiantes que hacían en la clínica el servicio comunitario obligatorio de verano de su instituto. El chico estaba recién duchado; trabajaba en el establo, limpiando establos y acicalando a los caballos. Era un chico agradable y Troy le dio la bienvenida.

"¿Tú también vienes conmigo?"

"Por supuesto, Dr. Shelton", respondió el chico con entusiasmo. "¿Si no te importa?"

"No hay problema... Daniel, ¿verdad?"

"Sí, quiero decir, sí, señor". Daniel brilló de emoción y subió de un salto a la cabina, donde Beatrice se acercó al centro del asiento del camión, con cara de pocos amigos.

Cerrando la puerta, Troy se dirigió al lado del conductor. Por todo el aparcamiento se oían portazos, los motores arrancaban y la pequeña cabalgata se ponía en marcha.

Troy notó una presión cálida a lo largo de su muslo derecho; la pierna de Beatrice, con medias de seda, le presionaba, y el olor que desprendía llenaba el camión, tan sensual como el calor veraniego del exterior. Ella le miró.

"Te hemos echado de menos en la clínica esta mañana", le dijo ella, con sus labios carnosos y curvados haciendo un leve mohín, y de repente Troy se alegró de la presencia de Daniel con ellos en el camión.

En el restaurante, no sabía muy bien cómo había ocurrido, pero acabó sentado junto a Beatrice. Durante la comida se habló de Luciérnaga y de la nueva potra. Casi todo el mundo había tenido la oportunidad de salir al establo y ver a la pareja, y hubo exclamaciones ante el cambio de personalidad de la yegua. Por lo que supo Troy, Firefly había aceptado ofertas de azúcar, zanahorias, manzanas y grano de todos y cada uno de sus interesados visitantes.

Beatrice preguntó: "¿Estuviste allí anoche ayudando a Douglas?"

Troy se estremeció al recordarlo, y deseó un whisky. Pero quizá no. "Fue una noche infernal".

Douglas asintió desde el otro lado de la mesa. "Durante un tiempo pensamos que íbamos a perderla, pero al final todo salió bien".

Beatriz dirigió hacia Troya toda la potencia de aquellos ojos verdes y aquellos labios mohínos.

"Tú también tienes caballos, ¿verdad, Troy?"

"Sí", respondió, "sólo unos pocos. Más un collie".

"Y un gato", le recordó Douglas.

Troy se rió. "Sí, ¿cómo iba a olvidarme de Cat?"

¿"Gato"? preguntó Beatriz.

Algo en su voz erizó el vello de la nuca de Troy.

"Ah, y los cachorros", añadió Suzanne con entusiasmo. "La semana pasada nacieron cinco cachorros de collie de lo más adorables".

"¿Te refieres a Cherie?" Era Nancy, la recepcionista de la clínica canina. "¡Es una dulzura! No sabía que iba a tener cachorros. ¿Va a venderlos, Dr. Shelton?"

"Ben y Molly ya se han quedado con uno de los cachorros", sonrió Troy a Douglas. "Pero sí, cuando se desteten les buscaré un hogar".

Hubo un estallido general de charla. Todo el mundo en la clínica había conocido ya a Ben y Molly y, por supuesto, todos conocían su historia y pensaban que era una idea maravillosa que tuvieran un cachorro.

"Además del gatito ya los tiene", se burló Troy de su amigo. Doug le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros.

"¿Y dices que también tienes un gato?". Beatrice parecía muy interesada en su respuesta. "¿Hace mucho que lo tienes?"

"No, poco más de una semana. La rescaté del refugio después de que la pobre fuera atacada por un perro".

¿Se estaba acercando Beatrice? Estaba bastante seguro de que no había estado tan cerca de él hacía un minuto. Cogió la copa de vino con la mano derecha, dejando los dedos enroscados alrededor del tallo, con el brazo apoyado en la mesa creando una especie de barrera. Su abuela se revolvería en la tumba si viera sus malos modales, pero al menos impidió que Beatrice se acercara aún más.

"Los niños se han enfadado mucho". dijo Douglas desde el otro lado de la mesa. "Incluso han ido con Jacinth a la tienda de animales, para elegirle a Cat sus propios platos de comida y agua".

Un delicado ceño frunció las cejas castañas de Beatrice. "¿Así que es su gato, doctor McCandliss?"

Negó con la cabeza. "No, no sabemos a quién pertenece. Parece que la vemos a menudo en el parque que hay cerca de mi casa, y los niños se la encuentran allí a menudo. A veces los sigue a casa y cena con nosotros".

Troy miró fijamente a su mejor amigo. "Colega, ¿tienes idea de lo raro que suena eso?"

Douglas se encogió de hombros. "Es lo que es. Ah, y le gustan los espaguetis. Quiero decir que a ese gato le gustan mucho, mucho los espaguetis".

"Espaguetis. Entendido". respondió Troy secamente. "En realidad ya lo sabía. Me suplicó como una loca que le diera un poco cuando se lo preparé a Suzanne y Mac poco después de traerla a casa".

Beatrice parecía extrañada. "¿Por qué la tienes, entonces, si no te pertenece? ¿No la querría Douglas en su casa para que sus hijos pudieran jugar con ella?"

Dio un sorbo a su vino y, como ella volvía a acercarse, volvió a mantener el brazo sobre la mesa cuando lo bajó, esta vez inclinando el codo un poco hacia fuera, reclamando su espacio. Miró fijamente a Douglas, que por su expresión regocijada era claramente consciente de su dilema.

"Estaba bastante mordisqueada -respondió a Beatrice-, y al principio la quería donde pudiera vigilarla. Supuse que alguien vendría a reclamarla, pero no tuvimos respuestas a los anuncios que pusimos, y no tiene microchip."

Frente a él, Douglas parecía sufrir algún tipo de espasmo. Troy le dio una patada por debajo de la mesa. Douglas le sonrió antes de añadir: "Además, se negó a venir con nosotros. Se largó de allí cuando se lo mencioné".

Troy negó con la cabeza. "Te juro que ese gato a veces nos entiende".

"Eres muy amable al acoger a un animal extraño y cuidarlo tú mismo". Beatrice puso la mano sobre la suya, inclinándose aún más, su aliento agitando los pelos de su nuca, su pecho presionando contra su brazo.

Troy casi se alegró cuando el camarero apareció con sus comidas, y Beatrice se vio obligada a retroceder cuando el hombre se interpuso entre ellos para colocar ante él su plato de linguini con gambas. Beatrice seguía dirigiéndole una sonrisa sensual.

"Espero que la pobre se ponga bien". Las palabras eran compasivas, pero su voz sonaba tensa, la expresión de preocupación forzada.

No le gustaban los gatos, dedujo Troya. Bueno, no todo el mundo lo era. Agradecido por el respiro que le proporcionaba la llegada del almuerzo, se zampó la comida. Sin embargo, su disfrute se vio empañado por la perspectiva del viaje de vuelta, con Beatrice de nuevo en los estrechos confines del camión.

Efectivamente, en el camión de vuelta a la clínica, a Troy le pareció que Beatrice estaba un poco más cerca de él de lo que la necesidad justificaba. Al fin y al cabo, era un camión grande y Daniel ocupaba muy poco espacio. Pero Beatrice estaba casi pegada a él, con la cadera y el muslo pegados a los suyos.

Se sintió aliviado cuando llegaron a la clínica, y aún más cuando Douglas le llamó inmediatamente al salir del camión.

"Tengo que ver cómo están Luciérnaga y su bebé", le dijo a Troya. "¿Vienes conmigo?"

"Por supuesto". Troy se apartó de la clínica, saludando distraídamente con la mano a Beatrice y Daniel mientras se dirigía al granero.

"Los chicos han ideado un nombre para ella", dijo Doug mientras Troy se colocaba a su lado.

"¿Ya?"

Douglas sonrió. "Mariquita".

Troy se echó a reír. Douglas le dio un codazo.

"¿Son imaginaciones mías o alguien se ha acercado un poco en el camión?", preguntó.

"No es tu imaginación en absoluto". Con una mueca, Troy expresó su opinión sin necesidad de palabras. "Gracias por darme una salida".

"Ya te lo dije", dijo Douglas. "Había algo más de lo que te dije en su momento, ya que no sabías que Jacinth era Djinn".

"¿Oh?"

Douglas puso los ojos en blanco expresivamente. "Fue una pesadilla. Todo lo que podía salir mal, salió mal. Primero se le atascó la llave en la puerta, el restaurante perdió nuestra reserva, una camarera derramó agua helada sobre ella, mi cena estalló en llamas y, cuando la llevé a casa, su calentador de agua había reventado y la casa estaba bajo el agua."

Troy se rió, comprendiendo inmediatamente. "¿Jacinth?"

"Ya lo creo. Nunca hagas enfadar a un genio, amigo mío".

"No hay peor furia que la de un genio despreciado".

"¡Oh, tío, *no* tienes ni idea!". Douglas hizo una pausa. "*Djinn*. Es Djinn. Odia mucho que diga genio".

"Djinn. Genio". Troy sacudió la cabeza. "Hombre, oh hombre. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, nunca lo habría creído. Diablos, aún no me lo creo".

"Créetelo", aconsejó Douglas. "Yo he estado donde tú estás, ¿recuerdas? A veces todavía no puedo creer que todo sea real. Pienso que vivo con un genio, que por cierto es la niñera de mis hijos, y no sé... -se interrumpió, sacudiendo la cabeza.

"Me pregunto por tu cordura", respondió Troy. "Ya lo tengo. He estado a punto de pellizcarme para asegurarme de que estaba despierto. Sobre todo cuando recuerdo que levanté la vista y allí estaba ella, Jacinth, saliendo de las oscuras sombras de la caseta con aspecto de... Diría que era un sueño, pero te juro que nada de lo que he soñado se parecía a eso".

Llegaron al refugio del granero, cuya sombra sólo era ligeramente más fresca que el sofocante calor del exterior. Douglas se detuvo y se volvió, con expresión seria.

"En serio, Troy. Ten cuidado con Beatrice. Como te dije la semana pasada, es mala".

Troy se encogió de hombros y luego rodó los hombros, dejando salir la tensión. "De todos modos, no me interesaba. Aunque lo hubiera estado, que no lo estaba, ahora no lo estaría. Ha sido demasiado descarado. Las mujeres agresivas no son lo mío. Además -añadió-, es una empleada. Eso nunca acaba bien".

"Vi cómo miraba a Daniel la primera vez que se acercó a ti. Si las miradas mataran, estaría tendido en un charco de su propia sangre antes de que nos fuéramos".

Una punzada de ira recorrió a Troy. "Sí, no me gustó cómo le trató. Como si fuera invisible. Es un buen chico, muy trabajador. Está aquí haciendo horas de servicio comunitario para la escuela, ¿verdad?".

Douglas asintió. "Tiene talento natural con los caballos. Empezará el último curso en septiembre. Pensaba hablar contigo y con Suzanne sobre la posibilidad de contratarlo a tiempo parcial cuando empiecen las clases."

"Estoy de acuerdo". Dio un falso puñetazo en el hombro de su amigo. "Pero no puedes tenerlo sólo aquí, en el establo. Hagámosle rotar por la clínica, a ver qué tal se porta con los gatos y los perros, además de con los caballos".

Tuvo que sonreír mientras Douglas refunfuñaba en voz baja.

"Entonces, Beatrice", me incitó. "Dame. ¿Supongo que hubo algo más en la cita que el maleficio de Jacinto, o lo que sea que hagan los genios celosos?".

"Ah, sí, eso". Douglas hizo una mueca, mirando a su alrededor para asegurarse de que no había nadie al alcance del oído. "No se suponía que fuera una cita, no realmente. Supongo que sí, pero no en el sentido de que a un hombre le guste una mujer y le pida salir. Se me acercó aquí, junto al granero, preguntándome por la conferencia a la que había ido hace un par de meses, y me propuso quedar después del trabajo para hablar de ello". Se encogió de hombros. "Pensé, ya sabes, ¿por qué no? Volver a meterme en la piscina de las citas hablando de trabajo con una compañera atractiva durante la cena".

Ante la mueca de dolor de Douglas, y recordando los movimientos poco sutiles de Beatrice hoy, Troy dijo con simpatía: "¿Supongo que no fue así?".

Douglas se aclaró la garganta. "Digamos que hablar de trabajo no era precisamente lo suyo, y no era tímida al respecto. Lo más extraño", pareció musitar, con la mirada perdida en el otro extremo del granero. Cada vez que lo recuerdo, me viene a la cabeza la frase "viuda negra".

"Así de mal, ¿eh?"

"Definitivamente me sentí acosado. Te juro que nunca me sentí tan aliviado cuando volví a estar a salvo solo en mi camioneta con ella en el retrovisor".

"Es bueno saberlo. No es que me interesara, pero aun así".

Las puertas de los coches se cerraron de golpe cuando más miembros del personal regresaron del almuerzo, y Troy le dio una palmada en la espalda a su amigo.

"Será mejor que vaya a mi próxima cita. Hasta luego".

Douglas levantó una mano en señal de despedida mientras se alejaba hacia las profundidades sombrías del granero.

CAPÍTULO 9



CUANDO SE DISPUSO a dormir tumbada en el respaldo del sofá a la luz del sol, Cat se despertó por un ruido fuerte y desagradable. En el comedero de madera para pájaros que colgaba de un soporte junto al paseo delantero, se posaba una ardilla que le parloteaba enfadada.

Cat giró la cabeza hacia otro lado y volvió a cerrar los ojos, esperando que la estúpida captara la indirecta. La regañina continuó y su irritación aumentó. Estaba dentro de casa, por el amor de Dios.

Oh, cállate, pensó, enviándole una imagen mental de sí misma durmiendo, totalmente desinteresada de su peludo ser.

En todo caso, el parloteo aumentó de volumen y la ardilla se puso furiosa. Decidiendo que lo mejor era ignorarla, Cat volvió a recostar la cabeza, pero su cola se movió irritada. Tenía perfecto derecho a estar aquí, y la ardilla tenía todo el exterior para ella sola. Podía comerse el alpiste y dejar a Gata en su rincón soleado. ¡Le estaba molestando mucho la siesta!

Finalmente, decidió que tendría que pasar a la acción. Bajó de un salto del sofá, trotó por la casa y salió por la puerta del perro al patio trasero.

Hmm. Se estaba bien aquí fuera, y olores de todo tipo flotaban en el aire, intrigantes, irresistibles. Pero lo primero era lo primero. Caminó por el lateral de la casa hacia la fachada, disfrutando de la sensación de la tierra limpia bajo sus patas, del roce de los arbustos de azalea sobre su pelaje, del aroma de la hierba y la tierra que tentaba su sensible olfato.

Llegó a la fachada de la casa y, hundiéndose en el vientre, avanzó sigilosamente. Al doblar la esquina, su mirada alerta buscó a su enemigo y se fijó en él. Una pata tras otra, avanzó sigilosamente entre los arbustos, acercándose cada vez más al cuidado césped. En el borde de los arbustos, donde empezaba el césped, se detuvo para calcular la distancia. Su cola se agitó una vez. Dos veces. Saltó hacia el comedero de pájaros y lo alcanzó en dos saltos.

¡Maldición! La ardilla fue demasiado rápida, dando un salto olímpico para alejarse del comedero, y ya estaba a medio camino del árbol antes de que ella hubiera llegado al comedero. Frustrada, fulminó con la mirada al irritante roedor, agitando la cola. Corrió hacia el árbol y saltó, agarrándose al tronco con los cuatro pares de garras a pocos metros del suelo. Se aferró a él, con las garras clavadas en el tronco. ¡Era divertido! Se aferró y trepó un poco más, sintiendo cómo la áspera corteza le arañaba el vientre. La excitación la recorrió y se impulsó, saltando la distancia que la separaba del suelo y aterrizando suavemente a cuatro patas. ¡Sí!

Saltó hacia el centro del patio, mirando con interés alerta los arbustos que bordeaban la fachada de la casa y el porche, evaluándolos en busca de posibilidades de camuflaje mientras

acechaba a su presa. Un movimiento captó su mirada periférica y se asomó por encima del hombro. ¿Era la punta de su cola? Se movió. Se indignó. No era una gatita que se persiguiera la cola como un tonto cerebro de peluche. La cola volvió a moverse, arriba y abajo. Cada nervio de su cuerpo se tensó y sus orejas se aguzaron. La siguiente vez estaba preparada, ¡y se abalanzó! Dio vueltas y vueltas, persiguiendo la escurridiza punta peluda.

Al final, cansada, se revolcó en la frondosa hierba, disfrutando del calor del sol y del maravilloso tacto de la hierba bajo ella. Se sacudió para desprender la hierba de su espeso pelaje y se puso en pie, con los ojos fijos de nuevo en el roble.

Hacía tiempo que no se afilaba bien las garras, así que corrió hacia el árbol. Se puso manos a la obra, desmenuzando la corteza con sus garras y excavando profundamente hasta la madera que había debajo. ¡Esto era algo así!

Con los ojos muy abiertos, se detuvo y miró a su alrededor en busca de algo más que perseguir. No se le presentó nada, así que persiguió las manchas de luz solar que moteaban el suelo al brillar a través de los árboles. Aquí y allá se lanzó, abalanzándose sobre los trozos de luz siempre cambiantes que se movían cuando la brisa agitaba las hojas.

El sonido de un motor acercándose llamó su atención; ¡conocía ese motor! Se detuvo, con las cuatro patas juntas sobre su rayo de sol capturado, cuando el camión de Troy entró en la entrada.

¡Estaba en casa! Enroscando la cola mientras se sentaba entronizada en la hierba afelpada, esperó a que Troy viniera a prestarle la atención acostumbrada. En lugar de eso, rodeó la camioneta por el lado del copiloto, abrió la puerta y sacó una bolsa de comida para perros, del tamaño extragrande, y la llevó hasta la puerta principal sin más que un gesto de la mano y un "Hola, gatita bonita" en su dirección.

Se quedó sentada en la hierba, mirándole desconsoladamente. ¿Qué era ella, hígado picado? Al cabo de un minuto, decidió ver qué más había comprado. Trotó hacia el camión justo cuando Troy salía de la casa. Vio varias bolsas en el asiento y el suelo del lado del acompañante. Saltando ligeramente, se retorció en el aire y cayó sobre el estribo con un aullido de indignación.

Cat retrocedió hacia el camión, con la columna vertebral rígidamente arqueada y todos los pelos erizados. Recogió las orejas contra la cabeza y siseó con fuerza, escupiendo una mezcla de miedo y rabia. Troy había tenido esa... ¡esa cosa! ...en su camión. ¡El Werecat! Había estado con *Ella*.

"Eh, chica, ¿qué pasa?"

Se agachó para acariciarla. La gata volvió a sisear en señal de advertencia y le dio un rápido manotazo con las garras extendidas.

"Tiró de la mano hacia atrás y la sangre brotó de las marcas superficiales de las garras.

Furiosa, Gata corrió hacia el interior de la casa, atravesó la puerta principal abierta y se metió debajo del sofá. Se agazapó allí, temblando tanto de rabia como de terror. ¿Estaba aliado con aquella cosa? ¿Sabía lo que era *Ella*? ¿Qué había estado haciendo *Ella* en su camión? ¿Qué relación tenía aquella criatura maligna con Troya?

Sonaron pasos en el suelo de madera, acercándose al sofá. Hubo una pausa, y entonces el rostro preocupado de Troy apareció de arriba abajo mientras la miraba. Sin arrepentirse, ella lo fulminó con la mirada. Unos gruñidos graves fueron in crescendo en su garganta, su naturaleza felina se despertó, y fue incapaz de contener los gruñidos instintivos mientras luchaba por hacer frente a la tempestad de furia, al terror desgarrador que abrumaba sus sentidos. ¡Aquella cosa había estado con *su* Troya! Había estado en *su* camión, también por asociación en el de ella. Que viniera aquí... que intentara arrebatarle a Troy. Que viniera aquí, a la casa de Troy. Sólo pensar en esa criatura cerca le revolvía el estómago a Cat, y se estremeció de miedo y furia combinados.

Volvió a sisear.

La cara de Troy desapareció, y él se apartó, presumiblemente para ponerse una tiritita en los cortes que ella le había hecho.

"Y dicen que las mujeres son temperamentales", le oyó murmurar para sí.

Su naturaleza humana se reafirmó cuando la invadió el humor y sonrió tras los bigotes.

Sin embargo, permaneció agazapada bajo el sofá. Necesitaba pensar. A pesar de su primera reacción instintiva, sabía que Troy no estaba aliada con el Pícaro. Pero, ¿había sido un encuentro casual o Troy era el objetivo? ¿Dónde había estado cuando conoció a la Werecat, cuando ella estuvo en su camión?

Sabía que Troy había ido ese día a la clínica veterinaria para el almuerzo de los empleados, y a la tienda de animales, obviamente, porque los supermercados no tenían la marca de gama alta con la que alimentaba a Cherie. ¿Dónde más podría haber estado? Podía haberse encontrado con la Werecat en cualquier sitio, claro, pero ¿por qué iba a estar ella en su camioneta?

Cat necesitaba estar en su forma humana. Llamaría a Jacinth, vería si el Djinn podía hablar con Douglas, averiguaría cuál era la conexión entre Troy y el Werecat. Quizá Douglas pudiera sonsacarle a Troy si había recogido a una mujer extraña, tal vez alguien en apuros junto a la carretera con una avería en el coche. Los pícaros podían ser así de listos. Probablemente Jacinth se enfadaría con ella por no haberle hablado antes del Pícaro, pero la ayudaría. Era alguien con quien Katerina podía contar.



AL DÍA SIGUIENTE, sentada en su lugar favorito sobre la mesa de la cocina, Cat echó un vistazo al calendario colgado en la pared de la cocina junto al teléfono. Miércoles. Hmmm. Sabía que Suzanne no trabajaba los miércoles, así que en la clínica sólo había gatos. Nada de chuchos tontos por ahí. Quizá fuera hora de que viera la clínica veterinaria en la que Troy pasaba tanto tiempo.

Además, podría olfatear y ver si la Werecat había estado allí, aunque tendría que haber sido muy recientemente, en pocas horas, o Gato no podría detectarla.

Por eso, cuando Troy salió de casa aquella mañana, ella le siguió al exterior. Él le sonrió, agachándose para erizarle el vello de la nuca.

"¿Vas a quedarte fuera a jugar esta mañana, gatito bonito?"

¿Eh? No exactamente.

Troy se dio la vuelta y se dirigió a su camioneta, con Cat trotando tras sus talones. Cuando abrió la puerta de la cabina, ella entró de un salto, poniéndose cómoda. La miró fijamente, instalada en el asiento del copiloto como si aquello fuera un carruaje y ella la reina.

"¡Pues que me aspen!". Se pasó la mano por el espeso pelo. "¿Vienes a trabajar hoy, gatita?".

¡Prrrrrrrow! Lo consiguió al primer intento.

"O-kkkay". Con cautela, Troy arrancó el motor, dejando la puerta abierta por si ella se asustaba. Obviamente, él estaba preparado para que ella saliera disparada como un tiro, y ella soltó una risita detrás de los bigotes, luego le parpadeó y prrrrow'ed de nuevo.

"Vale, allá vamos". Cerró la puerta, se abrochó el cinturón de seguridad y se pusieron en marcha.

La clínica veterinaria era un amplio edificio de ladrillo, con césped y rosales delante. Troy pasó por delante de la entrada al aparcamiento y condujo hasta la parte trasera. Se dio cuenta de que el edificio tenía forma de U, con alas que se extendían hacia atrás a ambos lados. Las

perreras del lado derecho dejaban claro que los perros estaban en ese lado. El aparcamiento para los empleados estaba entre las alas, con entradas al edificio principal en el centro, más las alas a derecha e izquierda. El camino de entrada separaba la clínica de un pequeño granero en la parte trasera de la propiedad, y Cat reconoció el camión de Douglas aparcado delante del granero.

Al aparcar, Troy salió del camión y se estiró, luego sacó su bolsa de veterinario del asiento trasero.

"Ya hemos llegado, gatito bonito. Vamos, pues".

Cruzó el asiento y saltó al brazo que él le tendía. Acunándola contra su pecho, con la bolsa en la mano libre, la llevó al interior de la puerta del ala izquierda. Levantando la cabeza alerta, Cat miró a su alrededor con gran interés.

Arrugó la nariz cuando el olor a desinfectante, medicina y enfermedad la golpeó mientras él abría la puerta y la llevaba dentro. La larga sala estaba bordeada de jaulas en las que residían gatos y gatitos en diversos grados de salud y lesiones. Al final de la sala, una puerta daba a un pasillo con salas de reconocimiento a ambos lados.

Troy la llevó a través de esta puerta y por el pasillo hasta un pequeño despacho con un escritorio, archivadores y estanterías repletas de libros y revistas sobre la práctica veterinaria. De la pared colgaban diplomas, y por todas partes había fotos de animales de todo tipo.

"Hogar, dulce hogar", le dijo Troy, dejando el bolso junto a la puerta y dejándola en medio de su escritorio. Caminó por la superficie de madera pulida, olisqueando los diversos objetos que había allí: la agenda, el teclado del ordenador y el ratón... realmente era un ratón, observó, con orejas, ojos y nariz. Resopló con desdén ante aquella tontería, y Troy se echó a reír.

Levantó la vista hacia él y pidió que la acariciara. Él la obedeció y ella arqueó la espalda bajo sus caricias. Inclinandose, le cogió la cabeza con ambas manos, rascándole el espeso pelaje a ambos lados del cuello, haciendo que ella cerrara los ojos de felicidad. Al cabo de un minuto, se enderezó y le dio un ligero golpecito en la oreja con los dedos.

"Vale, gatita bonita, tengo que registrarme en recepción. ¿Quieres venir a ver el resto?".

Volvió a cogerla en brazos y salieron al pasillo, y luego, a través de una puerta abierta, a la zona de recepción. Gato se dio cuenta de que había dos entradas. Entradas separadas para perros y gatos, y la zona de recepción se extendía por la pared central entre las entradas. Los perros y los gatos ni siquiera sabrían que los otros estaban allí. Definitivamente, aprobaba esta disposición.

No había nadie en ninguna de las dos salas de espera, pero las dos mujeres que estaban detrás del mostrador de recepción miraron a su alrededor cuando Troy entró por la puerta.

"Buenos días, Dr. Shelton". Ambos miraron a Cat con interés. "¿Es la gata que rescataste hace un par de semanas?".

Gato saltó ligeramente a lo alto del mostrador y se sentó, enroscando la cola cuidadosamente sobre las patas mientras miraba a las mujeres.

"¡Oh, es tan guapa!"

Se acercaron a acariciarla y admirarla, y la rascaron detrás de las orejas. Gato ronroneó, aceptando el homenaje que le correspondía. ¡Esto sí que era algo! Tendría que venir a trabajar con Troya más a menudo.

"¿Cómo se llama?", quiso saber una de las mujeres.

Troy hizo una pausa, levantando la vista de la gavilla de papeles que había cogido del mostrador. "Gato". Anticipándose a su reacción, se encogió de hombros. "No me mires a mí, ella vino con ese nombre. Estaba pensando en otro para ella, pero Jacinth me amenazó con graves daños corporales la única vez que se lo mencioné... así que Gata se queda".

La gata soltó una risita detrás de los bigotes. Permaneció sentada en el mostrador durante toda la mañana, mientras los clientes entraban y salían con sus gatos. Se acicalaba ante la atención, aunque mantenía las distancias y sólo permitía que la acariciaran los recepcionistas. Al fin y al cabo, una gata tenía que tener normas.

Un rato después, Douglas entró por la parte de atrás y se detuvo en seco en la puerta, con cara de asombro. Cat se tumbó de cuerpo entero en el mostrador de recepción y le miró con los ojos entrecerrados.

"¿Mrrrow?"

"Dios mío".

Se rió para sus adentros al ver su cara y agitó la punta de la cola.

"Mire, Dr. McCandliss", chistó la recepcionista más joven, una alegre mujer rubia de unos veinticinco años en cuya etiqueta ponía Anna. "El Dr. Shelton ha traído a su gata. ¿No es una monada?"

ronroneó Cat, arqueando la espalda contra la mano de la mujer. La expresión de estupefacción de Douglas no tenía precio.

"Dulce", repitió con voz hueca.

Dirigiendo una mirada cariñosa a la rubia, Gato se incorporó, apoyó las patas delanteras en el hombro de la mujer y le frotó el hocico por la mejilla. Oh, qué asco, la mujer llevaba perfume de muguet de bois. Aun así, valió la pena oír el ahogo de Douglas.

Toma, pensó feliz.

La recepcionista sacó de un cajón una bolsa rosa que le resultaba familiar, la sostuvo en el aire y la hizo sonar antes de colocar un puñado de golosinas Pounce sobre el mostrador. Por favor. Ni siquiera por el placer de confundir a Douglas iba a comer golosinas para gatos. ¡Yucccckkkk! Había que poner un límite en algún sitio.

Cat bostezó y bajó de un salto del mostrador, trotando por la puerta hacia el pasillo trasero. Podía oír la voz de Troy en una de las salas de exploración, hablando con uno de los propietarios de sus pacientes. Abrió la puerta de su despacho, que había quedado entreabierta, y saltó ligeramente sobre su escritorio. Dio dos vueltas, se tumbó en el centro del papel secante, se tapó la nariz con la cola y se durmió.

Un rato después, la despertó un olor tentador que penetraba por la puerta abierta. Levantando la cabeza, estaba a punto de levantarse para investigar cuando Troy entró colocando una bolsa sobre el escritorio.

"El almuerzo, gatito bonito. Kentucky Fried, ¿qué te parece?"

Eso estaba muy bien. Ella esperó impaciente, moviendo la cola, mientras él arrancaba tiras de un trozo de pechuga de pollo y lo ponía en un plato para gatos que había traído. También se acordó de que le gustaban los macarrones con queso, y le puso un poco en el plato. Ella ronroneó como una lancha loca mientras comía, y Troy se zampó un par de muslos con puré de patatas y ensalada de col.

Terminado el almuerzo, bajó de un salto del escritorio y se dirigió a la recepción para recibir otra ronda de adoración por parte de sus admiradores. La vida de gata era buena, sin duda.

CAPÍTULO 10



"¿TROY?"

La voz al otro lado de la línea era de mujer, mayor.

"¿Sí?"

"Troy, ésta es Skye, la madre de Douglas".

Se sentó erguido, con todos los nervios en alerta. Por supuesto, ahora reconocía su voz. Skye y su marido Blue habían sido una parte importante de su vida desde que se mudaron a su barrio cuando Douglas y él eran sólo unos niños.

"¿Qué pasa?" preguntó. "¿Qué ha pasado?"

Skye sonaba agitada. "Blue y yo nos llevamos a los niños a Washington D.C. unos días, y volvimos a casa esta tarde. Douglas y Jacinth no estaban, y no pensamos nada al respecto, salvo que habían pasado horas. Y... La habitación de Jacinth está vacía. Los niños están disgustados, y Blue ha salido a buscar a Douglas por todas partes. Pensamos que tú podrías saber algo... o tener una idea de dónde podría estar".

"Ah, demonios". Se pasó una mano por el pelo. "Agárrate fuerte. Creo que sé dónde puedo encontrarlo. Si no, vendré y decidiremos qué hacer a continuación".

"Gracias". Le tembló la voz. "No hemos sabido qué hacer".

"No hay problema. Quédate a la espera". Colgó el teléfono y sacudió la cabeza. "Ah, demonios. Vaya mierda".

Subió las escaleras de dos en dos y se puso rápidamente unos vaqueros y un jersey, y luego se calzó unas zapatillas. Sabía exactamente adónde habría ido Douglas. En su época universitaria, había un bar no muy lejos del campus donde habían ido a jugar al billar, a perseguir chicas y a hacer planes sobre lo que harían cuando acabaran la carrera de veterinaria. Entonces sólo era un sueño, y la facultad de veterinaria sólo una esperanza de futuro. Pero si Douglas y Jacinth habían discutido, si ella había vuelto a aquella lámpara, o tetera, o lo que fuera, Troya sabía exactamente dónde encontrarlo.

Hizo el trayecto en un tiempo récord. Justo en la puerta del bar, se detuvo, mirando a su alrededor. Hacía años que no venía por aquí. Parecía más pequeño de lo que recordaba, más oscuro y sucio. Dio un paso adelante, con las zapatillas crujendo en las cáscaras de cacahuete esparcidas por el suelo, y sonrió. Sí, éste era el lugar. No había cambiado, después de todo.

En la barra, encorvado sobre un vaso medio lleno, encontró a su amigo.

"Eh, tío". Agarró el hombro de Douglas y lo sacudió suavemente. "Doug, ésta no es la forma de hacerlo".

Douglas levantó la vista hacia él. "Se ha ido", murmuró sombríamente. "Me ha dejado. Volvió a Qaf. La hermosa y amistosa Qaf".

"Es duro", admitió Troy. "Pero no puedes hacer esto, tío. Tienes hijos".

"Ellos también la quieren". Se quedó mirando su bebida. "¿Cómo voy a decírselo a Molly y a Ben? ¿Qué les digo?"

"Diles que les quiere, que os quiere a todos, pero que las cosas no funcionaron".

"Lo saben. Troy, lo saben".

Troy miró fijamente a su amigo. Seguro que no quería decir...

"¿Lo saben? Los chicos saben que es una...". Echó una mirada cautelosa a su alrededor para asegurarse de que nadie le escuchaba y se aclaró la garganta. "...un genio. Djinn. Lo que sea".

Asintiendo morosamente, Douglas dio otro trago a su bebida. Whisky, por el olor que desprendía. Troy podía sentirse identificado.

"La semana pasada Molly se cayó a la piscina y Jacinth tuvo que rescatarla. Jacinth no sabe nadar, así que tuvo que... ya sabes".

"Eeeeyah". Se lo podía imaginar. "¿Y Ben también estaba allí?"

"Sí". Douglas hizo una pausa. "Ella le salvó la vida. Jacinth le salvó la vida a Molly".

"Entonces puedes decirles la verdad", le dijo Troya. "Diles que no puede quedarse porque es una Djinn. Tuvo que irse, hacer cosas de Djinn. Lo que sea. ¿Hay leyes contra los Djinn y los humanos juntos?"

Douglas negó con la cabeza. "No. Ella no quiere amar a un humano... no quiere verme envejecer y morir, llorarme cuando me haya ido". Levantó el vaso y bebió profundamente. "Me llevó a su aldea. A Qaf".

"¿Qaf?"

"Los djinn viven en aldeas, en el desierto, más allá del horizonte".

"¿Más allá del horizonte?" ¿Eh?

Douglas eructó. "Es complicado. Créeme".

"Pero ella te llevó allí".

"Sí. El pueblo donde creció. Tío, un pueblo entero lleno de Djinn... hombres, mujeres, niños. Era increíble. Tan amables, acogedores, aunque sabían que yo no era uno de ellos. Ella tenía un hogar allí. Me llevó a su casa. Y nosotros..."

Parecía incapaz de continuar, y Troya le dio una palmada reconfortante en el hombro.

"Ya me hago una idea".

"A la mañana siguiente me desperté en casa y ya no estaba". Douglas miró su vaso. "La quería, ¿sabes?"

"Lo sé, tío", dijo Troy, sintiéndose incómodo. No sabía qué decir. "Sé que lo hiciste. Hazlo. Pero ahora tienes que volver a casa".

"¿Por qué?" Douglas cogió su vaso. "Está vacío. No podía quedarme allí. Demasiado tranquilo".

Troy le quitó el vaso, deslizándolo por la barra antes de que Douglas pudiera acabárselo.

"Ya no lo es. Tus padres están en casa con los niños".

"¿Los niños?" Douglas se enderezó y miró a Troy. "¿Los niños están en casa?"

"Volvieron esta tarde, y tu padre lleva buscándote desde entonces".

"Mis hijos están en casa y yo no estaba allí para recibirlos". Douglas parecía a punto de recaer en la tristeza, y Troya lo sacudió.

"Tío, mírate. No te has afeitado, ni lavado, y hueles como el interior de una botella. Tienes que recomponerte. Ven a casa conmigo, límpiate antes de que te lleve a casa".

Aquello pareció sacudir la apatía de Douglas, que se miró a sí mismo. "Dios, sí. No puedo acudir a ellos así. No después de lo de Lillian".

Troy le agarró el brazo con fuerza. "Vamos, entonces. Mañana pasaremos a recoger tu camión".

Fuera del bar, Troya pudo juzgar un poco mejor el estado de su amigo. No estaba borracho precisamente; sus pasos eran lo bastante firmes, pero parecía perdido en sus pensamientos. En el trayecto hasta la casa de Troy, se quedó mirando por la ventanilla.

Cuando entraron en casa de Troy, Douglas se detuvo en el umbral, observando a Cat, que le devolvió la mirada con grandes ojos dorados.

"Gato", pronunció. Se acercó a acariciarle la ancha cabeza con mano pesada. "Jacinto me dejó, ¿sabes?".

"Um... ¿qué estás haciendo?" quiso saber Troy.

La mirada de Douglas se dirigió hacia él. "Le estoy contando a Cat lo de Jacinth".

Vale. Estaba en peor estado de lo que Troya había pensado.

"Vamos a llevarte arriba y a la ducha", dijo en voz alta.

Cat, sin embargo, saltó del sofá y, prowing en voz baja de gato, se acarició contra la pierna de Douglas. Éste se inclinó para acariciarla de nuevo.

"Gracias, Cat".

Troy cogió del brazo a Douglas y lo dirigió hacia el pasillo de la derecha. "Allá vamos", dijo. "Hora de la ducha".

Media hora más tarde, duchado, afeitado y vestido algo holgadamente con unas ropas de Troy que no le quedaban más que un par de tallas grandes, Douglas estaba listo. Cuando salió, con bastante mejor aspecto, Troy le tenía preparada una taza de café humeante.

"He llamado a Skye", le dijo a su amigo. "Pensé que debían saber enseguida que estabas bien y que volverías en un rato".

"Gracias", dijo Douglas. "Te lo agradezco".

Insistió en llevarse a Cat con ellos.

"Ella lo entiende", dijo, haciendo que Troya volviera a preocuparse por su estado. "Además, ayudará a suavizar el golpe; Ben y Molly adoran a Cat, y si ella está allí podría... bueno... ayudar".

Troy no podía discutirlo; los niños parecían muy apegados a la hermosa gata, y ella toleraba sus abrazos y mimos entusiastas con más paciencia que muchos gatos que él había visto. No es que a Troy le importara ayudar a su amigo en apuros, pero era una punzada ver con qué facilidad Cat saltaba a los brazos de Douglas, permitiéndole que la llevara hasta el camión.

No podía estar celoso, se dijo Troy mientras observaba cómo Gata amasaba la pierna de Douglas, escuchando su ronroneo grave y retumbante mientras conducían por las calles hacia el barrio de Douglas. Al fin y al cabo, sólo era una gata. Además, Douglas, Ben y Molly la habían conocido antes de que acudiera a él. Excepto que... bueno, maldita sea, ¡era *su* gata!

Entonces, al pasar bajo una farola, Troya notó que algo brillaba en el espeso pelaje rojo de Gato. Lágrimas. Su resentimiento momentáneo se desvaneció. Ah, tío, Douglas estaba llorando. Qué putada. Fingió no darse cuenta, dejando que Gata consolara a su amigo a su manera felina.

Mientras pasaban por delante del parque donde Jacinth llevaba a Ben y Molly a jugar, Douglas habló por fin.

"¿Cómo voy a decírselo? Lleva tan poco tiempo con nosotros y, sin embargo, estuvo ahí desde el momento en que recuperé a Ben y a Molly. Éramos una familia. Me quería, pero también quería a Ben y Molly, y ellos la quieren a ella. Para ellos, será como si les hubiera

abandonado".

"Si saben que es Djinn, entonces puedes ser sincero con ellos", aconsejó Troy. "Sólo asegúrate de que sepan que tú también les quieres; que no les quieres menos, ahora que ella se ha ido".

"¡Dios, no!" estalló Douglas. "¡Claro que no! Ben y Molly son toda mi vida".

"Pues que lo sepan".

"¡Claro que sí! Yo sólo..." Pareció arrancarle un gemido. "¿Qué vamos a hacer sin ella?".

"Harás lo que tengas que hacer", dijo Troy, con firmeza.

"Sí", dijo Douglas, sonando derrotado.

Sin embargo, cuando entraron en la casa, descubrieron que Ben y Molly ya se habían acostado y dormían profundamente.

"Me pareció mejor", les dijo Skye, cogiendo a su hijo en un fuerte abrazo. "Les dijimos que llegarías tarde a casa. Cerramos la puerta de la habitación de Jacinth para que no vieran que no estaba allí. Como no sabíamos por qué se había ido, pensamos que era mejor dejarlo así hasta que llegaras a casa.

Douglas asintió, pareciendo contento de no tener que enfrentarse a sus hijos esta noche. "Mañana será bastante pronto".

Miró a su alrededor, donde Cat estaba encaramada al respaldo del sofá, observándoles con sus ojos grandes e inteligentes.

"¿Podemos quedarnos con Cat esta noche, Troy? Así podrá estar aquí por la mañana cuando los niños se despierten, y les servirá de consuelo cuando les hable de Jacinto".

Le costó, pero Troy alargó la mano para acariciar la cabeza de Cat. Ella le ronroneó, frotando el hocico contra su mano.

"Claro que puedes quedártela", dijo. "Todo lo que pueda hacer, tío. Yo mismo volveré por la mañana".

"Y nosotros también estaremos aquí", le dijo Azul a su hijo. "Nos quedaremos todo el tiempo que se nos necesite".

Al volver a casa solo en su camioneta, Troy se sintió extrañamente solo. Fue aún peor cuando entró en casa y encendió las luces del salón. Cherie, por supuesto, salió a recibirle con su entusiasmo habitual, pero no era lo mismo sin Cat enroscándose sinuosamente en sus tobillos, amenazando con hacerle tropezar y hablándole con grititos de proa.

Troy se encontró paseando por el suelo y se detuvo, sintiéndose tonto. No era más que una gata, por el amor de Dios, y sólo era por una noche, porque los hijos de Doug la necesitaban. Mañana la llevaría a casa y todo iría bien.

CAPÍTULO II



CAT ESTABA TUMBADA tomando el sol en la ventana de la habitación de invitados, la que daba al prado y a los caballos. Hacía tres días que Jacinto había desaparecido. Sabía que Troy estaba preocupado por Douglas y los niños, y deseaba conocerlo en su forma humana para tranquilizarlo. No había ninguna posibilidad de que Jacinth no volviera, después de tener tiempo para pensar. Estaba tan enamorada de Douglas que era ridículo, nunca sería capaz de mantenerse alejada. Cat resopló, un poco indignada porque Douglas no lo supiera. Debería tener más fe en Jacinth.

Se puso alerta, girando las orejas para concentrarse en el sonido de los neumáticos crujendo en la entrada de grava. No parecía el camión de Troy, sino algo más pequeño, un coche. Además, era martes y sabía que Troy tenía una agenda repleta en la clínica que lo mantendría allí hasta la noche. Curiosa, se levantó y se estiró, luego subió trotando las escaleras y saltó al alféizar de la ventana del dormitorio de Troy, asomándose. Un sedán azul se detuvo junto al camino que conducía a la puerta principal... un sedán azul que se parecía al coche que Douglas había comprado para que Jacinth llevara a los niños de un lado a otro. La puerta se abrió y emergió una figura familiar. ¡Jacinth! ¡Había vuelto!

Para cuando Jacinth subió por el pasillo y llamó al timbre, Katerina ya estaba en forma humana, bajando corriendo las escaleras y tirándose apresuradamente de una de las camisas de Troy por encima de la cabeza. Abrió la puerta de un tirón.

"¡Has vuelto! Lo sabía". Tiró de Jacinth en un fuerte abrazo, y Jacinth le devolvió el abrazo con entusiasmo. La Djinn sonreía, sus ojos brillaban.

"Sí. ¡Douglas me ha pedido que me case con él!".

"¡Y tú aceptaste!".

La pesada coleta de Jacinto se agitó mientras el Djinn asentía, pareciendo delirantemente feliz.

"Vamos", le instó Jacinto. "Quiero llevarte a comer y contártelo todo".

Katerina se miró con una mueca expresiva. "Dame un par de minutos para cambiarme".

Jacinth asintió solemnemente, aunque le bailaban los ojos. "Probablemente sea una buena idea".

Apresurándose a entrar en la habitación de invitados de la planta baja, Katerina se arrodilló y sacó su bolso de debajo de la cama, sacando unos pantalones cortos verde oscuro y un top corto en tonos esmeralda. Se tomó un momento para admirar el conjunto; incluso su ropa informal era de diseño propio. Se puso la ropa apresuradamente, se calzó unas sandalias doradas, se puso unos

pendientes de oro y ya estaba lista para salir.

En una pizzería a unos kilómetros de distancia, los dos se acurrucaron ante una pizza de pepperoni (Jacinth) y otra de pepperoni y anchoas (Katerina). Katerina se inclinó hacia delante con impaciencia.

"Cuéntamelo todo", invitó.

"Bueno, ya sabes, por supuesto, que soy Djinn".

Katerina puso los ojos en blanco. "Oh, por favor. No hace falta que empieces *por el principio*".

Jacinto levantó una mano. "Pero lo que no sabes es que mi padre era humano".

Katerina ladeó la cabeza, mirando solemnemente a su amiga. "Eso sí que no lo sabía".

"Sí. Nunca supo que mi madre era Djinn. Lo dejamos cuando yo tenía unos cuatro años, cuando a mi madre le resultó demasiado difícil ocultarle que yo era diferente. Era un hombre muy religioso, musulmán y erudito. Temía que no pudiera aceptarnos, así que se marchó. Y desde entonces, toda mi vida, he visto a mi madre llorarle. Durante cientos de años ha rechazado pretendiente tras pretendiente. Yo no quería eso para mí. No quería amar tanto a un humano que, tras su muerte, nunca pudiera volver a ser feliz, nunca volviera a encontrar el amor".

Katerina no había considerado ese aspecto y ahora asintió. "Entiendo que sería una propuesta muy aterradora. Pero has vuelto".

Jacinth levantó una mano, dando un enorme mordisco a su trozo de pizza. "Hay que comerla mientras esté caliente".

De acuerdo, Katerina empezó a comer su propia pizza y se quedaron un rato en silencio, concentradas en la comida. Al final, Jacinth apartó el plato con un suspiro de satisfacción y se palmeó la barriga.

"¡Estaba bueno! Y ha quedado suficiente para un tentempié a medianoche".

Katerina miró los restos de su propia pizza. "No hay forma de que pueda esconder esto en la nevera de Troya", dijo apenada. "Supongo que será mejor que te la lleses".

Jacinth sonrió y cogió media pizza, arrastrándola hasta su lado de la mesa. "No hay problema".

"Entonces", la incitó Katerina. "Estuviste en Qaf...".

"Mi madre acudió a mí. Me dijo que lo que había lamentado todos estos siglos era no haberle amado y haberle perdido; pero no haber tenido el valor de decirle que ella era Djinn, de confiar en él, de confiar en su amor. Nunca le dio la oportunidad de aceptarla. En lugar de eso, me cogió y se marchó. Y luego se arrepintió, para siempre. Me demostró que yo hacía exactamente lo mismo que ella. Ya amo a Douglas; no es como si pudiera volver a meterlo en la caja y devolverlo. Y hablando con ella, me di cuenta de que sí quiero el tiempo que pueda pasar con él, y con Ben y Molly. No quiero pasarme el resto de mi vida lamentando no habernos dado nunca una oportunidad".

Katerina asintió solemnemente. "Has tomado la decisión correcta. Douglas te adora, de verdad. Y Ben y Molly también te quieren mucho".

"Sí, lo sé". Jacinth casi resplandecía de felicidad. Casi iluminaba la zona que la rodeaba. Pero era una criatura tan feliz que siempre lo hacía.

"¿Habéis hablado ya Douglas y tú de tener más hijos?"

Jacinth sacudió la cabeza, con aire travieso. "Acostumbrémonos los unos a los otros, y dejemos que los niños estén un poco más seguros, primero. Con todo lo que ha pasado... bueno, han sido muchos cambios para ellos en un periodo de tiempo relativamente corto. Están encantados, por supuesto. Nos quedamos con Firefly y Ladybug. Troy ha accedido a estabularlas

hasta que Douglas pueda construir la valla y el guadarnés detrás de nuestra casa".

Los ojos de Katerina brillaban con pura picardía felina. "Habría dado cualquier cosa por haber estado allí cuando entraste en la caseta aquella noche".

Jacinth soltó una risita. "No tenía precio".

"Troy llegó a casa y se lo contó todo a Cat. Estaba en estado de shock. ¡Nunca había visto a nadie beberse un trago de whisky así! Y sin pestañear".

"He oído que hizo un buen trabajo atándose una", convino Jacinth, riendo. "Douglas dijo que a la mañana siguiente sonaba como un oso con una pata dolorida".

"¡Más bien una cabeza dolorida!", replicó Katerina, y ambos resoplaron.

Jacinth empezó a reírse, y Katerina la miró interrogante. "Al menos le preparará un poco para el próximo shock de su vida". El Djinn guiñó un ojo a Katerina.

Katerina le devolvió la sonrisa. "No lo había pensado así".

"¿Vas en serio con él?" quiso saber Jacinto.

"Bueno, ya vivo con él, llevo su ropa y me da de comer. Diablos, incluso me sostiene en su regazo". Se lo pensó un momento y sonrió. "Y su perro me adora. Ahora sólo falta hacerlo oficial".

Jacinto se rió. "Estoy deseando que puedas estar allí también como Katerina, para poder ir a visitarte".

"¡Sí, será divertido! Voy a aprender a montar y podremos salir juntos".

"¡Oh! Y Douglas me dijo que te dijera que le debes una". Jacinto sonrió satisfecho.

Katerina resopló, arqueando una ceja. "¿Ah, sí?"

"Mmhmm. Es el que le dijo a Troy que no te diera comida para gatos, sino para personas".

"Oh". Se lo pensó mejor. Comida para gatos. Qué asco. "Vale, lo admito. Le debo una grande".

"Mmhmm", le sonrió Jacinto. "Pero tenemos que conseguir que te reúnas con Troy como Katerina. Es difícil estar en contacto contigo. Quiero decir, no es que pueda llamarte, aunque sepa que no está en casa. Los gatos no pueden contestar al teléfono, ¿sabes?"

"Lo he estado pensando", admitió Katerina. "Sobre conocer a Troy, quiero decir, como yo, yo. Katerina. Lo que dije antes sobre vivir con él y todo eso, era sólo una broma. Más o menos. A Cat le parece muy bien mudarse y quedarse, pero como humana, sé que no es tan fácil. Puede que yo conozca a Troy, pero él no me conoce en absoluto. Por lo que sé, puede que no le guste como Katerina... o que no quiera establecerse con una mujer, o... bueno, cualquier cosa". Hizo una mueca. "A veces la vida es mucho menos complicada siendo un gato, lo juro".

"¡Oh, espera! Ya sé!" exclamó Jacinth, agitando otro trozo de pizza, pues al parecer la conversación le había reavivado el apetito. Se inclinó hacia delante, chispeante de emoción "Una de las razones por las que quería verte hoy es que vamos a celebrar una cena de compromiso, sólo para nuestros amigos más íntimos... Troy, Suzanne y Mac. Quiero que tú también vengas. Sería una oportunidad perfecta para que Troy y tú os conocierais oficialmente, de humano a humano".

"Absolutamente perfecto", asintió Katerina. Cruzó la mesa para estrechar la mano de Jacinth. "Me alegro mucho por ti. ¿Habéis fijado una fecha para la boda?"

"Todavía no", dijo Jacinto. "Pero la cena será este viernes por la noche".

"Sabes que tendré que llegar tarde", advirtió Katerina. "No puedo salir de casa hasta que Troya ya se haya marchado".

"Hmmm". El bonito ceño de Jacinto se arrugó en una mueca. "¿Cómo vas a tener todas las cosas para prepararte, en su casa?"

"Oh, no lo haré. Llamaré a un Uber para que me lleve a casa. No está lejos de tu casa". Sonrió al Djinn. "A poca distancia del parque donde merodean los gatos".

Jacinto se animó. "¡Así que por eso estabas todo el rato en el parque!".

"Simplemente tomarme un descanso y holgazanear un rato al sol cuando necesito desestresarme del trabajo".

Jacinth golpeó la mesa con los dedos, mirándola fijamente. "Por cierto, siguen buscándote. ¿No te has puesto en contacto con tu personal para nada?".

Katerina chasqueó los dedos, molesta. "¡Oh! ¡Sabía que tenía que hacer algo! Había llamado a Roberta, mi ayudante, pero tenía que volver con ella". Hizo una mueca. "Es uno de los inconvenientes de ser felina. Cuando estoy en mi forma gatuna, los asuntos humanos no tienen la urgencia que deberían".

"Se nota", rió Jacinto. "Algunas otras cosas de ti también son diferentes".

Katerina le guiñó un ojo. "¿No te gusta mi personalidad felina?".

"¡Me encanta!" admitió Jacinto riendo. "Hay algo refrescante en esa franca... aunque brutal... honestidad. Y esa visión cáustica de la vida sin duda añade picante".

Katerina le sonrió con satisfacción. "Que sí".

"¿De verdad te olvidaste de tu colección, o de ponerte en contacto con tu oficina o gestor o lo que fuera, porque estabas en forma de gato?". Jacinto sentía curiosidad.

Katerina arrugó la nariz y asintió. "No es tanto que lo haya olvidado, sino que cuando estoy en el cuerpo del gato, también estoy inmersa en su naturaleza. Los gatos no piensan como nosotros, no ven las cosas como nosotros. A cierto nivel, sí, sabía que iba a salir la colección, y que me buscarían y me echarían de menos... pero no era tan importante como estirarse bajo un rayo de sol, o perseguir a las ardillas en el patio. Cuando soy Gato es más como un nebuloso 'oh sí, claro, me pondré a ello'... sólo que entonces nunca lo hago".

Jacinto se rió. "¡El colmo de la dilación!".

Katerina también se rió y asintió. "Tengo que volver al trabajo", admitió. "Pero no tengo dónde esconder un bloc de dibujo. Ahora mismo no tengo sitio para trabajar en casa de Troy. Necesito mi mesa de dibujo, mi luz, mis bolígrafos y lápices y grandes cuadernos de bocetos".

"Sabes, estás malcriada", le reprochó Jacinth, mirándola fijamente al otro lado de la mesa, con los brazos cruzados. "¿Para qué necesitas nada más que uno de esos cuadernos baratos y un par de lápices?".

Katerina le devolvió la mirada y se encogió visiblemente. "¡No podría usar uno de esos!".

"Oh, vamos. Sólo para hacer bocetos. Luego, cuando vuelvas a casa, podrás trabajar en ellos como es debido, pero mientras tanto puedes ir plasmando tus ideas en papel".

"Supongo". Katerina reflexionó, dándose golpecitos en la comisura de los labios, pensativa. "Podría esconder un bloc de dibujo y unos cuantos lápices en la habitación de invitados de abajo, debajo del colchón, con bastante facilidad".

Dio una patada con los pies. "¡No me gusta trabajar así! Necesito mi montaje. Necesito espacio, y luz, y... y...".

Se interrumpió, frunciendo el ceño.

"Es sólo temporal". Jacinto le guiñó un ojo. "Sólo hasta que te haya perseguido lo suficiente como para que dejes que te atrape".

Ohhh! Katerina se incorporó, iluminándose. ¡Le gustaba esa idea!

"Sabes -dijo Jacinth, después de pensárselo un poco con otro bocado de pizza ya fría-, me gusta que vayas a llegar tarde a la cena de compromiso. Así podrás hacer tu entrada... a lo grande, y sorprender a Troy con tu aspecto. Le dejarás boquiabierto".

La idea atrajo instantáneamente a Katerina. "¡Puedo hacerlo! No hay problema".

"¡Hazlo!"

"Hay una cosa que tengo que decirte". Katerina vaciló, sin saber cómo empezar. Desde luego, no quería cambiar el buen tono de la conversación, pero era importante que Jacinth lo supiera. "Aquel perro del parque, el que me atacó. No era un perro cualquiera, ni estaba rabioso. Estoy muy segura de que me lo tendió el Pícaro... el metamorfo leopardo negro que conociste en el bosque aquel día que ayudaste a Julian a salvar a Melanthe y a sus gatitos".

Jacinto la miró con los ojos muy abiertos, y a Katerina le pareció que la piel cremosa de la Djinn palidecía.

"Estaba tan asustada", le dijo Jacinth, estremeciéndose al recordarlo. "No sé cuándo he sentido un miedo así. Era tan poderoso, amenazador. Quería matar, destruir. El mal".

Katerina asintió. "Un Pícaro es todo eso".

"¿Pero por qué habría atacado a tu hermana y luego a ti?"

"Porque está reclamando esto como su territorio, y estamos aquí. Tiene que deshacerse de nosotros", le dijo Katerina. "Sabemos lo que es. No puede tenernos aquí cuando está cazando".

"¿Pero por qué?", fue la lastimera pregunta de Jacinto.

"Los pícaros son realmente malvados", le dijo Katerina. "Nacen diferentes... retorcidos y enfermos. Matan sin vacilar, sin consideración por la vida, sin compasión. No... no tienen humanidad, supongo que dirías. Toman lo que quieren y, cuando acaban con ello, lo destruyen. Y ahora mismo...".

Hizo una pausa, dudando incluso en decir las palabras por miedo a que pronunciarlas las convirtiera en verdad. No era supersticiosa, claro que no. Pero *tenía* miedo.

"Ahora mismo, creo que quiere a Troy".

Los grandes ojos marrones de Jacinth se agrandaron aún más, como platillos de cena, y se quedó con la boca abierta.

"¿Troy?"

"La olí en su camión. No hay ningún error".

"Podría haber sido una coincidencia", dijo Jacinto, pero Katerina negó con la cabeza.

"Primero ataca a Melanthe, luego a mí, y después, ¿su olor está en el camión de Troy? No puede ser una coincidencia. No cuando se trata de un Pícaro. Acechan a su objetivo. Esperan y observan. Son astutos y tienen una paciencia infinita cuando cazan. No se detienen ante casi nada. Y ella está cazando una pareja".

"Y tú estás en su camino". Jacinto asintió. "No sólo por estar aquí, en su territorio, sino por vivir con Troya".

"Sí. Aunque no creo que sepa que vivo con él... porque se enfurecería". Katerina se estremeció y se le puso la carne de gallina. "Nos habría perseguido a Melanthe y a mí simplemente porque estamos en su territorio, y por ninguna otra razón. Si hubiera sabido que yo vivía con Troya, con su compañero objetivo...".

La preocupación se reflejaba en los grandes ojos marrones que la observaban. "¿No hay nada que puedas hacer? Los Djinn tenemos un Consejo. ¿No lo tienen también los Cambiantes?"

"Sí, y Melanthe y yo ya hemos hablado de acercarnos a ellos. Pero sin pruebas de que se trata de un Granuja Cambiante, no tenemos nada que presentarles; podría considerarse una disputa territorial, en la que nos corresponde negociar los detalles. Nuestra palabra contra la suya. Y somos jóvenes, Melanthe y yo".

"Yo estaba allí", dijo Jacinth, con los ojos brillantes. "Yo estaba allí, en el bosque, y Kieran, aquel día. Podemos ir a verlos".

"¡No, no, no!" Katerina sacudió violentamente la cabeza. "Eso es justo lo que no quiero. Eso te pondrá en su línea de fuego... no sólo a ti, sino también a Ben y a Molly. No pondré a los kits... quiero decir, a los niños... en peligro".

Jacinto negó con la cabeza. "Soy Djinn. Cuidamos de los nuestros. No podría tocar a los niños, ni por un instante. No soy la única que vela por ellos, ¿sabes?"

"¿No? Esto era nuevo para Katerina. "Creía que sólo estabas tú".

"¡Oh, no! Mi madre está mucho por aquí, ¡está loca por Ben y Molly! Y también está Kieran".

Katerina la miró fijamente. "¿Kieran? ¿Es ése del que me habló Melanthe, el que desterró al Pícaro aquel día?"

"Sí. Es un Príncipe de los Djinn, y muy anciano. También forma parte de nuestro Consejo, por supuesto. Tiene muchos más poderes que yo, de hecho, más que la mayoría de los Djinn. Es muy protector conmigo, y también con Ben y Molly. Creo que vela por ellos de un modo que desconozco, porque parece estar siempre ahí cuando ocurre cualquier cosa. No, no hay nada que el Granuja pueda hacer para llegar hasta nosotros, una vez que Kieran sea consciente".

Katerina reflexionó sobre ello. "No lo había pensado hasta ahora, pero está claro que la Were ha estado observándome, acechándome, mucho antes del ataque en el parque, así que sabe lo de los niños, y lo cariñosa que soy con ellos. Y Douglas también tiene relación con Troy, por ser su compañero".

"¿Qué vas a hacer?"

"¿Sobre el Pícaro? No lo sé", suspiró Katerina.

"¡No! Me refiero a Troya. Si dices que va detrás de Troya..."

Katerina se inclinó hacia delante, decidida a dejar clara su opinión. "Ésa es una de las razones por las que quiero conocer a Troya como Katerina. Si él no responde a sus insinuaciones porque está liado conmigo, Katerina, puede que ella desista y busque a otro con quien aparearse".

"¿Para aparearse?" Jacinto hizo una mueca de desagrado. "Si eso es todo lo que quiere, ¿para qué tanto acecho? Al fin y al cabo, podría acostarse con cualquiera".

Katerina negó lentamente con la cabeza. "Las Werecoats no aceptan parejas. Sólo se aparean con un macho elegido hasta que consiguen el embarazo. Y entonces..."

Jacinto dejó el trozo de pizza que había cogido y tragó saliva.

"¿No querrás decir...?"

"Ella los mata".

"¡Katerina, no podemos dejarla libre para que haga esto! Sobre todo a Troya, sí, ¡pero a nadie! ¡Tienes que denunciarla ante tu Consejo! Seguro que esto no está permitido!"

"Por supuesto que no está permitido. Si se demuestra que es una Pícara, la perseguirían y la matarían. Pero ha sido inteligente y se ha mantenido oculta. Fíjate que no nos ha hecho nada personalmente que podamos demostrar que es ella, ¡y ni siquiera sabemos quién es! Sabemos que hay una Pícara, pero no sabemos *quién*. Melanthe y yo ya lo hemos hablado. E incluso si conociéramos su identidad y fuera convocada por el Consejo, podría desaparecer y ocultar su rastro cuidadosamente para que no la encontraran. Entonces sería aún más peligrosa. Ahora mismo cree que sólo trata con dos jóvenes metamorfos solitarias, y nos tiene en poca estima. Espero poder pillarla en algún acto que pueda llevarse al Consejo como prueba irrefutable".

"¡Debería pensar que intentar matar a Melanthe y a sus gatitos, y que ese perro te atacara en el parque, sería suficientemente indiscutible!". dijo Jacinto indignado. "¡Ese perro podría haberte matado!"

"Intentaba matarme". Katerina se estremeció involuntariamente al recordarlo. "Pero no

podemos probar que fuera una Pícara la que estaba detrás del ataque. No hay pruebas de que fuera *ella* y no un perro cualquiera atacando a un gato".

Los bonitos y suaves labios de Jacinth se cerraron en una línea firme, y su expresión adoptó un aspecto obstinado. "No podemos dejar que se salga con la suya".

Katerina asintió con fervor. "Estoy de acuerdo. Pero no veo cómo podemos detenerla. Ahora mismo, sólo quiero seguir viva. Y quiero mantener a salvo a Melanthe y a sus bebés, y a ti, a Benny y a Molly. Y a Troy".

Se mordió el labio. "A veces me siento tan sola", confesó. "Melanthe está en Staten Island, a salvo con Julian y Alessandra, y tú estás a salvo aquí con Douglas, y siento que soy la única que se interpone entre ella y todos. Que depende de mí mantener a todos a salvo y detenerla. Y no sé cómo, además estoy muerta de miedo".

Jacinto alargó la mano para cubrir la de Katerina con la suya, delgada y marrón. "Me tienes a mí -juró- y todos los poderes de los Djinn detrás de ti. No estás sola, Katerina. Toma".

Apartó la mano, cerró los dedos y luego los abrió. Sobre su palma había una fina cadena de oro con una gema azul brillante. "Es un amuleto de Djinn. Lleva siempre este brazalete, Katerina. Si estás en peligro, sólo tienes que tocar la gema y llamarme. Te oiré y acudiré. Tienes mi palabra".

CAPÍTULO 12



LA LIMUSINA NEGRA se detuvo delante del restaurante de cinco estrellas, y el chófer se acercó para abrir la puerta. Se congregó una pequeña multitud de curiosos.

Katerina bajó del coche y se irguió regamente, mirando a su alrededor, hacia las imponentes puertas de entrada. Llevaba un vestido largo de reluciente oro oscuro que reflejaba el color de sus ojos, se ceñía a su figura y se ensanchaba desde las caderas hasta caer en elegantes pliegues sobre los tobillos. Al cuello llevaba un collar de oro aparentemente sencillo, con una pequeña gota de esmeralda, y unos pendientes a juego. Unas sandalias altas de tiras, también doradas, y un bolso de cuentas y lentejuelas completaban su atuendo. El maître le abrió la puerta del restaurante y ella se adelantó con confianza.

"¿Quién es?"

"¿Quién es?"

"¡Ya lo sé!" Una voz aguda y excitada se elevó por encima del murmullo de las especulaciones. "Es Katerina Kazakis, la diseñadora de moda que desapareció hace unas semanas".

Qué listo. Katerina entró en el restaurante y preguntó por la fiesta de Douglas. La escoltaron respetuosamente hasta un rincón tranquilo donde media docena de personas se entretenían tomando entremeses. Jacinth fue la primera en verla, y saltó de su asiento y corrió alrededor de la mesa para abrazarla.

"¡Katerina! Lo has conseguido!"

Katerina miró rápidamente a su alrededor bajo las pestañas y recorrió la mesa con la mirada. Por supuesto, esperaba a Suzanne y Mac. Para su sorpresa, reconoció a la otra pareja, un joven moreno y salvajemente apuesto y una rubia alta y simpática, Julian y Alessandra, que habían rescatado a su hermana Melanthe del Granuja Cambiante hacía un par de meses. Pero, pensándolo bien, no era tan sorprendente: Julian era un mago que había caído en un hechizo y había sido maldecido para conceder deseos. El Djinn había encargado a Jacinto que lo vigilara, hasta que Alessandra rompió la maldición. Fue la estrecha relación de Julian con el Djinn lo que hizo que llamara a Jacinto cuando conocieron a Melanthe, que había sido atacada por el Pícaro. Así, se ganó la gratitud eterna de Katerina al salvar a Melanthe y a sus bebés.

Alessandra también se levantó de su asiento y se apresuró a rodear la mesa para cogerla de la mano y abrazarla.

"¡Katerina! Qué alegría volver a verte!"

Katerina devolvió el abrazo, un poco incómoda por el afecto espontáneo. De acuerdo, sin

duda había pasado demasiado tiempo como Gata si la actitud distante del felino se le había contagiado como humana.

"No estaba segura de que pudieras venir", le dijo Jacinto, con un escaso pestañeo. "Pero te he guardado un sitio aquí, entre Troy y yo. Troy, ésta es nuestra amiga Katerina".

Troy se levantó mientras Katerina seguía a Jacinth alrededor de la mesa hasta su asiento, y le tendió su gran mano.

"Me alegro de conocer a cualquier amigo de Douglas y Jacinth -dijo con su voz profunda y retumbante. Ella le cogió la mano, sintiendo el firme apretón de sus dedos, la fuerza en ellos que conocía bien. Apenas se acercó a su hombro. Le miró con una sonrisa cuando él le acercó una silla para sentarla.

"He oído hablar mucho de ti", le dijo, tomando asiento. "Me han dicho que se te dan muy bien los gatos".

A su derecha, oyó a Jacinto ahogarse ligeramente.

"Me gustan los gatos", admitió Troy con facilidad. "Tengo una calicó de pelo largo en casa... la atacó un perro y me la llevé a casa para cuidarla y, bueno, resumiendo, se quedó. Además, tiene personalidad propia. Es la gata más singular que he conocido. A veces juraría que entiende el inglés".

Sacudió la cabeza y cambió de tema. "Perdona, tiendo a extenderme cuando hablo de ella. ¿Conoces a Suzanne y a Mac, Katerina? Suzanne también es socia. Está especializada en el cuidado de perros, mientras que yo me especializo en gatos, y ya sabes que Douglas se ocupa de los caballos y el ganado. Mac también es veterinario, pero trabaja en otra clínica".

Katerina, conteniendo su risa interior, sonrió a la pareja al otro lado de la mesa. "Creo que no nos han presentado -dijo ambiguamente-.

Al otro lado de Jacinth, Douglas parecía tener algún tipo de espasmo. Ella le ignoró mientras Troy alcanzaba un plato de entremeses y se lo ofrecía.

¿"Alcachofas con mantequilla"?

"Gracias". Ella lo cogió y transfirió un poco a su plato. Cuando le devolvió el plato, sus dedos se tocaron, un contacto cálido. Sus ojos se cruzaron con los de él y vio admiración en ellos. Se ruborizó y dejó de mirarle, apartando la vista. *¡Qué tonta!* se reprendió. Los hombres ya la habían mirado con admiración, la habían deseado. Pero Troy era diferente. Quería gustarle, que pensara que era tan hermosa como mujer como él pensaba que era como Cat.

Picó la alcachofa con el tenedor, comiendo con delicadeza. La conversación que su entrada había interrumpido se reanudó, y se enteró de que Julian tenía una exposición de artesanía hecha por mujeres de países del Tercer Mundo, en una galería de Washington D.C. Al oírle hablar de algunos de los materiales de los saris de la India, su interés se despertó, y se inclinó hacia delante, haciendo preguntas. Le picaban literalmente los dedos por tener en sus manos algunas de las sedas de los saris y los bordados que él describía, y en su mente se formaban y reorganizaban posibles diseños. Entrecerró los ojos y miró distraídamente a través de la habitación mientras reflexionaba sobre su agenda para el año siguiente y sobre cuándo podría hacer un viaje a la India. Julian le pasó su tarjeta y ella la guardó en el bolso. Iría a visitar su galería, miraría las telas, dejaría que le hablaran. Él podría decirle adónde ir en la India y cuándo era el mejor momento para viajar allí.

El camarero vino a tomar el pedido de Katerina, y ella le entregó el menú con una sonrisa de agradecimiento. Jacinth se inclinó hacia ella para susurrarle al oído con aire de conspiración.

"Eres mucho más educada como Katerina".

Los ojos dorados de Katerina brillaron divertidos.

"Trabajo de cara al público. Uno hace lo que debe", admitió.

Las bromas empezaron a ir y venir entre Douglas, Troy y Suzanne, los tres socios de la clínica, y Katerina se contentó con sentarse en silencio, muy atenta a Troy, que estaba a su izquierda. Tenía un magnetismo distinto del que atraía a su yo felino. Su yo felino se sentía seguro con él, reconfortado, admirado y cuidado. Como mujer, se sentía atraída por él. Cuando se acercó por primera vez a la mesa y él se levantó de su asiento para elevarse sobre ella, sintió una patada en el plexo solar que la dejó sin aliento. Su olor la envolvió, familiar y reconfortante. Él no la conocía, pero ella lo conocía a él, con la misma seguridad con que su forma felina lo había conocido al instante. Su compañero.

Suzanne se inclinó sobre la mesa con una sonrisa, captando su atención. Llevaba el pelo castaño claro peinado con sencillez, recogido en una trenza francesa, y sus ojos color avellana brillaban bajo la suave luz.

"Entonces, ¿la gente te llama Cat?"

Katerina le devolvió la sonrisa.

"Sólo cuando me crezca pelo y bigotes", dijo claramente.

A dos asientos de distancia, Douglas cerró los ojos como si le doliera, y ella fue consciente de que Jacinth luchaba por contener la risa. Se le escapó una risita, y Suzanne parecía agradecida.

"Entendido", dijo ella. "Es Katerina. Y tu apellido es Kaz... ¿Kazakis? ¿Qué clase de nombre es ése? Nunca lo había oído".

Katerina sonrió, levantó su vaso de agua helada y bebió un sorbo. "Griega. Mi familia vino de las islas en el siglo pasado".

Douglas se inclinó hacia ella, enarcando una ceja. "¿Y cómo funciona eso de que te guste la comida italiana y todo eso? ¿No es como comer con el enemigo o algo así?"

Ella le lanzó una mirada de reojo, prometiéndole venganza. Pero Julian habló con rápido interés.

"¿Te gusta la cocina italiana?"

Alessandra puso los ojos en blanco. "Vaya, ya estamos".

"Julián es de Italia", explicó Jacinto.

"Hace mucho tiempo", intervino.

Jacinto soltó una risita. "Hace mucho, mucho, mucho tiempo".

Alessandra soltó una carcajada, y Julian miró con odio a las dos mujeres. Las risitas de Alessandra terminaron en un breve aullido, y Katerina sospechó que la había pateado por debajo de la mesa.

"¡Oh, espera un momento!" interrumpió Mac. Miró fijamente a Katerina al otro lado de la mesa. "¿Katerina Kazakis? ¿La diseñadora de moda?"

Ella le dedicó una sonrisa pícara. "Culpable de los cargos".

Al parecer, había estado viendo las noticias, porque sus ojos se redondearon aún más, pareciendo completamente asombrado. Miró a su alrededor y vio que todo el mundo le miraba perplejo.

"¡Ha desaparecido!" La mesa se echó a reír y, al cabo de un momento, Mac se dio cuenta de lo que había dicho y también soltó una carcajada. "Lleva semanas desaparecida. Los canales de noticias la actualizan regularmente".

"Bueno, semanas no", refutó Katerina. "Unos diez días".

"Te perdiste la presentación de tu Colección de otoño".

Cada vez que pensaba en ello, sentía una punzada. Maldita sea, había trabajado mucho en aquella colección. Uno de los mayores placeres de su carrera era ver sus diseños bellamente

expuestos en las modelos, verlas desfilan por la pasarela, ver la emoción y el placer del público, oír los "ooh" y los "aah" y los aplausos. Hacía que todo, todos los problemas, el trabajo, las pequeñas molestias, merecieran la pena.

"Lo sé", admitió. Odiaba... ¡Odiaba! ...que hubiera tenido que perderse la presentación de su Colección. ¡Maldita Rogue! Debajo de la mesa, la mano de Jacinth encontró la suya y la apretó ligeramente. Le dedicó a su amiga una pequeña sonrisa de agradecimiento. "Tuve un accidente y no pude venir".

"Han estado diciendo que nadie sabía dónde estabas".

Eso la hizo reír, y se recuperó, sus ojos centelleando con picardía.

"Una de las principales obligaciones de mi personal es cubrirme. No suelen gustarme mucho los plazos ni las citas, así que están acostumbrados. Pero nunca me había perdido la presentación de una Colección. De todas las cosas para las que podría no estar, ésta es la única que nunca querría perderme".

"¡La prensa ha estado especulando con que te habían secuestrado, o incluso asesinado!"

"Paparazzi". Katerina resopló con disgusto. "La prensa se inventa cualquier cosa con tal de atraer a los telespectadores y favorecer sus índices de audiencia. Aunque dudo que mi director comercial se queje mucho. Supongo que tendré que hablar con él".

Parecía que parte de la alegría de la velada había desaparecido para ella, y levantó su copa de vino y bebió un sorbo. El camarero llegó con los secuaces satélites portando bandejas con la cena, y ella cambió deliberadamente el tema de la conversación hacia Douglas y Jacinth, volviendo a centrar la atención en la pareja prometida, como debía ser.

"Cuéntanos cómo se han tomado Ben y Molly la noticia", invitó mientras todos cenaban.

"¡Oh!" Jacinth se iluminó como una antorcha, radiante. Ella y Douglas intercambiaron miradas risueñas. "Están encantados".

Douglas se rió entre dientes. "Actualmente hay una batalla campal sobre cómo llamar a Jacinth. Al parecer, 'señorita Jas' ya no es apropiado para llamar a su nueva madre. Quieren algo mejor".

"¿Mejor?" Era Troya.

"¿Qué se les ha ocurrido?" preguntó Suzanne con curiosidad, inclinándose sobre la mesa.

"Hasta ahora no mucho", contestó Jacinth, que parecía delirantemente feliz. "Mamá fue vetada de plano por los dos. Benny declaró que mamá era aburrida. Molly se inclina por Mamá, pero Benny se burla de eso por ser demasiado -bebé- la llama".

"No les gustó nada el árabe.... Um..." Tropezó con la palabra.

"Ummi", dijo rápidamente. "Hemos estado buscando en Google. Me salió *machekha*, que significa madrastra en ruso".

"Pero que nunca podrán pronunciar", añadió Douglas. "A mí me gustaba más *mitera*, que es griego".

"Mi voto es para el húngaro, *anya*".

"Se dice *madre* en italiano", intervino Julián desde el otro lado de la mesa.

"¡Oh!" Jacinth ladeó la cabeza, considerándolo. "Me gusta. Se lo comentaré a los niños por la mañana y lo añadiré a la lista si les gusta".

"Es *ama* en nepalí". añadió Mac.

Las cabezas se giraron mientras todos le miraban fijamente, y él se rió, levantando las manos en señal de rendición fingida.

"Uno de mis clientes tiene un mastín del Himalaya llamado Ama", defendió. "Le pregunté por su nombre".

"Creo que deberías ir a por Nana", dijo Troy. "La perra de Peter Pan que era la niñera de los niños".

Katerina tuvo que reprimir una risita ante la expresión inexpresiva de Jacinto, y asintió enérgicamente, incapaz de dejar pasar la oportunidad de burlarse de la Djinn. "¡Así es! Fuiste su niñera, así que es totalmente lógico".

Jacynth la miró con el ceño fruncido, prometiéndole venganza en silencio. Con una carcajada, Douglas se levantó y le tendió la mano a Jacynth con tal expresión de amor en el rostro que Katerina sintió una punzada de envidia.

"Vamos", dijo. "Están tocando nuestra canción".

Jacynth se levantó con un movimiento fluido y le siguió hasta la pista de baile. Envolviéndola con sus brazos, Douglas la estrechó y se balancearon suavemente al ritmo de la música. Suzanne y Mac también se dirigieron a la pista de baile, al igual que Julian y Alexandra. Troy miró a Katerina.

"¿Quieres bailar? Su voz era solemne, pero sus ojos estaban llenos de admiración cuando la miró.

"Me encantaría".

Al salir a la pista de baile, Katerina fue muy consciente del ligero contacto de la mano de él con su cintura. Cuando se giró hacia sus brazos, fue como si hubiera vuelto a casa, como si perteneciera a este lugar, a sus brazos. Su olor la envolvió, y se sintió satisfecha de ser sostenida en el ligero abrazo que requería el baile. Su primer baile.

Troy no habló, sólo la abrazó durante el lento baile, mientras sus cuerpos se balanceaban al compás de la música. Tenía buen ritmo, se dio cuenta Katerina, se movía con facilidad al ritmo lento.

La música terminó y se separaron. A Katerina le pareció que Troy bajaba los brazos de mala gana y que sus manos se posaban en la cintura de ella.

"Gracias por el baile".

Todos sus instintos la empujaban a acercarse, a zambullirse en sus brazos, a frotar la cabeza contra su pecho. Se resistió.

"De nada".

Cuando todos volvieron a la mesa, Suzanne se lanzó a hacer preguntas, aparentemente fascinada con la carrera elegida por Katerina.

"¿Cómo es ser diseñador de moda? ¿Es tan glamuroso como parece?"

Katerina arrugó la nariz. "Sobre todo es mucho trabajo duro. Está la parte creativa, por supuesto, que es la que más me gusta. Pero es mucho más que diseñar los trajes. Una vez que los diseños están sobre el papel, hay que llevarlos a la realidad. Hay que elegir los tejidos, confeccionar las prendas, encontrar los accesorios, decidir la imagen de la modelo y los peinados. Luego está la parte comercial... ocuparse de la producción de la colección, las relaciones públicas, la publicidad, modelos temperamentales, fotógrafos temperamentales, directores de escena, gente de sonido e iluminación. Es enorme, y no tan sencillo como parece desde el lado del público".

"Como ser veterinario", intervino Troy, con voz grave y retumbante. "No se trata sólo de ver a las mascotas en una pequeña sala de reconocimiento y enviarlas a casa cuando están bien".

"¡Mucho más!", dijo Suzanne con un suspiro exagerado.

"Suzanne es nuestra jefa de oficina", explicó Troy.

"¿Así que los tres sois veterinarios?". Por supuesto que lo sabía como Cat, pero Katerina no lo habría sabido.

"Cuatro", dijo Mac. "Yo también soy veterinario, aunque trabajo en otra clínica. Suzanne y yo nos conocimos después de que abrieran su clínica".

"Sí, y desde entonces intentamos atraerlo a la asociación", añadió Douglas.

"¿Cuántos veterinarios necesitas en una clínica?" preguntó Katerina. Nunca había prestado mucha atención a las clínicas de animales... ¡obviamente! Reprimió las ganas de reír.

"Más de lo que te imaginas", dijo Suzanne. "Es mucho más que nosotros tres. Estudiamos juntas veterinaria y decidimos asociarnos. Cada una de nosotras tenía un área en la que quería especializarse, aunque todas hacemos veterinaria general. Pero a mí me gustan mucho los perros, Troy tiene un don especial con los gatos y a Douglas le gustan esos caballos grandes y malolientes."

"¡Eh, eh! Sé amable!" protestó Douglas, y Suzanne le sonrió.

"Pero no podríamos llevar una clínica así sólo con nosotros, necesitamos al menos dos en cada área, gatos, perros y ganado, así que hemos contratado a esos, más otro como 'flotante' que puede cubrir todas y cada una de las prácticas."

"Y los técnicos veterinarios, los ayudantes de laboratorio, dos recepcionistas a tiempo completo", añadió Troy. "Y personal a tiempo parcial para atender a los internos".

"Por no hablar del personal de limpieza", les recordó Suzanne.

"Y trabajadores para limpiar los establos y los prados", dijo Douglas.

"Y un puñado de entusiastas estudiantes de secundaria voluntarios". añadió Suzanne.

"Ah, y el jardinero", añadió Troy.

"Me encuentro mejor", les dijo Katerina, riendo. "¡Admito que estoy impresionada!"

"Cuéntanos qué te llevó a dedicarte al diseño de moda", preguntó Suzanne, al parecer pensando que era una profesión mucho más glamurosa. Katerina reprimió una sonrisa, acostumbrada a este tipo de preguntas.

"Llevo diseñando ropa casi desde que podía coger un lápiz de color y dibujar figuras de palo. Siempre estaba garabateando ropa. Cuando entré en el instituto empecé a estudiar arte, sólo para poder dibujar la ropa que veía en mi mente. En realidad, nunca quise hacer otra cosa".

Los músicos volvieron de su descanso y retomaron la música. Troy giró la cabeza para mirar a Katerina, tendiéndole una mano grande y de dedos fuertes.

"¿Bailar conmigo otra vez?", preguntó.

"Desde luego". Apartó la silla y le cogió la mano. Mientras caminaban hacia la pista de baile, Katerina llamó la atención de Jacinth, y el Djinn le guiñó un ojo rápidamente. Katerina ahogó una risita.

"¿Hace mucho que conoces a Jacinth?" preguntó Troya, volviéndose hacia ella y trayéndola a sus brazos con un movimiento fluido.

"Casi desde que vino a hacer de niñera de los niños", le dijo Katerina. Le pareció natural dejarse abrazar por él, y no pudo resistir la tentación de apoyar la cabeza en su pecho mientras se mecían al ritmo de la suave música. "La conocí un día que había llevado a Ben y Molly al parque, no lejos de donde vivo, y entablamos conversación. Desde entonces somos amigos".

"Nunca había conocido a un famoso diseñador de moda", confesó Troy.

Katerina levantó la cabeza para sonreírle. "¿Has conocido a alguno que no sea famoso?"

Su risa surgió de lo más profundo de su pecho. "No. Suzanne parece bastante impresionada".

"La mayoría de la gente lo es", admitió Katerina. "Sólo ven el lado glamuroso, los famosos de la televisión, las luces y la gloria. Francamente, lo tiraría todo por la borda con tal de poder estar en mi estudio, o por ahí con un bloc de dibujo".

"¿Por qué no puedes?" Tenía una mano apoyada en el hombro de ella, sus dedos le

acariciaban el pelo, le acariciaban la nuca.

Ella se encogió ligeramente de hombros, cediendo a su abrazo, con la mejilla una vez más contra su pecho.

"Forma parte del trabajo. Si quiero mantenerme como diseñador de moda, tengo que jugar el juego. Es tan sencillo como eso. Podría jubilarme ahora con lo que ya he ganado, pero entonces ¿qué haría? Me encanta dibujar y esbozar, me encanta diseñar. He estado trabajando para encontrar a las personas adecuadas para los puestos clave que se encarguen de las cosas para permitirme estar menos implicada en esos otros aspectos." Le miró divertida. "Como muchos tipos artísticos, soy un poco introvertido. ¿Sabes que todo el mundo habla de que los artistas tienen que sufrir por su arte? No es el arte lo que nos hace sufrir. Es el aspecto comercial y de marketing y la necesidad de aparecer en público con lo que tenemos que lidiar".

Su risa profunda se mezcló con la de ella, y siguieron bailando en silencio unos minutos más, hasta que la música terminó y volvieron a la mesa.

Preparándose para partir, todos se pusieron en pie, recogiendo sus pertenencias. Katerina levantó su bolsa de cuentas del respaldo de la silla y se apartó de la mesa, pero Troya la detuvo con un toque en el hombro.

"Katerina, Douglas y Jacinth llevarán mañana a Firefly y a su potro a mi casa. ¿Quieres venir?"

"¿De verdad?" Su cara se iluminó de entusiasmo.

"Sí, y después haremos un picnic en mi patio trasero, una barbacoa. Ben y Molly estarán allí, así como Suzanne y Mac, quizá algunos otros de la clínica".

"Me encantaría", respondió Katerina al instante. Al momento siguiente, caminando por el restaurante con Troy a su lado, se preguntó cómo iba a conseguir que Ben no desvelara su secreto en su excitación. El chico estaba en el séptimo cielo por tener a Jacinto como madre. Sí, ¿y cómo iba a funcionar si ella no estaba allí como Cat? ¿Se daría cuenta Troya de su ausencia? ¿La buscaría? Eso podría ser complicado, y además no le gustaba la idea de que Troy se enfadara y se preocupara por su yo gatuno. Pero quería ir como Katerina, para pasar más tiempo con él como mujer.

"Piensa en algo", le susurró ferozmente a Jacinto mientras se abrazaban en la acera de fuera. "Troy me ha invitado a venir mañana al picnic. ¿Y si echa de menos a Cat? Y luego está Benny...".

"No te preocupes". Jacinth guiñó un ojo y sus ojos castaños bailaron alegremente. "No creo que me cueste nada convencer a Troy de que a Cat no le va a gustar estar rodeada de gente y está enfurruñada en alguna parte. Y avisaremos a Ben para que tenga cuidado".

Troy se acercó a estar con ellos junto al bordillo.

"¿Quieres que nos veamos mañana en la clínica?" preguntó a Katerina. "Entonces podrás seguirnos".

"A mí me vale". Cogió la tarjeta que le ofrecía con la dirección de la clínica. "¿También tienes caballos propios?"

"Ah, sí. Tengo tres frisones".

"¿Frisones?" Su ceño se frunció, como si nunca hubiera oído esa palabra, aunque él le había hablado de ellos como Gato, por supuesto.

"¿Has visto alguna vez la película LadyHawke?", me preguntó.

"Oh, ¿la medieval, en la que los amantes están malditos? ¿El caballero se convierte en lobo por la noche y la mujer en halcón por el día, para que nunca puedan estar juntos? Me encanta esa película".

Troya asintió. "El corcel del caballero era un frisón".

Katerina se estremeció deliciosamente. "Me encanta la escena en la que entra en la catedral paseando, con sus grandes pezuñas resonando en los muros de la catedral a cada paso".

"Tienen su origen en Bélgica, y los caballeros las utilizaban para llevarlas con toda su armadura".

"Era un caballo precioso", se entusiasmó Katerina. "Me ha encantado verlo".

Dudó, pues no conocía a Troy lo suficiente como para saber si podían burlarse de él por su tamaño; era un hombre gigantesco, alto y ancho, y aunque no tenía exceso de peso, era fuerte y musculoso.

Jacinto no tenía esos reparos. "Y pueden *llevarte*", sonrió con picardía a Troya.

Troy se rió. "Ya lo tienes, chico". Extendió la mano para despeinar al Djinn antes de cruzar la acera para despedirse de Mac y Suzanne.

Julian y Alessandra se acercaron en ese momento para despedirse. Katerina no pudo evitar sentir un destello de preocupación. Sin sus sentidos felinos, no podía saber si llevaban el olor de Melanthe. Era de noche, y la Werecat bien podía estar ahí fuera. No tenía motivos para sospechar que el Pícaro pudiera estar acechándoles; el Pícaro no debería tener ni idea de dónde estaban escondidos Gato o Melanthe. Pero hasta ahora había demostrado ser astuta e inteligente, y Cat no estaba dispuesta a arriesgar su propia vida, ni la de Melanthe y sus bebés, por una suposición.

Su preocupación debía de ser transparente, porque Alessandra la estrechó en un fuerte abrazo. "No te preocupes", susurró. "Están bien. No dejaremos que les pase nada".

La sonrisa de Julian, y la leve presión de sus dedos cuando se dieron la mano, le tranquilizaron. "Estoy en ello", dijo en silencio.

Sonrió, apreciando su preocupación. Seguramente había lanzado hechizos de protección para evitar que los rastrearan hasta su casa. "Gracias. Gracias por todo".

Julian se dirigió a buscar su coche, dejando a Alessandra y Katerina solas en la acera.

"¡Uf!" Alessandra le sonrió. "Tenemos un minuto para hablar a solas. Melanthe está cuidando a Ben y Molly en nuestra casa. Está muy bien, igual que los... bueno, los gatitos".

Katerina se estremeció un poco. "Es muy raro pensar en ellos como gatitos. He preguntado discretamente por ahí, pero nadie parece saber nada de lo que ocurre si damos a luz en forma de gata, ni cuándo cambiarán los gatitos. Es algo contra lo que nos advierten a todos desde la infancia, así que quizá no haya ocurrido antes".

"Por el lado bueno", Alessandra le dio un codazo, "hacen mucho menos ruido como gatitos".

Se echó a reír. "¡Sí, es verdad!"

"Y no te preocupes. Entre la magia de Mago de Julian y los poderes de Djinn de Jacinth, la Pícara no podrá rastrearnos, aunque esté vigilando la casa de Jacinth".

En ese momento Julian se detuvo y Alessandra subió al coche. Julian le guiñó un ojo conspirador a Katerina mientras se deslizaba en el asiento del conductor e inclinaba la cabeza hacia la parte trasera del coche. Desconcertada, observó cómo se alejaban y se echó a reír.

Los números de la matrícula estaban borrosos, y ella era completamente incapaz de distinguir ninguna letra o número. Sí, ¡seguro que Julian estaba en ella!

"¿De qué te ríes?"

Levantó la vista y volvió a encontrar a Troy a su lado. "Oh, sólo algo que me había dicho Julian". Ella le sonrió con facilidad, tendiéndole la mano mientras la limusina se deslizaba hasta la acera junto a ellos. "Ha sido un placer conocerte, Troy. Estoy deseando que llegue mañana".

La introdujo en la limusina, haciendo un gesto al chófer para que se acercara a abrirle la puerta. "Yo también lo espero con impaciencia".

Le dedicó una última sonrisa mientras se acomodaba en el profundo y lujoso asiento. "Buenas noches, Troy".



TROY CONDUJO HASTA SU casa como aturdido, incapaz de apartar de su mente los pensamientos sobre la encantadora joven, el suave roce de su cuerpo contra el suyo mientras bailaban, la forma en que se había sentido entre sus brazos. Cuando entró por la puerta principal, Cherie subió saltando las escaleras desde el sótano. Miró a su alrededor en busca de Cat, pero no la veía por ninguna parte.

"¿Gato?"

Ningún haz de pelo tricolor acudió a su llamada. "¿Gato?"

Registró la casa, con Cherie pisándole los talones. No había gato. Quizá había salido. Se asomó a la puerta trasera, mirando en la oscuridad.

"¡Aquí, Gato! Entra, gatita bonita!"

Nada. Bueno, al fin y al cabo era una gata, y a los gatos les gustaba vagabundear. Con suerte, no tardaría en volver. Aun así, se preocupaba por ella. Vivía en el campo, donde los perros andaban sueltos y los coches pasaban a toda velocidad por la carretera. A un gato podían pasarle muchas cosas. No le gustaba la idea de que estuviera fuera de noche.

Mientras preparaba una cafetera, desde la dirección de la carretera oyó el portazo de un coche. Unos minutos después, extrañamente, le pareció oír el débil crujido de unos pasos en la entrada. Al asomarse por la ventana de la cocina no vio nada, y encogiéndose de hombros cogió el café y se fue al salón.

Nada más acomodarse en su sillón reclinable, oyó el ruido de la puerta del perro en la cocina, y un familiar "¿prrrrow?" llegó a sus oídos.

"¿Gato!"

Vino corriendo por la casa, lanzándose sobre él para aferrarse, ronroneando a dos tiempos mientras él le erizaba el pelaje, acariciándole de arriba abajo la espalda y los costados.

"Aquí estás, gatita bonita. Estaba preocupada por ti".

Le dio un codazo en la mano con la nariz, y él le rascó detrás de las orejas, en ese lugar que tanto le gustaba. Ella parpadeó suavemente con sus ojos dorados y empezó a amasarle el pecho.

"Tengo que decirte, Cat, que he pasado una noche estupenda", le dijo, mirando pensativo a lo lejos. "Conocí a una mujer. Era la cosa más bonita, gatita. Y tan pequeña y delicada. Ni siquiera me llegaba al hombro. Pero vaya. Cuando bailábamos, se movía como nata montada en mis brazos. Era totalmente fascinante".

Bajó la mirada hacia Cat, rascándole debajo de la barbilla mientras ella estiraba la cabeza, inclinándose en busca de más. "Es diseñadora de moda. Y famosa. Pensaba que una diseñadora de moda sería esotérica y snob, pero no lo era en absoluto. Es amiga de Jacinth".

Agarró a Gata por el centro, la levantó, la sujetó justo por detrás de las patas delanteras y la colgó por encima de él para que le mirara a la cara. Parpadeó mientras estaba suspendida en el aire. "¿Qué te parece, gatita bonita? ¿Crees que una diseñadora de moda podría estar interesada en una veterinaria de campo?"

"Prrrrrrrow".

Él se rió y volvió a bajarla hasta su pecho. "No, yo tampoco lo creía. Pero tío, oh tío, seguro que era algo".

Se detuvo, mirando de nuevo a lo lejos. Su mano también se había detenido, y ella le dio un

codazo hasta que volvió a acariciar su espeso pelaje.

"Bueno, al menos me quieres, ¿verdad, gatita bonita?".

CAPÍTULO 13



GATA ESTABA SENTADA en la mesa de la cocina, con la cola colgando del borde y sólo la punta agitándose suavemente de un lado a otro mientras miraba a Troy moverse por la cocina, preparando comida para la barbacoa de más tarde. Resopló en señal de desaprobación silenciosa cuando él vació varias latas de alubias cocidas en una olla de barro y las tapó. Eran del tipo sin sabor... simplemente alubias cocidas. ¿Ah, sí? Eso lo decía un tipo que sabía hacer tiramisú casero. ¿No iba a hacerles nada? ¿Tocino, o sabor a arce, o humo de nogal? ¿Azúcar moreno?

Aparentemente no, porque sacó un gran cuenco de un armario y empezó a abrir paquetes de hamburguesas. Las echó en el cuenco y empezó a picar cebolla antes de añadir los condimentos. Cogió bolas de carne, las prensó en forma de hamburguesas y las colocó en una fuente. Los montones ordenados de hamburguesas crecían, cuidadosamente separados por hojas de papel encerado. Cuando terminó, las metió en la nevera hasta que llegó la hora y lavó los pocos utensilios de cocina que había utilizado. Con un distraído masaje en las orejas y un rápido rascado de barriga para una extasiada Cherie, Troy cogió su bolsa de veterinario y sus llaves, y se dirigió a la salida.

Apenas esperó a que el camión desapareciera por el camino, Cat subió corriendo al dormitorio principal. Dando un último y lujoso estirón de la nariz a la punta de la cola, llamó al Cambio hacia ella. El aire brilló con magia al disolverse el pelaje y los bigotes, y su cuerpo se estremeció al quedar envuelto en la niebla. La niebla flotó apenas un suspiro antes de disiparse, dejando su forma humana agachada sobre la alfombra. Sin ropa, tembló en la habitación climatizada y se apresuró a ir al armario de Troy. Volvió a elegir una de sus camisas, aunque las piernas se le enfriarían con el aire fresco. Sí, había traído algo de su propia ropa, escondida cuidadosamente en una de las habitaciones de invitados, pero lo cierto era que, de algún modo, le gustaba pasearse con una de las camisas de Troy colgada, que le llegaba a medio muslo y se sujetaba a su esbelta cintura con una de sus corbatas. Había algo reconfortante en llevar su ropa, envuelta en su olor, su aura impregnando sus sentidos.

Además, era un look bonito y favorecedor. Tal vez diseñaría toda una línea de ropa femenina basada en este look. Hmmm. Cruzó el pasillo hasta la habitación de invitados del piso de arriba y miró su reflejo en el anticuado espejo cheval. Se giró hacia un lado y hacia otro, comprobando la línea de la tela, la forma en que se curvaba sobre sus pechos y caía hasta sus caderas en una suave caída. Ladeó la cabeza, pensativa, con los ojos entrecerrados en su reflejo. ¡Esto tenía posibilidades reales!

Katerina dejó esos pensamientos para más tarde y bajó a la cocina, con los pies descalzos

pisando (*tan silenciosamente como un gato*, pensó con una risita) el fresco suelo de madera. Rebuscó en la despensa y encontró azúcar moreno y saborizante de humo de nogal. Añadió varias cucharadas generosas de azúcar moreno a la olla de alubias y unas cuantas sacudidas de humo líquido. Tendría que ser suficiente; decidió que no había forma de meter cebolla picada o beicon sin que se diera cuenta. Y el tocino frito tenía un olor característico que permanecía en la casa. No es que tuviera nada que objetar. De hecho, se le hizo la boca agua al pensar en un buen bacon crujiente. Removiendo las judías, probó un poco. ¡Perfectas!

Hecho esto, se paseó por la casa, inquieta y extrañamente descontenta. Ahora que había empezado a pensar en diseñar, necesitaba volver al trabajo. Tenía que trabajar en su próxima colección, y no llevaba nada encima... ni su tablero de dibujo, ni sus blocs de dibujo y bolígrafos, ni su ordenador. Su breve conversación del otro día con Jacinto se repitió en su cabeza. Meter cuadernos, lápices y bolígrafos debajo de un colchón no le atraía mucho, ¿y qué pasaría con la asistente que Troy contrataba una vez a la semana? ¿Y si la mujer decidía dar la vuelta al colchón cuando hiciera la cama en la habitación de invitados?

Merodeó por el pasillo hasta una habitación de invitados convertida en despacho, encendió el ordenador de Troy y comprobó la memoria y la conexión a Internet. Hmm, ahora había una posibilidad. Podría configurar su propio ordenador para acceder a distancia. Prefería esbozar sus diseños a mano antes que en el ordenador, pero en caso de apuro, esto serviría.

Antes de pensárselo dos veces, subió las escaleras, sacó el móvil y pidió un Uber. No había momento como el presente para hacer lo que había que hacer.

Mientras tanto, sin embargo... cogió unas hojas de papel de impresora y un lápiz del escritorio y empezó a esbozar una camisa de gran tamaño, sus líneas, jugando con el efecto general que quería conseguir. Al mismo tiempo... suspiró, con los pensamientos revueltos y confusos.

Volver al trabajo ya no tenía el atractivo de antes. Era lo que siempre había querido hacer, y sin embargo... era mucho más que diseñar la ropa, que era lo que realmente le gustaba. A veces sentía que se ahogaba en la parte comercial, pero había que hacerlo. Últimamente se sentía como atrapada en una trampa, sin salida. El negocio se había convertido en una carga aplastante, que la agobiaba y ahogaba su creatividad.

Un movimiento llamó su atención y, al mirar por la amplia ventana, vio un halcón que volaba perezosamente por encima del granero, con los pastos extendiéndose a la derecha. Los bosques que había más allá eran de un verde exuberante, y la luz del sol que se colaba entre las ramas creaba un patrón de luz y oscuridad que los hacía parecer misteriosos. Seductores. El cielo era de un azul profundo salpicado de nubes blancas. Sus dedos ansiaban un buen bloc de dibujo. Pensó que dibujaría el halcón solo con carboncillo. Pero la vista en general necesitaba color. Acuarela o acrílico. Quizá lápiz de color.

Estaba a punto de detallar con el lápiz un ala extendida del halcón cuando sonó el pitido de su teléfono, haciéndola dar un respingo. Era un mensaje de Uber, avisándola de que su transporte llegaría en breve. ¡Vaya! Había perdido completamente la noción del tiempo mientras dibujaba. Subió corriendo las escaleras y se puso unos vaqueros y una blusa de algodón, colgando con cuidado la camisa y la corbata de Troy en el fondo del armario, y ocultó sus bocetos tras una pila de cajas de zapatos, donde también tenía escondida la cartera. Parecía un lugar razonablemente seguro hasta que se le ocurriera algo mejor. Recuperó la cartera, volvió a colocar las cajas de zapatos y bajó las escaleras a toda prisa.

El conductor del Uber parecía taciturno y monosilábico, lo cual le pareció bien. El viaje hasta su casa se hizo en silencio, mientras ella se debatía entre el dilema en el que se encontraba. Este

ir y venir entre ella y Cat iba a volverse incómodo rápidamente. La solución obvia, por supuesto, era que Cat abandonara Troya y se fuera a vivir con Jacinth, Douglas y los niños... pero su yo gatuno aulló descontento ante la idea. No quería hacerlo. *Le gustaba* Troya. Le gustaba su casa, le gustaba que la cogieran en brazos y la acariciaran y oír su voz profunda y ronca llamándola gatita bonita.

Cuando el coche se detuvo frente a su casa, vaciló, tratando de buscar cualquier señal de la presencia del Werecat. Era mucho más difícil hacerlo en su forma humana, pero la Werecat albergaba una ira tan intensa que incluso como humana sería capaz de percibir las oleadas de odio. Pero todo parecía ir bien, así que salió. Sin embargo, para asegurarse, rodeó el edificio para comprobar la puerta del patio, que estaba bien cerrada, sin indicios de manipulación. Volvió a la puerta principal y entró, cerrándola tras de sí antes de subir corriendo a ducharse y cambiarse rápidamente.

Envuelta en una toalla, Katerina estaba de pie en su espacioso vestidor, debatiendo sus opciones. El calor de finales de verano era feroz, y la humedad no ayudaba. Eligió un bonito vestido de algodón, amarillo pálido con margaritas doradas más oscuras. Se lo puso y se miró en el espejo de la puerta del armario. El escote corazón se ceñía amorosamente a sus curvas, y unos tirantes finos le cruzaban los hombros. Una falda corta le salía de las caderas y terminaba en un dobladillo a medio muslo. Hacía demasiado calor para maquillarse, pues se derretiría. Pensando en ello, echó un vistazo a la estantería que cubría la parte superior del armario y sacó un sombrero de ala ancha de paja blanca tejida.

Abrió su joyero, eligió un sencillo collar de hojas de oro y se lo ajustó al cuello, luego se calzó las sandalias de tiras doradas. Se volvió y se miró al espejo, con el labio inferior entre los dientes. ¿Qué pensaría Troya si la viera? Unos grandes ojos dorados en un rostro triangular y picante la miraban fijamente. Su boca estaba bien curvada, pero era un poco demasiado grande por encima de la barbilla puntiaguda, y sus rasgos eran demasiado afilados para ser realmente bellos. El color del vestido reflejaba el oro de sus ojos, y su pelo, aún húmedo, era una melena de ébano despeinada, con rizos húmedos pegados a la frente y las mejillas. Parecía... mona, pensó con disgusto. Aun así, a Troy no había parecido importarle cuando se conocieron anoche. Su cálida mirada había parecido admirativa.

Con una última mirada insatisfecha al espejo, fue a rebuscar en un arcón de madera que había a un lado de la habitación y sacó una bolsa de mano de paja. Metió el móvil, un bote de protector solar y un poco de brillo de labios del cuarto de baño, y ya estaba preparada.

Abajo, se detuvo con una mano en la puerta principal, escuchando todo lo que podía con todos sus sentidos. Nada. Se apresuró hacia el coche, se deslizó en el asiento del conductor, cerró la puerta y pulsó el botón de cierre. Apoyada en el respaldo del asiento, respiró hondo, aliviada. Aun así... odiaba esto. Lo odiaba de verdad. Odiaba el miedo, la ansiedad, incluso en su propia casa. Odiaba saber que la acechaban. Odiaba que hubiera un monstruo ahí fuera, con ella y su hermana muertas en su punto de mira.

Con un suspiro, se sentó y giró la llave en el contacto, y el motor empezó a ronronear. Iba a olvidarse del Werecat durante el resto del día y a divertirse con Troy. Aun así, miró atentamente el espejo retrovisor mientras conducía, asegurándose de que no la seguían. Segura de que no la perseguían, siguió las indicaciones del GPS hasta la clínica.

Miró a su alrededor, alerta, mientras se adentraba en el camino de curvas que conducía de la carretera principal a la clínica. Era un edificio largo y bajo de ladrillo con contraventanas verdes. Verde bosque. Se rió suavemente, pues aquello le hizo recordar el musical Hello, Dolly. Hacía años que no lo veía, tal vez fuera hora de volver a verlo. Con picardía, se preguntó si a Troy le

gustarían los musicales. Si no, iba a tener que aprender, porque a ella le encantaban. Sacudiendo la cabeza para centrarse, giró a la derecha, obedeciendo a una señal pintada caprichosamente que señalaba a la derecha para los gatos y a la izquierda para los perros. Había dos entradas al edificio, con un conjunto de amplias ventanas en el centro entre las dos puertas. Se plantaron rosales de seto a lo largo del centro para dar un toque de color. A ambos lados del edificio, el camino de entrada se curvaba hacia la parte trasera.

Tras aparcar, se dirigió a la entrada marcada con el nombre de Gatos. Se detuvo con la mano en la puerta, respiró hondo y se recordó a sí misma que nadie sabía que había estado aquí antes. Tenía que tener cuidado, y además en casa de Troy. Tiró de la puerta y entró en la amplia y alegre sala de espera. La recepcionista levantó la vista y sus ojos se abrieron de par en par.

"¡Señorita Kazakis!"

Al parecer la habían esperado, porque la mujer esbozó una amplia sonrisa y se apresuró a rodear el extremo del mostrador. "La doctora Mac nos dijo que te había conocido anoche, ¿no me lo podía creer!".

Katerina sonrió, cogiendo la mano que le ofrecía la mujer. "Sí, soy yo".

"Vi tu colección el mes pasado en la televisión. Me alegro mucho de que estés bien, todo el mundo estaba preocupado, ... pero...", se interrumpió riendo y añadió disculpándose. "Oh, vaya, me estoy pasando, ¿verdad? El Dr. Shelton está al teléfono, pero me ha dicho que te traiga enseguida".

Abrió paso a través de la puerta que daba a la parte trasera de la clínica y miró hacia atrás por encima del hombro para añadir: "Por cierto, soy Bárbara. Soy la jefa de la oficina".

"Encantada de conocerte", respondió Katerina. Aunque, como Cat, prefería la soledad, estaba muy acostumbrada a conversar fácilmente con desconocidos, así que añadió con una sonrisa amistosa: "Y por favor, soy Katerina. 'Srta. Kazakis' me hace sentir como si estuvieran a punto de entrevistarme".

Bárbara se echó a reír y abrió de un empujón la puerta del despacho de Troy, haciendo un gesto a Katerina para que entrara, antes de apresurarse a volver a la recepción.

Troy levantó la vista y sus ojos se iluminaron al verla. Se llevó el teléfono a la oreja, mientras tomaba notas con la otra mano. Al parecer, el dueño de una mascota estaba informando sobre los resultados de algún tipo de tratamiento. Al cabo de un minuto terminó la llamada y se levantó con una sonrisa, tendiéndole la mano.

"Buenos días, Katerina". Su mirada era admirativa, su voz profunda, y las mejillas de ella se calentaron en respuesta.

"Buenos días. Puso la mano en la de él, más grande, y sintió un cosquilleo que le llegaba hasta los dedos de los pies cuando los dedos de él se cerraron sobre los suyos.

"Todo el mundo se está reuniendo atrás para cargar a Firefly y a su potro en el remolque. ¿Quieres salir a mirar?"

"Por supuesto".

Él le soltó la mano, de mala gana, le pareció a ella, y ella le siguió hasta el pasillo. Sólo habían dado unos pasos cuando Troy se detuvo de repente.

"Mi botiquín veterinario, lo olvidé".

"Ah, vale, ya voy yo". Katerina se escabulló detrás de la puerta y cogió la cartera de su lugar habitual. Al salir de nuevo al pasillo, encontró a Troy mirándola extrañado.

"¿Cómo sabías dónde estaba?"

Uy.

"Estaba echando un vistazo a tu despacho mientras hablabas por teléfono", explicó con

desparpajo. "Lo vi entonces y supuse que era eso. Quiero decir... parece algo que llevaría un médico en una visita a domicilio, así que no sería muy distinto para un veterinario, ¿no?".

"Buena decisión", sonrió Troy, arrugando las líneas de expresión de sus ojos.

"¡Por supuesto!" Le entregó la mochila. Era una buena salvación, pero tendría que tener más cuidado en el futuro.

Una pequeña multitud... por su aspecto, Katerina pensó que eran todos los que trabajaban allí... se había reunido en el aparcamiento entre la clínica y el granero, a una distancia respetuosa del camión de Troy con el remolque de dos caballos arrimado a la puerta del granero.

Con una sonrisa, Katerina saludó a Julian y a Alessandra. "Me alegro de volver a veros", dijo cuando se acercaron. "Anoche no tuvimos ocasión de hablar y ponernos al día".

"Ya encontraremos tiempo en la barbacoa para escabullirnos y ponernos al día". le aseguró Alessandra. "Yo también quiero saber más sobre lo que está pasando con lo de Were. ¿Jacinth ha dicho que ha habido más novedades? Esperaba que se hubiera ido para siempre, después de enfrentarse a Kieran".

"Yo también lo esperaba", admitió Katerina, ahogando un suspiro.

En ese momento, Jacinth apareció en la amplia puerta del granero, con Firefly dando plácidos paseos detrás de ella con la correa, y el joven Ben detrás de ellos guiando a la potra. Sin la menor pausa ni vacilación, la encantadora yegua palomino siguió a Jacinth por la rampa hasta el remolque. Hubo murmullos de sorpresa y ligeros aplausos dispersos. Un minuto después, el potro estaba cargado y Jacinth y Ben salieron. Troy enganchó la rampa trasera en su sitio y ya estaban listos para partir.

"¿Puedo ir contigo? ¿Por favor? Ben tiró del bolsillo de los vaqueros de Troy. Troy miró a Douglas, que asintió.

"Claro que sí. Toma", se agachó, agarró el cuello de la camisa de Ben y, para regocijo del chico, tiró de él hacia la camioneta. Ben soltó una risita y echó los brazos al cuello de Troy para darle un rápido abrazo antes de acomodarse en el asiento del copiloto y abrocharse el cinturón.

"¡Yo también!" Era Molly, con sus grandes ojos suplicantes.

"¿Te gustaría cabalgar conmigo?". le ofreció Katerina. "Yo también voy a casa de Troy".

Molly la consideró y luego sonrió en toda su carita redonda.

"¡Vale! Iré con ella", le dijo, algo innecesariamente, a Jacinto, que se limitó a reír.

Molly extendió su manita regordeta y Katerina la cogió, guiándola hasta la parte delantera de la clínica, donde estaba aparcada. El camión de Douglas se detuvo junto a su coche y Jacinth bajó de él, llevando consigo la sillita de Molly. Ésta se instaló rápidamente y se pusieron en marcha. Mac y Suzanne iban justo detrás, así que el grupo parecía una pequeña cabalgata que recorría las sinuosas carreteras rurales hasta casa de Troy.

CAPÍTULO 14



AL APARCAR DETRÁS del todoterreno de Mac, Katerina se tomó unos minutos para mirar a su alrededor mientras salía del coche, con cuidado de aparentar que nunca había visto aquel lugar.

"Esto es precioso", le dijo a Troy, que vino a recibirla y a levantar a Molly de la sillita que habían trasladado a su coche en la clínica. Dejó que su mirada se detuviera en la casa, el granero, los pastos y el bosque. "¿Esto es todo tuyo?"

Más allá, pudo ver a Jacinto conteniendo una carcajada. Si Troya no la hubiera estado observando, Katerina le habría sacado la lengua. Se contentó con un dedo volador hábilmente disimulado, fingiendo rascarse la cabeza.

Troy asintió. "Ha pertenecido a mi familia durante generaciones. Soy hijo único y, cuando la abuela se hizo mayor, me mudé para ayudarla a mantener la casa. Murió cuando yo estudiaba veterinaria y me dejó la casa".

"Oh, lo siento".

"Gracias. Han pasado unos cuantos años".

Dejando a Molly en el suelo, Troy se dirigió a la parte trasera del remolque de caballos cuando Cherie salió saltando de la casa. Cherie era muy protectora y no se mostraba amistosa con los extraños hasta que la habían presentado, y Troy empezó a silbarle para que se calmara. Pero se detuvo y se quedó inmóvil, observando con asombro cómo Cherie saludaba a Katerina con el entusiasmo de una vieja amiga, moviendo toda la grupa junto con su cola emplumada.

"Pues que me aspen".

Katerina se inclinó para acariciar la cabeza de la collie. Cherie aprovechó el momento y le pasó la lengua por la mejilla a Katerina.

Oh, ¡qué asco! Juraría que Cherie le estaba sonriendo. Se iba a quedar con ese perro.

"Es increíble", le dijo Troy. "Nunca había visto a Cherie encariñarse con alguien tan rápidamente".

Katerina ocultó una sonrisa, acariciando al collie. "Reconoce a una persona animal cuando la ve, ¿verdad, Cherie?"

Jacinto parecía tener espasmos en el fondo, y cuando Troya se apartó para descorrer el pestillo de la puerta del remolque de caballos, Katerina cruzó los ojos y le sacó la lengua al Djinn impenitente.

Benny se acercó dando saltitos, con los ojos muy abiertos por la emoción.

"Hola, señorita Kat", dijo respetuosamente.

Entonces se quedó mirándola hasta que ella suspiró, inclinándose cerca de la oreja del chico.

"Deja eso", susurró ella. "O afilaré mis garras en tu balsa de piscina la próxima vez que vaya a tu casa".

Sus ojos se redondearon, impresionado ante lo asombroso de la amenaza. "¿De verdad?"

Katerina le alborotó el pelo. "No, pero tienes que portarte bien y guardar mi secreto, ¿vale?"

"Sí, ya lo sé. No se lo diré a nadie, señorita Kat. Te lo prometo".

"Buen chico. Ahora que Troy ha bajado la rampa, ¿por qué no vas a ayudar a sacar a Ladybug del remolque?"

"¡Ah, sí!" Salió corriendo.

Una pequeña mano se deslizó en la de Katerina. Sorprendida, bajó la mirada para ver a Molly a su lado.

"Bueno, hola, cariño", dijo ella.

"Me gustas", anunció Molly, con los inocentes ojos azules solemnes mientras miraba a Katerina.

"Umm... gracias". Katerina miró a la niña con impotencia. Nunca había tenido nada que ver con niños, salvo en su forma gatuna. Y nunca había tenido que hacer otra cosa que dejar que la acariciaran y ronronearan.

"¿Arriba?" Molly levantó unos bracitos regordetes.

"Claro". Se agachó, y los brazos se le enrollaron alrededor del cuello, y le depositó un beso algo húmedo en la mejilla mientras se enderezaba, con la niña cuidadosamente equilibrada sobre una cadera. "¿Vamos a ver cómo colocan a Luciérnaga y a Mariquita en su nuevo hogar?"

"Ajá. Voy a montar a Ladybug".

"¿Eres tú? Qué bonito. Hoy no, espero".

"No. Es demasiado pequeña", le informó Molly. "Tengo que esperar a que crezca".

Una vez descargadas Firefly y Ladybug, las condujeron al establo. Jacinth soltó a la yegua en un box grande y cómodo, lleno de paja limpia. Una media puerta abierta daba a un prado perfectamente vallado, separado del extenso pasto donde pastaban los frisonos. Mientras la yegua investigaba su nuevo entorno, Ladybug también fue conducida al interior. Le dieron heno fresco y agua, cerraron la puerta del establo y todos salieron al exterior.

"Douglas, ¿por qué no coges la nevera con la cerveza?". sugirió Troy. "Y Mac, la nevera pequeña tiene refrescos para los niños. Empezaré a preparar las hamburguesas".

"Podría ayudar con los preparativos", se ofreció Katerina.

Troy lo aceptó, levantó a Molly de sus brazos y la dejó en el suelo, apuntando a la niña hacia Jacinto con un jugueteón golpe en el trasero.

"Por supuesto. ¿Qué tal se te da arrancar lechugas?"

Katerina reprimió una sonrisa. "Puedo hacerlo como una profesional".

"Guay". Se dirigió a la cocina y abrió la puerta del frigorífico para rebuscar en el cajón de los alimentos crudos. Sacó un par de cabezas de lechuga y algunos tomates. "Si también sabes cortar tomates, tenemos negocio".

"¡No os olvidéis de las cebollas!" les recordó Douglas mientras forcejeaba con una enorme nevera. "Cielos, Troy, ¿no podíamos haber metido el hielo y las cervezas una vez fuera? Que tú seas el Jolly Green Giant no significa que todos podamos cargar con esto".

"Ligero de equipaje", se burló Troy. "Jacinth, ¿estás segura de que quieres casarte con este cobarde?"

El Djinn se limitó a reír, sujetando la puerta mosquitera para Douglas. Suzanne le pisaba los talones, y los dos se dirigieron a la despensa, de donde salieron con bolsas de patatas fritas, así como ketchup, mostaza y condimento.

Absurdamente, Katerina cogió una tabla de cortar y abrió el cajón de los cuchillos, encontrando uno bien afilado para cortar los tomates y las cebollas. Se volvió, para encontrarse con que Troy la observaba, perplejo.

"Fuiste directamente al cajón de los cuchillos".

Maldita sea, lo había vuelto a hacer. Le hizo un gesto solemne con la cabeza.

"Soy una maníaca homicida", anunció, con el rostro serio. "Siempre sé dónde están los cuchillos. Hay una conexión psíquica".

Los dos se rieron.

"En serio", le dijo Katerina. "Sólo pienso lógicamente en qué cajón los pondría si fuera mi cocina, y tuve suerte en mi primer intento".

"¿No tendrás también una conexión psíquica con los bollos de los perritos calientes, verdad? Parece que los he perdido". Troy rebuscó en la despensa. "¡Los panecillos de hamburguesa están aquí, y sé que también compré panecillos de perritos calientes!".

"No, me temo que en eso no puedo ayudarte". Katerina se abstuvo de decirle que las había guardado en el armario donde guardaba los botiquines. En algún momento miraría allí y las encontraría. En lugar de eso, cruzó la habitación hasta la olla, levantó la tapa y olfateó profundamente. "¡Mmm, estas alubias huelen de maravilla!".

"Bien", dijo Troy distraídamente. Luego se enderezó, olfateando experimentalmente, y se dio la vuelta, viniendo a reunirse con ella en la encimera de la cocina. "¡Sí, huelen bien! Te juro que no suelen oler tan bien. Acabo de vaciar un par de latas de alubias cocidas en la olla de barro esta mañana antes de irme a trabajar."

"Quizá tengas algunas de esas alubias cocidas de sabores... de las que llevan arce o beicon o algo así", sugirió Katerina, con la lengua en la mejilla, mientras cogía una cuchara de madera de mango largo y empezaba a removerlas.

"Supongo que sí". Troy parecía desconcertado. "Pero no suelo hacerlo".

Katerina volvió a colocar la tapa en su sitio, ocultando su sonrisa de satisfacción. ¡Realmente olían de maravilla!

Benny entró corriendo en la cocina, con su hermana medio paso por detrás.

"¡Eh, señorita Kat! ¿Quieres venir a ver a nuestro cachorro?", le preguntó.

Dio un último remojón a las alubias y se volvió, dejando la cuchara. "Me encantaría".

Molly tiró de la mano de Ben, acercándolo a Troy. Era encantador, pensó Katerina, el modo en que el chico cuidaba de su hermana pequeña, a pesar de que sólo era dos años mayor. Ambos niños tenían expresiones serias, pero esperanzadas.

"¿Podemos llamarte tío Troy?" quiso saber Benny. "Mi padre dijo que podíamos, si te lo pedíamos y decías que sí".

"Por favor", balbuceó Molly, con un aspecto tan adorable que Katerina quería abalanzarse sobre la niña y abrazarla como una loca.

"Supongo que estaría bien", permitió Troy, y Benny cacareó de alegría mientras Molly rebotaba y aplaudía.

Benny miró a Katerina, con una expresión de santo que sólo podía significar algún tipo de travesura.

"Y tú puedes ser la tía Kat", le dijo el chico, antes de caer en un ataque de risa maníaca. Katerina le miró con el ceño fruncido.

"¿Tu padre también te dijo que eso estaba bien?"

Benny estaba demasiado ocupado chillando para contestar, doblado de risa.

"Tengo la sensación de que me falta algo", comentó Troy, a nadie en particular.

Uy, es hora de cambiar de tema. "¡Y bien!" Anunció en voz alta. "¿Vamos a ver a tu cachorro o qué?".

Eso hizo que Benny se despejara. "¡Claro!"

Dejando a Troy en la cocina sacudiendo la cabeza, Ben se puso al frente, con Molly agarrada cariñosamente a la mano de Katerina. Entraron en el salón y bajaron las estrechas escaleras hasta el sótano, donde los cachorros retozaban en el pequeño corral que Troy había colocado para que jugaran sin peligro.

"Éste es el nuestro". Ben metió la mano para coger un cachorro y lo sostuvo con orgullo para que ella lo examinara.

Personalmente, Katerina se preguntaba cómo sabía que era "su" cachorro, pues todos le parecían iguales, con los ojos apenas abiertos. Pero sonrió al chico y acunó al cachorro cuando se lo dio. Al menos iba a haber un cachorro menos por aquí, una vez destetados. Tener a Cherie cerca estaba bien, ¡pero cachorros! Uf. Aunque, vale, eran un poco monos.

De vuelta arriba, tras lavarse las manos (¡piojos de perro, qué asco!), Katerina ayudó a llevar las bandejas de hamburguesas y perritos calientes, así como las pilas de platos de papel y vajilla de plástico, a la gran mesa de picnic del patio trasero de Troy. Dejó las cosas en el suelo y miró a su alrededor.

Todo el mundo estaba de pie, charlando, y Katerina se sentía un poco como pez fuera del agua. No sabía muy bien qué decir a nadie, cómo comportarse. Era solitaria; esa parte de su naturaleza felina siempre la había acompañado. Su carrera la había obligado a aprender a relacionarse en un entorno social formal. Anoche, por ejemplo, se había sentido perfectamente cómoda en el restaurante de lujo, entablando conversación con gente que en su mayoría eran desconocidos. Sabía cómo manejar una sala en un cóctel, cómo entablar conversación en una cena formal. Pero en una reunión informal de amigos en un ambiente informal como aquella barbacoa, no sabía qué hacer. Empezó a desear estar en casa. O mejor aún, dormitando en su soleado lugar del sofá en su forma gatuna.

"¡Señorita Kat!" Benny se acercó corriendo, y ella se agachó y le dio un abrazo, sintiéndose de repente mucho mejor. Molly le tiró de la falda y ella se volvió, riendo, para abrazar también a la niña. Katerina la bendijo en silencio. La niña se pegó al costado de Katerina como pegamento, dándole abrazos y besos húmedos y parloteando con ella, de modo que era imposible que Katerina se sintiera incómoda.

Troy salió de la casa, con cara de preocupación.

"No encuentro a Gato", les dijo. "He buscado por toda la casa".

Jacinth soltó una carcajada y se echó la larga coleta de ébano por encima del hombro. "No pensabas que se quedaría para esto, ¿verdad?".

Troy parpadeó. "¿Por qué no?"

"Quizá no hayas invitado a mucha gente antes", sugirió. "A Cat no le gustan las multitudes. En cuanto venían más de una o dos personas a casa, Cat se moría. Zoom. Presto, ¡desaparece! Saldrá de donde se esconda cuando se vaya todo el mundo, ya verás".

"Sí, supongo que sí", dijo Troy. Pero sus ojos se dirigieron a la casa, mientras Katerina lanzaba a Jacinto una mirada de agradecimiento.

"Quizá esté celosa", sugirió Douglas socarronamente.

A esto siguió un "¡Ay!" cuando Jacinth le dio una patada. Benny resopló con risa reprimida, poniendo cara de inocente mientras Katerina se volvía para mirarle. Manteniendo una mano donde Troy no pudiera ver, Katerina hizo pequeños movimientos de trituración con los dedos.

"Siento que me estoy perdiendo algo, otra vez", dijo Troy al mundo en general. "Primero

Benny se convierte en una hiena risueña sin motivo, y ahora vosotros dos estáis cortando".

Se volvió hacia la parrilla de la barbacoa, donde Mac estaba dando vueltas a las brasas, que empezaban a brillar. "¿Está casi listo?"

"Sí", dijo Mac. "¡Traed la carne!"

A su lado, Suzanne miró a su alrededor con el ceño ligeramente fruncido. "¿Dónde está Beatrice?"

Troy también miró a su alrededor. "Sí, creía que iba a venir, pero no la he visto".

Mac levantó la vista de la parrilla, que chisporroteaba mientras añadía hileras ordenadas de hamburguesas. "Ah, ¿tu técnica, la pelirroja? La vi de pie a cierta distancia, mirando como un puñal a alguien". Se encogió de hombros. "No sé a quién. Pero se dio la vuelta y volvió al interior de la clínica".

"Vale, eso es raro", comentó Troy.

Douglas se había detenido al pasar con unos refrescos para los niños. "Por cierto, Daniel no ha podido venir. Quería, pero empiezan las clases y tenía que estar esta tarde en el instituto para las cosas de la matrícula".

"Sí, me lo dijo la semana pasada. El chico está loco por los caballos, le sacaría de la clínica si no fuera copropietario".

Douglas entrecerró los ojos ante su amigo y compañero. "¡Mía!"

Suzanne resopló y puso los ojos en blanco. "¿Qué, lo siguiente será pedirte el niño? Te juro que aún no habéis salido del cajón de arena".

Jacinth se rió alegremente y apartó a Douglas. "Vamos, quiero volver a ver a los cachorros, Benny dice que tienen los ojos abiertos".

"Ésa es nuestra señal", Alessandra enganchó su brazo alrededor del de Katerina. "Ven a tomarte una cerveza con nosotras mientras se cocina la carne".

"No llega a ver a los cachorros", dijo Julián, tendiéndole a Katerina una cerveza fría de la nevera. "Porque acabaríamos con la mitad de la camada".

Alessandra se limitó a sonreír y tiró de Katerina hacia unas sillas de jardín que había a un lado. "Ven aquí, lejos de los jarritos con orejas grandes".

"Melanthe y los bebés están bien", le dijo Alessandra mientras se acomodaban en las sillas. "Ha sido una idea inspirada que nos llamara. Nos alegra poder ayudar".

Katerina se mordió el labio. "Me he sentido culpable, porque sabía que la acogerías, y es una imposición. Pero no sabía qué otra cosa hacer".

"No, hiciste exactamente lo correcto", la tranquilizó Alessandra, sonriéndole. "Nos alegra ayudar, y recuerda que estuvimos allí en el bosque enfrentándonos a esa cosa". Ella dio un pequeño estremecimiento, al recordar. "¡Más que encantadas de ayudar!"

"Y puedes apostar a que Were no podrá encontrarla en nuestra casa", asintió Julian. "E incluso si por algún milagro..."

"O maldición", añadió Alessandra.

Julian asintió. "De todos modos, aunque la Errante descubriera que Melanthe se aloja con nosotros, no hay forma de que pueda llegar hasta ella. Toda la propiedad está fuertemente protegida con hechizos de mago".

"No queríamos que tuviera que sentirse encerrada en casa todo el tiempo", explicó Alessandra. "Así que lo hizo todo, puede pasear por el jardín y los gatitos pueden jugar. Además, convertimos la mitad del cobertizo de las herramientas en una especie de cuarto oscuro. Estamos pasando mucho tiempo en D.C., con la nueva Colección de Julian expuesta, surgen cosas y nos vamos. Así que en realidad también nos viene bien tener la casa ocupada mientras estamos fuera,

y regar las plantas de interior y el jardín."

"Excepto cuando viene con nosotros", añadió Julián con una sonrisa. "Alessandra puso la cesta de los gatitos en el escaparate cuando dormían en ella, y todos los transeúntes de la calle se desviaron hacia la tienda".

Alessandra asintió. "Sí, pero los gatitos están a salvo y todos velamos por ellos. Eso le da a Melanthe cierta libertad para salir con su cámara y explorar la zona de D.C. sin miedo a toparse con los Were, cosa que no puede hacer en Nueva York."

Katerina suspiró, asintiendo. "Lo sé. Y tampoco estamos cerca de saber quién es. Si lo supiéramos, al menos tendríamos la posibilidad de vigilarla, pero estamos completamente a oscuras".

"Tiene que ser duro", simpatizó Alessandra.

Katerina asintió con la cabeza y añadió: "Es una forma infernal de vivir".

CAPÍTULO 15



CUANDO TODOS HUBIERON COMIDO, Troy se levantó y se acercó a donde estaba sentada Katerina, tendiéndole una mano.

"Ven a conocer a mis caballos", invitó.

Ella se levantó de buena gana, con la mano envuelta en la de él, mientras caminaban hacia la valla encalada del prado. Llevaba un puñado de zanahorias y los caballos se acercaron a la valla con ansiosos hocicos en busca de la esperada golosina.

"Éste es Galahad... por el cargador de la película LadyHawk... y Morgana y Emeril".

Katerina había estado acariciando una amplia frente, pero se detuvo, volviendo a mirarle. "¿Emeril?"

Troy sonrió. "Me gusta cocinar".

Miró al caballo en cuestión y sacudió la cabeza. Era el hombre que ponía latas de alubias en una olla de barro sin condimentos. ¡Nunca entendería a los hombres mientras viviera!

"¿Montas?" preguntó Troya mientras acariciaba un cuello arqueado, sintiendo la suavidad del lustroso pelo negro desde el cuello y hacia abajo por los musculosos hombros del caballo.

Katerina negó con la cabeza. En realidad, nunca había estado cerca de un caballo, salvo las veces que había venido aquí con Troy en su forma felina. De hecho, la única razón por la que sabía qué hacer, cómo acariciar las pieles lisas y los hocicos suaves, era por haber visto a Troy con ellos en las últimas semanas.

"No sé mucho de caballos", admitió. "Mucho menos de cómo montar".

"Te enseñaré, si quieres". Su oferta era vacilante, tentativa.

Katerina le miró interrogante. "¿De verdad?"

Asintió con la cabeza. "Por supuesto".

Miró hacia arriba, y hacia arriba, a los enormes animales que se alzaban sobre ella, y se mordió el labio inferior un poco nerviosa. "¿No son un poco... grandes... para empezar?"

"No te preocupes. Te pondré con Morgana. Es muy mansa. Y al ser andadura, tiene un paso suave y cómodo. Lo harás bien".

Contemplando la apacible hierba verde, con los árboles salpicando el prado aquí y allá, Katerina tuvo una idea absolutamente brillante.

"¿Podría salir alguna vez durante el día, con mis blocs de dibujo? Me encantaría sentarme aquí fuera, bajo los árboles, en la paz y la tranquilidad, y esbozar algunos de mis diseños. Hay demasiada gente en el parque cerca de mí, demasiadas distracciones, para que pueda trabajar en serio".

Por supuesto, eso no explicaría su falta de transporte si Troya viniera y la encontrara aquí. No tendría coche, por supuesto. Pero siempre podría decir que había salido con unos amigos y que la habían dejado allí. O que su coche estaba en el taller y que había viajado en Uber. ¿Era una palabra de verdad? Da igual.

Troy se apartó de la valla, y su mano se acercó automáticamente a la de ella mientras caminaban de vuelta hacia los demás. Katerina era muy consciente de su tacto, de su presencia masculina a su lado. Se sentía rara, familiar y extraña al mismo tiempo. Estaba acostumbrada a relacionarse con Troy en su forma gatuna, y aunque había anhelado tanto poder estar con él como mujer, ahora que lo estaba, no sabía qué decirle, qué hacer. No sabía cómo hacer que le gustara como mujer, del mismo modo que él la quería como gata. Y quería hacerlo.

Cuando llegaron a la mesa de picnic, Molly se lanzó sobre Katerina, y Troy se echó a reír.

"Creo que tienes una sombra".

Katerina rodeó a la niña con el brazo, abrazándola agradecida. Molly se subió al banco para sentarse a su lado, inclinándose hacia ella, y Katerina le acarició el hombro.

"No hay problema".

"Oye, Douglas, tengo algo para ti". Haciendo un gesto a su amigo para que esperara, Troy desapareció en el granero, volviendo unos minutos después con un fardo en las manos. "Teniendo todo en cuenta, pensé que esto era apropiado".

Jacinto hizo ooh'ed al sostener una brida de caballo. Era de cuero, y las correas que cruzaban el morro y la frente estaban obviamente hechas a mano.

"Troy, es preciosa", exclamó. Douglas cogió la brida de Troy, pasando las manos por el cuero, examinando el diseño con evidente placer.

"Gracias, Troy. Firefly se merece lo mejor que hay, y esto lo es".

Troy se echó a reír y le dio una palmada en la espalda a su amigo. "Yo también le haré uno a Mariquita cuando tenga edad para llevarlo".

"¿Hacer?" Katerina se animó y miró más de cerca la brida. "¿La has hecho tú?"

"Me gusta trabajar con las manos", dice Troy. "A veces necesito desconectar, después de una larga semana en la clínica. No sé por qué, pero siempre me ha parecido relajante trabajar con el cuero".

"Probablemente el olor", comentó Douglas, y Jacinth se apresuró a secundarlo.

"¡Oh sí, me encanta el olor a cuero!"

Katerina también. Se preguntó por qué no había visto nada de la marroquinería de Troy en la casa antes de esto. O la había olido, al menos, si la tenía guardada. Probablemente por culpa del perro tonto. Resopló, echando una mirada al collie que dormitaba bajo la mesa de picnic.

"¿Tienes un taller?", preguntó a Troy.

Señaló con la cabeza hacia el granero. "Lo hago en el guadarnés. Lo transformé, ampliándolo un poco por detrás del establo, y puse calefacción y aire acondicionado cuando me mudé. Hay que reformar todo el establo, pero el guadarnés es lo único que he hecho hasta ahora. A veces también lo meto en casa, si me apetece, y trabajo en la mesa de la cocina". Se encogió de hombros. "Depende".

¿Eh? Así que eso era lo que había estado haciendo pasando todo ese tiempo en el granero. Ella había pensado que estaba limpiando establos y se había quedado en la casa, donde hacía fresco.

Ben examinaba atentamente el cinturón. "¿Podrías hacerme un cinturón como éste?", quiso saber.

"¡Ben!" regañó Douglas a su hijo, pero Troy se rió.

"Claro que sí, Ben. Molly, ¿tú también quieres uno?".

Se hizo el silencio. Katerina miró hacia abajo y empezó a reírse en voz baja. ¡La niña se había quedado profundamente dormida, acurrucada en el banco al lado de Katerina!

"Creo que es una señal", dijo Jacinth a Douglas, levantándose de la mesa. Todos los demás se levantaron también y empezaron a recoger platos, utensilios, vasos y botellas de la mesa, llevándolo todo a la cocina.

Katerina miró impotente a Jacinto, señalando con la cabeza a la pequeña apoyada contra ella. Si se movía, Molly se caería. Jacinth le guiñó un ojo.

"Tú quédate quieta. No la despertaremos hasta que estemos listos para irnos".

En un arrebato de actividad, se recogió la mesa, se tiraron papeles y plásticos a la basura y se lavaron los pocos platos.

Douglas se acercó para levantar a Molly en brazos. La niña se agitó y murmuró, pero no se despertó. Katerina sintió una extraña y extraña sensación en el pecho mientras miraba a la niña dormida. En general no era muy sentimental, pero pensó que podría querer a la pequeña Molly. Cat tendría que ir a visitarlas pronto.

"¡Adiós!" "¡Adiós y gracias!"

Las puertas del coche se cerraron de golpe, los motores rugieron y, de repente, Katerina se quedó a solas con Troy. Él la miró, con las comisuras de los ojos arrugadas de diversión.

"Parece que estamos solos tú y yo. ¿Tú también tienes que irte corriendo o quieres entrar a tomar un café?".

"En realidad", respondió Katerina, "me gustaría ver tu taller. Si no te importa".

"En absoluto. Me encantaría enseñártelo".

Atravesó el granero y pasó junto a Luciérnaga, que masticaba heno con satisfacción. Al fondo estaba la puerta del guadarnés. Estaba cerrada, probablemente por el aire acondicionado, y por eso Katerina no se había fijado en ella. Además, había supuesto que sólo era un guadarnés y no le había interesado lo suficiente como para sentir curiosidad.

Por lo que Katerina pudo ver, las paredes de ambos lados estaban llenas de sillas de montar, bridas y otros enseres de tipo ecuestre. Pero en el otro extremo había una gran mesa de trabajo con un par de taburetes. En la pared, encima de la mesa, había una caja metálica cuadrada con cajones de plástico bien etiquetados, y debajo de la mesa, en una amplia estantería, había una pila de cuero curtido rígido de distintos tamaños. De los clavos de la pared colgaban tiras de cuero lisas, más o menos del ancho de un cinturón, y alrededor había cubos con trozos más pequeños del mismo tipo de cuero liso de color marrón claro. Sobre la mesa había una gran carpeta, y al hojearla, Katerina vio varios diseños de proyectos de cuero, con instrucciones para tallarlos y trabajarlos.

"Nunca había visto nada así", dijo, mirando un patrón para un bolso de mujer, y luego otro para una funda de agenda. "He visto cuero con los diseños labrados, por supuesto, pero siempre supuse que se hacían de algún modo a máquina".

"Oh, también hay cuero estampado a máquina", le aseguró Troy. "Pero todavía hay mucha gente que lo hace a mano. Igual que hay gente que sigue bordando y tejiendo, y todo eso".

"Ah, sí", asintió Katerina. "Yo también trabajo con abalorios, así que sé lo que quieres decir. Me tranquiliza apartar todo lo demás de mi mente y limitarme a recoger las cuentas en la aguja".

"¿Bisutería?" Troy parecía interesado. "¿Haces collares y pendientes como los que se ven por ahí?".

"No, yo hago abalorios en telar. Hay hilos de urdimbre, y ensartas las cuentas entre ellos, fila a fila. Como en el punto de cruz contado, tienes que tener el patrón exactamente trazado y coger

las cuentas de colores en el orden correcto. Hago cintas para sombreros, monederos, correas para cámaras. A veces incluso cuadros enteros. Lo que me apetece".

Troy le sonrió.

"Alguna vez tendrás que enseñarme *tu* taller".

Riendo, Katerina miró a su alrededor. "Bueno, en sí no tengo. Afortunadamente, es algo que puedo hacer sentada en el sofá por la noche".

"Aún mejor", dijo Troy riendo.

"Entonces", dijo lentamente, mirando a su alrededor, buscando poner en palabras sus pensamientos. "Te gustan tanto los caballos, ¿qué te llevó a especializarte en gatos como veterinaria?".

"Me lo preguntan mucho. La cuestión es que a mí también me gustan los gatos. Y a la hora de la verdad, los gatos y los caballos son dos tipos de criaturas muy diferentes, y fueron los gatos los que me atraieron, para ayudar. Probablemente no tenga mucho sentido".

"Para un amante de los gatos sí", le aseguró ella.

"Tuve otro gato, antes de Gato. Un bonito gato atigrado moteado. Desapareció hace unos meses. Esperaba que apareciera, pero nunca lo hizo. Supongo que se la llevó un halcón o un coyote. Cherie mantiene alejados a los coyotes de la casa, pero no pude evitar que Mandy saliera al bosque".

Él se encogió un poco de hombros, pero ella pudo ver la angustia que intentaba ocultar. Aun así, en su interior, Gato se alertó. ¿Podría su gato desaparecido haber sido un Cambiante? ¿Y el Pícaro ya se había cobrado una víctima antes de ir a por Melanthe y a por ella misma?

Le cogió la mano y la estrechó con la suya, que era más grande.

"Vamos, entremos en la casa. Te haré una visita guiada. Quería hacerlo antes, pero nos entretuvimos preparando la cena".

"Me gustaría", aceptó Katerina.

Conocía su casa como la palma de su mano, por supuesto, así que hizo todo lo posible por actuar como si nunca la hubiera visto. Se enteró de que él mismo había reformado las habitaciones de la planta baja, incluso había dejado el suelo de pino original y lo había pulido hasta darle el acabado que tenía ahora. También había reformado el dormitorio principal, añadiéndole una puerta nueva, un ventilador y luces.

"El baño principal de arriba es mi próximo proyecto", le dijo. "Estoy esperando a que haga más fresco para derribarlo todo y empezar de cero".

Hmmm. Esto parecía prometedor. Una bañera de jardín estaría bien, con chorros y una amplia repisa para las macetas. Era poco probable que fuera eso lo que Troy tenía en mente, pero tendría que ver qué podía hacer para convencerlo. También apostaba a que eso significaba que la alcachofa de la ducha se desplazaría unos treinta centímetros hacia arriba, para adaptarse a su gran estatura. Se preguntó cómo podría sugerir duchas dobles, una unos treinta centímetros más baja, para que las usaran los invitados. O al menos una de mano. Hmmm otra vez.

Volviendo a bajar las escaleras, Troy señaló los escalones de madera arañados y llenos de cicatrices. "Quiero alfombrarlos", dijo. "Cada vez que Cherie sube o baja por la noche, oigo su clic-clic en la madera. Me vuelve loco cuando intento dormir".

Miró a su alrededor cuando salieron al salón.

"Me pregunto dónde estará Cat. Pensaba que ya habría salido".

Ut-oh. Su señal para irse.

"Jacinth dijo que pensaba salir cuando todos se hubieran ido. Hablando de eso, yo también tengo que irme. Mañana me espera un largo día".

Concretamente, echándose una larga siesta en su sofá al sol.

Troy asintió. "Deja que te acompañe al coche".

Salieron por la puerta principal y por el paseo. Ella se volvió al llegar al coche, a punto de darle las gracias por la maravillosa velada. En lugar de eso, él alargó la mano y le cogió la cara entre sus suaves dedos. Las palabras huyeron y el tiempo se detuvo. Bajó la cabeza lentamente y ella apenas respiró cuando sus labios se posaron en los suyos. Sabía como le olía a ella como Cat, cálido y amaderado. Respondió a la firme presión de su beso y sus manos subieron para cubrir las de él. Los dedos de él le acariciaron las mejillas mientras retrocedía lentamente.

"Buenas noches, Katerina".

Ella asintió en silencio. Se metió en el coche y retrocedió con cuidado por el largo camino de entrada, hasta la carretera, y se alejó. Un kilómetro y medio más adelante, se detuvo en una gasolinera cerrada y apoyó la cabeza en el volante, con las yemas de los dedos tocándose los labios.

¡La había besado! ¡Y qué beso! Nunca la habían besado con tanta delicadeza. Había habido pasión, pero cuidadosamente guardada. La había tratado como si fuera de cristal, delicada, pero su beso había sido prometedor. Casi una declaración de intenciones. Casi... le llegó. Casi un reclamo.

Se estremeció deliciosamente. ¡Ser reclamada por él! ¡Qué idea tan maravillosa! Aún sentía un hormigueo en todo el cuerpo a causa del beso, y sus mejillas seguían sonrojadas y ardientes. Se puso las manos en las mejillas, reviviendo el momento en que él le había vuelto la cara, el momento en que se había dado cuenta de que iba a besarla.

Dio un respingo cuando sonó su teléfono móvil. Distraída, estiró la mano para contestar, pulsó el botón equivocado y colgó la llamada. Respiró hondo y miró la pantalla de llamadas perdidas. ¡Jacinth!

Respiró un par de veces más antes de devolver la llamada. Esperó a que sonara, puso el coche en marcha y volvió a la carretera. Tenía que volver a casa y llevar a Cat a Troya.

"¡Hola!" respondió Jacinth alegremente. "¿Sigues en casa de Troy?"

"No, me dirijo a casa. ¿Qué pasa?"

"Los niños se excitaron demasiado". Jacinth se rió. "Ben se desmayó en el asiento trasero de camino a casa. Douglas está metido de lleno en los estudios de formación continua... cosas de veterinaria, ya sabes. Así que pensé que, si lo necesitabas, podría ir a recogerte a tu casa de la ciudad y llevarte a casa de Troy. Ya sabes... como Cat".

"Es una idea estupenda", aprobó Katerina. "Iba a llamar a un Uber, pero es muy arriesgado. No quiero que me dejen donde Troya pueda ver, ¡pero el conductor se va a extrañar si hago que me deje en medio de algún campo!".

"Iré enseguida", prometió Jacinto.

"¿Seguro que no te importa?"

Jacinto se rió alegremente. "¿Estás de broma? ¡Me encanta! Estoy deseando ver cómo resulta. Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar".

Hmmm. Katerina se dio cuenta de cómo podía ayudarla el Djinn.

En efecto, justo cuando Katerina entró en su casa, el sedán azul claro de Jacinth se detuvo en la acera delante de su casa. Katerina la saludó con la mano, cerró el coche y bajó por el camino hasta el coche que la esperaba.

"No estaba segura de si ibas a cambiar a tu forma gatuna aquí o en casa de Troy", dijo Jacinth.

"Me cambiaré cuando lleguemos, porque quiero hablar contigo", le dijo Katerina. "¡Troy

quiere enseñarme a montar, pero no sé qué ponerme! Tendré que comprarme algo apropiado, pero no sé qué".

La Djinn se iluminó y sus ojos brillaron. "¡De compras! ¡Me encanta! Vayamos mañana. Podemos llevar también a los niños, comer fuera y pasar el día. Es decir... -hizo una pausa-. "¿Puedes pasar un día entero?"

"Por esto, sí puedo. Y de todas formas, Troy tiene mañana el turno del domingo, así que estará en la clínica".

Jacinto soltó una carcajada. "¡Qué divertido será esto!"

Deteniéndose a un lado de la carretera a varios metros del buzón de Troy, pero fuera de la vista de la casa, Jacinto se volvió hacia Katerina.

"¿Está bien este sitio?"

"Perfecto. ¿A qué hora mañana?"

"Veamos... ¿Qué tal a las diez? Eso nos da tiempo suficiente para hacer algunas compras serias antes de comer, sin tener a los niños aburridos hasta las lágrimas. ¿Te recojo aquí?"

Katerina le guiñó un ojo. "Eso funciona".

Al ver cómo las luces traseras de Jacinto desaparecían por la carretera, se volvió con un brinco hacia casa de Troy. ¡Por fin en casa!

CAPÍTULO 16



A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando el coche de Jacinth entró en la entrada, Katerina estaba lista y esperando.

"Buenos días, Jacinth. Hola, chicos!" Katerina abrió la puerta del pasajero, entusiasmada por la próxima salida. "¿Listos para ir de compras?"

"Supongo", murmuró Benny, claramente no muy entusiasmado. Pero Molly rebotó en su asiento del coche, emocionada.

"Lo siento, Ben", le dijo Katerina mientras Jacinth salía de la entrada de Troy. "Pero Troy va a enseñarme a montar, y no tengo nada que ponerme. De hecho, no tengo ni idea de qué comprarme. Por eso necesito que Jacinth me ayude".

"Como si un genio lo supiera", resopló el chiquillo. "Llevas vaqueros y botas vaqueras, claro".

Jacinth le miró por el retrovisor.

"¡Yo también sé lo que debe llevar! Y los vaqueros son para la equitación occidental. Los caballos de Troy son de una raza especial, ella aprenderá a montar del Este".

Hizo una pausa y miró a Katerina. "Al menos, supongo que sí. Los frisonos se utilizan hoy en día para la doma. Supongo que es oriental, pero en la guarnicionería a la que vamos lo sabrán, lo he buscado en Google".

Katerina asintió, habiendo hecho su propia búsqueda en el navegador. "No voy a comprarme el traje entero y todo eso, pero botas de montar seguro, y unos pantalones elásticos".

Estaba a punto de sugerir que se pasara por su casa para coger un top que ponerse con los pantalones, cuando recordó que el Werecat la acechaba. Estaba con Jacinth y los niños, y estaría llamando la atención sobre su amistad si la criatura seguía vigilando su casa. "Y quizá una blusa", concedió.

El entusiasmo de los niños aumentó rápidamente una vez dentro de la extensa tienda.

"¡Vaya!" se entusiasmó Benny ante una selección de botas del oeste.

Al mirar los precios, Katerina tragó saliva. "¿Ochocientos setenta y nueve dólares?".

"Labrado a mano", asintió Jacinth, leyendo el letrero del expositor. "Festón acanalado, construcción en triada, costuras laterales cubiertas, tirantes Torero".

"Creo que paso. Al menos hasta que haya estado a lomos de un caballo al menos una vez".

Jacinth sonrió y apartó a Katerina. "De todas formas, esas son occidentales, y si quieres botas inglesas, están por aquí. Benny", dijo por encima del hombro. "Tú te encargas de vigilar a Molly, ¿vale?".

Molly estaba junto a la caja registradora, embelesada con unos cuadernos decorados con dibujos de una niña montada en un poni gordo. Benny se acercó para cogerla de la mano, y juntos se dirigieron a una sección infantil situada a un lado de la caja, llena de caballitos de plástico y peluche, graneros de juguete y libros ilustrados.

Satisfechas de que los niños estuvieran felizmente ocupados, Jacinth y Katerina centraron su atención en la elección de las botas. Con la ayuda de una vendedora experimentada, no tardaron mucho en conseguir un par a medida.

"Me siento tonta comprando un conjunto entero para una clase de equitación informal", confió Katerina una vez que la mujer se hubo quitado las botas para empaquetarlas. "Pasemos por el centro comercial y busquemos algo adecuado".

Jacinto se rió. "Eso hará felices a los niños. Les encanta ir a los centros comerciales. Tendrías que haber visto sus caras la primera vez que los llevamos a uno, en California. Pensarían que era su paraíso particular. Casi tan bueno como Disneylandia".

"Oh, es verdad, Douglas y tú sólo llevabais unos días la primera vez que me encontré contigo en el parque. Nunca me contaron toda la historia".

Jacinth lanzó una rápida mirada a la zona infantil de la esquina, asegurándose de que Benny y Molly no le prestaban atención, y bajó la voz por si acaso. "En pocas palabras, a Douglas le habían concedido la custodia debido a que Lilian bebía y los descuidaba. Pero un día los recogió de casa de la niñera y se largó. Llevaba dos años buscándolos cuando encontré mi botella. Deseaba recuperarlos y ¡voilà! Estaban en California, y le entró tal pánico que me pidió que fuera con él a recogerlos. Ya conoces el resto". Su rostro se ensombreció. "Nunca habían estado en un centro comercial, nunca habían estrenado ropa".

"¿Alguna noticia de cómo está Lilian?"

"¡Oh!" El carácter alegre de Jacinth se reafirmó y su rostro se iluminó. "Está en un programa voluntario de rehabilitación y le va muy bien. No lleva mucho tiempo, claro, pero llevamos a los niños a visitarla y parece decidida a cambiar las cosas. Creo que esta vez lo conseguirá, de verdad".

"Bueno, si te da más problemas, estaré encantada de venir a destrozarle las medias". Katerina guiñó un ojo y se levantó cuando la vendedora regresó con las botas.

Pagó en la caja registradora mientras Jacinth recogía a Ben y Molly. Como era de esperar, los niños estaban encantados de ir al centro comercial. Eso se convirtió en gritos de entusiasmo cuando, al salir de la salida de la autopista hacia el centro comercial, pudieron ver claramente las tiendas de colores brillantes que cubrían gran parte de un extremo del enorme aparcamiento del centro comercial, y una noria que se elevaba hacia el cielo por encima de todo.

"¡Una feria!" gritó Benny, rebotando en su asiento. "¿Podemos ir? ¿Por favor?"

"¿Por favor?" suplicó Molly, con ojos suplicantes.

Jacinth miró insegura el reloj digital del salpicadero, pero Katerina asintió con la cabeza. "Hay tiempo de sobra", dijo. "La clínica abre los domingos hasta las tres, y aún no es mediodía. Déjame en la entrada del centro comercial y lleva a los niños a la feria. Cuando acabe, te enviaré un mensaje para saber dónde estás".

Los niños asintieron a gritos, y Jacinth asintió, casi tan emocionada como Benny y Molly. "¡Eso funciona!"

Al salir del centro comercial media hora más tarde, Katerina estaba cruzando el aparcamiento cuando se produjo la primera fisión de alarma, erizándosele el vello de la nuca como reacción instintiva. Parecía lejano, procedente de la feria que tenía ante sí. ¡Oh, Dios! ¡Jacinto y los niños! Apresuró el paso. Casi había llegado al carrusel cuando la golpeó una oleada de malevolencia,

tan fuerte que casi siseó, y su naturaleza felina salió a relucir, deseando salir, huir, luchar. Empujó a Gato hacia abajo, abriéndose paso entre la multitud hasta Jacinth, donde estaba de pie observando a Ben y Molly dando vueltas en el carrusel. Al llegar a su lado, Katerina agarró con fuerza el brazo de la Djinn.

"Está aquí", dijo con urgencia. "*Está aquí...* la Pícara".

Jacinto reaccionó instintivamente, mirando a su alrededor rápidamente alarmado.

"¿Aquí? ¿En la feria?"

"Sí. Acechándonos. La sentí mientras estaba en el aparcamiento, así que no podía estar dirigida a mí. Debe de reconocerte, de aquella vez en el bosque cuando ayudaste a rescatar a Melanthe, supongo. Pero ahora está muy, muy enfadada, así que también me ha visto a mí".

La Djinn miró al instante hacia el carrusel, con expresión ansiosa. "¡Ben y Molly!"

"No pasa nada", la tranquilizó Katerina. "No se atrevería a hacer nada, no aquí, no con toda esta gente alrededor. Tenemos que permanecer entre la multitud y no separarnos".

Jacinth se estremeció, parecía poco convencida. "¿Estás segura? La recuerdo, allí en el bosque. Era tan poderosa, tan... malévola".

Katerina asintió. "Pero eso fue en su forma de gata metamorfa. Ahora está en su forma humana. En público, no puede hacer gran cosa. A menos -advirtió- que consiga dejarnos a solas".

Los ojos de Jacinto brillaron con una lenta cólera. "¿Humano? Entonces puede que las probabilidades estén más igualadas de lo que crees". Se volvió para escrutar a la multitud. "¿Qué aspecto tiene? ¿La ves?"

"Nunca la he visto", admitió Katerina. "No tengo ni idea de cómo es".

Los labios del Djinn, habitualmente suaves y curvados, se entrecerraron en una línea desacostumbradamente dura. "Es una especie mágica, como nosotros". Sus ojos brillaron. "Puedo encontrarla".

La djinn hizo un rápido movimiento con los dedos, y Katerina habría jurado que durante un breve instante hubo allí un destello de llamas azules. Luego desapareció, y Jacinto miró a la derecha. Sus ojos se abrieron de par en par al reconocerla.

"Dios mío", respiró.

"¿Qué? preguntó Katerina, intentando ver qué... o quién... miraba el Djinn con tanta indignación sobresaltada.

"¡Es Beatrice!"

"¿Beatrice? Quieres decir..."

La furia se encendió en los ojos marrones, normalmente amables, del Djinn. "La veterinaria que trabaja con Suzanne en la clínica".

Katerina se inclinó hacia delante para ver el objeto de la mirada directa de Jacinto. Allí, a una docena de metros de distancia, toda ojos verdes y pelirroja, con labios mohínos y curvas sensuales, estaba su atormentadora. Katerina la miró fijamente, mirando a los ojos de la Pícara, haciéndole saber a la Werecat que Katerina la reconocía por lo que era y por quién era. Beatrice le devolvió la mirada, amenazadora en sus ojos verdes entrecerrados. Al mismo tiempo, Katerina se dio cuenta de que la Werecat estaba sorprendida y furiosa porque la habían descubierto. No sabía, se dio cuenta Katerina, cómo sabía Katerina que era ella. Tal vez, después de todo, no reconociera a Jacinth como la Djinn del bosque.

"¡Iba detrás de Douglas!" le susurró Jacinth al oído. "Aquella cita que tuvieron. Al día siguiente vino a casa y parecía enfadada por verme. No pudimos averiguar por qué. No es porque me reconozca como el Djinn de aquel día en el bosque, es porque estuve con Douglas, viviendo en su casa".

"Así que se rindió y trasladó su objetivo a Troya", terminó Katerina. "¡Bueno, tampoco va a por él! Pero tenemos que salir de aquí y ponernos a salvo sin que nos siga".

"De todos modos, sabe dónde vivimos", dijo Jacinto. "Como no ha podido localizarte en tu casa, es a ti a quien va a intentar seguir, para ver dónde te alojas. Quédate a salvo aquí, entre la multitud. En cuanto recoja a los niños de su atracción, iré a por el coche y lo llevaré hasta el puesto de algodón de azúcar que hay allí. Cuando me veas, ven corriendo y salta dentro. No tendrá ninguna posibilidad de seguirnos".

"Buen plan".

Jacynth observaba el carrusel, esperando a que se detuviera. En cuanto se detuvo, estaba allí, en la puerta, cogiendo a Molly en brazos y a Benny de la mano. Mientras el Djinn se apresuraba a sacar a los niños, Katerina levantó la barbilla y sonrió ante la mirada de Beatrice. De acuerdo, todo eran bravuconadas, pero no dejaría que la otra metamorfa supiera lo aterrorizada que estaba. Así que le devolvió mirada a mirada, sin apartar la vista, hasta que un grupo de adolescentes pasó entre ellas, bloqueando a la mujer de su vista. Se volvió y caminó entre la multitud hacia el puesto de algodón de azúcar, comprando un par para dárselos a Benny y Molly.

Se dio cuenta de que estaba temblando. Le temblaban las manos cuando pagó al hombre del mostrador, cogiéndole los conos de azúcar hilado de color rosa. Se volvió para mirar detrás de ella, pero no había rastro de Beatrice. Con una oleada de alivio, vio aparecer el coche de Jacinto, y se apresuró a acercarse con las piernas acuosas, deslizándose hasta la seguridad del coche y cerrando la puerta tras de sí. Soltó un largo suspiro tembloroso. Lo habían conseguido... se habían escapado.

Devolvió el algodón de azúcar a los niños emocionados, dejó las bolsas del centro comercial en el suelo a sus pies y se abrochó el cinturón de seguridad antes de dirigir una débil sonrisa a Jacinth.

"¡Salgamos de aquí!"

"¡De acuerdo!"

La imposibilidad de hablar más sobre el tema, debido a los dos pares de orejas jóvenes que había en el asiento trasero, les dificultaba las cosas, pero Katerina comprendió perfectamente cuando Jacinto giró hacia la autopista en dirección contraria a la que habían venido.

"Por si acaso", murmuró Jacinto mirando de reojo a Katerina, que asintió.

Tomando un camino tortuoso, Jacinth se dirigió a casa de Troy. Katerina había rechazado sin vacilar la idea de dejar sus compras en la casa. Con una mirada cautelosa a los niños, ahora somnolientos y desatentos en el asiento trasero, dijo en voz baja. "Podría haber ido allí a esperar".

"¿Pero tus cosas?" preguntó Jacinto. "¿Las botas y la ropa?"

Cada nervio estaba tenso, sus instintos le gritaban. Quería estar en casa. Quería estar en la confortable y familiar casa de campo, con los brazos de Troy a su alrededor, abrazándola. A salvo. Allí estaría a salvo.

"Si me los guardas, pasaré a recogerlos mañana".

Troy aún no había llegado, así que Jacinth subió el coche por el camino de entrada hasta la parte trasera de la casa. Katerina salió y abrió la puerta trasera para despedirse de Ben y Molly con un abrazo. Saludó con la mano mientras el coche se alejaba y se dirigió a la casa. Entró con la llave de repuesto que había escondido bajo la barbacoa del patio trasero, y cerró la puerta de la cocina tras de sí con un suspiro estremecedor. Cherie subió del sótano y se acercó a ella con un aullido amistoso. Katerina acarició la estrecha cabeza de la perra y se dirigió al salón. Se dio cuenta de que estaba temblando, y no tenía nada que ver con el aire acondicionado que enfriaba

la casa. Estaba asustada. Estaba asustada hasta los dedos de los pies.

Se sentó en el sofá donde tantas veces se había tumbado acurrucada como Gata, tirando de la manta de ganchillo a su alrededor y acurrucándose en su calor. ¿Qué iba a hacer? Al menos Melanthe y los cachorros estaban a salvo con Julian y Alessandra en Staten Island. Pero tendría que decírselo a Melanthe, advertirle de que no se acercara a la casa de ninguno de los dos por ningún motivo. Volvió a pensar en el Consejo, pero al igual que antes, no había pruebas. Irse de aquí tampoco era una opción... no cuando Troya era el objetivo del Pícaro. Era vulnerable, no había forma de advertirle.

Y, ¡oh, Dios mío! Beatrice trabajaba en la clínica. Katerina se frotó la frente, intentando recordar. Con Suzanne. Beatrice trabajaba con Suzanne, con los perros. De repente recordó la conversación con Suzanne y Troy durante la cena de espaguetis aquella primera semana después de que él la hubiera rescatado del refugio. Dijo que había estado examinando a un gato anciano que de repente había parecido enloquecer, que había arañado y mordido a Troy para huir. Troy había abierto la puerta para pedir a alguien un transportín para gatos y... ¡sí! Sí, había dicho que Beatrice había estado al otro lado de la puerta. La pobre gata había olido o sentido a la Werecat cerca, y se había vuelto loca de miedo. Katerina también recordaba que Jacinth le había hablado de la vez que Beatrice había ido a casa de Douglas y su nuevo gatito, Brandywine, se había asustado mucho, incluso había arañado a Molly para liberarse y correr a esconderse.

Al menos ahora sabía quién era el Werecat, pero el problema persistía: ¿Qué iba a hacer? Se sentía sola, enfrentada a un depredador asesino, y sin nadie a quien recurrir, nadie que la creyera, al menos, entre el Consejo Metamorfo. Estaba Douglas, por supuesto. Jacinth se lo contaría, y él les creería, pero ¿qué podía hacer, en realidad? No podía despedir a Beatrice sin más, la clínica era una sociedad. Tendría que tener una buena razón.

Ahora podía verlo. "Suzanne, tenemos que despedir a tu ayudante de veterinaria, porque es una metamorfa peligrosa, una granuja que planea seducir y luego matar a Troy".

Oh, sí, eso funcionaría. Era casi suficiente para hacerla reír, si no estuviera tan asustada.

Deseaba que Troy volviera a casa. Quería que la rodeara con sus brazos, que la abrazara, que le hablara con aquella voz profunda que le hacía sentir que todo iba a ir bien.

Apenas se había formado el pensamiento cuando percibió el crujido de los neumáticos sobre la grava. ¡Oh, mierda! Aquí estaba, aún en su forma humana. Saltó del sofá y corrió hacia la habitación de invitados. Se quitó la ropa y la metió en el cajón más bajo de la cómoda alta antes de llamar al Cambio.

Gata estaba impaciente por llegar a Troya. Sus peludas patas apenas tocaron el suelo cuando entró corriendo en el salón. Troy ni siquiera había tenido tiempo de cerrar la puerta del todo cuando ella se lanzó sobre él, y él la atrapó, riendo.

"Hola, gatito bonito. Supongo que me has echado de menos".

Se aferró a su camisa, clavando las garras, y levantó el hocico para pegarlo a su barbilla, respirando su olor a bosque. Estaba en casa y ahora estaba a salvo.

"Eh, eh. Estás temblando por todas partes". Con cuidado, le desprendió las garras de la camisa. Frunció el ceño y lanzó una rápida mirada a Cherie, pero la collie parecía imperturbable, moviendo el rabo alegremente al verlo, como siempre. "¿Qué te pasa, gatita?".

Parpadeó y ronroneó, y Troy se echó a reír, reconfortado por el profundo retumbar de su pecho, mientras la abrazaba y se dirigía a la cocina.

"Vale, tropa, hora de cenar".

Dejó a Gato en el suelo y se inclinó para recoger el cuenco vacío del perro. Lo llenó con una lata de comida para perros, añadió un puñado de croquetas secas y salpicó un poco de agua

caliente, mezclándolo para hacer un poco de salsa antes de dejarlo en el suelo. El gato resopló mientras Cherie engullía aquella cosa repugnante con toda evidencia de disfrute. Perro. ¿Eh?

Interesada en su propia cena, se sentó sobre sus ancas, se colocó en el ángulo justo y saltó ligeramente a la parte superior de la mesa de la cocina, donde se sentó ordenadamente, con las patas metidas y la cola enroscada. No era *su* mesa.

Sacó del frigorífico un paquete de carne envuelto en papel de carnicero blanco. Lo desenvolvió para descubrir unas buenas hamburguesas de carne picada del tamaño de un hombre. Cat emitió un murmullo de aprobación, con los bigotes temblorosos. Le encantaban las hamburguesas. Siempre cortaba la suya y la cubría con queso fundido. Le gustaba especialmente cuando usaba provolone ahumado.

Bajó de la mesa de un salto y le acarició los tobillos mientras él salía, intentando no tropezar con ella. Se rió entre dientes. Era cosa de gatos.

Después de encender la parrilla y poner las hamburguesas, Troy dejó la fuente a un lado y la miró.

"Hola, tengo algo para ti. Ven, gatita, a ver si te gusta".

El gato levantó las orejas. ¿Godiva? ¿Tiramisú? Casi ronroneó, y bailó sobre cuatro patas mientras le seguía a la casa con expectación. Se dirigió al salón y recogió una bolsita del suelo, que al parecer se le había caído cuando ella saltó a sus brazos al llegar a casa. Levantándose sobre sus patas traseras, le puso una pata en la rodilla, olfateando experimentalmente. Fuera lo que fuese, no parecía tener mucho olor. Esperó con la esperanza de que fuera algo realmente fabuloso. Con una floritura, Troy sacó una cosita peluda y se la puso colgando por encima de la nariz.

Un ratón de peluche. ¿De verdad? ¿Tenía que emocionarse? Miró aquella cosa ridícula y luego a Troy.

"Vamos, gatito bonito. Mira!" La lanzó al otro lado del patio.

Oh, puh-leeeeee. Ni siquiera era de piel de ratón de verdad, ni siquiera de conejo, que al menos habría tenido algún interés. Lo miró con desdén, luego se dio la vuelta y lo rascó con la pata delantera antes de entrar en la cocina. Se sentó firmemente ante la puerta trasera, echando a Troy una mirada fría por encima del hombro. Por supuesto, podía utilizar la puerta para perros, pero no iba a hacerlo cuando él estaba en casa y podía abrirle la puerta igualmente. Era el principio del asunto.

"¡*Mawr!*" Exigió.

"Vale, vale". Se acercó a la puerta, abriéndola, y ella salió rebotando, trotando hacia la barbacoa. Él la siguió, comprobando las hamburguesas antes de inclinarse para frotarle la cabeza. "Eres muy exigente, ¿verdad?"

Ella resopló. No tenía ni idea. Inclino la cabeza para que los dedos de él tocaran el punto justo detrás de sus orejas. Pero no iba a ronronear. ¡Un ratón de juguete! ¿En serio?



AL PARECER, haberla visto jugar en su jardín le había causado una gran impresión a Troy, sin embargo, y parecía tomarse como una misión personal encontrar un juguete con el que ella jugara, después del desastre del ratón.

Al día siguiente, era un poco de pelo y pluma en un cordel, atado a una caña de plástico, más bien como una caña de pescar. Si no hubiera estado en forma de gato, habría puesto los ojos en blanco. En lugar de eso, lo miró con toda la apariencia de gran interés, con las orejas erguidas

hacia delante en señal de atención, y observó cómo Troy movía la cosa de un lado a otro, intentando atraerla para que la persiguiera. Al final también se rindió.

Otro día era una pista circular de plástico con una bolita que encajaba en la pista y daba vueltas alrededor del círculo con el máximo ruido. Vale. Eso era demasiado trabajo para Gato. ¿Y para qué? Para nada. La pelota se atascaba en la pista y daba vueltas y vueltas. Boooooor-ing. Por supuesto, el cartón ondulado del centro le servía para afilarse las garras. Lo hizo con entusiasmo, arrancando grandes trozos del cartón que volaban por el salón. Después se sintió muy satisfecha viendo cómo Troy, escoba y recogedor en mano, buscaba y barría los innumerables trozos de cartón de toda la habitación.

"Lo has hecho a propósito", acusó Troy, levantando la vista de donde estaba arrodillado sobre manos y rodillas para buscar más cartones debajo del sofá.

Ella le dirigió su mejor mirada de "¿quién, yo?" y le parpadeó cariñosamente.

"Sé que te gusta jugar", le dijo. "Te vi en el patio aquel día. Tiene que haber algo con lo que juegues".

Ho-hum. Se estiró y bostezó en su cara.

Por fin, un día Troy entró en casa con una sonrisa de satisfacción en la cara. "¡Ya lo tengo!" Rebuscó en su bolsillo y sacó un delgado cilindro. "Eres un hueso duro de roer, pero apuesto a que éste lo consigue".

Sostuvo el artilugio en la mano y, de repente, apareció una lucecita roja en el suelo, junto a sus patas. ¡Oh, no! No era uno de esos punteros láser. Como si fuera a perseguir un tonto punto de luz por todas partes y agotarse. No esperaba que persiguiera eso, ¿verdad?

Troy lo apuntó por el suelo, hacia delante y hacia atrás, mientras la luz bailaba alrededor de sus pies. Ella lo observó. Adelante y atrás. De un lado a otro. Su cola se agitó. Uy, ¡no! No iba a perseguir a esa cosa. Pero bailó más cerca. Más cerca. De repente, rebotó en su pata y volvió a salir. Vale, ¡ya está! Se abalanzó sobre la cosita roja y luego corrió de aquí para allá tras ella. Desapareció en los oscuros recovecos del pasillo y ella avanzó arrastrándose sobre el vientre, con todos los sentidos alerta. Estaba en alguna parte, escondido. ¡Allí estaba! Se abalanzó, arrastrando las patas por el suelo de madera. ¡Ajá! ¡Se lo enseñaría!

Subió al sofá, persiguió la lucecita roja y observó, con los bigotes temblorosos, cómo subía por la pared, justo fuera de su alcance. Bajó despacio, muy despacio, y de repente parpadeó hacia un lado. Estaba a medio camino de la sala de estar tras él cuando de repente recordó... ¡oh, espera! ¡Estaba persiguiendo una estúpida luz!

Se sentó firmemente en medio del suelo y se volvió para mirar a Troy. ¡Todo esto era culpa suya!

CAPÍTULO 17



POR LA MAÑANA, Katerina había tenido tiempo de reflexionar sobre los acontecimientos de ayer y había llegado a una conclusión. Iban a tener que decírselo a Douglas.

Tomando una taza de té en casa de Douglas, con Benny en el colegio y Molly aparcada frente a Barrio Sésamo en la sala familiar, Jacinth asintió con la cabeza.

"Yo también pensé en eso anoche. Ni siquiera sé cómo decírselo. Quiero decir que lo hizo bien con lo del genio y contigo corriendo como un gato doméstico. Pero esto..."

"Lo sé", Katerina encorvó los hombros, sintiéndose inquieta.

"Douglas me dijo que un día estuviste en la clínica... como Cat. ¿Por qué no la sentiste entonces?"

"Era miércoles. Es el día libre de Suzanne, así que la clínica canina estaba cerrada y Beatrice no habría estado allí", explicó Katerina. "Tiene que haber estado allí hace muy poco en su forma Werecat para que yo la perciba si no está presente. Aunque estuviera en su forma humana, podría sentirla o no. Excepto que siempre emite una vibración violenta y enfadada. No sé cómo describirlo mejor, pero son como oleadas de emoción negativa. Puede que sea siempre que me ve, o puede que sea algo de Rogue, no lo sé. Nunca me había encontrado con un Werecat... ¡y espero no volver a hacerlo nunca!". añadió con fervor.

Respiró hondo, temblorosa, intentando controlar su agitación. "El caso es que -continuó con más calma-. "Por lo que yo sé, nadie sabe mucho sobre los cambiaformas rebeldes. Se supone que son muy raros. Nos enseñan sobre ellos, por supuesto, como una cuestión de historia cambiaformas y todo eso, pero no ha habido ninguno desde hace unos cien años o más. Así que no nos enseñaron qué hacer si nos encontrábamos con uno. Quizá los consideraran extintos o algo así". Hizo una mueca. "Evidentemente, no. Qué suerte tengo, me toca el primero en un siglo".

"Lo que realmente me molesta es que trabaje allí mismo, en la clínica", dijo Jacinth, sorbiendo su té con expresión preocupada. "Tiene acceso a direcciones, números de teléfono, por no hablar de cualquier información personal que pueda recoger por el mero hecho de estar allí. Por ejemplo, Douglas se va a Chicago la semana que viene. Sabrá que estoy aquí sola con los niños. ¿Sigues persiguiéndome?"

Katerina se encogió de hombros impotente. "No lo sé. Nos enseñaron que eliminan a todas las hembras que puedan ser una amenaza cuando reclaman un territorio. Supuse que se referían a las hembras metamorfomorfos. Por lo que sé, se referían a cualquier Otra. Nunca nos lo dijeron", casi se lamentó. "Aun así, eres un Djinn. Si la ves cerca, coge a los niños y puf".

"Lo sé, y no dudaría si estuviéramos en peligro. Es sólo que... -se interrumpió, frotándose las manos por los hombros. "Sé que puedo alejar a los niños, así que no estamos realmente en peligro. Pero... Sigo recordando aquel día en el bosque, cuando apareció prácticamente de la nada. Estaba dispuesta a masacrarnos a todos. De eso no había duda. Aún tengo pesadillas al respecto -confesó.

Katerina asintió. "No creo que esté del todo cuerda. Es... -su voz se entrecortó, incapaz de encontrar la palabra adecuada.

"Loca de remate", proporcionó Jacinth con gran ayuda.

Katerina se echó a reír. "¡Sí, eso!"

La magia crepitó en el aire y, de repente, el té que se había enfriado en sus tazas empezó a humear. Los trucos de los djinn tenían su utilidad. Katerina cogió su taza, sosteniéndola entre ambas manos, dejando que el calor y el vapor aromático la calmasen.

"Hablemos juntos con Douglas", sugirió. "Será más fácil entre los dos. No es que no te crea, pero yo puedo responder a cualquier pregunta que tenga. Al menos, eso espero". Se mordió el labio inferior entre los dientes. "Lo que sé sobre los cambiaformas canallas me cabe en esta taza de té, y créeme, ¡ojalá nunca necesitara saber más!".

"Voy a estar de acuerdo". Jacinth miró el reloj de la cocina. "Déjame llamar a Douglas. Sé que no tenía ninguna cita esta tarde, iba a hacer papeleo. Veré si puede venir a casa y hablar con nosotros".

Katerinaladeó la cabeza hacia el salón, donde se oían los alegres acordes de la Canción del Alfabeto. "¿Molly?"

"Si Douglas puede venir ahora, llamaré a mi madre. Siempre está encantada de hacerse cargo de Molly".

Katerina soltó una risita. "Al menos tu madre no me persigue con un cepillo para que me hile la piel, como hace la madre de Douglas".

Jacinth se rió y levantó un dedo, hablando por el móvil.

"Douglas, ¿estás ocupado allí? ¿Puedes venir a casa una hora o así?"

Haz una pausa.

"No. Bueno, no exactamente. Katerina está aquí... sí, no Cat. Tenemos que hablar contigo". Otra pausa. "No es urgente... exactamente. Pero cuanto antes mejor, y Benny está en la escuela hasta las tres, así que ahora sería estupendo, si puedes escaparte".

Colgó el teléfono con una sonrisa de alivio. "Ya viene. Enviaré una citación a mamá... pero no digas nada donde pueda oírlo, ¿vale? Preferiría que no lo supiera de momento. Se preocuparía y empezaría a aparecer a todas horas para comprobar que estamos bien".

Jacinth juntó las manos y Katerina observó fascinada cómo aparecía una pequeña bola de llamas azules. Con un destello de sus finos dedos, la djinn envió la bola, que desapareció en el lugar al que iban esas cosas. Se oyó un crujido de electricidad en el aire, y Zahra apareció junto a ellos, fría y serena como siempre.

"¿Sí, cariño?"

Se inclinó para besar a Jacinth en la mejilla, y sonrió saludando a Katerina. La mujer djinn era más alta que su hija, sinuosa y elegante, con unos ojos verdes rasgados que habrían enorgullecido a un gato, realzados por ondulantes ondas de pelo rojo oscuro. Aquellos ojos brillantes estudiaban ahora a Katerina mientras le tendía la mano.

"Eres ese adorable Maine Coon, ¿verdad? Te habría reconocido en cualquier parte por esos ojos. Soy Zahra".

Balanceando a Molly sobre su cadera izquierda, Katerina estrechó la mano, gustándole el

apretón frío y firme de Zahra.

"Encantada de conocerte... oficialmente", le dijo Katerina riendo.

"Madre, ésta es Katerina Kazakis, y sí, es Cat. Katerina, ésta es Zahra".

Las esbeltas cejas se arquearon con sorpresa. "¿Katerina Kazakis? Pero querida, tengo muchos de tus diseños en mi armario".

Un cálido resplandor le recorrió el pecho y sonrió. "Me encanta oír eso", admitió. "Crear es mi primer amor, pero conocer a gente a la que le gusta lo que he creado hace que el trabajo que viene después merezca la pena".

"Tus diseños son preciosos. Ahora -continuó Zahra, su tono cambió a un tono de negocios mientras dirigía su mirada a Jacinto-. "¿Para qué me necesitas, querida?"

"Douglas vuelve a casa de la clínica, tenemos que hablar de algo que que está pasando allí. ¿Podrías cuidar a Molly durante una hora o así?"

Los ojos esmeralda se entrecerraron. "Algo está pasando y no quieres contármelo".

Era aguda, Katerina tenía que admitirlo.

"Pues sí", admitió Jacinto. "Y te lo diría, pero es..."

"Complicado". terminó Zahra, poniendo los ojos en blanco. "Muy bien, pero no creas que no te vigilaré. Y si la cosa no se descomplica en breve, espero enterarme de todo".

Jacinto intercambió una mirada culpable con Katerina.

"Sí, madre".

Zahra los miró a ambos. "Definitivamente, pasa algo. No me hagas llamar a Kieran".

Katerina no había conocido al antiguo príncipe Djinn, pero la impresión de su hermana de que era casi tan temible como el Pícaro, y mucho más fuerte, le había impresionado. Al enfrentarse a Kieran, el Pícaro había dado media vuelta y había huido. Katerina tragó saliva, recordando el asombro en la voz de Melanthe, y sacudió la cabeza.

Jacinto palmeó el brazo de su madre. "Madre. Estamos bien, y si parece que no vamos a estarlo, te llamaré inmediatamente, ¿vale?"

"De acuerdo. Déjame recoger a Molly y me voy. La llevaré a ese nuevo campo de golf que han abierto cerca del centro comercial".

La mente de Katerina se quedó perpleja ante la idea de que el elegante y sofisticadísimo Djinn milenario jugara al golf con un niño de cuatro años, pero Jacinto se limitó a reírse.

"¡Es perfecto! Gracias, madre".

Tras despedir a Zahra, con la pequeña Molly a cuestas, Jacinto se dirigió a la cocina y preparó una cafetera.

"Tengo la sensación de que Douglas va a necesitar esto", explicó.

Katerina hizo una mueca. "Tengo la sensación de que Douglas va a necesitar algo más fuerte".

Jacinto se detuvo en el acto de verter agua de la jarra en la cafetera. "Puede que tengas razón".

"¿Tienes whisky?" Katerina sonrió. "A eso fue Troy cuando llegó a casa aquella noche en que nació Luciérnaga. Fue directamente a por el Chivas Regal y se zambulló en la botella".

"¿Chivas Regal?" Jacinto enarcó las cejas. "Eso sí que es caro. Douglas tiene Jack Daniels".

Abrió uno de los armarios de arriba y sacó una botella, junto con un vaso de chupito. "Más vale tenerlo listo".

La puerta principal se abrió y Douglas entró a grandes zancadas.

"Hola, bellas damas".

Cruzó hacia Jacinto, la besó cariñosamente, deslizando un brazo alrededor de su cintura.

Mirando hacia Katerina, su mirada se posó en la botella de Jack Daniels que había sobre la mesa y en el vaso de chupito que había junto a ella.

"Ut oh. Esto no me va a gustar, ¿verdad?"

"Eso está más o menos garantizado", coincidió Katerina.

"A nosotros tampoco nos gusta", le dijo Jacinto, llevándole a la mesa. "¿Quieres café o empezamos con las cosas duras?"

Douglas acercó una silla y se sentó a horcajadas sobre ella, con los brazos cruzados sobre el respaldo. "Café, solo. Luego puedo ir subiendo según sea necesario". Miró de uno a otro. "¿Qué pasa?"

Se hizo el silencio y Jacinto y Katerina se miraron.

"Momento incómodo", murmuró Katerina en voz baja. "¿Quién va primero?"

"Empecemos por el principio, que soy yo, ya que estaba allí", dijo Jacinth. Apareció más té caliente en las tazas de ambos, y Jacinth bebió un sorbo del suyo antes de empezar. "Douglas, ¿recuerdas que te conté lo de la gata metamorfa del bosque que acabó teniendo gatitos en vez de bebés porque otro metamorfo, un leopardo negro, iba tras ellos? Julian me llamó, a través de nuestra conexión Djinn de entonces. Cuando vi al leopardo, llamé a Kieran y lo ahuyentó".

"Aquella gata era mi hermana, Melanthe", le dijo Katerina. "Alessandra la salvó a ella y a sus crías, y uno de sus deseos fue que Julian curara a una de las gatitas después de que el leopardo le hubiera clavado tantas garras. Habría muerto, dijo Melanthe".

Douglas asintió. "Cierto, lo recuerdo, aunque no entiendo por qué el leopardo habría atacado a lo que era esencialmente una gata doméstica y sus gatitos". Hizo una pausa, pensativo. "Incluso sin todo el asunto del metamorfo, ahora que lo sé".

"Aquí es donde tienes que entender realmente lo que es un Rogue... un Werecat, lo llamamos. Como un hombre lobo, sí", añadió Katerina cuando él abrió la boca. "No es totalmente igual, pero tampoco tan diferente. Los pícaros nacen malos. Malo es un eufemismo".

Hizo una mueca y bebió un sorbo de té, dejando que le calmara los nervios. Sólo hablar de aquello le revolvía el estómago. A su lado, Douglas abrió la boca como si fuera a hablar, pero Jacinth le puso una mano encima, indicándole claramente que esperara.

"Un Rogue Shifter pierde toda humanidad; por eso lo llaman Were. Se vuelve totalmente animal... y más aún. Vuelve sobre todo a su naturaleza animal, pero conserva su inteligencia humana, sus emociones humanas".

"Sólo que no de las buenas", añadió Jacinto con una mueca.

Katerina asintió con la cabeza. "Exacto. Una Werecat se traslada a un territorio, normalmente tras haber acechado a algún macho que ha elegido para ser su pareja. Busca rivales en ese territorio... otras hembras... y las elimina. Luego sigue acechando a su macho. Se aparea con él. Cuando se queda preñada...". Se detuvo, tragando saliva. "También lo elimina a él".

Douglas se quedó mirándola. No con incredulidad, como ella temía, sino con horror.

Bebió un poco más de té, sintiéndose ligeramente enferma, antes de continuar. "Melanthe sólo fue su primer objetivo. El perro que me atacó en el parque... me lo puso ella. No sé cómo, exactamente. Puedo hablar con Cherie, hacerme entender, pero no puedo controlar su mente. No podría hacer que atacara a alguien. Pero nunca lo he intentado. Ni siquiera sabía que *podía* hablar con otros animales, hasta que estaba en casa de Troy y Cherie iba a beber mi agua, y le dije que no". Consiguió esbozar una débil sonrisa. "Saliva de perro, ya sabes".

Douglas se lo estaba pensando, con el ceño fruncido. "Sabía que la gata madre... ¿Melanthe? ha ido a quedarse con Julian y Alessandra para estar a salvo. ¿No puedes irte tú también un ratito? ¿No se... mudaría entonces?"

Katerina tragó saliva, mirando a Jacinto.

La Djinn puso su mano sobre la de Douglas, apretando sus dedos con fuerza, esperando a que la mirara. "Douglas, creemos... es decir, estamos muy seguros... que va tras Troya. La Werecat va tras Troya".

"¡Troy!" Douglas parecía atónito. Miró a Katerina. "Pero está saliendo contigo. Así que está a salvo, ¿no? No va a ser receptivo a ella, a aparearse con ella, ¿verdad? Así que se rendirá y elegirá a otro".

"Quizá", dijo Katerina dubitativa. "No sé mucho sobre los pícaros, salvo lo que acabo de contarte, pero... no están muy cuerdos, Douglas. Podría enfurecerse si él la rechaza. Y ya está tan llena de ira y de odio...".

Jacinth se estremeció, recordando claramente aquella tarde en el bosque de hacía unos meses. "Era vil. Parecía algo, no sé, rabioso. Si pudiera imaginarme encontrarme con un hombre lobo de verdad, como los de Hollywood... que no es algo que quiera ni imaginar... eso es lo que creo que sentiría. Y yo soy un Djinn, Douglas".

Le estrechó la mano, haciendo que la mirara, que comprendiera su seriedad. "No soy una humana, ni una gata madre atrapada y hambrienta con gatitos. Podría haberlos cogido a todos en ese mismo momento en el bosque, a Julian y a Alessandra, a la gata y a los gatitos, y haberlos puesto a todos a salvo. Pero estaba tan aterrorizada cuando me encontré cara a cara con ella que me quedé paralizada. Llamé a Kieran por puro instinto. Él fue quien realmente nos salvó a todos".

"Jesús". Douglas se pasó las manos por el pelo. Al cabo de un minuto miró a Jacinth. "Creo que ahora tomaré un poco de ese whisky".

Katerina respiró hondo y se encontró con los ojos de Jacinto. El Djinn asintió. Tenía que saberlo.

"Se pone peor". Le dijo, mientras el estómago empezaba a retorcerse de nuevo por la agitada ansiedad.

"¿Peor? ¿Cómo puede ser peor?" exigió Douglas, golpeando con un puño la mesa para que el té chapoteara en sus tazas. "Es mi mejor amigo, mi colega, que vive solo en el campo, sin un alma cerca, y tú me dices que... esa *cosa* lo acecha y planea matarlo".

"Ella... estuvo ayer en la feria. Cuando llevamos a los niños. Me estaba acechando". Katerina hizo una pausa, intercambiando otra mirada con Jacinto. "A nosotros. Creo que nos acechaba a todos. A mí, a Jacinto, a los niños".

Douglas palideció bajo su bronceado. "¿Los niños? ¿Jacinth? Pero, ¿por qué?"

Respiró hondo, mientras Jacinth servía un trago de whisky y lo ponía en la mano de Douglas. Ésta era la parte difícil, y no había sido fácil.

"Porque tú eras su primer objetivo, Douglas. Pero te liaste con Jacinth. Volvió su atención hacia Troy, pero sigue furiosa por no haberte atrapado".

"Douglas". Jacinth le cogió la mano libre con las dos suyas mientras él devolvía la bebida ardiente, entrelazando sus dedos. "Douglas, soy Beatrice".

Abrió la boca, pero no salió nada y volvió a cerrarla. Mudo, extendió el vaso de chupito. Jacinth lo rellenó y él bebió un buen trago.

"La vi", le dijo Jacinto. "En la feria. Katerina no puede identificarla cuando ambas están en forma humana, así que utilicé mi magia de Djinn. Sin duda era Beatrice".

"No creo que reconociera a Jacinto como el Djinn del bosque de este verano", añadió Katerina. "Si lo hubiera hecho, habría sabido que Jacinto tiene la capacidad de reconocerla, y habría estado ansiosa por no ser vista. Supone que Jacinto es humana y está enfadada porque se

interpuso entre ella y su pretendida... por la misma razón que me persigue a mí. Al principio, nos eliminaba a Melanthe y a mí simplemente porque estamos aquí, pero ahora... ahora es personal para ella. No soy sólo una hembra en su territorio, me interpongo en su camino".

"¿Todo esto es porque la llevé a una cita? ¿Fue eso lo que empezó? preguntó Douglas, bajando el vaso.

"No". Jacinto negó con la cabeza. "Recuerda que fue a por Melanthe antes de que tú y yo nos conociéramos".

Katerina asintió. "Estoy de acuerdo. Ya estaba aquí, vigilando su territorio. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en la clínica?".

Los ojos de Douglas se entrecerraron, mientras pensaba. "Sólo unos meses. No sé mucho sobre ella, ni cuáles son sus cualificaciones. Suzanne la contrató para trabajar con ella, todos tenemos autonomía para contratar a un ayudante exclusivo para nuestra parte de la consulta. Apenas he visto a Beatrice en la clínica, salvo cruzarnos en el pasillo de vez en cuando".

"Y en la cita", se rió Jacinto.

"Los gatos pueden percibir a un Rogue Shifter, se trata de la parte asilvestrada", asintió Katerina con decisión. "Se habría quedado al otro lado de la clínica, lejos del ala de los gatos. Todos se habrían vuelto locos de miedo en cuanto la hubieran olido. Ella lo sabría".

Su cabeza giró bruscamente para mirarla. "¡Afrodita! La vieja gata de la señora Anderson. Troya nos lo contó".

Ella asintió. Se hizo el silencio en el pequeño comedor. Apareció un plato de galletas en el centro de la mesa, y Katerina cogió una, mordisqueándola distraídamente con la esperanza de que le ayudara a asentar el estómago.

"¿Qué demonios vamos a hacer?" preguntó Douglas. "No puedo despedirla yo mismo. Bueno, técnicamente como uno de los propietarios puedo despedir a cualquiera, pero... ¿cómo se lo explicaría a Suzanne y a Troy?".

"No estoy seguro de que eso cambiara nada en este momento". Katerina se encogió de hombros. "Como he dicho, a estas alturas ya es algo personal. No va a parar. Y ya sabe dónde vive Troya".

"Y a nosotros", añadió Jacinto. "No es que pueda tocarnos. Estoy alerta y no tengo ningún problema en utilizar mi magia para sacarnos de cualquier peligro. Tampoco dudaría en llamar a Kieran".

"¡Kieran!" Al oírlo, Douglas se sentó más derecho en su silla. "¿Podría ayudarnos?"

"No", dijo Katerina, con la voz cargada de pesar. "Por la misma razón por la que Melanthe y yo no hemos acudido al Consejo. No tenemos pruebas de que fuera ella quien atacó a Melanthe, ni de que me echara el perro encima en el parque. El Consejo no la condenaría sólo por una sospecha, y entonces...".

Se interrumpió, estremeciéndose, y Jacinth también tembló. Douglas rodeó con el brazo a su prometida, y Jacinth se inclinó hacia él, buscando consuelo. Katerina sabía cómo se sentía, y deseó que Troya estuviera allí para abrazarla, para hacerla sentir segura.

"Lo único que podemos hacer es esperar", les dijo. "Y esperar que Beatriz se escabulla lo suficiente como para que pueda llamar al Consejo... siempre que sobreviva al próximo intento".

Jacinth gritó en señal de protesta, pero Katerina sabía que no tenían otra opción. A menos que el Werecat cometiera un error, no podían hacer nada.

"Si la veo donde no debe estar, es decir, cerca de mí o de los niños, en cualquier lugar fuera de la clínica... Llamaré a Kieran, con pruebas o sin ellas -declaró Jacinth con mirada feroz, y sus ojos marrón chocolate, normalmente suaves, centellearon peligrosamente.

"Para que lo sepas -ofreció Katerina-, no creo que ayer nos siguiera a la feria. Fue mala suerte. Si nos hubiera seguido, se habría sentido diferente. Me refiero a sus emociones. Me inundaba con... con malicia, supongo que se diría. Si nos hubiera estado siguiendo, o rastreando de algún modo, pensaría que se habría sentido más triunfante, ese tipo de cosas. Creo que nos encontró por casualidad".

Douglas tenía el ceño fruncido mientras escuchaba. "Así que ella, ¿cómo? ¿Transmite sus pensamientos?"

"En general, somos telepáticos en nuestra forma animal, pero no como humanos", explicó Katerina. "Lo que ella hace, yo no puedo hacerlo. Es como emitir, sí, o emitir, supongo. Y lo hace muy deliberadamente. Creo que el miedo forma parte de su arma".

Jacinth negó con la cabeza, dejando volar su larga y pesada coleta. "Es más que eso. Le gusta. Le excita el terror que provoca. Lo sentí aquel día en el bosque. Disfrutaba aterrorizando a tu hermana y a nosotros".

"No ayudas", refunfuñó Katerina, pero se daba cuenta de lo que decía el Djinn. La Werecat lo disfrutaba.

Douglas la miró con severidad. "Katerina, quiero que empieces a llevar el móvil contigo a casa de Troy. Escóndelo, en silencio, pero mantenlo allí, encendido y cargado. Así podrás llamar inmediatamente si tienes problemas.

"Eso", aceptó Jacinto, "pero tengo algo mejor".

La djinn extendió la mano. Sobre su palma había una pulsera, un fino brazalete de oro con una gema azul facetada engarzada en el centro. Era la misma pulsera que le había regalado antes, y la última vez que la había visto estaba con sus cosas debajo de la cama, en la habitación de invitados de Troy. "No llevas esto, Katerina. Llévalo siempre cuando salgas de casa y recuerda, si me necesitas, cierra los dedos sobre él y llámame. Lo sabré y vendré".

Katerina lo cogió, ruborizada por el remordimiento, y se lo ajustó a la muñeca. "Lo haré. Te lo prometo".

Douglas acercó a Jacinth. "Voy a preocuparme por ti y por los niños, aquí solos todo el día".

Le apartó el pelo de la cara, con una sonrisa cariñosa mientras le rozaba la mejilla con los labios. "Estamos bien, Douglas. Aquel día en el bosque me cogió por sorpresa. Ni siquiera sabía que existieran los Werecat, los Rogue Shifter. Ahora ya lo sé. No va a acercarse sigilosamente a mí, Douglas. Soy un Djinn y estoy alerta. Al primer indicio de que está cerca, cogeré a los niños y me iré tan rápido... ¡y también llamaré a Kieran! No se acercará a nosotros, Douglas. Te lo prometo".

"Odio decir esto", dijo Katerina, mordiéndose el labio inferior con ansiedad. "Creo que no deberías ir al parque hasta que esto termine... de una forma u otra. Ni siquiera oí a ese perro acercarse a mí, y como Gato siempre estoy alerta, siempre a la escucha del peligro. Beatrice pudo enmascarar su presencia de algún modo. Aunque -añadió con justicia- no creo que te esté persiguiendo activamente, Jacinth, por muy enfadada que esté contigo por haber arruinado sus planes. Estoy segura de que su presencia en la feria fue una desafortunada coincidencia. Aun así... No creo que debamos correr riesgos en lo que respecta a los niños".

"De acuerdo", asintió Jacinto. "Aunque..."

Katerina y Douglas esperaron mientras ella parecía darle vueltas a algo en la cabeza. Finalmente sonrió.

"¡Ya lo sé! No quiero contárselo a mamá, se preocuparía demasiado. Pero está Arthur. Estoy pensando que podría meterle en esto para que ayude a vigilar a los niños. No tendremos que reducir nuestra actividad". Sus bonitos labios se apretaron. "Eso sería darle demasiado poder

sobre nosotros, y no me gusta. No le daré ese tipo de poder sobre nosotros".

"¿Arthur?" preguntó Katerina, observando que Douglas parecía pensativo.

Jacinto asintió. "Es uno de los pretendientes de madre desde hace mucho tiempo", explicó. "Es muy viejo. No tan viejo como Kieran, ni tan poderoso, pero es más que un rival para Beatrice, si ella intentara algo".

"Me gusta", asintió Douglas. "Me siento mucho mejor sabiendo que está aquí velando por ti".

Katerina lo observó, suspirando para sus adentros ante la mirada amable de sus ojos mientras acariciaba la mejilla de Jacinto. ¡Si Troya la mirara así!

"Ésa no es tu única razón para elegirlo, ¿verdad?". preguntó suavemente.

"Me preocupo por él", admitió Jacinth. "Parece tan cansado, cada vez que le veo. Temo que lo perdamos. Hibernación", dijo ante la mirada inquisitiva de Katerina. "No es fácil ser inmortal, y los que han vivido vidas muy largas, a veces simplemente... bueno... se duermen, es la mejor forma de describirlo. A veces durante décadas, o incluso siglos. Sin embargo, Arthur adora a los niños y nos ha ayudado mucho con Benny. Sería bueno tanto para él como para nosotros. Podríamos estar seguros de que los niños están perfectamente a salvo en todo momento, y Arthur tendría algo que hacer que sentiría que vale la pena. Incluso valioso. Se sentiría necesario".

"Es más -añadió Douglas, señalando con la cabeza a Katerina-, si tienes que acudir rápidamente en ayuda de Katerina, no tendrás que esperar a que alguien venga a cuidar a los niños, ni perder el tiempo dando explicaciones".

Jacinth asintió enérgicamente, y Katerina sintió una oleada de gratitud porque ambos se preocuparan tanto por su seguridad.

"Maldita sea", se quejó a Douglas. "Creo que vas a tener que empezar a gustarle a Cat".

Ambos se rieron, como ella había querido que hicieran. Ella se puso en pie. "Será mejor que me ponga en camino. Quiero pasar por la tienda de arte y comprar algunos cuadernos de dibujo y lápices. Seguiré tu consejo, Jacinth, y empezaré a diseñar mientras Troy esté en la clínica".

Douglas miró vacilante a Jacinth y luego volvió a mirar a Katerina. "Troy estaba allí cuando Jacinto hizo lo suyo con Luciérnaga. Ahora sabe lo de los Djinn. ¿No crees que podríamos hablarle de esto?"

Katerina sonrió con satisfacción, levantó el bolso y sacó las llaves del coche. "Es una gran idea, Douglas. Estoy totalmente de acuerdo. Acabas de ofrecerte voluntario para el trabajo".

Ella se rió al ver la expresión de su cara. "Pensaba que no. Pero, por supuesto, siéntete libre de encontrar la forma de hacerlo sin acabar 72 horas en una bonita celda acolchada con una cómoda chaqueta de manga larga".

Llegó hasta la puerta principal antes de volverse, con expresión seria. "Aunque puede llegar a eso. Si está en peligro inminente, no lo dudes. Puede ser peligroso decirle lo contrario. No sé si es lo bastante buen actor como para mantener una fachada informal ante Beatrice. Tú, al menos, trabajas sobre todo en el granero y tienes un contacto mínimo con ella, sobre todo porque ya no te tiene en el punto de mira. Para Troy sería otra cosa. Recuerda que Beatrice *no* está cuerda y que decir que es inestable es quedarse muy corto. Cualquier cosa podría hacerla estallar, y queremos evitarlo. De verdad, de verdad, *de verdad que queremos evitarlo* -recalcó.

Satisfecha, por sus expresiones sobrias, de que había dejado claro su punto de vista, se dio la vuelta y salió de la casa.

CAPÍTULO 18



TRAS UNA AGRADABLE excursión a una tienda de arte, Katerina tuvo un repentino caso de lo que Melanthe habría llamado "la inteligencia". Como estaba bastante segura de que Beatrice estaría trabajando en la clínica, aprovechó la ocasión para pasarse por su casa. Sacó la maleta y el estuche de maquillaje de un armario, preparó una selección de ropa, maquillaje y accesorios, y se los llevó al coche.

Cogió también su portátil y se detuvo a mirar la torre de su ordenador, que estaba debajo de su escritorio. Lo tenía todo allí... todas sus creaciones, gráficos, planes de negocio, correspondencia, hojas de cálculo. Todo. Iba a tener que acceder a distancia para poder trabajar. ¿Y si Beatrice se saltaba el Reglamento Interno, entraba en su casa y la destruía? Por otra parte, no tenía ni idea de los conocimientos informáticos de Beatrice, pero ¿podría rastrear a Katerina a través de una conexión remota?

Llámame paranoica, se reprendió a sí misma, incluso mientras desenchufaba los cables de la torre. Arrastró el pesado aparato hasta el coche y luego volvió a por la impresora de alta gama, igual de pesada y cara. Todo lo demás tendría que esperar, o compraría una nueva, pero no volvería aquí hasta que todo hubiera terminado. De una forma u otra.

Condujo durante una hora, haciendo giros al azar aquí y allá, siempre mirando por el retrovisor. Finalmente, segura de que no tenía cola... su Gato interior se quejó del juego de palabras... se dirigió por una ruta tortuosa a casa de Troy. En una carretera muy transitada, a pocos kilómetros de su casa y en dirección opuesta a la clínica veterinaria, encontró justo el tipo de lugar que buscaba. La posada era una antigua casa de estilo victoriano apartada de la carretera, reformada y convertida en bed and breakfast. Además, el aparcamiento principal estaba detrás de la casa, fuera de la vista de la carretera.

Subió los escalones hasta la puerta trasera y admiró la elegante estructura. Estaba pintada de un verde suave, y el pan de jengibre blanco hacía un agradable contraste. Unos caprichosos grabados señalaban el camino hacia el vestíbulo, en la parte delantera del edificio. Al entrar en la espaciosa habitación con amplios ventanales que daban al porche, se echó a reír. Tumbado sobre una alfombra cerca de una acogedora chimenea había un perro blanco, grande y peludo, con un pequeño gato atigrado gris echado sobre el costado del perro, prácticamente enterrado en el espeso pelaje. El perro levantó la cabeza para mirarla, golpeó la cola una vez de forma amistosa y volvió a tumbarse para reanudar la siesta. El gato, haciendo juego con su cojín canino, parpadeó soñoliento al mirar a Katerina, bostezó ampliamente y volvió a dormirse.

Detrás del mostrador, un caballero negro, alto y delgado, reflejaba su diversión. "La gente

siempre se sobresalta al ver allí a una pareja tan improbable como nuestros Tony y María".

Katerina se quedó mirándolo un momento y luego estalló en una carcajada encantada. "¿Tony y María? ¿West Side Story?"

Su sonrisa se convirtió en una mueca. "No muchos hacen esa conexión. Ahora, ¿qué puedo hacer por ti?"

"Me gustaría alquilar una habitación, si tienes alguna vacante. No estoy seguro de por cuánto tiempo... podrían ser varios días o unas semanas".

Buscando algo en su ordenador, el hombre frunció los labios, pensativo. "Siempre que no quiera una de las habitaciones delanteras con balcón, señorita..."

"Kazakis", respondió ella. "Katerina Kazakis".

Levantó rápidamente la vista y su expresión se aceleró con interés. "¿La diseñadora de moda? La que ha desaparecido".

No pudo evitar reírse mientras se miraba a sí misma, fingiendo comprobarlo. "No me falta nada".

"Supongo que no estás en eso". El hombre soltó una risita de disculpa. "Soy Angus Johnston, el dueño de aquí".

"Estaba herida", le dijo sinceramente. "Necesito un lugar donde esconderme y recuperarme en paz y tranquilidad, sin que me bombardeen con preguntas y la gente monte un escándalo por mí. Y me parece bien no tener una habitación delante".

Más que bien, de hecho; una habitación delantera con balcón era lo último que deseaba. Con un poco de suerte, Beatrice pasaría por allí justo cuando estuviera tomando el sol.

"¿Y una de las salas de las torretas?". Se había fijado primero en ellas. Siempre había querido vivir en una torreta, quizá ésta fuera su oportunidad.

"Es la sala de la torreta", le dijo Angus. "El desayuno se sirve de 6.30 a 9 por allí", y señaló una sala amplia y soleada a través de una puerta abierta. "Siempre hay café y té en el comedor las 24 horas del día. Tenemos WiFi en las habitaciones. Hay una lavandería junto a la entrada trasera, que funciona con monedas, o disponemos de servicio de envío".

Tocó el timbre del escritorio y un joven pelirrojo con una sonrisa pícara se apresuró a entrar desde el comedor.

"Éste es Martin. Si quieres darle las llaves, te subirá las cosas del coche, señorita Kazakis".

"Por favor, sólo Katerina está bien", dijo, entregándole las llaves a Martin.

Media hora más tarde, estaba instalada en una cómoda habitación del tercer piso, al fondo. Las paredes curvadas de la torreta daban al aparcamiento y al césped inclinado que había más allá, con suaves colinas boscosas que se extendían hacia el sur y pulcros pastos cercados al otro lado de un camino lateral donde pastaban los caballos.

Recostada en la cama de matrimonio, envió un mensaje de texto con su ubicación a Melanthe y a su ayudante, Roberta, con una advertencia. "*No des esta dirección a nadie y no la dejes donde la puedan encontrar. Si tienes que enviarme algo por correo, hazlo tú misma, no lo dejes a la vista de nadie*".

Un rápido vistazo al reloj le hizo sacar el teléfono para pedir un Uber. Se acercaba la hora de que Troy llegara a casa, así que no podría llevarse sus materiales de arte. Podría hacerlo mañana, pero por ahora sólo quería estar de vuelta en casa, lista para recibir a Troy y lanzarse a sus brazos en cuanto entrara por la puerta.



VAYA. Se acabó el plan. Mirando por la ventanilla del sedán en el que viajaba, pudo ver la camioneta de Troy en la entrada. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaría en casa. Por suerte, al principio había descubierto que a unos 400 metros había un largo camino, y que la casa a la que conducía estaba bien escondida tras una arboleda. Indicó al conductor del Uber que la dejara en el buzón. Abrió el buzón como si estuviera comprobando el correo, y dejó escapar un suspiro de alivio cuando el sedán desapareció en una curva. Se adentró entre los árboles para asegurarse de que no había posibilidad de ser observada, y llamó al Cambio, después de esconder la ropa y el bolso bajo una raíz saliente para recuperarlos más tarde.

Con sus patas peludas, corrió por la maleza hacia su casa. Se detuvo en una zanja profunda donde se habían acumulado hojas esparcidas. Con una risita interior, se zambulló entre las hojas, retorciéndose y girando a un lado y a otro, de un lado a otro, hasta que quedó hecha un completo desastre con hojas, hierbajos y miscelánea pegados a su pesado pelaje. Satisfecha de sí misma, se dirigió a casa. A Troy le iba a dar un ataque cuando la viera. Se lo merecía por volver a casa antes de que ella estuviera lista.

Corriendo por el lateral de la casa, se lanzó a través de la gatera de la puerta de la cocina... ya no era una puerta para perros, por supuesto, ahora que ella la utilizaba. Troy estaba en la puerta principal, que acababa de abrir, y la estaba llamando. Ella se acercó por detrás, zigzagueando sobre sus tobillos y acariciándole las piernas, dejando un bonito rastro de escombros a su paso.

"¡Ahí estás!"

Se inclinó para acariciarla, y se quedó inmóvil cuando sus dedos encontraron hojas.

"¡Prrrow!" Parpadeó con su mejor gesto de gata cariñosa y le metió la cabeza bajo la mano.

"¿Dónde has estado?" le preguntó. La levantó en el aire, con las manos detrás de las patas delanteras, manteniéndola en el aire para poder verla bien. "¡Estás sucia!"

Ronroneó ruidosamente, con los ojos entrecerrados en aparente felicidad felina.

La llevó a la cocina, encendió las luces del techo y la dejó sobre la mesa. Se sentó primorosamente, con las patas delanteras juntas y la cola enroscada mientras le miraba, disfrutando de las expresiones cambiantes de su rostro.

"¿Qué voy a hacer contigo?" preguntó exasperado. "¿Quizá si te sacudiera como una fregona todo eso se caería?"

Vale, no hace falta ser ofensivo. Retiró los labios y le siseó.

"O no. Caray, gatita, qué desastre".

Con un suspiro, se dirigió a su armario de mascotas/primeros auxilios y sacó un cepillo. "Bueno, vamos a deshacernos de un poco de esto".

Fue suave con el cepillo, tirando de él a través de su espeso pelaje. Ella se arqueó hacia el cepillo, y el ligero roce de las cerdas sobre su piel le resultó placentero. Las hojas, la suciedad y las ramitas caían a la superficie de la mesa y ella ronroneaba, girando de vez en cuando la cabeza para apoyarse en su brazo y hacerle saber que apreciaba sus esfuerzos.

Por fin terminó la sesión de acicalamiento, Troy guardó el cepillo. Cat saltó de la mesa mientras él cogía un trapo y recogía todos los restos de su pelaje en un montón que barrió en la papelería de la cocina. Aunque mañana tendría que fregar la mesa cuando él se fuera a trabajar. Sinceramente, qué antihigiénico. Ponía a su gato sobre la mesa y luego no la fregaba. Los hombres eran tan raros.

Lo siguió hasta el salón y apenas esperó a que se acomodara en el sillón reclinable para saltar a su regazo y echarse sobre sus piernas, con un ronroneo bajo retumbando en su pecho mientras él la acariciaba. ¡Así es la vida!



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Cherie acompañó a Troy a su camión, como siempre, mientras Cat se acurrucaba en el sofá, dormitando justo donde el sol de la mañana entraba por la ventana. Al final iba a desteñir la tela de su sofá, pero ése no era su problema, ¿verdad? La perra tonta volvió a entrar brincando una vez que Troy se hubo marchado, y luego se apresuró a salir cuando llegaron los empleados del establo. Gato dormitó un poco más, con una oreja girada en dirección al camino de entrada.

Finalmente, los hombres que trabajaban en los establos cada mañana se marcharon. Gata se levantó, estirando la columna y bostezando, y salió trotando alegremente por la puerta trasera, con la gatera abatiéndose tras ella. De vuelta a los árboles de enfrente, encontró su ropa y su bolso donde los había dejado. Menos mal que no era invierno. Ni llovía.

Se cambió y se puso la ropa de ayer, aunque hizo una mueca al abrir la aplicación del móvil para llamar a un Uber. Iba a tener que encontrar una forma mejor que ésta. Intentar hacer malabarismos con Cat y Katerina empezaba a provocarle ansiedad. Además, iba a tener que ponerse a trabajar en serio. Tenía que presentar otra colección en primavera y necesitaba estar al día. Eso significaba pasar más tiempo como Katerina en el portátil y el teléfono haciendo negocios, trabajando con los encargados y las modelos y costureras.

Sin embargo, la reticencia que sentía no provenía sólo de su indolente mitad felina. Sinceramente, le gustaba Troy, le gustaba formar parte de su vida. No quería perderlo y, aún más, no quería renunciar a la posibilidad de que, tal vez como Katerina, Troy y ella pudieran tener algo más.

Suspiró, deseando saber qué demonios iba a hacer.

CAPÍTULO 19



EL SÁBADO AMANECIÓ brillante y soleado. El feroz calor del verano había empezado a menguar y prometía ser una mañana preciosa para su primera clase de equitación. Cat se estiró, bostezando, mientras Troy se duchaba. Bajó las escaleras preguntándose qué haría él para desayunar, que normalmente compartía con ella. Decidió que estaría bien una tortilla. Con mucho queso y jamón. Qué rico.

Esperó impaciente a que Troy bajara, y lo saludó enroscándose en sus tobillos, quejándose estridentemente. ¡Tenía hambre!

"Vale, vale, lo entiendo, gatito. Dame un minuto".

Aún estaba un poco húmedo por la ducha y tenía un aspecto algo desaliñado. Sabía por Douglas, a través de Jacinth, que todos en la clínica se habían quedado atónitos cuando Troy les informó de que se tomaba el día libre y les pidió que le cubrieran. Sólo por mí, pensó con suficiencia. Se tomó todo un día libre para estar con Katerina.

Ella aguzó el oído cuando él sacó huevos y leche de la nevera. Quizá realmente iba a hacer tortillas. Esa esperanza murió cuando él sacó una bolsa de pan, cogió varias rebanadas y las cortó por la mitad. Revolvió los huevos, añadió leche y luego unas espolvoreadas de especias dulces: nuez moscada y clavo, y un toque de canela. Cuando empezó a calentar la sartén, con la pila de pan en un plato junto al cuenco de la mezcla de huevo, cayó en la cuenta. ¡Torrijas! Eso estaba tan bueno como las tortillas. Se acarició contra sus piernas, ronroneando de aprobación.

Unos minutos más tarde, deslizó ante sus narices un platillo con trocitos de tostadas francesas, y luego llevó su propio plato de las mismas a la mesa. Lo empapó bien de sirope, lo cual, pensó ella malhumorada, destruía totalmente el sabor. ¿Por qué hacía eso la gente? Un poco de azúcar glas, eso era perfecto. Pero no para un gato, claro.

Justo a las 9 de la mañana, por acuerdo previo, Jacinth se detuvo en el camino de entrada. Troy la recibió en la puerta principal.

"¡Hola! Me parece estupendo que quieras llevarte a Cat a pasar el día con los niños", la saludó con un cordial apretón en la mejilla. "Katerina vendrá dentro de un rato, le prometí que le enseñaría a montar".

Jacinth aprobó con entusiasmo, como si no lo supiera desde el principio. Cat resopló, acariciando los tobillos de la Djinn. Agachándose, Jacinth la levantó, no sin cierta dificultad, pues Cat pesaba unos respetables seis kilos, y la sostuvo en brazos.

"¿Qué te parece, Cat? ¿Quieres venir a ver a Benny y Molly?".

Cat se lamió la barbilla.

Troy se rió. "Supongo que eso significa que sí. Parecía disfrutar montada en mi camión cuando me acompañó a la clínica la semana pasada. Fue idea suya, debo añadir. Salí hacia el camión para ir a trabajar, como de costumbre, y ella se subió enseguida. También se sentó en el asiento del copiloto como la señora de la mansión".

Levantó a Gata para que sus enormes patas empenachadas se colgaran de su hombro y sonrió a Troy. "Veremos si me da algún problema cuando la lleve al coche. Si no, tendré que traer a los niños aquí para que la visiten... ¡mañana!", añadió, con una mirada centelleante. "Para no interrumpir tu clase de equitación".

Guiñó un ojo y se dirigió a su coche, con Cat aferrada a su hombro. "Mrow", observó plácidamente Cat mientras saltaba de los brazos de Jacinth al asiento del copiloto del coche. Se sentó, miró por la ventanilla y olisqueó interesada el bolso de Jacinth. ¿Era Godiva lo que olía?

"¡Ya basta!" le dijo Jacinto, acercándole el bolso y cerrándolo bien. "¡Mío!"

Vaya, vaya. se enfurruñó Gato.

"Hay ropa en el asiento trasero. Te juro que tengo todo un armario sólo para ti que ahora llevo encima".

Sí, sí. Cat saltó por encima del asiento a la parte trasera. Manteniéndose agachada, aunque había pocos coches en la carretera, llamó al Cambio hacia ella. Una vez en forma humana, se puso la ropa interior y el sujetador, los vaqueros y la camiseta que Jacinth le había proporcionado. Se sentó en el asiento y se pasó los dedos por el pelo hasta llegar a un cepillo.

"Gracias", dijo sinceramente al Djinn. "Te lo agradezco".

Jacinto se echó a reír. "Esto es muy divertido, debes admitirlo. Sería una especie de artimaña si no tuvieras los mejores motivos".

Katerina le sonrió. "Troy es genial, ¿verdad? Sin duda está interesado. Sólo espero que no se asuste cuando le diga que Cat es Katerina. Parece que le parece bien que seas una Djinn, después del shock inicial".

Los dos se rieron. "Pobre Troy. Tendrías que haber visto su cara cuando aparecí en la caseta de Firefly aquella noche. No tenía precio. Simplemente impagable", le dijo Jacinto.

"Lo sé. Aún llevaba esa mirada cuando llegó a casa aquella noche. Antes de empezar a atarse uno. No estaba muy contento a la mañana siguiente, te lo aseguro. De todos modos, me hace esperar que le parezca bien que yo sea un cambiaformas".

Jacinto le deslizó una mirada. "¿De verdad vas tan en serio con él?"

Al mirar por la ventana, Katerina pudo ver las torretas de la posada. Asintió con la cabeza. "Así es. Realmente es él, Jacinto. Nunca había conocido a nadie como él. Si no fuera por ese otro...". Su voz se entrecortó, no quería ensombrecer su día pensando en ello.

Jacinth asintió comprensiva. Giró hacia el camino de entrada y se dirigió a la parte trasera de la posada siguiendo las instrucciones de Katerina. "¡De todas formas, te apoyo! Pásalo bien hoy, Katerina".

Abriendo la puerta del coche, Katerina se deslizó fuera, dedicando una sonrisa a su amiga. "Lo haré. Abraza a Benny y a Molly de mi parte, ¿quieres?".

"¡Claro que sí!"

Una hora más tarde, duchada y vestida con ropa nueva y botas de montar, con el pelo negro, corto y rizado, cepillado hasta que crepitaba, estaba lista para ir a ver a Troy. *Tonta*, se reprendió a sí misma por las repentinas mariposas nerviosas que empezaron a rondarle por la barriga. No es como si fuera un extraño y no lo conocieras.

Pero él no la conocía, pensó, mordiéndose el labio inferior mientras miraba a su yo humano en el espejo. Conocía a Cat. ¿Y si no le gustaba como Katerina? ¿Y si no buscaba sentar la

cabeza con alguien? Llevaba un mes viviendo con él como Cat, y no había tenido ni una sola cita. Ni llamadas de mujeres, nada.

Bueno, pensó con una sonrisa mientras se giraba para recoger su bolso, si él no quería sentar la cabeza, era ella quien tenía que convencerle, ¿no? Con esa idea, bajó las escaleras.

Se detuvo en el vestíbulo para intercambiar saludos con Angus y dar una palmada a Tony y María, que parecían pegados a aquel lugar concreto del vestíbulo. Nunca los había visto en ningún otro sitio.

Aparcó detrás de la casa de Troy y salió justo cuando él salía del porche.

"Buenos días", dijo. Sus ojos parecían mirarla con aprecio, observando su forma menuda, sus curvas acentuadas por la tela ceñida de los pantalones y el top de algodón. Le tendió la mano mientras cruzaba hacia él, y él la cogió, cerrando los dedos sobre los suyos con una cálida presión.

"¿Estás preparado para tu nueva aventura?"

Ella asintió con entusiasmo. "Siempre he querido montar a caballo. Cuando no dibujaba ropa de niña, dibujaba caballos".

Troy se dio la vuelta, aún cogiéndola de la mano, y bajaron por el camino hacia el granero. Ella levantó la cabeza para sonreírle, sintiendo un cálido resplandor de felicidad en el pecho por estar aquí con él.

"¿Lo decías en serio cuando dijiste que no te importaría que saliera algún día a dibujar?". Señaló el enorme árbol que había en una pequeña elevación en el extremo más alejado del prado de los caballos; la luz del sol se filtraba por las ramas y la sombra y la luz creaban un patrón moteado en el suelo. "Sería un lugar maravilloso para sentarse y dibujar".

"Por supuesto que puedes. Cherie te conoce, así que no habrá problema". Sacudió la cabeza. "Es lo más horrible que he visto nunca. Nunca se lleva así con nadie".

"Hablando de quién", dijo Katerina, cuando el collie salió saltando de la casa. "Hola, chica", dijo, dirigiéndose a la perra que empujaba la cabeza contra su cadera.

Troy se rió, alargando la mano para coger el collar de Cheri y evitar que saltara sobre Katerina. "Eres una cosita, ¿verdad? No eres mucho más grande que Cherie".

"Ni siquiera puedo echarle la culpa a la genética", le dijo Katerina. "Mi hermana gemela me supera en altura. Tampoco nos parecemos mucho".

"Dijiste que eras griego, si no recuerdo mal".

"Sí, primera generación. Tengo mucha familia en Grecia, pero en Estados Unidos la familia está un poco dispersa. Mi hermana vive aquí, en Nueva York, pero nuestros padres están en Maine". Tuvo que morderse los labios para no reírse, no era exactamente algo que pudiera compartir con él, la ironía de que los Coon Shifters de Maine vivieran en Maine. Le sonrió. "Tengo un hermano mayor en el sur de California, que se dedica en serio a ser surfista e imán para las chicas, además de hacer un máster en Administración de Empresas".

Troy se rió de aquello mientras la conducía por el lateral del granero hasta donde esperaban dos de los relucientes caballos negros, atados a un poste de enganche.

"Aquí están Galahad y Morgana. He esperado a que llegais para ensillarlos. No es -añadió con una risita profunda- que te resulte fácil ensillar a uno. La sabiduría tradicional dice que la primera lección debe consistir en acicalar, bridar y ensillar. Sin embargo, la experiencia personal me ha enseñado que los primerizos rebosan de ansia por montar, así que guardo lo otro para la segunda lección. No obstante, te enseñaré cómo se hace y luego saldremos".

Las dos sillas de montar, con las cinchas colgando, estaban en equilibrio sobre una barandilla cercana, claramente con ese fin, y las bridas colgaban de unas clavijas. Le enseñó a deslizar la

brida, colocando los dedos bajo la mandíbula del caballo y dónde apretar para que éste abriera la boca, permitiendo que se deslizara el bocado. Tardó sólo unos minutos en colocar las monturas. Siguiendo sus instrucciones, ella puso el pie izquierdo entre las manos unidas de él, y él la subió a la silla.

Se sintió diminuta encima del monstruoso caballo, mirando la parte superior de la cabeza de Troy mientras él le ajustaba los estribos. Se lo dijo, y él la recompensó con una carcajada. Le entregó las riendas y le enseñó cómo sujetarlas, con su gran mano sobre la de ella mientras le demostraba la tensión que debía mantener. Ella escuchó atentamente, con las cejas fruncidas, y asintió.

"Vale, creo que ya lo tengo".

Se quedó tan quieta como pudo, sin apenas atreverse a moverse lo suficiente como para respirar, mientras él se alejaba de ella para montar en su propio caballo. Sin embargo, Morgana permaneció plácidamente de pie, con su hermosa cola balanceándose de un lado a otro. La yegua brincó suavemente y agachó la cabeza, casi tirando a Katerina por el cuello.

Troy se rió. "No te preocupes. Es juguetona, pero dócil y está bien adiestrada. Esta vez no tendrás que hacer gran cosa, vendrá con Galahad sin ningún problema".

Haciendo girar a los caballos, empezaron a alejarse del establo, y Katerina quiso vitorear de emoción. ¡Estaba montando a caballo! Los caballos caminaron uno al lado del otro por el camino de entrada, casi hasta la carretera, y luego Troy los hizo girar antes de que llegaran a la zanja que separaba su propiedad de la carretera. Cruzaron la amplia extensión de césped delantero, con la casa a su izquierda y los pastos más allá.

"Nos quedaremos en la propiedad hasta que tengas un poco más de experiencia", explicó. "Cabalgar por la carretera puede poner los pelos de punta a los jinetes novatos, aunque los caballos están acostumbrados a los coches que pasan y no se asustan fácilmente".

"No me importa, esto es maravilloso", se entusiasmó Katerina, con una sonrisa brillante en la cara. Sintiendo valiente, se inclinó hacia delante y acarició el cuello de la yegua. "Esto es algo con lo que soñaba de niña. No tienes ni idea. Pero cuando era pequeña vivíamos en la ciudad y no había oportunidades. Luego, cuando fui a la universidad, estaba inmersa en clases de arte, y... bueno, simplemente nunca ocurrió".

La sonrisa de Troy era alentadora. "Lo estás haciendo muy bien. ¿Estás listo para probar un trote?".

Ella le devolvió la sonrisa. "Tráelo".

Con una carcajada le indicó cómo indicar al caballo que trotara, con una ligera presión del pie. Ambos caballos se pusieron al trote, y Troy le demostró cómo levantarse en la silla al ritmo de la marcha.

"¡Oh!" exclamó Katerina, sorprendida. "Siempre pensé que el trote parecía duro.. lleno de baches, ¿sabes? Pero su forma de andar prácticamente me lanza hacia delante".

Asintió con la cabeza. "Es mucho más natural que sentarse al trote, y también más cómodo. Cuando vamos al galope, con el paso de la frisona es casi como sentarse en una mecedora. Si te interesa, la próxima vez que haya un espectáculo de doma te llevaré a uno. Podrás ver lo que los profesionales pueden hacer con estos caballos".

"¡Oh, me encantaría! ¿No los enseñas tú?"

"No. Soy demasiado grande, y también estoy demasiado ocupado, para dedicarme a todo el entrenamiento necesario para ser jinete de doma clásica. Ni tampoco para entrenar a los caballos en doma. Es mucho trabajo, un trabajo a tiempo completo por sí solo. Mi madre se dedicaba a la doma, por eso acabé criando frisonas, pero para mí siempre se trataba de curar a los caballos

cuando estaban enfermos o lesionados."

"¿Está tu madre cerca?", preguntó con curiosidad. Tampoco había venido ningún familiar en todo el tiempo que llevaba viviendo en su casa.

Troy negó con la cabeza. "Hace unos años mi padre se cayó en invierno, sobre una placa de hielo. Se rompió la cadera. Acabó en el hospital y cogió una neumonía. La caída no lo mató, pero sí la neumonía. En fin, mamá dijo que ya estaba harta de inviernos y se mudó a Phoenix. Esta granja perteneció a la familia de mi padre durante generaciones, así que me hice cargo de ella cuando mamá se marchó".

"¡Oh! Siento mucho lo de tu padre".

"Fue cuando aún estaba en la facultad de veterinaria. Soy hija única de hijos únicos. Douglas fue lo más parecido que tuve a un hermano mientras crecía. Nos conocimos en... oh, sexto curso, creo, cuando sus padres se mudaron aquí y estábamos en la misma clase. Fuimos mejores amigos desde el día en que nos conocimos. Aún lo somos. Luego, en la facultad de veterinaria, conocimos a Suzanne, y fue como la hermana que Doug y yo nunca tuvimos. Nos licenciarnos y empezamos juntos la clínica".

"Me parece maravilloso que las tengas. Estoy muy unida a mi hermana Melanthe. Vive no muy lejos de mí, así que nos vemos con regularidad, y aunque ella está casada y yo tengo mi carrera que es bastante exigente, aún nos las arreglamos para encontrar tiempo para salir a comer o cenar un par de veces a la semana."

Cuando, una hora más tarde, detuvieron a los caballos ante el establo, Katerina estaba muy segura de sí misma y la euforia la hacía reír alegremente. Se sentía libre, aquí arriba en aquel caballo, con la brisa en el pelo y el sol en la cara, y Troy a su lado.

Era curioso, reflexionó, levantando la cabeza hacia la brisa y respirando hondo, inhalando los maravillosos aromas del campo, del otoño, del caballo. Nunca se había dado cuenta hasta ese momento de lo regimentada que se había vuelto su vida desde la universidad. La intensidad de su carrera se había apoderado de ella, de modo que se había visto atrapada en las constantes exigencias del trabajo y ni siquiera se había dado cuenta de que nunca tenía tiempo para salir y disfrutar. No era de extrañar que se escapara al parque como Cat cada vez que podía.

Vio cómo Troy pasaba la pierna por encima del lomo de Galahad, desmontando en un movimiento suave. Dudó mientras él ataba las riendas del caballo a la barandilla y se volvía para mirarla, aún encima de su yegua.

"Si dejo el pie en el estribo mientras el otro pie está en el suelo, algo se va a romper. Y no me refiero a mis pantalones". Señaló. Sacó el pie derecho del estribo y lo pasó por encima de la grupa del caballo, como había hecho él, pero en lugar de bajarlo al suelo, se puso de lado sobre la silla, boca abajo. Liberó el pie izquierdo de una patada y se deslizó, aterrizando en el suelo sobre ambos pies. "¡Voilà!"

Ella sonrió triunfante mientras Troy se reía. Le enseñó a atar las riendas en un enganche, y él llevó las monturas al establo mientras ella cogía un cepillo y empezaba a cepillar a su yegua. Trabajaron en fácil camaradería, acicalando a los caballos, y Troy le enseñó a recoger las patas del caballo y a quitar las piedras. Cuando terminaron, llevaron a los dos caballos al prado, les quitaron las bridas y los soltaron. Troy cerró la verja y se volvió hacia ella.

"¿Tienes un horario o puedes quedarte a comer? Puedo poner unas hamburguesas en la parrilla".

"Puedo volver a arrancar lechuga y cortar tomates", se ofreció Katerina.

"Trato hecho", dijo Troy, tendiéndole la mano. Cogidos de la mano se dirigieron a la casa, entrando por la puerta trasera a la cocina.

Al abrir el cajón de las verduras, Troy se detuvo. "Oye, tengo unas mazorcas de maíz. ¿Te interesa?"

"Por supuesto", le aseguró ella. "No he comido mazorca de maíz desde no recuerdo cuándo".

Mientras Troy desenvolvía las hamburguesas del papel de carnicero y salía a encender la parrilla, Katerina rebuscó en los armarios de la cocina una olla grande y la llenó de agua, poniéndola a hervir para el maíz.

Poco después estaban sentados en la mesa de picnic, disfrutando de la comida.

"¿Por qué las hamburguesas siempre saben mejor si se comen así, al aire libre?". musitó Katerina en voz alta. Dio un mordisco enorme a su hamburguesa y Troy se rió, inclinándose para limpiarse un poco de ketchup de la comisura de los labios con una servilleta.

"Aire fresco, sol, canto de los pájaros, pisotón de los caballos...".

"Perros suplicantes", añadió Katerina cuando Cherie gimoteó, levantando la vista de donde yacía bajo la mesa.

Troy soltó su profunda risita retumbante. "Eso también". Arrancó un trozo de la hamburguesa extra que había cocinado y se lo tendió a Cherie. "Normalmente también tengo un gato mendigando. Aún no conoces a Cat. Hoy está de visita".

Katerina casi se atraganta con el bocado de hamburguesa. Tragó saliva y se aclaró la garganta antes de levantarle las cejas. "¿De visita?"

"Mm. Ya conoces a Jacinth, claro. Solía cruzarse con un gato cuando llevaba a Ben y Molly al parque cercano a su casa. El gato les seguía a casa a veces, supongo. Resumiendo, un perro la atacó en el parque, y yo la traje a casa desde el refugio donde la habían llevado. Intenté encontrar a sus dueños... parece ser una Maine Coon de pura raza... pero nadie vino a reclamarla, así que me la quedé. De todas formas, los niños están locos por ella, así que Jacinth ha venido esta mañana y se la ha llevado a pasar el día a su casa. "

Katerina no pudo evitar la risita que se le escapó. "Lo siento. Es que... es tan extraño oír hablar de un gato que va de visita".

Su risa profunda se unió a la de ella. "Dímelo a mí. Es todo un personaje, a pesar de ser una gata. Dime, ¿cómo conociste a Jacinth y a Douglas?"

Sorprendida, Katerina se atragantó con el maíz que estaba comiendo, y un grano cayó por el lado equivocado. Troy se acercó para darle un golpe en la espalda y le dio un vaso de limonada.

"Gracias -consiguí decir, con la voz todavía rasposa, y bebió un sorbo de limonada. Sin embargo, su mente iba a toda velocidad. Sería una buena forma de entrar en terreno peliagudo. Puesto que Troy conocía la existencia de los djinn... si conseguía sacar el tema a la luz, tal vez eso la llevaría, más adelante, a abordar el tema de los cambiaformas.

"Melanthe, mi hermana, ha tenido gemelos hace poco", empezó tímidamente, sin saber muy bien cómo empezar. No quería revelar demasiado. "La asaltaron cuando estaba fuera con los bebés. Jacinth... um..." Maldita sea, esto era más difícil de lo que había pensado. "Jacinth estaba cerca y acudió en su ayuda".

Eso ha sonado bien. Agradable y diplomático. Troy la observaba atentamente, con una mirada fija en sus ojos verde oscuro.

"¿Cómo acudiste en su ayuda?"

Ella vaciló, mirándole como si no supiera qué contestar. Ah, sí, ahora lo entendía.

"¿Fue", y Troy estaba haciendo ahora algo de esgrima verbal por su cuenta, "el mismo tipo de ayuda que le dio a Douglas el mes pasado con Firefly"?

Ella le miró al otro lado de la mesa, y él le devolvió la mirada. El silencio se prolongó un minuto. Dos minutos.

"¿Lo sabes?" preguntó ella, haciendo lo posible por sonar tímida.

Troy exhaló un gran suspiro, como un profundo suspiro estremecido. "Tú también lo sabes. Maldita sea, ¡me alegro! No te imaginas lo que es descubrir este secreto increíblemente enorme y que no haya nadie con quien puedas hablar de ello. Quiero decir... caramba. Genios. Djinn. Quién lo hubiera pensado, ¿verdad?"

Katerina asintió enérgicamente. "¿Fue así como te enteraste? ¿Douglas pidió ayuda mientras estabas allí? Recuerdo que había algún problema con una yegua cuando estaba pariendo. ¿Era eso?"

"Sí". Troy asintió, empujando su plato hacia atrás para apoyar ambos brazos en la superficie rugosa de la mesa. "Estuve casi toda la noche en el establo con Douglas. El potro estaba de lado, ya ves, y no podíamos ponerlo en posición para poder parir. Habían pasado horas, la yegua estaba agotada. Íbamos a perderlos a los dos. De repente, Douglas se levantó de un salto y llamó a gritos a Jacinth". Se rió. "Tío, pensé que se había vuelto loco. Y entonces... allí estaba ella".

Sacudió la cabeza, con los ojos distantes. "Era como algo que nunca había visto antes. Como sacada de un libro de cuentos, con un vestido largo y elegante, el pelo recogido y joyas brillantes... joyas de verdad... de pie, hundida hasta las rodillas en la paja. Al minuto siguiente, antes de que pudiera parpadear, estaba en vaqueros y camiseta. Le dijo a Douglas que diera la vuelta al potro... algo que llevábamos horas intentando hacer. Metió la mano y el potro se deslizó hasta sus manos. Tío, tío".

"Eso suena traumático".

"La resaca del día siguiente fue aún más traumática", admitió. "Llegué directamente a casa y me bebí la mayor parte de una botella de Chivas Regal".

Katerina levantó las cejas. "Eso sí que es caro".

"Sí, un regalo de un cliente. No soy muy bebedor, pero hay veces... y hombre, oh hombre, ésa fue una de esas veces". Sacudió la cabeza, reviviendo claramente aquella asombrosa revelación. Al cabo de un momento, volvió al presente, sacudiéndose el recuerdo. "¿Y tú?", preguntó. "¿Qué pasó con tu hermana?"

"La atacó lo que al parecer era un gran gato salvaje", respondió Katerina, eligiendo cuidadosamente sus palabras. "Nunca lo atraparon. De todos modos, ¿conoces a Julian, que estaba en la fiesta de compromiso con su mujer? También es un Djinn, o lo era. En fin, estaban cerca y acudieron en ayuda de mi hermana. Cuando apareció el gran gato, llamó a Jacinto".

Troy la miró fijamente. "¿Julián también es uno de ellos? ¿Cómo que solía serlo?"

Katerina no pudo evitar reírse, parecía tan asustado. Inclined hacia delante, con los codos sobre la mesa, apoyó la barbilla en las manos.

"He tenido un poco más de tiempo para adaptarme que tú. Julian era un mago... un mago ceremonial. Alquimista, creo que se dice. En fin. Hizo mal algún hechizo y acabó convertido en un Djinn hasta que el hechizo fue contrarrestado. Entonces Alessandra consiguió su botella y lo liberó del hechizo".

"Mago", repitió Troya sin comprender. "Alquimista. Santa madre de Dios".

Ella asintió, mirándolo con simpatía mientras él se pasaba una gran mano por el pelo, despeinándose. Tuvo que reprimir el impulso de acercarse a él y rodearlo con los brazos, deslizando los dedos por aquel espeso cabello castaño visón. Al parecer, había estado dándole vueltas a sus palabras, porque frunció el ceño de repente.

"¿Gato grande? ¿Qué tipo de gato grande?"

"No estoy segura", dudó. "Como un leopardo o una pantera, grande. Melanthe dijo que era negro, así que seguro que no era un puma o un gato montés. Tampoco estaba tan lejos de tu

clínica".

"Hemos recibido informes de huellas de grandes felinos, pero nadie ha visto nunca a esa cosa. ¿Y atacó a un humano? No recuerdo haber recibido ninguna información al respecto de las fuerzas del orden. Nos habrían avisado, desde luego".

"No sé nada de eso", dijo sinceramente. "Pero... teniendo en cuenta que hay Djinn de por medio y todo eso, me imagino que las cosas podrían complicarse a la hora de informar a las fuerzas del orden. Y los bebés de Melanthe sólo tenían unos días, probablemente estaba más preocupada por cuidarlos. Su marido está en la Marina -explicó-, en un portaaviones en alguna parte, así que estaba sola. Pero volverá pronto".

"Apuesto a que se alegrará de verle". Volvió a fruncir el ceño. "Sabes, no nos tomamos demasiado en serio los informes de las huellas de gato. Es decir, por aquí pasan gatos monteses. Pero si tenemos a uno de los grandes felinos suelto y atacando realmente a la gente... eso es otra historia. Eso es serio".

"No podría estar más de acuerdo". Katerina ni siquiera intentó disimular la urgencia de su voz. "Cuanto antes se encuentre y capture a esa cosa, mejor".

Asintió distraídamente, como perdido en sus pensamientos. Al cabo de un minuto sacudió la cabeza, como si se la hubiera aclarado, y la miró a través de la mesa de picnic.

"Creo que será mejor que compruebe mis dardos tranquilizantes, me asegure de que no están caducados y empiece a llevar mi pistola tranquilizante. Por si acaso. También avisaré a Douglas sobre el gato. Anda por ahí en varias granjas lejanas y zonas aisladas".

Se rió entre dientes. "Él ya lo sabe, ¿recuerdas?"

"Ah, sí, eso es. Jacinto. El genio".

"Djinn" Sonrió y, levantándose, empezó a recoger sus platos. "Creo que llevar la pistola tranquilizante es una buena idea. Y también creo que deberías hablarlo con Douglas, quizá él no haya pensado en la necesidad de llevar una. Al menos, Jacinth nunca ha mencionado nada al respecto, y hablamos con bastante frecuencia".

Decidiendo que Troya ya tenía bastante en qué pensar por ahora, cambió de tema.

"¿Te parece bien que me pase por aquí durante el día para hacer algunos bocetos?", preguntó por encima del hombro, guiándola hacia la cocina. Troy estaba detrás de ella, con los brazos llenos de fuentes y condimentos.

"Cuando quieras". La rodeó con la mano y cambió la carga a un brazo para abrirle la puerta mosquitera. Sus ojos verdes le brillaron. "Sobre todo si te quedas y me dejas que te prepare la cena".

Ella le devolvió la sonrisa, pero por dentro daba saltitos preguntándose si conseguiría que le hiciera el tiramisú.

"Me gustaría", dijo recatadamente.

Un pitido hizo que ambos miraran a su alrededor, comprobando automáticamente sus bolsillos. Se miraron y se rieron. Troy levantó el teléfono. "Es mío".

"¿Sí?"

Su mirada se dirigió al rostro de Katerina mientras escuchaba, el arrepentimiento asomó a su expresión mientras desconectaba.

"Urgencia en la clínica. Un gato muy enfermo. Tengo que irme".

Le sonrió. "Gracias por lo de hoy. Me lo he pasado muy bien".

Entró en el salón y recogió su bolso. Troy se detuvo, con la puerta principal abierta.

"¿Te apetece cenar mañana? Acaban de abrir un nuevo asador, podríamos ir a verlo".

Radiante de placer, asintió. "Me encantaría. Sé que tienes que irte rápido, te enviaré por

mensaje de texto las indicaciones para llegar a mi casa, ¿a menos que quieras que nos encontremos en algún sitio?".

"No, iré a recogerte".

La siguió hasta el porche, cerrando la puerta principal tras ellos. Se detuvo junto al coche y le abrió la puerta. Ella se volvió hacia él y él le cogió la cara con las manos y le acarició suavemente la mejilla con los pulgares. "Cuídate", le dijo.

Ella asintió, cerrando los ojos cuando sus labios se posaron en los suyos, cálidos y aterciopelados. Durante un largo instante permanecieron de pie, olvidándose del mundo, mientras el beso se volvía más ardiente, los labios de él más exigentes, y Katerina respondía con todo lo que tenía dentro. Por fin levantó la cabeza con pesar, dando un paso atrás. Katerina se dio cuenta de que le temblaban un poco las piernas cuando se dio la vuelta para sentarse en el coche.

Troy se quedó mirándola, con una mano en la puerta del coche mientras ella metía las piernas dentro con un movimiento suave y practicado. Sonrió de repente. "Me gusta cómo lo haces. Elegante, como una modelo". Luego volvió a ser sobrio. "Lo digo en serio, Katerina. Cuídate. Llámame si me necesitas".

Tragó saliva, con la boca seca. La conciencia del peligro se balanceaba con la persistente oleada de deseo de aquel beso abrasador.

"Te lo prometo".



DE VUELTA EN su sorprendentemente espaciosa habitación de la torreta de la posada, Katerina estaba tumbada en la cama, con la barbilla entre las manos. Se estaba volviendo incómodamente complicado hacer malabarismos para ser Katerina y Cat, y preocuparse de que Troy se diera cuenta de que Cat no estaba cuando la visitaba como Katerina. No podía seguir pidiéndole a Jacinto que la llevara a visitar a los niños. ¡Si pudiera decírselo!

Se dio la vuelta en la cama, metiendo las manos detrás de la cabeza y mirando al techo mientras reflexionaba sobre aquel pensamiento. Después de todo, él iba a tener que saberlo en algún momento. Si fuera tan sencillo como estar los dos solos, ella podría hacerlo. Pero no era tan sencillo.

"Troy, en realidad soy tu gato, lo que pasa es que me gusta andar por ahí en mi forma felina cuando no estoy trabajando. Ah, y por cierto, hay una Pícara Metamorfa demente que me acecha para matarme, y también te persigue a ti. Cuando se haya apareado contigo y se haya quedado embarazada, te matará. Y probablemente también a los bebés. Que probablemente serán gatitos, ya que se sabe que los Pícaros dan a luz en su forma Cambiada. Por cierto, soy tu veterinaria, Beatrice".

Sí, se imaginaba que eso le iba a gustar.

No había estado pensando, antes, cuando le había ofrecido que la recogiera en su casa. Había sido puro instinto, y sólo ahora se daba cuenta de lo mala que había sido la idea. Debería haber quedado con él en la churrería, y ahora no se le ocurría ninguna forma de echarse atrás.

Pero, ¿realmente era arriesgarse tanto a que se reuniera con ella en su casa? Beatrice ya se habría dado cuenta de que no se quedaba allí, y hacía días que no iba, así que ¿qué posibilidades había de que la Werecat vigilara la casa esta noche? Beatrice ya se habría dado cuenta de que estaba escondida en otra parte.

Además, Katerina había estado en casa de Troy, era justo que viera la suya. Arrugó la nariz. Siempre había dado por sentado que su casa era algo que tenía. Hasta que no estuvo en casa de

Troy no se dio cuenta de lo poco que significaba para ella su lujoso adosado. Vale, era más que eso. La odiaba. Ya está. Lo había dicho. Bueno, lo había pensado. No era un hogar, no como el de Troy; sólo era un lugar donde vivir.

¿Cuándo, se preguntó, había empezado a "conformarse"... a hacer lo que se esperaba, y no lo que ella quería? ¿Y qué iba a hacer al respecto? Tenía un montón de correos electrónicos atrasados y cada día le llegaban más mensajes de voz. Había reuniones que organizar, citas que concertar, entrevistas que programar, un sinfín de cosas que hacer.

Incluso había perdido la alegría de crear, de dar vida a los hermosos diseños que tenía en la cabeza, y ni siquiera se había dado cuenta. Para ella, nunca se había tratado del éxito; siempre se había tratado de crear cosas maravillosas y bellas. Se había dejado llevar por la marea de la construcción de su carrera y ni siquiera se había dado cuenta de que su entusiasmo había quedado sepultado por la avalancha. Pero, ¿qué iba a hacer al respecto? Ésa era la pregunta del millón. Quería recuperar esa maravillosa sensación de plenitud que le producía dibujar, esbozar.

Podría dejarlo, pensó. Podría acabar con todo una vez terminada la última colección. Jubilarse. ¿Pero entonces qué? Nunca se había sentado a ver crecer las margaritas. Bueno, cuando no era una gata. Se rió para sus adentros. Aunque las cosas salieran bien con Troy... y ella lo deseaba tanto... necesitaba algo que hacer. No era June Cleaver. Las tareas domésticas eran algo que pagabas a otros para que hicieran por ti. Se rió.

Tenía tiempo. Su primera prioridad era seguir viva y mantener con vida a Troya.

Aquel pensamiento la hizo incorporarse, con una sensación de malestar en la boca del estómago. Temblaba incluso con el calor del final del verano. De algún modo, tenía que mantenerse a salvo de los Werecat, a ella, a su hermana, a los cachorros y a Troy. Al menos no tenía que preocuparse por Jacinth, Ben y Molly, ya que el Djinn podía alejarlos de cualquier peligro.

Abrumada por la enormidad del peligro al que se enfrentaba, e incapaz de pensar en ninguna salida, fue casi un alivio llamar a un Uber y regresar a casa de Troy. Se inclinó para acariciar a Cherie cuando la collie llegó corriendo por el lateral de la casa, aullando de alegría al verla.

Entró por la puerta de la cocina y se dirigió al pequeño armario del desván, en lo alto de la escalera. Lo había descubierto la semana pasada, y por todo el polvo acumulado en el diminuto espacio en ángulo, decidió que era un lugar mejor que debajo de la cama de la habitación de invitados para guardar sus cosas. Se despojó de su ropa y la guardó detrás de unos cubos de adornos navideños antes de llamar al Cambio.

De nuevo en cuatro patas, se encontró paseando por la casa, incapaz de calmarse mientras esperaba a que Troy volviera a casa. Quería que volviera. Lo *necesitaba* en casa... necesitaba oír su voz, que la estrechara entre sus brazos y la reconfortara y la hiciera sentir segura. ¡Lo quería ya! Desconsolada, se acurrucó en el sillón reclinable, sumergiéndose en su aroma.

En cuanto oyó el crujido de los neumáticos sobre la grava, se levantó y salió por la gatera como un rayo. Troy apenas había bajado del camión, con la puerta del conductor aún abierta, cuando ella se lanzó a sus brazos. Él la atrapó, estrechándola contra su pecho, con una risa profunda retumbando en su pecho.

"¡Hola, gatito! Me has echado de menos, ¿eh?"

Cat ronroneó bajo profundo, empujando la cabeza contra su mandíbula. ¡Troy estaba en casa!

CAPÍTULO 20



DE PIE DENTRO del espacioso vestidor de su casa, Katerina se debatió. Asador, había dicho. Hmm. Empujó las perchas y finalmente sacó un bonito vestido camisero. De su color favorito, el amarillo ranúnculo, se abotonaba por delante con botones blancos de nácar. La falda se ceñía a la cintura con un cinturón blanco ancho y luego se ensanchaba en elegantes pliegues. Lo combinó con unos pendientes de sol que realzaban el amarillo del vestido, y se calzó unas sandalias de tiras. Se roció ligeramente los puntos del pulso con su perfume favorito, Animale. Lo había probado por primera vez porque el nombre le hacía gracia, y se había convertido en uno de sus perfumes favoritos.

Se miró en el espejo cheval y suspiró débilmente. "Guapa" era el adjetivo que más utilizaba la gente para describirla. Unos grandes ojos dorados le devolvieron la mirada al ver una forma menuda y esbelta, con una cara ligeramente triangular coronada por un pelo negro corto y desgreñado, y una boca ancha y generosa. Siempre había querido ser alta y elegante. Ladeó la cabeza y vio cómo una mirada traviesa se deslizaba por sus ojos. No es que ser guapa fuera malo. Lo cierto era que tenía un aire ligeramente gatito, sobre todo por la ligera inclinación de sus ojos, que le daba un aire ligeramente exótico. Ahora que lo pensaba, era un aspecto bastante apropiado para una chica que se convertía en gato. Sin embargo, un poco de brillo de labios le sentaría bien, así que rebuscó en su cajón de maquillaje el tono adecuado y se aplicó una ligera capa. ¡Listo! ¡Ya estaba lista!

Su cerebro volvió a insistirle en que era muy arriesgado que Troya se reuniera con ella aquí. No tenía ni idea de si el Granuja seguía explorando su casa. Aun así, ¿qué podía hacer Beatrice, aparte de enfadarse más de lo que ya estaba? Los pensamientos, recurrentes y redundantes, seguían girando en su cabeza. Creía que existía algún término psicológico para referirse a los pensamientos que se te pasaban por la cabeza una y otra vez, pero no podía recordarlo. Sólo deseaba que su mente se callara, ¡no es que no supiera que había peligro!

Suspirando, Katerina salió de su habitación, bajando por la larga y curvada escalera hasta el salón. En el perchero que había junto a la puerta colgaban varios abrigos, y eligió uno al azar para llevárselo consigo, pues el aire acondicionado de los restaurantes solía enfriarlos bastante. Miró el reloj que había sobre el sofá y se echó a reír. Estaba lista con media hora de antelación. En la estantería de debajo de la mesita había un bloc de papel para dibujar, carboncillo y lápices de mina blanda... Puede que su lujoso adosado no pareciese un hogar, pero siempre tenía cosas para dibujar a mano en todas las habitaciones. Se sentó en el sofá y, apoyando los pies en el borde de la mesita y el bloc de dibujo en las rodillas, empezó a dibujar.

Cuando llamaron a la puerta principal, casi se sobresaltó. Miró rápidamente el reloj y se dio cuenta de que habían pasado cuarenta y cinco minutos casi en un abrir y cerrar de ojos. Dejó el bloc sobre la mesa y cruzó hacia la puerta principal. Vio a Troy a través de la mirilla, echó hacia atrás el cerrojo y abrió la puerta de un tirón.

"¡Hola!" Dio un paso atrás para que entrara.

Troy parecía arrepentido. "Siento llegar tarde, Suzanne estaba de guardia en la clínica y había tantas urgencias que tuve que ir a ayudarla".

Katerina se rió, sacudiendo la cabeza. "No pasa nada. Me entretuve haciendo algunos bocetos y perdí la noción del tiempo".

Entró, mirando a su alrededor con interés y no poca sorpresa. Ella hizo un mohín de reconocimiento.

"No es un lugar para poner los pies en alto y estar cómodo, lo sé. Vivo aquí, pero no me gusta mucho", confesó Katerina. "Es el tipo de lugar que, como diseñadora de moda, se espera que tenga. Lo han fotografiado para revistas de decoración y ha ganado premios. Pero no es un hogar. En realidad, no. No como lo es la tuya".

Troy asintió y comprendió. "Es un escaparate".

"Sí, eso es todo. Cuando quiero estar cómoda, poner los pies en alto y despatarrarme, voy a casa de mi hermana, o salgo con Jacinth y los niños".

Había cruzado la habitación para contemplar una foto enmarcada, tomada en uno de los eventos de su colección, de una modelo caminando por la pasarela con un traje pantalón azul zafiro. Su mirada se desvió hacia la mesita y cayó sobre el bloc de dibujo que ella había tirado al suelo cuando él llegó.

"¡Eh!" Levantó el bloc, estudiándolo. Un collie retozaba en un montón de hojas, tras haberse detenido a ladrar a una ardilla que se aferraba, boca abajo, al tronco de un árbol. "¡Esto está bueno!"

Se acercó a mirarlo por encima de su brazo, entrecerrando los ojos críticamente. Estaba bastante oxidada para dibujar cualquier cosa que no fuera ropa. Aun así, no estaba nada mal, decidió, sin sentir falsa modestia. Al fin y al cabo, era una gata, pensó con una risita silenciosa.

"Necesita algo de trabajo... algo de difuminado para las sombras, un poco de resaltado aquí y allá. Quiero trabajar a la sombra en el suelo, todo moteado por el sol que se filtra entre las hojas. ¿Te gusta?"

"¿Te gusta? Claro que sí". No parecía poder apartar los ojos de ella.

Ella se rió, pero sintió un cálido resplandor ante su evidente aprecio. "Cuando lo termine, será tuyo".

Levantó la vista del dibujo. "Estaré encantado de pagártelo. Esto es mejor que bueno. Has captado perfectamente a Cherie".

Sus mejillas se sonrojaron de placer ante su elogio, pero negó con la cabeza. "No pasa nada. Es un regalo. Pero antes tengo que terminarlo".

Le quitó el bloc de dibujo y lo dejó sobre la mesa, riéndose porque él seguía mirándolo. Con un codazo en la cadera, lo giró hacia la puerta principal, y su mano se deslizó entre las suyas.

"¡Pero no podré hacerlo si antes no me das de comer!"

Se rió, y la condujo hasta su camioneta. Abrió la puerta del copiloto, se volvió hacia ella y, poniéndole las manos en la cintura, la subió al asiento. Estaban casi a la altura de los ojos, y Katerina sintió que el corazón le latía un poco más deprisa cuando él se detuvo, con las manos aún en su cintura. Su cabeza se inclinó hacia la de ella, y el tiempo pareció detenerse mientras ella esperaba. Entonces sus labios rozaron los suyos, y el calor la inundó. Se inclinó hacia él,

abriéndose ante la insistente presión, y su lengua se deslizó vacilante.

La abrazó con más fuerza y Katerina le rodeó los hombros con los brazos; el mundo a su alrededor se desvaneció, hasta que sólo existieron Troy y ella, los labios de él sobre los suyos, sus respiraciones entremezcladas, la dureza del muslo de él contra la rodilla de ella cuando se sentó de lado en el asiento. Él se apartó y levantó una gran mano para acariciarle la mejilla.

"Qué dulce, mi bonita Katerina", dijo, con la voz más grave de lo habitual.

Quería ronronear y frotarse contra él. *Abajo*, le dijo a Cat con severidad. En lugar de eso, le sonrió, apoyando la mejilla en la palma de su mano. Aquel hombre le gustaba muchísimo.

"Será mejor que te dé de comer", dijo él, sonando arrepentido cuando su mano se retiró y dio un paso atrás. Ella se giró en el asiento y se puso el cinturón mientras él cerraba la puerta y se dirigía al lado del conductor. Arrancó el camión, salió a la calle y extendió la mano derecha. Ella puso sus dedos en los de él e intercambiaron sonrisas.

Su conciencia de la posibilidad de peligro no había disminuido y, subrepticamente, mantuvo un ojo en el espejo lateral del camión mientras Troy conducía por las calles hacia un centro comercial local. El asador se había construido lejos del enorme edificio del centro comercial, en su propia sección del aparcamiento.

No fue hasta que estuvieron dentro, sentados en un reservado en una zona tranquila de la parte trasera del abarrotado restaurante, cuando el rostro de Troy adoptó una expresión seria. Le tendió la mano al otro lado de la mesa. Ella extendió la mano, sintiendo de nuevo aquel calor y aquella sensación de seguridad cuando los dedos de él se cerraron sobre los suyos.

"¿Qué ocurre?" le preguntó.

Ella parpadeó. ¿"Mal"? resonó insegura.

"Sí. Has estado irradiando tensión desde que salimos de tu casa, y has estado observando los coches que venían detrás de nosotros todo el camino hasta aquí".

Sintió calor en las mejillas y se ruborizó. Había creído que estaba siendo discreta. Agachó la cabeza y la mano libre jugó con los pliegues de la servilleta que sujetaba el tenedor y el cuchillo sobre la superficie de madera pulida de la mesa.

"Yo... como que tengo un acosador", admitió. "Al menos, eso creo. Me mudé a una pensión hace unos días con la esperanza de que quienquiera que sea se canse de ver una casa vacía y se vaya".

Tenía el ceño fruncido mientras escuchaba. "¿Has ido a la policía?"

"Ahora mismo no tengo más que una sospecha", respondió. "En cuanto tenga algo concreto, créeme, lo haré". Aunque no sería la policía humana, sino que acudiría al Consejo de los Cambiantes. "Espero que no se llegue a eso. Que se rinda".

Levantó las cejas. "¿Ella?"

Katerina asintió. "Sí, ella. Me estuvo siguiendo durante un tiempo, por eso me trasladé a la posada. Nadie sabe dónde estoy, salvo mi hermana y mi ayudante personal... -se interrumpió al ver que él enarcaba las cejas, antes de continuar-, en quienes confío implícitamente... y Jacinth". Sonrió. "Jacinth me hizo ponerla en marcación rápida".

Pareció relajarse, un brillo asomó a sus ojos. "Si tienes problemas y la llamas, ¿puede... ya sabes... hacer lo suyo?"

Katerina se rió. "No se lo pregunté expresamente, pero supongo que sí. Sólo espero de verdad que nunca tenga que ponerlo a prueba".

"Yo también. Espero que no bajes la guardia porque esta persona sea una hembra. Repitiendo un viejo dicho, la hembra es la más mortífera de la especie".

Katerina hizo una mueca de dolor. Sus palabras eran más ciertas de lo que creía. "Créeme, lo

sé", dijo con fervor. "Estoy siendo muy cuidadosa, Troy. Te lo prometo".

Una camarera pasó por la mesa en ese momento, trayendo una cesta de pan, caliente y humeante recién salido del horno, y un plato de mantequilla. Tras tomar nota de sus pedidos de bebidas, se marchó y la conversación pasó a otros temas. Troy la entretuvo con historias de las travesuras que él y Douglas habían hecho de niños.

"¿Has conocido a los padres de Douglas?"

Katerina se quedó paralizada mientras untaba mantequilla en una rebanada de pan, ahogando una carcajada involuntaria. Había conocido a los extrañísimos ex padres hippies de Douglas, pero como Cat. No era exactamente algo que pudiera compartir con él, como Skye había perseguido a Cat con un cepillo para el pelo, queriendo conseguir que su pelaje se convirtiera en lana.

"No", le tembló la voz al no mentir. "Aunque he oído algunas historias de Jacinto".

Se rió, el profundo sonido acarició los nervios de ella como un fino terciopelo. "¿Sabías que vivían en una comuna cuando él nació?"

Eso le arrancó una carcajada. "¡No! ¿Una comuna, en serio?"

"Ah, sí". Sonrió. "Nunca le digas que te lo he contado, pero hasta que se mudaron a Nueva York, Douglas se llamaba Paseos con Ardillas".

"¡Oh, no!" Le entró un ataque de risa. "Te juro que nunca lo contaré".

En ese momento llegó la camarera con las bebidas y la conversación pasó a otros temas. Para Katerina, la velada transcurrió demasiado deprisa. Ella contrarrestaba sus historias de infancia sobre él y Douglas con relatos de cuando crecía con su hermana gemela y su hermano mayor. Era fácil hablar con Troy, no sintió nada de la incomodidad que solía experimentar en las cenas ocasionales que había tenido en el pasado. Charlaron y se rieron de las historias del otro, y el cierre del restaurante a las diez llegó demasiado pronto.

De pie en el camino de vuelta a su casa, Troy le cogió las dos manos. "No me gusta dejarte aquí sola, después de lo que me has contado".

Reconfortada por su preocupación, Katerina le sonrió. "Me voy justo detrás de ti, créeme. No me quedaré aquí sola hasta que esté segura".

"De acuerdo, entonces".

Él inclinó la cabeza y sus labios se encontraron. Él la rodeó con los brazos, estrechándola en un fuerte abrazo, y ella se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y hundió los dedos en su espeso pelo desgreñado. El mundo ardió en llamas mientras sus lenguas se batían en duelo, explorándose mutuamente. Se estremeció cuando las grandes manos de él le acariciaron la espalda de arriba abajo.

Acababa de levantar la cabeza para mirarla, apoyada contra su hombro, con la cabeza echada hacia atrás, cuando la golpearon las emociones, una oleada psíquica de rabia. Odio malévolo y furia asesina.

Katerina soltó un grito ahogado, sus dedos se apretaron instintivamente contra los hombros de Troy, y su delgada figura se estremeció mientras se aferraba a él, mirando desesperadamente a su alrededor. Los fuertes brazos se estrecharon en torno a ella y Troy levantó la cabeza alerta, escrutando con la mirada el aparcamiento.

"¿Qué pasa?"

"Está aquí", susurró Katerina a través de unos labios repentinamente secos. "No me preguntes cómo lo sé, pero lo sé. Puedo... Puedo sentir su odio, su ira".

Le temblaba todo el cuerpo. Troy profirió una maldición en voz baja y la levantó en brazos, llevándola de vuelta a su camioneta.

"No voy a dejarte aquí", la cortó cuando ella intentó protestar. "Estás blanca como la leche y tiembles como una hoja. No puedes conducir así. Te llevaré a mi casa, o a donde te alojes, donde quieras. Pero no te dejaré hasta que estés a salvo".

"Vale", aceptó entre dientes que castañeteaban. Tuvo que obligarse a respirar. "Tenemos que asegurarnos de que no nos sigue".

"Estoy en ello", le aseguró Troy, cerrando la puerta y acercándose a grandes zancadas al lado del conductor. El camión rugió y él pisó el acelerador, saltando hacia delante como una bala mientras salía disparado del aparcamiento. Katerina se esforzó por abrocharse el cinturón de seguridad y giró sobre sí misma para mirar detrás de ellos.

"Nadie", le aseguró él, girando el volante para tomar rápidamente la carretera principal. "¿Adónde vamos?"

Se dio la vuelta y se hundió en el asiento. Seguía temblando, asustada hasta los dedos de los pies. *¿Qué?*, se reprendió ferozmente. *¿De verdad creías que iba a rendirse y marcharse?*

Ella le dio el nombre de la estrecha carretera en la que estaba la posada, y él asintió.

"Lo conozco. No está lejos de mi casa. Podemos tomar carreteras secundarias, para asegurarnos de que no hay nadie detrás".

Consiguiendo sonreír, Katerina dijo: "¡Tendría que ser un demonio de la velocidad, por la forma en que saliste rugiendo de allí!".

Troy se rió entre dientes, acariciando el salpicadero con cariño. "Por algo tengo un camión grande, y no es para tirar del remolque de caballos".

Le llevó la mano al muslo, frotándoselo suavemente mientras lanzaba una rápida mirada en su dirección. "¿Estás bien?"

Katerina asintió, aún temblando por todo el cuerpo y sin poder parar. "Debes pensar que estoy loca. Ni siquiera vi nada, pero lo sentí con tanta fuerza...".

"¡Eh, te creo! Te abracé y de repente empezaste a temblar. Se te fue todo el color de la cara mientras te miraba. Nadie finge tan bien el miedo, nena. *Creías* que el acosador estaba cerca, y eso me basta".

Tomaron una ruta tortuosa, eligiendo deliberadamente carreteras rurales oscuras donde otro coche detrás de ellos se notaría al instante, y finalmente llegaron a la posada. Troy se detuvo en la parte trasera y aparcó el camión. Al mirarla a la luz del porche trasero, pudo ver la preocupación en su rostro. Su mano cubrió la de ella.

"¿Seguro que estarás bien? No me gusta dejarte aquí sola".

Ella giró la mano bajo la suya, sus dedos entrelazados con los de él. "No estoy sola aquí, hay un recepcionista de guardia toda la noche, y alguien en la cocina. Y he tenido mucho cuidado. Nadie sabe que estoy aquí".

Por no mencionar que la Werecat no podría *acercarse* a la posada, no sin que Tony y María estuvieran allí. La sentirían y armarían tal jaleo que despertarían a todos los presentes. Vio su persistente preocupación y sonrió, apretándole la mano.

"Sólo vives a unos kilómetros. Te pondré en marcación rápida y te llamaré al instante si hay algún problema, ¿vale?"

"¿Lo prometes?"

"Sí, te lo prometo. Subiré a mi habitación, me daré un baño caliente y me acostaré".

Asintió con la cabeza. "De acuerdo. Aunque no iré directamente a casa, tengo que pasar por la clínica y ver a algunos de mis pacientes de allí. Pero no está mucho más lejos, puedo llegar rápido si me necesitas".

La estrechó entre sus brazos y la abrazó durante un largo minuto. "Cuídate", le dijo,

besándola con fuerza y rapidez.

"Lo haré". Salió de la camioneta, ciñéndose el abrigo mientras caminaba hacia el porche iluminado. Se volvió, saludándole con la mano, antes de abrir la puerta y entrar, desapareciendo de su vista.

Troy permaneció sentado en el camión unos minutos, mirando la puerta cerrada. Arriba, en una de las estructuras redondas en forma de torre que sobresalían de la esquina del edificio, se encendió una luz. Sonrió. La princesa en su torre. Bueno, por ahora estaba a salvo. Metió la marcha atrás, dio marcha atrás y salió a la autopista.

Veinte minutos después, estaba entrando en la entrada de una casa de ladrillo en una calle tranquila. Aparcó junto al alegre monovolumen azul y subió por el camino de entrada. Llamó al timbre y esperó. Había luces dentro, así que no se habían acostado todos. La luz del porche se encendió y la puerta se abrió, mostrando a Douglas con unos vaqueros desgastados y una camiseta.

"¡Troy!" Abrió la puerta de par en par, dando un paso atrás para que entrara Troy. "¿Qué ocurre?"

Jacinth entró en el vestíbulo desde la cocina, vestida con un largo caftán, y la preocupación de su rostro coincidía con la de Douglas. Troy la abrazó con fuerza y luego la soltó.

"¿Tienes café? Necesito hablar con vosotros".

Fueron al comedor y Troy se sentó a la mesa con Jacinth mientras Douglas iba a la cafetera y preparaba una olla.

"Mi trabajo", dijo por encima del hombro con una sonrisa. "Jacinth se encarga del té, yo del café".

Jacinth le guiñó un ojo, y una taza de té apareció en sus manos. Douglas se limitó a poner los ojos en blanco, mientras Troy lograba reírse. Cuando Douglas vino a reunirse con ellos, trayendo dos tazas de café, sorbió la suya un momento, y luego apoyó los brazos en la mesa.

"Vengo de dejar a Katerina en el B&B donde se aloja". En pocas palabras relató lo que había averiguado sobre su acosador y los sucesos de la noche. "Siempre he pensado que eso de que alguien se ponga blanco como una sábana era un cliché. Pero lo hizo, literalmente, allí mismo, en mis brazos".

Jacinth asentía, pero estiró una mano por encima de la mesa para tocarle el brazo. "Me tiene en marcación rápida, Troy. Y ha prometido no tener nunca el teléfono fuera de su alcance. Sabes que estaré allí en un instante si tiene problemas, y la sacaré de ahí. Nunca dejaría que le pasara nada".

"Lo sé, ella me lo dijo. Es que..." Se pasó una mano por el pelo. "Tío, nunca había visto a nadie tan aterrorizado. Sé que no hace mucho que la conozco, pero congeniamos, ¿sabes? Le encantaban los caballos. Allí estaba ella, encima de Morgana. Nunca había montado a caballo, pero ni se inmutó. Y Cherie se encariñó con ella como si fueran viejas amigas".

Eso le hizo recordar otra cosa. "Hizo un boceto de Cherie. Ella lo llamó tocosco, pero joder. Es una de las mejores cosas que he visto, y es sólo lápiz".

Vio que Douglas y Jacinth intercambiaban miradas divertidas. "¿Qué?"

Jacinto le sonrió. "Estás loco por ella".

Sintió que un lento rubor le subía por el cuello. "Bueno, sí. Un poco. Vale, mucho. Pero ahora estoy preocupada. Dice que no tiene suficiente información para llevarla a la policía. No me dio detalles concretos, y no quise presionarla. Supuse que me lo diría cuando estuviera preparada. Pero sea lo que sea lo que está pasando, es malo. No puedo quitarme de la cabeza la expresión de su cara. Y no puedo *hacer* nada". Se dio una palmada en la rodilla, carcomido por

la frustración. "Le ofrecí que se quedara conmigo, pero insistió en volver a esa posada en la que ha estado".

No ayudaba que pudiera ver que, a pesar de la necesidad de Jacinth de tranquilizarlo, era evidente que ella también estaba preocupada. Troy recogió su café, sólo para darse cuenta de que se había enfriado. Hizo una mueca. Jacinth hizo un movimiento con la mano y, de repente, su taza estaba humeante. Se quedó mirando el café caliente, sacudiendo la cabeza.

"Tío, cuesta acostumbrarse".

Douglas se rió, con su propio café también Djinnfully recalentado. "No tienes ni idea. No has tenido el placer de estar aquí cuando su madre se nos aparece".

Atrapado en el acto de beber, Troy se atragantó con un bocado de café. Tras un forcejeo, consiguió tragarse el brebaje.

"¿Su madre?"

"No pensarías que me había traído la cigüeña, ¿verdad?". Los grandes ojos marrones de Jacinth centellearon alegremente. "Nos las arreglamos para que sus pretendientes no la sigan cuando está aquí de visita".

"Pretendientes", repitió sin comprender. "Oh, tío, esto cada vez es más surrealista".

Douglas le sonrió. "Creo que es la primera vez en mi vida que oigo a alguien utilizar la palabra surrealista en una conversación". Parecía estar disfrutando con la incomodidad de Troy.

Jacinth no le iba a la zaga en eso, por el brillo de sus ojos. "¿Quieres saber otra cosa que podemos hacer?"

Troy miró a Douglas. Ver a su amigo con la cabeza entre las manos probablemente no era la mejor señal.

"Casi me da miedo preguntar".

Se inclinó hacia delante, bajando la voz como si estuviera a punto de revelar un gran secreto... y probablemente lo estaba haciendo.

"Viaje en el tiempo", susurró.

La miró fijamente.

"Pero está absolutamente prohibido", se apresuró a añadir. "Ni siquiera se lo decimos a los niños Djinn hasta que son adultos y pueden comprender las consecuencias de interferir en el Tiempo, o los severos castigos si uno es sorprendido haciéndolo".

"Nada de eso impide que tu amiguito aparezca desde el siglo XIV", le dijo Douglas.

"Decimosexto", corrigió ella, sacándole la lengua. "Y de todos modos, no está haciendo ningún daño. No interfiere en nada".

"Un Djinn más joven", explicó a Troya. "Viene de vez en cuando a visitarme. En términos de Djinn se le consideraría un adolescente. Es una edad difícil para los humanos, no tienes ni idea de lo que es para los Djinn. Tienes edad suficiente para comprender el alcance de lo que serás capaz de hacer cuando estés a plena potencia... pero ni de lejos, y aún te quedan por delante décadas, incluso siglos, de crecimiento y aprendizaje. Y Remi tiene demasiada energía y picardía. Me preocupo por él -añadió. "Necesita una válvula de escape, pero no hay nada que pueda hacer por él, desde este momento".

Troy la miró, sintiéndose confuso. "Pero está en algún lugar de *este tiempo*, ¿no? Habría crecido y sería cientos de años mayor en el aquí y ahora".

"Sí, pero en el siglo XVI *ahora* necesita un amigo", recalcó Jacinth, con aire sombrío. Calentó su té frío y rellenó sus tazas de café. "Quiero decir, ahora en su tiempo. El ahora desde el que nos visita, no ahora en nuestro tiempo".

Douglas puso los ojos en blanco. "Esto se pone retorcido. No me extraña que esté prohibido".

Asintió con la cabeza y luego dirigió a Troya una expresión sombría. "Si te hace sentir mejor, le he dado a Katerina una... bueno, una señal, podrías llamarlo. Es una cosa de Djinn. Si lo sostiene y me llama, la oiré".

Troy miró de Jacinto a su mejor amigo. "Así la llamaste aquella noche en el granero, ¿verdad?".

"En caso de emergencia, resulta muy útil". Douglas asintió.

"Es todo lo que podemos hacer, en realidad, hasta que sepamos más", le dijo Jacinth. "Pero es suficiente para mantenerla a salvo, y eso es lo importante. Se pondrá bien, Troy".

Se terminó el café de la taza y se levantó. "Me voy a casa. Gracias por escucharme".

"Cuando quieras, tío", le aseguró Douglas, siguiéndole hasta la puerta principal.

Jacinth gritó desde la cocina, donde había llevado las tazas al fregadero: "¡Y dale a Cat un abrazo de parte de todos!".

Troy se rió. "¡Lo haré!"

Conduciendo de vuelta a casa, se encontró dando vueltas alrededor de la vieja posada reformada. Disminuyó la velocidad al pasar, y su mirada se fijó en la torrecilla de la parte trasera. La posada estaba en silencio, sólo brillaba la luz del porche y un tenue resplandor provenía de una habitación del piso inferior, probablemente el vestíbulo. Más arriba, las luces estaban apagadas en las ventanas de la pared curva de la torrecilla. Entonces estaba dormida. Bien.

Entonces se fue a casa, sintiéndose aliviado por varios motivos. Cherie salió corriendo cuando él bajó del camión. Se detuvo para darle un buen masaje en la espalda. Ella le siguió hasta la puerta principal, casi haciéndole tropezar al apresurarse a entrar. Al encender las luces del salón, vio a Gata acurrucada en su sillón reclinable, con los ojos dorados entrecerrados, parpadeando soñolienta. Cruzó hacia ella, rascándole la barbilla, y ella le ronroneó.

Tras comprobar cómo estaban los cachorros en el sótano y buscar agua fresca para Cherie, cogió una lata de refresco de la nevera y cruzó el suelo hasta su sillón reclinable.

"¿Supongo que no me dejarás sentarme en mi propia silla?". preguntó a Cat.

Se estiró y bostezó, y se encaramó de un salto al reposabrazos fuertemente acolchado. Apenas esperó a que él se acomodara antes de pasar por encima de sus piernas.

"Si no te conociera mejor, juraría que me entiendes", le dijo.

Le dirigió una enigmática mirada felina antes de acomodarse cómodamente.

"Prrrowww", fue su única respuesta.

CAPÍTULO 21



VALE, esto era bastante guay, decidió Cat, observando la escena que se extendía ante ella desde su posición elevada, con las patas delanteras metidas debajo de ella mientras estaba encaramada a la grupa de ébano reluciente de Galahad. El caballo parecía disfrutar de su presencia, y de vez en cuando volvía la cabeza para olisquearla amistosamente. Estaban en el extremo más alejado del prado, en una ligera elevación del terreno. Desde allí tenía una vista maravillosa de los pastos, el establo a la derecha y la casa más allá, mientras que las zonas densamente arboladas se extendían a los lados y la parte trasera de la propiedad.

Sería un lugar maravilloso desde el que dibujar. Un extenso castaño de indias se alzaba un poco más arriba en la ladera, proyectando sombra moteada sobre una amplia zona. Podía sentarse allí con su bloc de dibujo y sus lápices, y un termo de té helado o limonada, y estar perfectamente contenta durante horas. Y lo que era mejor, como tenía permiso de buena fe para venir a dibujar, no tenía que buscar sitios donde esconder los blocs y los lápices en casa. Si Troy se topaba con ellos en su cuarto de tachuelas, no se preguntaría de dónde habían salido.

Dormía, con el sol cálido sobre su pelaje, los suaves movimientos de balanceo resultaban agradables mientras Galahad se movía lentamente aquí y allá, pastando sobre la espesa hierba, con su peso desplazándose de un lado a otro de vez en cuando. ¡Así era la vida!

En la parte baja del prado, cerca de la casa, Morgana y Emeril hacían ruidos de resoplidos y soplos. Cat no prestó mucha atención hasta que Galahad echó bruscamente la cabeza hacia atrás, olfateando el aire, y su poderoso cuerpo se tensó bajo ella. Se recompuso y saltó al suelo mientras él giraba, uniéndose a los demás caballos que corrían ladera arriba, chillando alarmados. Como estaba ocupada esquivando pezuñas peligrosas, tardó un momento en percibir la oleada de odio malévolo. ¡Los Eran!

Durante un largo instante se quedó paralizada por el miedo, y luego su mente se aceleró, corriendo para encontrar una forma de escapar. Estaba demasiado lejos para llegar a la casa de Troy, donde la Regla del Hogar la mantendría a salvo. El Werecat ya estaba entre ella y la casa, y el brazalete que Jacinto le había dado para invocar al Djinn yacía en la habitación de invitados, junto con su ropa. Adentrarse en el bosque era peligroso; allí el leopardo podría acecharla a placer, aunque tuviera tanta suerte como Melanthe. Su hermana había conseguido encontrar un tronco caído sobre las rocas para que la Werecat no pudiera abrirse paso. Pero, al igual que Melanthe, podrían retenerla allí, atrapada durante días. Su única oportunidad real era el granero, y corrió hacia él, entrando en el oscuro interior a través de la trampilla para perros de la parte trasera, junto al guadarnés. El establo estaba lleno de olores que ocultarían su olor; a diferencia

de los perros, los felinos eran cazadores visuales, no rastreaban por el olor. Con suerte podría esconderse y aguantar hasta que llegara la ayuda.

Recomponiéndose, dio un tremendo salto a lo alto de una escalera, con la esperanza de dejar poco rastro de olor... no tenía sentido correr riesgos innecesarios. Otro salto la dejó encima de un fardo de heno, y un tercero la llevó a lo alto de la pila más alta. Desde allí se zambulló detrás de las pilas, escondiéndose entre los fardos, temblando y haciéndose lo más pequeña posible.

A lo lejos oía a Cherie salir del sótano por la puerta del perro, hecha un manojo de furia rugiente.

¡No! gritó Cat alarmada, y la ferocidad de su voz mental hizo que el collie se detuviera derrapando. *No, Cherie. Adentro. Vuelve dentro.* La Pícara mataría a la collie en un santiamén. Cherie podría ser sólo una perra tonta, pero... bueno, no era tan mala. Para ser una perra. Cat le había cogido cariño. Además, a Troy se le rompería el corazón si algo le ocurriera a Cherie.

¡Peligro! ¡Retrocede! ordenó, con la desesperación apoderándose de ella. Tenía que conseguir que el animal retrocediera. No era justo que Cherie pagara el precio cuando había sido ella, Gata, quien les había traído este problema. Frenética, pensó cuál sería la mejor forma de convencer a la collie, qué consideración tendría más peso que el instinto canino natural de proteger la casa y la propiedad de su amo. Proyectó su propio miedo, la sensación de invencibilidad de su enemigo. *Tus cachorros, Cherie. ¡Protege a tus cachorros!*

Transmitió su propio terror, como una especie de vídeo en streaming de lo que ocurría en el granero, a la temblorosa collie, con la esperanza de que Cherie sintiera su miedo y prevaleciera la necesidad de proteger a sus cachorros del peligro.

Oyó el chirrido de las enormes puertas del granero al cerrarse, atrapándola dentro con el Werecat.

"Ya te tengo". La voz de Beatrice sonó desde abajo, goteando alegría maliciosa y la anticipación de la victoria. "No creas que no llegaré hasta tu hermana y esos gatitos, y también hasta tu amigo Djinn. Todos estaréis fuera de mi camino y no quedará nadie que lo sepa".

Gato se estremeció por dentro, pero tuvo cuidado de no mover ni un músculo. Podía oír a Beatriz moviéndose abajo, buscándola. Entonces sintió el resplandor de la magia en el aire... Beatrice había cambiado a su forma Werecat. Gato se hundió en el heno que la cubría, sin hacer el menor ruido. Los sentidos de la Werecat eran mucho más fuertes que los de un humano; sería capaz de oír el más mínimo movimiento. El menor susurro de paja haría que el Pícaro se le echara encima en un instante. Aun así, sólo era cuestión de tiempo.

Jacinto estaba demasiado lejos para ser alcanzado por telepatía. Sólo quedaba una esperanza. La clínica veterinaria estaba a pocos kilómetros de la casa de Troy. Había evitado escrupulosamente cualquier contacto mental con Troy. Todos los metamorfos tenían capacidad telepática en su forma animal, pero estaba necesariamente prohibido utilizarla a menos que un humano conociera la existencia de los metamorfos. Pero se trataba de una emergencia y, de todos modos, él ya conocía a los Djinn. Apretó los ojos con fuerza y se concentró, su mente buscando la de él.



TROY ESTABA INTRODUCIENDO una vacuna en la aguja cuando una sensación de pavor le inundó como una marea.

"¡Troy!" La voz era inconfundiblemente femenina, e igual de inconfundible en su cabeza. "¡Troy, ven a casa! Rápido, Troy!"

La sensación de urgencia, de miedo, aumentó, y sus manos vacilaron. Dejó el frasco con cuidado sobre el mostrador y miró a su alrededor. En la pequeña sala de reconocimiento sólo estaban el anciano y su gato.

"¡Troy, ven a tu granero! ¡Hay peligro! Trae tu pistola tranquilizante!"

Se dio la vuelta y salió de la habitación sin decir palabra. Hizo un gesto a uno de los ayudantes del pasillo.

"Por favor, vacuna al gato del Sr. Bradley. Tengo que irme".

Avanzando por el pasillo, casi choca con Douglas.

"¿Adónde vas tan deprisa?"

"No lo sé, tío. Sólo tengo que llegar a casa".

Su amigo y compañero parecía preocupado. "¿Quieres que vaya contigo?"

"No. No lo sé. No estoy segura... Tengo que irme".

Pasó rozando a Douglas, dirigiéndose a su camioneta.

"¡Troy!" La voz tenía una nota de desesperación. ¿Quién le llamaba? ¿Se estaba volviendo loco, oía voces en su cabeza? La necesidad de urgencia se apoderó de él con tanta fuerza que dejó a un lado sus temores por su cordura. Tenía que volver a casa *ya*.

Las ruedas de su camioneta giraron al entrar en su casa, levantando gravilla. Nada parecía raro, nada fuera de lugar, nada inusual. Ni bomberos, ni ambulancias, ni policías antidisturbios. Todo parecía normal. Abrió la puerta y bajó con cautela, mirando a su alrededor. Una brisa acariciaba las hojas de los árboles, haciéndolas brillar y crujir, pero por lo demás todo estaba tranquilo. ¿Demasiado tranquilo?

Cherie, que nunca... *nunca*... se abstenía de saludarle cuando llegaba a casa, no aparecía por ninguna parte. Los caballos también, gigantes amistosos que solían saludarle desde la valla más cercana a la casa y el granero, estaban reunidos en los extremos más alejados del prado. Las orgullosas cabezas se alzaban alerta y miraban en su dirección, pero los caballos no hacían el menor intento de acercarse. Sin duda, algo pasaba.

Una puerta del granero estaba entreabierta no más de medio metro, la otra cerrada. Normalmente dejaba las puertas abiertas de par en par, pues no quería que el calor se acumulara dentro. Era un granero antiguo, sin aire acondicionado ni ventiladores en el techo, y aún no lo había renovado con la nueva instalación eléctrica que necesitaba. Si estaba cerrado con el calor del verano, era una combustión espontánea a punto de producirse.

Desde el interior del granero, detrás de aquellas puertas, oyó un gruñido grave, un retumbar profundo y de advertencia de un tipo que nunca había oído antes. Troy no se consideraba un cobarde, pero se le erizaron los pelos de la nuca y su ritmo cardíaco aumentó, latiendo con fuerza en su pecho. Sintió un instante el impulso de huir, de no enfrentarse a cualquier terror que pudiera acechar en la oscuridad del granero. Al menos, no solo.

Buscó su teléfono y se recompuso. No temía enfrentarse a ningún animal. A ninguno. Se recostó en la camioneta y sacó su botiquín veterinario, el que llevaba a todas partes y nunca le faltaba. Su pistola tranquilizante descansaba cerca del fondo. Con intención firme, la cogió y se dispuso a cargarla de dardos.

Pistola en mano, se dirigió a la puerta del granero, abriéndola de par en par. Hubo una explosión de gruñidos, escupitajos furiosos y un destello de luz en el otro extremo del granero. Fuera lo que fuese el animal, había salido por la trampilla para perros que había instalado para Cherie, pues no le gustaba preocuparse de que se quedara encerrada accidentalmente en el granero en los calurosos meses de verano.

Bajó el arma con un suspiro de alivio, mezclado con una intensa curiosidad. Un momento

después, una pequeña figura desgredada atravesó el granero y se arrojó a sus brazos. La cogió con una carcajada.

"¡Vaya, gatita bonita! ¿Qué haces aquí fuera?"

Se acurrucó en sus brazos, profiriendo pequeños gritos de angustia. Sus garras se clavaron en su camisa, aferrándose con fuerza, y su cuerpo tembló convulsivamente.

"Eh, eh, tranquilo".

La acarició con dulzura. La cabeza ancha le golpeó la mandíbula, volviéndole a mirar hacia el camino. Quería salir del granero. Recordando los espeluznantes gruñidos y escupitajos, no podía culparla. Le rascó las orejas y ella inclinó la cabeza para que sus dedos dieran justo en el lugar adecuado.

"¿Quieres volver a la casa? ¿Qué te hizo venir aquí en primer lugar? Te llevaremos dentro, a salvo".

Luego volvería y comprobaría el lugar por dentro y por fuera. Quería ver las huellas que el animal hubiera dejado en la tierra. Quizá debería llamar a Douglas.

Dentro de la casa, unos ladridos apagados le condujeron a la puerta del sótano. Abajo, acurrucada en su cesta con sus cachorros, Cherie le miró con ojos grandes y ansiosos. Al verle, volvió a ladrar, acogedora, y su cola golpeó el suelo.

"Vamos, chica". Le dio una palmada en la pierna invitándola. "Fuera lo que fuera, ya se ha ido".

Cherie subió saltando los escalones, dándole zarpazos alegremente, moviendo la cola a mil por hora, como si no hubiera pasado nada.

Perro tonto.

Troy giró sobre sí mismo, casi perdiendo el equilibrio, y se agarró al marco de la puerta, mirando a su alrededor. ¿Quién había dicho eso? Juraría que era la misma voz que había oído antes en su clínica, que le había traído a casa con tanta prisa.

No había nadie en el salón, salvo él mismo, Cherie y Cat, que seguía acunada en un brazo. ¿Se estaba volviendo loco? Sólo los esquizofrénicos oían voces en la cabeza. Bueno, y esos psíquicos de la portada del National Enquirer de vez en cuando. Troy no sabía si creía o no en los psíquicos, pero sí sabía que él no era uno de ellos.

Los neumáticos de un coche crujieron sobre la grava, atrayendo a Troy hacia la puerta principal. El coche de Douglas se detuvo detrás de su camioneta, y el compañero de Troy salió del vehículo. Una expresión de alivio apareció en el rostro de Douglas cuando vio a Troy de pie en la puerta. Cherie salió corriendo, ladrando de bienvenida. Él se acercó al porche, rechazando sus alegres avances.

"Hola. ¿Va todo bien? Me preocupé por la forma en que quemaste goma al salir de allí".

Troy se hizo a un lado para que Doug entrara, luego dejó que la puerta de mosquitera se cerrara con un portazo y se dirigió a la cocina. Dejó a Cat en el suelo, abrió la puerta del frigorífico y sacó dos botellas de cerveza, dándole una a su amigo. Le quitó el tapón a la suya y bebió un largo trago, repasando la última media hora.

"No lo sé", admitió. "Algo está pasando. Han pasado cosas raras. Pequeñas cosas sobre todo... libros que no están donde los dejé, comida que falta de la nevera. Un día encontré mi toalla doblada en el toallero del baño. Doblada".

"Sí, eso sí que es un delito". Douglas se mostró poco comprensivo, prestando más atención a Cat, que se arremolinaba sobre las rodillas de Doug, suplicando atención. Troy contuvo una inesperada oleada de irritación. Su gata no solía ir con otras personas. Aunque, por supuesto, había estado cerca de Douglas y los niños antes de llegar a la vida de Troy. Tal vez los echara de

menos. Él ahuyentó aquel pensamiento inoportuno.

"Y hoy -continuó, insistiendo un poco en lo de las voces en su cabeza-, he tenido la extraña sensación de que algo no iba bien aquí y de que tenía que volver rápido a casa. Había algo en el granero cuando llegué. No lo vi, pero sonaba grande y malvado. Cuando abrí la puerta del granero, salió por la trampilla para perros del otro extremo, pero Gato se había quedado atrapado allí con él".

Aprovechó la oportunidad para mover los dedos hacia Cat. Ella acudió a él de inmediato, y él la cogió en brazos, acariciando su pesado pelaje sedoso.

"¿Has buscado huellas?"

Troy negó con la cabeza. "Todavía no. Quería llevar a Cat dentro y ver cómo estaba Cherie. Y conseguir más dardos tranquilizantes. Te lo digo, Doug, se me erizaron los pelos de la nuca. ¿No habrás oído nada en las noticias sobre la fuga de un gran felino de un zoo o un circo? ¿Algún informe de los granjeros sobre ganado desaparecido o muerto? Recuerdo algunos informes sobre huellas de grandes felinos hace unos meses, pero nadie vio nada y los informes cesaron".

"No", reflexionó Douglas. "Y me enteraría de ello, andando por las granjas como estoy. Además del ganado, este condado es carne de caballo de primera, con todos los criadores y entrenadores. Se alzarían en armas si se supiera, o incluso se sospechara, que hay un depredador suelto".

"Así lo veo yo", convino Troy, acariciando distraídamente a Gato, que ahora yacía sobre su hombro ronroneando como un demonio. "Pero sin duda había algo ahí fuera, en mi granero, y quiero saber qué".

Douglas miraba a Cat, que parecía devolverle la mirada con una mirada amplia y sin pestañear.

"Um. Claro", dijo, sonando distraído. "Iré contigo. ¿Tienes una pistola tranquilizante?"

"Sí, pero sólo uno. Será mejor que te dé una escopeta. No hay forma de que ninguno de los dos entre ahí desarmado. Te digo que, sea lo que sea esa cosa, no hay que andarse con chiquitas".

Douglas parecía aliviado. Cat, como si presintiera que los hombres estaban a punto de moverse, saltó graciosamente al suelo, aterrizando sin hacer ruido. Troy cruzó hasta el pasillo, donde había un pequeño armero colgado en lo alto, y descolgó una escopeta. La cargó de una caja que había en el armario del vestíbulo y se la acercó a Douglas.

"Guardo esto por si algo persigue a los caballos. Siempre es mejor tenerlo y no necesitarlo".

"De acuerdo", dijo Doug con fervor, cogiendo la escopeta. "Vale, vamos a ver qué pasa".

Siguiendo a su amigo por la puerta trasera, Troy se detuvo, mirando hacia atrás. "¿Vienes, gatito bonito?"

Gata saltó sobre la mesa y se sentó firmemente, con las patas delanteras juntas y la cola envolviéndolas. Lo miró fijamente con sus grandes ojos dorados.

"Supongo que no. De acuerdo, entonces".

Sin embargo, Cherie salió corriendo cuando él cerró la puerta y siguió a Douglas. En el granero, tras abrir de par en par las grandes puertas y encender las luces del techo, ambos hombres se inclinaron para estudiar el suelo. Olfateando con interés, Cherie soltó de repente un gruñido y se le erizaron los pelos.

"¡Mierda!" Douglas se enderezó, mirando alrededor del granero, la miríada de establos y los montones de heno y paja. Su agarre de la escopeta se tensó. "¿Seguro que no está aquí dentro?"

"No, seguro que salió por detrás. Vi la luz al abrirse y cerrarse la puerta del perro". Troy estaba en la parte trasera del granero, examinando la trampilla del tamaño de un perro. Se

levantó, sujetando unos trozos de pelo que se habían raspado en los laterales. "Negro, gato grande, así que pantera o leopardo negro. ¿Qué demonios? ¿Por qué hay una pantera suelta en el norte del estado de Nueva York y por qué nadie lo sabe?".

Se acercó al lado de Doug, mirando las huellas en el serrín, y soltó un silbido largo y lento. "Es un gato condenadamente grande. Nunca he visto un leopardo tan grande, y eso que hice prácticas en un zoo. ¿Qué demonios hacía en mi granero? Y ahora que lo pienso", se giró para mirar las puertas del granero. "¿Cómo demonios se cerraron esas puertas? Siempre las mantengo abiertas durante el día, hace demasiado calor para arriesgarse a que se acumule aquí".

Los ojos de Douglas se entrecerraron cuando su mirada se posó en las puertas del granero. "¿Estaban cerradas?"

"Bastante cerca. El de la izquierda estaba abierto lo suficiente para que alguien pasara quizá".

"Mierda".

"Te estás repitiendo", le dijo Troy.

"Sí, lo siento". Douglas pareció pensárselo y se dirigió hacia las puertas. "Vamos a hablar de esto dentro".

Troy le miró fijamente durante un minuto. ¿Qué más daba dónde hablaran de ello? "Pues claro". Silbó llamando a Cherie; de ninguna manera iba a dejarla fuera con un gran gato depredador suelto.

De vuelta a la casa, Troy cogió otras dos cervezas de la nevera y le pasó una a Douglas antes de dirigirse al salón. Apenas se había acomodado en el gran sillón reclinable de cuero cuando Cat ya estaba en su regazo, ronroneando y metiendo la cabeza bajo su mano. Siguiéndole los pasos, Cherie se dejó caer con un enorme suspiro perruno sobre la alfombra de la chimenea.

Troy acarició automáticamente el espeso pelaje de Gato, sumido en sus pensamientos. "Tengo que avisar a los vecinos. Algunos también tienen caballos y ganado. Por no hablar de los perros". Se pasó una mano por el pelo. "¿Qué voy a hacer? Tengo los caballos. Puedo cerrar las puertas del establo por la noche, pero necesitan estar fuera durante el día. Y luego está Cherie. Protege el lugar de los intrusos humanos, pero no sería rival para un gato grande".

Douglas se sentó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. "Sí, no me digas. Una vez tuve un amigo en Pasadena, cuando tenían un problema con los pumas. Estaba en su patio trasero con su Akita y vio un puma subido a un árbol. Entró en casa para llamar al control de animales, y al volver vio al puma saltando la valla de su jardín, con el Akita en sus fauces. Aquel perro debía de pesar ochenta kilos por lo menos. Y por las huellas de sus patas, este gato es más grande que cualquier puma".

Esperó a que Troy diera un largo trago a su cerveza antes de decir. "Podrías conseguir una de esas llamas de guardia".

Troy se atragantó con su cerveza, consiguiendo tragarla sin salpicar el suelo del salón. En su regazo, Cat tenía espasmos de algún tipo. Troy dejó la cerveza.

"¿Qué pasa, gatito? ¿Tienes una bola de pelo?"

"Es todo ese pelaje grueso. Podrías hacer que la afeitaran", sugirió Douglas con voz servicial.

Cat siseó y saltó del regazo de Troy, atravesando la habitación hasta la cocina, donde se sentó de espaldas a los dos hombres. Douglas soltó una risita.

Troy negaba con la cabeza. "A veces juraría que ese gato entiende inglés".

"Bueno, estaba bromeando sobre la llama", le dijo Douglas, "Se sabe que se enfrentan a coyotes, pero no creo que pudiera enfrentarse a un leopardo. De todos modos, no sé si protegerían a los caballos. Se utilizan sobre todo para las ovejas".

"Galahad es un semental y podría proteger a las yeguas. Aun así... hombre, esas huellas eran

muy grandes. ¡Y estaban justo en mi establo! No me gusta, Douglas. Creo que preguntaré a mis chicos que vienen por las mañanas si pueden quedarse por aquí, quizá turnarse para vigilar el lugar hasta que yo llegue a casa. Y un cuerno". Exhaló una bocanada de aire y se pasó una mano por el pelo. "Acabo de decirle a Katerina que puede salir a dibujar durante el día, cuando yo no esté".

"Oh, claro que no", asintió Douglas con fervor. "De ninguna manera debería estar sola ahí fuera".

"Gruñó", dijo Troy de repente, recordando. "Estaba fuera, a punto de abrir la puerta del granero cuando lo oí. Se me erizó el vello de la nuca, Doug. No bromeo. Soy el primero en decir que no sé nada de leopardos en libertad, pero creía que eran depredadores silenciosos".

"Tendré que darte la razón en lo de que no sabemos nada de ellos. Lo que sí sabemos es que hay un gran gato depredador suelto, y yo digo que no te arriesgues".

"De acuerdo. Llamaré a Katerina esta noche y a mis chicos para ver si pueden quedarse. Mientras tanto, tendré mi pistola tranquilizante a mano cuando esté en la propiedad".

"Y que Cherie y Cat se queden dentro". Douglas miraba a Cat, que seguía en la cocina ignorándoles. "Mantén también cerrada la puerta del perro. Es lo bastante grande como para que entre algo".

Troy miró fijamente a su amigo. "¿Estás loco? Ningún leopardo va a entrar en una casa, por muy hambriento que esté".

"Cierto". Douglas asintió, con la mirada fija. "¿Estás dispuesto a arriesgar a Cherie o a Cat por eso?"

Troy se lo pensó un momento. "No. Entiendo lo que quieres decir".

Douglas sintió un cosquilleo en la nuca, esa extraña sensación de sentirse observado. Miró a su alrededor y su mirada se posó en Cat, sentada en la puerta de la cocina. Sí, sin duda le estaba mirando fijamente, con esa mirada firme y sin pestañear que sólo los gatos podían lanzar.

"*Fue Beatrice*". Las palabras eran claras como una campana en su cabeza. Fue todo lo que pudo hacer para no saltar. Douglas bajó la barbilla en señal de reconocimiento. "Habló *conmigo*. Amenazó a *Jacinth*, dijo que iría a por ella, así como a por mi hermana".

El infierno. No podía contestarle así, pero podía tranquilizarla respecto a Jacinto. Redirigió su atención hacia Troy.

"Oye, ¿te he dicho que creemos que Benny es muy listo? Ha descubierto que Jacinto es un Djinn, él solito. Y ya lee por encima de su edad".

"No, no lo has hecho. Eh, qué guay. ¿Cómo se dio cuenta?"

Douglas hizo una mueca de dolor. "Molly se cayó a la piscina, y Jacinth entró tras ella y... bueno... se zafó de allí o algo así. Pero Ben le dijo después que ya lo sabía. Bueno, sabíamos que se estaba dando cuenta, había muchas cositas de las que se daba cuenta, y lo juntó todo.... Jacinth se cambió los zapatos en Disneyland en la parte oscura de una atracción, pero pensó que no se había engañado. Y luego pasó lo de la feria mundial en Baskin Robbins".

Troy le miró con aparente desconcierto. "¿Feria mundial en Baskin Robbins?"

"Mmmhmm. Nunca había estado en un Baskin Robbins. Pasamos por allí después de nuestro viaje al centro comercial cuando volvimos de California. Se enzarzó en una historia persa con el universitario que trabajaba detrás del mostrador. He olvidado cómo ocurrió, pero mencionó que había comido uno de los primeros cucuruchos de helado en una Feria Mundial. Que habría sido a principios de 1900. Jacinth seguía diciéndome que Benny lo estaba descubriendo, y yo no la creía, ni siquiera cuando una noche lo sorprendió subido a una silla, mirando dentro de su tetera sobre la repisa de la chimenea."

"¿Su tetera?" Troy se ahogó en una carcajada. "¿De verdad? ¿No una lámpara?"

"No. Al parecer, el Djinn elige el... el recipiente, lo llama... cuando deciden ser Portadores de Deseos. Ella eligió una tetera. De todos modos, Benny cayó por su propio pie". Douglas no pudo reprimir un resplandor de orgullo, se le hinchó el pecho. Benny era un gran chico. "También había empezado a leer muy deprisa, muy por delante de su edad, así que Jacinth se puso en contacto con un Djinn mayor que conoce, Arthur, para que viniera a trabajar con Benny. Dice que está muy impresionado con lo avanzado que está Benny, y está trabajando con él en la lectura. Está con ellos la mayor parte del día, mientras yo trabajo".

Douglas deslizó una mirada subrepticia hacia Cat, que le parpadeó lentamente. Mensaje recibido. Se puso en pie y atravesó la habitación, saltando ligeramente hasta la parte superior del sillón reclinable de Troy, colocándose en una postura relajada sobre el respaldo.

Miró a Troy, que estaba hojeando algo en su teléfono. Esto era una mierda. Su mejor amigo estaba en peligro y ni siquiera podía decírselo. Vacío la cerveza y dejó la lata vacía sobre la mesa.

"Necesito algo más fuerte".

Troy asintió y se puso en pie, sin dejar de mirar el teléfono. "Sí, lo he oído. Estoy buscando cualquier informe sobre un gran felino. Matanzas de ganado, animales desaparecidos. No hay nada, tío". Se frotó la nariz pensativo. "Durante el fin de semana, Katerina dijo algo de que su hermana había sido atacada por un gato salvaje, así que ayer investigué en control de animales y otras clínicas. Nadie ha denunciado nada, y me he remontado seis meses atrás. Ni siquiera hay un informe del ataque a ... Melanthe, ¿verdad? ¿A su hermana? ¿Cómo es posible que el ataque de un gato salvaje a un humano no figure en el sistema? Por no hablar de que uno pensaría que la prensa estaría por todas partes".

Metiéndose el teléfono en el bolsillo trasero, Troy se dirigió al armario y sacó la botella de Chivas Regal. La levantó. "Queda suficiente para un par de dedos cada uno".

"Ya está bien. Nunca pude permitirme esas cosas tan caras".

"Era un regalo. ¿En las rocas?"

"Creo que eso es una especie de herejía, pero... sí".

Troy fue a la cocina, y un minuto después regresó con dos vasos, cubitos de hielo rebotando en el líquido ámbar. Douglas cogió el vaso que le tendían y lo miró fijamente durante un largo minuto. No podía contarle a Troy toda la verdad, al menos no todavía, pero quizá hubiera una forma de conducirlo a ella. Hacerle pensar, en cualquier caso.

"Sabes, esto de los Djinn... y los magos y alquimistas... ha sido bastante salvaje. Quiero decir, ¿quién habría pensado que era real?"

"Oh, claro que sí. Dímelo a mí". Troy dio un trago a su whisky. "Si no lo hubiera visto yo mismo aquella noche en la caseta de Firefly, nunca lo habría creído".

Douglas bebió un poco de la suya, sintiendo el ardor, seguido del hormigueo de calor. Valor holandés, solía llamarlo su madre. "¿Has pensado alguna vez que quizá haya más?"

Troy entrecerró los ojos y miró a Douglas. "¿Más?"

"Sí. Como, no sé. Unicornios y mierdas".

Ahogándose con una bocanada de whisky, Troy maldijo. "¿Estás loco?"

"Oye, estoy a punto de casarme con un genio", se defendió Douglas. Juraría que oyó a Cat reírse en su cabeza, y la fulminó con la mirada.

"¿Por qué sigues mirando a mi gata? No se va a convertir en dragón, ¿verdad?"

Maldita sea, ¡se *estaba* riendo de él!

"No deja de mirarme, por eso. Y no digas dragones. Eso es... tío. No quiero ni hablar de eso".

"Mierda".

"Sí".

Se hizo un breve silencio, sólo roto por el débil tintineo del hielo en sus vasos.

"Pero dijo que nada de vampiros ni hombres lobo, ¿no? Eso está bien".

Douglas hizo un gesto de dolor. "Lo que dijo fue, no exactamente, o algo así".

"¿Cómo es que uno no es exactamente un vampiro?" preguntó Troy.

"Para el caso, ¿cómo es que uno no es exactamente un hombre lobo?". Douglas vio un hueco en esta conversación. "¿Un humano que se convierte en lobo no en luna llena?"

No sabía que los gatos pudieran poner los ojos en blanco, pero desde luego Cat los estaba poniendo desde donde estaba, en su regio esplendor felino, encima del sillón de Troy. También se reía de él. Y Troy también.

"Joder, Doug, ¿estás borracho con dos cervezas y medio chupito de whisky?"

"¡Diablos, no!" Aquello le erizó los pelos, y Douglas fulminó con la mirada a su mejor amigo. "Piénsalo. En serio. Genios que conceden deseos de un cuento de hadas del siglo X. Pero son reales. Tú y yo lo sabemos, más allá de toda duda. Así que eso abre la puerta a preguntarnos... ¿qué más? ¿Qué más es real, que siempre pensamos que era imposible?"

"Mierda".

"Ya lo habías dicho antes".

"Probablemente volveré a decirlo", admitió Troy. Reflexionó sobre su whisky. "¿Qué dice Jacinto?"

Douglas se encogió de hombros, dando otro trago. "Nada. No quiere hablar de ello en absoluto y, si le pregunto, se ríe y se niega a confirmarlo o negarlo. Pero te diré una cosa. Los Djinn tienen un Consejo. Como un órgano supervisor, ¿no? Pero hay otro Consejo, un Alto Consejo, en el que hay Djinn".

Troy se sentó hacia delante, con aire alerta mientras reflexionaba. "¿Así que estás diciendo... que podría haber otros Consejos como el de los Djinn, y que tienen representantes en este Alto Consejo?"

"Sí, eso es exactamente lo que estoy pensando".

Troy se hundió en su sillón, mirando fijamente a Douglas. "Pues que me aspen", dijo lentamente. "Hay todo un mundo ahí fuera de otros tipos de seres de los que no tenemos ni idea".

"Una de las funciones del Consejo de Djinn, concretamente, es asegurarse de que los humanos no se enteren de que los Djinn son reales. Deduzco que ciertos Djinn de alto rango son capaces, de algún modo, de eliminar recuerdos de sí mismos".

"Todavía me acuerdo", objetó Troy.

Hizo falta toda la fuerza de voluntad que Douglas poseía para no mirar a Cat. "Sé que hay humanos que se consideran de confianza, y no sólo los que encuentran una nave Djinn y consiguen los deseos. El director comercial de Julian, Jackson, es uno de ellos". Sonrió y se acercó para chocar su vaso contra el de Troy. "Enhorabuena, colega. Supongo que has dado la talla".

Troy dio un trago lento a su whisky. "De confianza". Le invadió un calor que provenía de algo más que del alcohol. "Eso me gusta".

"Es como estar en un club selecto y exclusivo, ¿sabes?". Douglas sonrió de repente. "Quizá deberíamos darnos un apretón de manos secreto".

Troy estiró las piernas hacia delante, cruzándolas por los tobillos. "Podríamos ampliar nuestro negocio. SuperVeterinarios".

Douglas tenía la mirada perdida. "¿Eh?"

"Ya sabes... Sobrenatural... Sobrenatural. Veterinarios de lo sobrenatural. Ayudan a los hombres lobo a dar a luz a pequeños bebés lobo".

Un resoplido le llegó desde arriba. Se giró en la silla y vio a Gata tumbada con las patas delanteras bien metidas en el respaldo de la silla. Le miraba enigmáticamente.

"Juro que ese gato es humano", murmuró, dándose la vuelta para relajarse en su silla. Volvió a prestar atención a Douglas. "Y oye, ¿qué pasa con los unicornios? ¿Cómo dan a luz si los bebés tienen ese cuerno tan largo? ¿O nacen sin el cuerno y les crece más tarde?".

Doug se inclinó hacia delante, con los antebrazos apoyados en las rodillas y el vaso aún en la mano derecha. "No, tío, lo que de verdad quiero ver es un grifo. Sería genial. Caballo, león y águila".

"Creía que sólo eran león y águila", objetó Troy. "En el instituto estudié mitología, cubrimos todas esas cosas".

Encogiéndose de hombros, Douglas bebió el resto de su whisky. "¿Has visto alguna vez una de verdad? ¿Quién puede decir que estén en lo cierto? De todos modos, estoy bastante seguro de que el cuerpo era de caballo, las patas traseras, la crin y la cola de león, las alas, la cabeza y las garras de águila".

"Estás pegado a los caballos, tío".

Douglas resopló. "Tengo cien que dicen que tengo razón".

"Te toca. Además, si aciertas, podrás ayudarla a parir a sus potrillos; si acierto yo, podré parir a los cachorros".

El sillón se sacudió cuando Cat se lanzó al suelo, aterrizando con un suave golpe. Les dirigió una mirada de disgusto por encima del hombro y se marchó trotando, con la cola en alto, mientras desaparecía escaleras arriba.

"¿Cuál es su problema? murmuró Troy mientras bebía.

"Es una gata".

"Ah, sí". Troy sonrió, sintiéndose orgulloso de su gata, con mal carácter y todo. "Es condenadamente guay, ¿verdad?".

Douglas se rió entre dientes. "Supongo que sí. Para ser un gato".

Ya lo he oído.

Troy levantó bruscamente la cabeza. "¿Qué ha sido eso?"

Ut oh. "¿Qué era qué?". Douglas puso cara de inocente curiosidad. Observó la mirada de su amigo recorrer el salón.

"¿No has oído nada?" preguntó Troy con el ceño fruncido.

"¿Cómo qué? Douglas dudó, no quería mentir. Si Troy dijera realmente que oía la voz en su cabeza, Douglas también se sinceraría, pero ésta era una conversación con la que se sentiría cien por cien más cómodo si Jacinth estuviera aquí. Y ese maldito gato también. Aunque al menos eso les permitiría poner todas las cartas sobre la mesa. Sin embargo, Troy se encogió de hombros y se recostó en su sillón reclinable.

"Nada. Quizá sólo el viento".

Uf. Bala esquivada. Pensando que ya le había dado a su amigo suficiente material para reflexionar por el momento, Douglas se puso en pie, estirándose.

"Será mejor que vuelva a la clínica. Cuando saliste de allí como si te ardiera el rabo, hice que Holly dijera a tus citas que estabas fuera por una llamada de urgencia".

"Sí, gracias. Dile que vendré después de comer. Voy a dejar salir a Cherie, a ver cómo están los cachorros y a llamar a algunos de los chicos para ver si hay alguien aquí durante el día. También quiero pasarme por la posada y advertir a Katerina de que no venga a menos que haya

alguien. Entonces entraré".

Douglas se detuvo, con una mano en el pomo de la puerta, y miró hacia atrás. Recordaba con demasiada claridad la descripción que Jacinth había hecho del leopardo aquel día en el bosque, hacía unas semanas. Le estaba matando no poder advertir directamente a su amigo. "No salgas sin tu pistola tranquilizante, o el rifle, ¿vale? Que estuviera tan cerca de una residencia humana, y dentro del granero, no está bien. Ten cuidado".

"Maldita sea", juró Troy. "Si hubieras oído ese gruñido... créeme, voy a estar casado con esta pistola tranquilizante hasta que atrapemos lo que sea".

CAPÍTULO 22



MIENTRAS MANTENÍA LA puerta abierta para que su último paciente saliera de la consulta cuidadosamente acunado en brazos de su dueño, Troy siguió al Sr. Bojczuk y a su esponjoso gato persa blanco por el pasillo hasta la recepción. Holly, la recepcionista, levantó la vista.

"¡Oh, Dr. Shelton! Se ha cancelado tu cita de las 11 de la mañana. Era el Sr. Dodson, ha dicho que Seraphina está mejor esta mañana, así que va a esperar a ver qué pasa".

Asintió con la cabeza y miró el reloj de pared. Eso le daría tiempo para llamar a Katerina y explicarle la situación. "¿Cuándo es mi próxima cita?"

Holly frunció el ceño ante el monitor, desplazándose hacia abajo. "Nada más hasta después de comer. Tienes a la señora Mendoza trayendo a su nuevo gatito Manx para vacunarlos a la una de la tarde".

Ése sí que era un buen momento. En lugar de llamar, se dirigiría a la posada, a ver si Katerina salía a comer con él. Maldita sea, odiaba tener que decirle que se mantuviera alejada. Aunque no estaría allí para verla cuando viniera a dibujar, le había gustado la idea de que estuviera allí, en su casa. Incluso se la había imaginado sentada en la hierba, a la sombra de los árboles, con un bloc de dibujo en una rodilla y su material artístico por ahí.

A esta atractiva visión se añadía ahora la imagen mucho menos grata de un leopardo negro agazapado en una robusta rama sobre Katerina mientras ésta esbozaba, toda desprevenida. Aunque no lo admitiría ante nadie más que ante sí mismo, el recuerdo de aquel gruñido del interior del granero aquella mañana aún le erizaba el vello de la nuca. No, de ninguna manera quería que Katerina saliera sola, no hasta que atraparan a esa cosa.

"Entonces me voy a tomar un largo almuerzo", le dijo a Holly. De repente, todo el día parecía más luminoso ante la perspectiva de volver a ver a Katerina, mientras buscaba las llaves en el bolsillo. Se detuvo en su despacho el tiempo suficiente para quitarse la bata blanca, colgarla en el gancho detrás de la puerta y salir por la puerta trasera. Parpadeando contra la repentina luz del sol, casi chocó con otra figura vestida de blanco que estaba a punto de entrar en el edificio. Retrocedió disculpándose, al reconocer a Beatrice.

"Ah, hola. Perdona".

Ella le sonrió, con sus ojos verdes brillantes, su mirada felina acentuada por el delineador oscuro. Llevaba el pelo recogido en una ordenada trenza. "No pasa nada, doctor Shelton. ¿Cómo se encuentra esta mañana?"

Tuvo que evitar sacudir las llaves, impaciente por irse. "Estoy bien, gracias. ¿Cómo van las cosas por tu parte?"

"Todo está bajo control, como siempre. ¿Vas a salir?"

"Voy a comer temprano, ya que me han cancelado a las 11 de la mañana".

Inclinó la cabeza, su sonrisa se ensanchó y sus ojos esmeralda brillaron con intensidad. "¿Quieres compañía?", ronroneó, acercándose.

Troy tragó saliva, recordando de repente cómo ella se había deslizado cerca de él en su camión el día del almuerzo de empleados, apretando su muslo contra el de él. Cerca de aquel pensamiento estaba el relato de Jacinth y Douglas sobre la única cita a la que Douglas había llevado a Beatrice, y el resumen que hizo Douglas de su actitud en aquella ocasión como "melenuda". Troya reprimió un escalofrío.

"Eh... no", dijo rápidamente. "Voy a visitar a un amigo".

Los labios rojos y carnosos de Beatrice formaron un mohín, pero Troy pasó junto a ella y se apresuró hacia su camioneta. Cuando estuvo dentro, con la puerta bien cerrada, se dio cuenta de que estaba sudando. ¡Sudando! Joder.

Aun así... ¿qué le pasaba, se preguntó, mientras giraba la llave en el contacto y el motor cobraba vida? No tenía ningún interés en Beatrice, pero tampoco era tímido como para volverse atrás y huir cuando una mujer hermosa y sexy dejaba claro su interés. De hecho, pensaba que tenía un ego bastante sano, muchas gracias. Entonces, ¿qué tenía ella que le hacía sentir que había esquivado una bala cada vez que escapaba de su presencia?

¡Y ya está! Golpeó el volante con la mano, exasperado. "Escapé de su presencia", ¿en serio? Empezaba a sentir que todo su mundo era un skewy-whompus. Primero, no le interesaba que una mujer lo persiguiera, por muy hermosa que fuera, incluso antes de conocer a Katerina. Luego Jacinth se convierte en un genio -Djinn- delante de él. Y toallas dobladas en su cuarto de baño. Y aún peor que todo lo demás fue lo de la voz en su cabeza, ¿a qué venía todo eso? Afortunadamente no había vuelto a ocurrir, por lo que estaba agradecido.

Puso la camioneta marcha atrás y miró por el retrovisor para asegurarse de que estaba despejado, y la vio de pie junto a la puerta de la clínica, con una mano en el pomo, pero girada, observándole mientras salía de la plaza de aparcamiento.

Maldita sea. *Era* preciosa. Guapísima, al estilo de Hollywood. Al menos debería sentirse halagado, aunque no estuviera interesado en ella. Cualquier hombre de sangre roja lo haría. Pero no fue así. Lo que sintió fue acechado. Como un ciervo en el punto de mira del rifle de un cazador.

Al girar de la entrada a la carretera, sonrió ante la perspectiva de volver a ver a Katerina. Su pintoresco rostro de duendecillo apareció ante él en su mente. No era una belleza como Beatrice, con sus rasgos triangulares y puntiagudos y sus ojos anchos y dorados que le resultaban tan extrañamente familiares. Pero tenía un encanto del viejo mundo que recordaba a Leslie Caron y Audrey Hepburn. Su impresionante sonrisa le resultaba mucho más atractiva que las muecas seductoras de Beatrice.

Se dio cuenta de que pisaba el acelerador con más fuerza y lo aflojó, riéndose de sí mismo. ¡No la vería antes si le ponían una multa por exceso de velocidad!



TROY ENTRÓ EN el aparcamiento y vio con alivio el pequeño deportivo azul de Katerina. Entonces ya estaba aquí. Entró en la posada y se detuvo en el mostrador del vestíbulo, atendido por un hombre negro, alto y mayor, con el pelo canoso y corto. Estaba sentado ante un ordenador, con el ceño fruncido frente a la pantalla, pero se levantó cuando Troya se acercó al

mostrador.

"Buenos días. ¿Puedo ayudarle?"

"Vengo a ver a Katerina Kazakis".

El hombre... su etiqueta decía Angus... cogió el teléfono y marcó un número. "Aún no la he visto esta mañana. Deja que la llame y le avise de que estás aquí, ¿señor....?".

"Es el doctor Troy Shelton". Su mirada se deslizó apreciativamente hacia el peludo perro blanco enroscado alrededor de un pequeño gato gris cerca de la puerta principal. "Veterinario".

"Ah".

Troy podía oír el timbre del teléfono de su habitación a través del auricular. "Su coche está fuera".

Angus se encogió de hombros. "A veces coge un Uber. No debe de estar". Su sonrisa fue rápida, los ojos oscuros brillaron con humor. "Es una casa antigua. Si se estuviera duchando, oiríamos resollar las tuberías".

Troy se rió apreciativamente. "Tuve que cambiar todas las tuberías de mi casa hace unos años". Se inclinó hacia delante, con los brazos cruzados sobre la encimera, mientras miraba a Angus pensativo. El hombre mayor ni se había inmutado cuando Troy preguntó por Katerina. "¿Te ha dicho que tiene un acosador?".

"Guau". Angus se enderezó y su mirada aguda se fijó en Troya. "No, ni una palabra".

"Tenía la sensación de que no. Por eso está aquí. No está segura en su propia casa".

El hombre mayor asintió, con la mandíbula apretada. "Aquí estará a salvo. Éste es mi local. Hablaré con mis empleados, nadie sabrá nada si alguien viene preguntando por ella". El ordenador emitió un pitido y él pulsó un botón con impaciencia, cortando el sonido. "Me dijo que estaba aquí recuperándose de una lesión. ¿Tiene algo que ver?"

¿Una herida? Troy recordó los momentos que había pasado con ella. No había notado ninguna herida. Cuando habían bailado, se había sentido ligera como una pluma en sus brazos. Tampoco había dado la menor señal de incomodidad cuando habían cabalgado.

"No sé nada de una lesión, pero sólo la conozco desde hace una semana o así. Es buena amiga de la prometida de mi compañero. No creo que me hubiera hablado del acosador, si no la hubiera visto observando detrás de nosotros cuando la llevé a cenar hace unas noches. No me dijo mucho, pero sé que está asustada. Muy asustada".

"Tiene que ser grave si ha abandonado su casa", coincidió el hombre mayor. "Creía que era a la prensa a quien estaba esquivando. Es una mujer famosa".

"Probablemente también los esté esquivando, con eso de estar desaparecida", convino Troy. La semana pasada había leído algo sobre la diseñadora de moda grecoamericana. "Aunque habría pensado que habrían abandonado esa historia desde que su representante hizo esa declaración la semana pasada. Pero no es por eso por lo que ha tenido que abandonar su casa". Buscó su cartera, sacó su tarjeta de visita y garabateó la dirección de su casa en el reverso. "Si alguna vez tienes algún problema o estás preocupada, llámame. Sólo vivo a un par de kilómetros".

Angus cogió la tarjeta y levantó las cejas, sorprendido. "¡Sé dónde está! Paso por tu casa casi todos los días. Tienes esa granja de bordes azules apartada de la carretera y esos grandes caballos negros. También te he visto cabalgando por el arcén un par de veces".

"Sí, eso es casa".

Angus se volvió para mirar por la ventana delantera cuando un coche entró en la entrada y se detuvo ante el porche. "Ya está aquí".

Katerina entró en la habitación como un torbellino de energía, pero se detuvo justo delante de la puerta cuando lo vio. Troya vio cómo se le iluminaba el rostro y avanzó con paso acelerado.

"¡Troy!"

Ella se precipitó hacia delante, con el pulso acelerado, mientras él le rodeaba la cintura con el brazo, atrayéndola a su lado.

"Buenos días".

Su profundo estruendo la hizo estremecerse. Tuvo que resistir el impulso de frotarle la mejilla contra el pecho, como habría hecho Cat. Levantó la cabeza para mirarle a él y luego a Angus.

"¿Ocurre algo?" preguntó ella. Ambos hombres tenían expresiones serias, como si ella hubiera entrado en alguna discusión profunda. "Creía que estarías en la clínica a estas horas".

"Necesito hablar contigo", admitió Troy. Le dio un codazo en el hombro, con voz regañona. "No le habías contado a Angus lo de tu acosador. Deberías haberlo hecho".

Sintió que la sangre se le escurría de la cara y que la boca se le secaba de repente. "Dios mío", susurró. "Nunca lo había pensado. He sido tan cuidadosa. ¿Ha... ha estado aquí?".

"No, no", se apresuró a tranquilizarla el hombre mayor. "Nadie ha venido preguntando por ti. Al menos, sólo el doctor Shelton. Pero tiene razón, es algo que debemos saber. No es que no respetemos tu intimidad, pero si llegara alguien preguntando por ti por tu nombre, no tendríamos motivos para sospechar."

Respiró hondo y se tranquilizó. "Sí, tienes razón. Es que... no se me había ocurrido".

"¿Tienes una descripción?" preguntó Troy. "Aunque no tengas su nombre, aquí pueden alertarte si aparece alguien y pueden avisarte".

"Podemos hacer algo mejor", añadió Angus, inclinando la cabeza hacia la esquina del techo que había sobre el escritorio. "Una cámara de seguridad. Tendríamos una imagen para dar a la policía".

"Sólo la vi una vez", dijo Katerina con aire dubitativo, frunciendo las cejas al recordar el día de la feria. "Y fue muy brevemente, entre una multitud. Jacinto la habría visto mejor. Tenía el pelo rojo oscuro -... como rojo vino- y los ojos verdes. Verde esmeralda profundo, lo recuerdo específicamente porque me miraba fijamente, con tanto odio...". Se interrumpió, estremeciéndose, y sintió que el brazo de Troy la estrechaba. "Era más alta que yo, al menos, ésa fue la impresión que me dio. Como ya he dicho, sólo fue un instante".

Deslizó una mirada bajo las pestañas hacia Troy, preguntándose si había reunido la descripción con el técnico veterinario de su clínica. Al parecer no, porque estaba intercambiando miradas de macho protector con Angus. Se abstuvo de poner los ojos en blanco. No es que no estuviera agradecida por sus actitudes protectoras; la idea de volver a encontrarse cara a cara con Beatrice era poco menos que aterradora.

Angus estaba tomando nota. "Se lo comunicaré a nuestros empleados, Sra. Kazakis. Si viene alguien que coincida con esta descripción, negaremos conocerle y nos aseguraremos de que lo sepas inmediatamente".

"Te lo agradezco", le dijo con verdadera sinceridad. Levantó la cabeza para mirar a Troy. Había olvidado lo alto que era hasta que estuvo a su lado. Como Gato, por supuesto, todos los humanos sobresalían por encima de ella. "¿Va todo bien? Supuse que estarías en la clínica esta mañana". Sabía muy bien por qué estaba aquí, pero no quería que lo supiera.

Una mirada preocupada se posó en su rostro atractivo y escarpado. "Tenía una cancelación, así que he venido. No quería hablar de esto por teléfono".

Angus hizo un gesto hacia el comedor, a través del arco que había frente al vestíbulo. "A media mañana como ahora, es probable que no haya nadie si quieres. Sírrete las bebidas".

"De acuerdo, entremos aquí y hablemos", sugirió, saludando a Angus con la mano mientras

se giraba para guiarla hacia el salón, a la derecha de la recepción. Se volvió para sonreír a Troy por encima del hombro. "Hacen una limonada recién exprimida que es maravillosa".

La siguió a la gran sala que daba al jardín delantero. Ella eligió una mesita cerca de la ventana delantera, donde el sol de última hora de la mañana se filtraba a través de las cortinas de gasa. Le hizo un gesto para que se sentara, cruzó la sala hasta la mesa de los refrescos, llenó dos vasos de una jarra alta de limonada helada y los llevó de nuevo a la mesa. Le puso uno delante y se sentó frente a él.

"¿Qué pasa? Pareces serio".

Troy no respondió inmediatamente. No había pensado más allá de llegar hasta aquí para hablar con ella, no había pensado en las palabras que utilizaría. De repente, era de vital importancia que ella no pensara que estaba inventando excusas para evitar que la visitara. Dio un sorbo a la limonada, deteniéndose un momento. Notó el dulce sabor en la lengua, pero no lo apreció como podría haberlo hecho si no hubiera estado intentando averiguar cómo empezar.

"Tenía que advertirte de que vinieras a mi casa", soltó. Expulsó un profundo suspiro. Estupendo. No quería empezar así. Se apresuró a añadir: "No porque no te quiera allí. Me preocupa que pueda ser peligroso. Ayer eché a un gato grande de mi granero. No un gran gato doméstico, sino uno grande y salvaje, quizá un leopardo. No lo vi, pero vi sus huellas, y aquella cosa..." hizo una pausa, pasándose la mano por el pelo, oyendo aquel gruñido amenazador desde las oscuras profundidades de su granero. "Aquella cosa era enorme. Dejó algunos pelos en la trampilla para perros que había puesto para que Cherie entrara y saliera. Sin duda era un leopardo negro, pero mucho más grande".

Vio cómo fruncía el ceño, ansiosa, y sus bonitos labios se fruncían. "¿Un leopardo? Eso es lo que mi hermana dijo que la atacó, hace un par de meses. Pero, Troy, ¿qué haría un leopardo en el norte del estado de Nueva York?"

"Esa es la gran pregunta. Es más, ¿qué estaría haciendo en mi granero? Ni siquiera es que hubiera presas en el granero. Si perseguía a los caballos, estaban en el campo y Cherie en casa. Hay suficientes arroyos y riachuelos en los alrededores como para que no estuviera desesperada por conseguir agua".

Ella asintió pensativa, dando un largo sorbo a su limonada. Él observó la delgada línea de su garganta mientras ella tragaba, y luego desvió rápidamente la mirada antes de que ella lo descubriera mirándola.

"No sé mucho sobre gatos depredadores salvajes -admitió-, pero habría pensado que evitarían las viviendas humanas. Incluso un granero, y el tuyo está bastante cerca de tu casa. Melanthe estaba en el bosque, al menos".

"Exacto". Se sintió aliviado de que ella comprendiera la preocupación. "No es que quiera evitar que vengas a dibujar, pero me preocuparía por tu seguridad. Éste no es el comportamiento normal de un gato salvaje. Supongo que podría tratarse de una mascota ilegal fugada, pero eso no me consuela. De hecho, eso es aún más preocupante, porque habría perdido su miedo natural al hombre. Sabes, después de que me contaras lo de tu hermana, ayer pasé un rato poniéndome en contacto con varias agencias de control de animales, refugios, y nadie ha oído nada de un leopardo, ni de ningún tipo de gato salvaje suelto. Aparte de los gatos monteses que vagan por todo el noreste, y algún lince ocasional, pero nada parecido a lo que estamos hablando."

"Parece que Melanthe no lo denunció", admitió Katerina, suspirando. "La insté a que lo hiciera, y dijo que lo haría, pero... estaba tan conmocionada, y acababa de tener a los bebés, que entiendo que lo dejara pasar, ya que estaba a salvo".

Troy asintió. "Voy a ponerme en contacto con los chicos que vienen a ayudar con los

caballos por las mañanas, a ver si se quedan a merodear por el lugar. También con las armas", añadió, recordando de nuevo aquel gruñido grave y profundo. "Pero hasta que pueda establecer algún tipo de horario, preferiría que no estuvieras allí. Al menos, que no estuvieras fuera solo".

Para su alivio, Katerina asintió enérgicamente, con el pelo negro despeinado revoloteándole por la cara. "Preferiría no encontrarme cara a cara con un leopardo hambriento. O incluso - añadió, aparentemente pensándose- a uno que no tenga hambre". Pareció suspirar. "Me encantaba la idea de poder acercarme a dibujar allí. Quizá cuando haya algunos hombres por allí durante el día. ¿Me mantendrás informada?"

"Por supuesto". Cruzó la mesa y le cogió la mano. Tenía los dedos largos y finos, delicados, con las uñas pintadas de un rosa suave. Era curioso, él habría pensado que una diseñadora famosa y elegante tendría unas uñas rojas y atrevidas. Al menos, si hubiera pensado en ello, cosa que no había hecho hasta ahora. Sin embargo, Katerina no tenía nada de atrevida o agresiva. Simplemente... lo era.

Tuvo un repentino ataque de genialidad y sonrió. "Tal vez, si no estás ocupada, ¿podrías venir el fin de semana? Estaré en casa, pero trabajando con los caballos, ejercitándolos, haciendo las tareas de la casa. No te estorbaría mientras haces bocetos, y quizá podría echar unos filetes a la parrilla a la hora de cenar, si te apetece".

Sus ojos dorados parecieron brillar. ¿Dónde había visto antes aquellos ojos? Le resultaban tan familiares y, al mismo tiempo, tan extraños, anchos y un poco inclinados. Su mano giró bajo la de él y sus dedos apretaron los suyos, más grandes, mientras sus labios se curvaban en una sonrisa de satisfacción.

"Me encantaría, Troy. Debería hacerme ese boceto de Cherie, lo llevaré conmigo".

Le soltó la mano, a regañadientes. Le gustaba cómo su mano se metía en la suya, tan pequeña pero encajando perfectamente. ¿Se preguntaría si seguiría viniendo a visitarla si supiera lo atraído que se sentía por ella? No creía que tuviera ningún falso pudor, pero vaya. ¡Era famosa! Se movía por el carril rápido, con una casa adosada en un escaparate y un lujoso coche deportivo, tratando con modelos de moda y paparazzi y quién sabía qué más, mientras que él sólo era un veterinario, un tipo de campo en el fondo. Un tipo familiar.

Tal vez no hubiera futuro para ellos, pero al mirar aquellos ojos dorados como una moneda antigua, su pelo de ébano enroscándose salvajemente en torno a su rostro, sus labios anchos y suaves, supo que al menos quería averiguarlo. No podía marcharse sin al menos intentarlo.

Miró el reloj. "¡Eh! Todavía tengo hasta la una antes de mi próxima cita. ¿Quieres ir a comer algo? Hay una charcutería a un par de kilómetros, podríamos comprar unos bocadillos y llevarlos al parque, sentarnos junto al estanque mientras comemos".

"Qué gran idea", dijo Katerina con entusiasmo, con los ojos brillantes y una amplia sonrisa. Se levantó de la mesa y cogió los vasos. "Los llevaré a la cocina y veré si Renee, la mujer de Angus, tiene sobras de pan. Podemos dar de comer a los patos, ¡será divertido!".

Media hora más tarde paseaban cogidos de la mano por el sendero que iba desde el aparcamiento hasta la orilla del agua, discutiendo amigablemente sobre si se trataba de un lago pequeño o de un estanque grande.

"Cualquier cosa que pueda recorrer a pie en menos de una hora es un estanque", insistió Katerina tercamente. Troy llevaba la bolsa con su almuerzo, mientras que en la mano libre sostenía una gran bolsa de plástico llena de restos de gofres belgas.

Sonó la rica risita de Troy. "Tienes razón. Me gusta este parque porque está lo bastante cerca como para que pueda ir a caballo, y los campos de más allá son lo bastante grandes como para darles a los caballos un buen galope."

Katerina se hundió en la hierba, cruzando las piernas bajo ella. Se inclinó para mirar dentro de la bolsa mientras Troy bajaba su corpulento cuerpo detrás de ella. Sacó un bocadillo envuelto con la inscripción H&S y se lo dio.

"Tu jamón y queso suizo, milady".

Ella le sonrió, desenvolvió un extremo y dio un generoso mordisco. "Mmm", murmuró entre dientes. Riéndose, le dio un refresco en lata y luego sacó su propio bocadillo.

Desplegó una pierna, extendiéndola hacia el agua que chapoteaba suavemente en la orilla cubierta de hierba. "Voy a echar de menos este tipo de días", suspiró un poco. "En cuanto tenga que volver al trabajo".

Troy sintió que la alarma se agitaba y se apresuró a tragar el bocado para poder hablar. "¿Será pronto? ¿Tienes que irte?"

"Muy pronto, supongo". Miró fijamente su bocadillo, aunque su mirada parecía distante, sus ojos desenfocados. "El diseño en sí lo hago desde casa, y puedo hacer gran parte de la parte comercial a través de Internet, por supuesto. Pero hay reuniones y demás, y puede que pase unos días a la semana yendo y viniendo a Manhattan. Tengo que decidir qué quiero hacer. Ahora mismo me siento tan resistente a ello, a volver al caos, a las exigencias, a las prisas. Es como un pandemónium continuo. De verdad. No tienes ni idea".

"¿Pero ya no estás segura de quererlo?". Preguntó con cautela. "El otro día dijiste algo al respecto".

Ella asintió, dando otro mordisco a su bocadillo. Esperó, esforzándose por contener su impaciencia.

"No es algo que pueda dejar así como así", dijo finalmente, dando un trago a su refresco. "Si lo decido, tengo que poner las cosas en marcha. La próxima colección de primavera ya está en marcha. Las ilustraciones están hechas, se han elegido los materiales, se están creando los tejidos mientras hablamos. Se han contratado modelos. Tengo que llevarlo a cabo. Pero después...". Su voz se apagó y se quedó mirando a lo lejos durante un largo rato. Por último, le dirigió una mirada preocupada. Troya quiso calmar la arruga de preocupación de su entrecejo.

"Después de eso, ¿qué?" preguntó con voz suave.

"Tengo que estar seguro de que eso es lo que quiero hacer. Es decir, esta sensación de estar cansado de todo, quizá sea algún tipo de reacción a la situación con esta mujer, ¿sabes?". Preguntó con seriedad. "Quizá cuando eso se resuelva vuelva a estar contento con lo que hago".

Excepto, pensó, que ella no parecía muy segura de ello.

"No me pareció -dijo lentamente, eligiendo sus palabras con cuidado- que hubieras sido tan feliz incluso antes de esto, por lo que me habías contado antes".

Ella arrugó la nariz, parecía adorable, y él no pudo evitar sonreír.

"Es cierto. Pero necesito estar segura, muy segura. Es una decisión importante que sería bastante definitiva. No es algo que pueda frenar, luego cambiar de opinión y decidir retomarlos de nuevo. Una vez que lo he puesto en marcha, ya está". Levantó las dos piernas, las rodeó con los brazos y apoyó la barbilla en las rodillas. "Angus, allí en el bed and breakfast, solía ser gerente nocturno en uno de los grandes hoteles de conferencias de la ciudad. Y Renee, su mujer, era cocinera en un restaurante de lujo".

Troya esperó, intrigado por aquel repentino cambio de tema. "¿Ah, sí?"

"Mmhmm. Es una cocinera experta y se cansó de que siempre le dijeran lo que tenía que hacer. Y Angus vio que podían trabajar por su cuenta, con la experiencia de él y las habilidades de ella. Así que compraron aquella casa grande y vieja y la reformaron. Ahora los dos son felices, haciendo lo que quieren".

Asintió con la cabeza. "Se arriesgaron... y mereció la pena".

Ella le sonrió. "¡Sí, exactamente! Lo están haciendo muy bien. Renee está muy contenta, cocinando como una loca y experimentando todo lo que quiere con todo tipo de platos para los invitados. He bajado a pasar un rato en la cocina y hablamos".

Vale, se estaba haciendo una idea. "Siempre quise ser veterinario", le dijo, tumbándose en la hierba y cruzando las manos detrás de la cabeza. "Pero sabía exactamente dónde me metía. Mi padre era veterinario. Pasaba el tiempo en la consulta, le acompañaba a visitar los establos locales. No hubo sorpresas para mí, sólo mucho estudio y trabajo duro, y luego ir con Douglas y Suzanne a poner en marcha la clínica, a construir la consulta. Me parece que tú también tenías un sueño y una imagen en la cabeza... pero cuando llegaste a donde creías que querías estar, no se parecía a la imagen que tenías en la cabeza".

Sorprendida, Katerina giró la cabeza para mirarle, reclinada a su lado. "¡Sí, eso es exactamente!"

"¿Y cómo era? ¿Tu sueño?" preguntó.

Girándose, se deslizó por la hierba a su lado, tumbada boca abajo, con los pies en el aire. Apoyó la barbilla en las manos y los codos en la hierba. "Dibujando. Esbozar. Creando bonitos conjuntos sobre el papel. Y aunque parecía... sigue pareciendo... el paso lógico para llevar los diseños a la realidad, eso nunca formó parte del sueño. El sueño siempre fue yo con un bloc de dibujo y un juego de lápices".

Así que vuelve a eso. Las palabras flotaban, sin pronunciar, en la punta de la lengua. No le correspondía a él decidirlo, ni empujarla en una dirección que pudiera, esperaba, llevarla a quedarse... con él, y no a huir a la gran ciudad o a dar la vuelta al mundo.

Giró la cabeza para responderle, pero todo en él se detuvo brusca y repentinamente, al darse cuenta de que sus labios estaban a sólo unos centímetros. La súbita conciencia de sus ojos le dijo que ella sentía la atracción con la misma fuerza que él. Movié una mano y sus dedos rozaron los cortos y sedosos mechones de su pelo, para luego enroscarse detrás de su cuello. La atrajo ligeramente hacia él. Ella se acercó de buena gana, inclinándose hacia él, y él sintió el leve temblor que recorrió su esbelto cuerpo cuando sus labios se encontraron, se rozaron ligeramente y luego se profundizaron, mezclándose las respiraciones. Cuando se apartó, le miró fijamente. Sus ojos, grandes y dorados, parpadearon como si estuvieran desconcertados, provocando una extraña sensación de deja vu... *¿dónde había visto antes aquellos ojos dorados, parpadeando perezosamente?*

Lentamente, sus labios se curvaron y un brillo travieso apareció en sus ojos. "Sabes a salami", le dijo.

Troy se rió, incorporándose. "Sabes a jamón y queso suizo", replicó, mirando su reloj con cierto pesar. "Voy a tener que volver".

Ella también se incorporó obedientemente y le ayudó a recoger los envoltorios de los bocadillos, las servilletas y las latas de refresco para depositarlos en la papelería cercana. Levantó la bolsa de gofres con una mueca. "Nunca llegamos a dar de comer a los patos".

Parecía tan arrepentida, que Troya no pudo evitar inclinarse para besarle la boca ligeramente enfurruñada. "Si las dejas aquí esparcidas, seguro que los patos las encuentran".

Brillante, deshizo el lazo que mantenía cerrada la bolsa y desmenuzó los gofres en pedacitos, sacudiéndolos por la orilla del lago. Volvió a mirarle, claramente satisfecha de sí misma. "¡Ya está!"

Troy se rió y le rodeó la cintura con el brazo, acercándola a él. Inclinó la cabeza, aspirando el aroma fresco y floral de su pelo mientras acariciaba las sedosas hebras. Al unísono, se volvieron

hacia el aparcamiento, con el brazo de ella deslizándose alrededor de él.

"¿Entonces vendrás el sábado?", preguntó.

Katerina asintió, sonriendo. "Me gustaría".

La miró cuando llegaron a su camioneta y sacó las llaves del bolsillo. "Angus dijo que ibas por ahí en Uber. Como tienes un coche fabuloso, voy a suponer que utilizas el coche compartido para que tu acosador no te descubra", adivinó.

Con expresión claramente descontenta, asintió. "Es un coche fabuloso... y muy distintivo. Quizá podría ver mi coche desde lejos, aunque no estuviera lo bastante cerca para ver a la persona que iba en él".

"Joder, esto es un lío", murmuró él, desbloqueando la puerta del camión y abriéndosela. Sus manos se dirigieron a la cintura de ella y la levantaron con facilidad hasta el asiento. Ella se quedó allí, mirándole. "Sigo pensando que deberías ir a las autoridades".

Katerina hizo una mueca. "Lo sé, pero de todas formas no hay nada definitivo con lo que darles trabajo, ¿y te imaginas lo que haría la prensa con eso? No haría más que agravar esta pesadilla. Así que, por ahora, mantenerme oculta parece ser mi mejor opción".

Tuvo que darle la razón. Cruzó por delante del camión hasta el lado del conductor, subió y arrancó el motor, retrocediendo con cuidado fuera de la plaza de aparcamiento y dirigiéndose hacia la posada.

"Te recogeré el sábado por la mañana, ¿vale?".

La sonrisa de Katerina era brillante, sin ocultar su placer ante la perspectiva. "¡Es perfecto!"

CAPÍTULO 23



DOUGLAS SE DETUVO en el aparcamiento frente al granero que había detrás de la clínica veterinaria. Pisó el freno y se quedó quieto un largo minuto, considerando seriamente golpear la cabeza contra el volante. No lo estaba llevando bien, admitió. Llevaba días nervioso y enfadado. Esta mañana le había gritado a Benny por atarse mal los cordones, y Molly se había escondido en su habitación cuando fue a darle un beso de despedida. Jacinth estaba manejando la situación con su garbo habitual, limitándose a asegurarle que no iba a dejar que le pasara nada a ella ni a los niños, ni a Troy ni a Katerina.

Pero eso no bastaba para calmar la profunda preocupación que nunca le abandonaba del todo. No podía soportar saber que su mejor amigo estaba en peligro mortal y no avisarle. Es curioso, nunca se había dado cuenta de la gravedad de esas dos palabras, *peligro mortal*, hasta esta última semana. No había forma de evitarlo. Iba a tener que decírselo a Troy, y al diablo con tanto andar de puntillas sobre el tema.

Pero, ¡maldita sea! ¿Qué iba a decirle? Había intentado encontrar las palabras adecuadas un millón de veces, pero no había forma de decírselo sin que sonara a locura. Todas las piezas estaban ahí. El leopardo suelto, el acosador que tenía a Katerina en el punto de mira, Jacinth siendo la prueba viviente de que existían los Djinn. Sólo tenía que conseguir que Troy le escuchara el tiempo suficiente para explicarle cómo encajaban las piezas, sin que Troy llamara a los tipos de los trajes blancos. Sí, claro. Al menos Troy sabía lo de Jacinto; empezaría por ahí.

Había llegado a la clínica esta mañana preparado para la confrontación, dispuesto a arrastrar a Troy a la intimidad del granero y acabar con esto... y ahora que había llegado, el camión de Troy no aparecía por ninguna parte. Maldita sea.

Salió del coche, dando un portazo apenas reprimido, y se dirigió al granero. Casi había llegado a las grandes puertas dobles cuando una figura salió a la carrera, casi chocando contra él. Instintivamente extendió los brazos, atrapando a la figura que huía antes de que chocara.

"Eh, tranquilo".

Sorprendido, vio que se trataba del estudiante del instituto, Daniel. El delgado rostro del chico era pálido, y las pecas destacaban en relieve, a juego con el llameante pelo rojo que llevaba encima.

"Dr. M-McC-Candliss", balbuceó Daniel.

Parecía temblar, y Douglas tardó un momento en darse cuenta de que temblaba de miedo. Vio que llevaba una mochila colgada del hombro, con ropa colgando, como si la hubiera metido a toda prisa. También llevaba las botas de goma que debían llevar todos los empleados que

trabajaban en el granero.

"Eh", se encontró repitiendo, apretando con más fuerza el brazo del chico. "Daniel, ¿qué te pasa?"

Daniel tragó saliva, con la nuez de Adán moviéndose arriba y abajo en su escuálida garganta, y sus ojos verde pálido se deslizaron más allá de Douglas hacia la clínica principal, y luego de nuevo hacia Douglas.

"Yo... tengo que irme, señor". Lanzó otra mirada a la clínica. "¡Por favor!"

Douglas dio una pequeña sacudida al chico, obligando a Daniel a mirarle. "Me parece que estás huyendo".

Respiró hondo, dejando de lado por el momento su preocupación por Troy. De algún modo, aquel chico tenía problemas y, aunque fuera voluntario, formaba parte de la clínica tanto como un empleado a sueldo. Douglas no podía imaginar qué podía haber ocurrido para que el chico entrara en tal estado de pánico, claramente dispuesto a huir del trabajo que siempre había parecido entusiasmarle. Además, Daniel tenía un claro amor por los caballos y se le daban bien. No quería perderlo, ni quería que Daniel desperdiciara un futuro brillante.

"Daniel, soy tu empleador. Éste es mi lugar, mi clínica. Si ha ocurrido algo, necesito saberlo".

El chico vaciló, claramente indeciso. Douglas le vio echar otra mirada subrepticia a la clínica.

"Vamos", le instó, girando a Daniel hacia el granero. "Entremos en mi despacho... tal como es", bromeó suavemente, ya que su "despacho" era un rincón del guadarnés en el que había metido un escritorio con un ordenador y una minúscula impresora.

Daniel no se aventuró a protestar y permitió que Douglas lo condujera a la pequeña habitación, que olía a polvo, heno y cuero. Douglas hizo señas al muchacho para que se sentara en una silla, y luego apoyó una cadera en el borde del escritorio.

"A ver, ¿de qué va todo esto?"

El chico se estremeció convulsivamente, mirando hacia la puerta como para asegurarse de que estaban solos, y la preocupación de Douglas aumentó. ¿Qué demonios estaba pasando?

"Recuerda..." Daniel tragó saliva de nuevo, con la nuez de Adán balanceándose. "¿Recuerdas el día que te llevaste a Luciérnaga a casa del doctor Shelton?"

En todo caso, la perplejidad de Douglas aumentó, pero asintió. "Sí, claro".

"Bueno... estuvieron aquí un montón de personas que no eran de la clínica, amigos y demás, para ver cómo la cargaban en el remolque y luego ir al picnic".

"Sí, así es", respondió Douglas. "Te habíamos invitado, lo recuerdo, pero dijiste que tenías clase esa tarde".

"Sí, lo hice. La cosa es que había algunas personas aquí ese día, una pareja. Un hombre alto y moreno, como italiano o algo así, con una mujer, también era alta, con el pelo largo y rubio".

Julian y Alessandra, Douglas los identificó inmediatamente. No dijo nada, se limitó a asentir.

"Bueno... Hace un momento, antes de que vinieras. Quiero decir, hace un rato. Uno de los técnicos vino al granero cuando estaba solo aquí. Me dijo..." La nuez de Adán se balanceó mientras tartamudeaba. "Quería que averiguara quiénes eran. Sus nombres y dónde vivían. Le dije que no los conocía y que no sabía cómo averiguarlo. Me dijo que lo averiguara". El chico se quedó blanco como una sábana mientras relataba su historia. "Me dijo que lo averiguara... o si no".

Los labios de Douglas se apretaron. "Beatrice", dijo infaliblemente.

Daniel asintió. "No puedo hacer cosas así. Y ella daba miedo. Realmente aterradora. La creí cuando dijo *o si no*, como hizo". La cara del chico se arrugó con tristeza. "Me encanta estar aquí.

Me encanta mi trabajo, los caballos. Pero no puedo... No puedo hacer lo que ella dijo. No sé quiénes son esas personas, ni por qué quiere saberlo, ni de qué se trata. Pero sé que lo que quiere que haga está mal, porque si no podría habértelo preguntado a ti o al doctor Shelton. Y sé que me hará algo malo si no lo hago. Lo único que se me ocurre es huir y no volver. No quiero irme, Doc", y su rostro se torció por la indecisión. "No quiero. Pero no sabía qué más hacer. Y... tengo miedo".

Douglas veía a Daniel a través de una tenue neblina roja mientras la furia aumentaba en él. Por si todo lo demás no fuera suficientemente malo, que Beatrice viniera aquí y aterrorizara a este chico no debía tolerarse. Al diablo con la cautela. No iba a permitir que esto durara ni un minuto más.

Primero tenía que contener su ira. No serviría de nada mostrarle a aquel chico asustado lo furioso que estaba. Necesitó todo lo que tenía, pero apartó la ira y respiró hondo. Puso ambas manos sobre los hombros de Daniel, sosteniéndole la mirada.

"No tienes nada que temer", infundió a su voz una mezcla de autoridad y seguridad. "Beatrice está... enferma. Lo está desde hace tiempo. Pero eso no es asunto tuyo, sino mío, y yo me ocuparé de ella. Vuelve a guardar tus cosas en la taquilla, Daniel, y tómate el resto del día libre. Relájate, juega al baloncesto -le sonrió al chico, que le devolvió la sonrisa. "No te preocupes por ella ni por tu trabajo. Se habrá ido por la tarde".

Vio que la expresión de preocupación volvía a aparecer en el rostro de Daniel y le dio una pequeña sacudida. "Daniel. No eres el primero al que amenaza, ¿vale? Ya sabemos que es un problema, y hemos estado intentando averiguar cómo afrontarlo. Es absolutamente inaceptable que aterrorice a nuestros empleados. No es sólo por ti. ¿Lo entiendes?"

Observó cómo el chico luchaba con el concepto, pero luego lo entendió.

"Sí -dijo Daniel. Se enderezó, cuadró los hombros y recuperó parte de su color natural. "Sí, lo entiendo. Volveré mañana como siempre. Gracias, doctor McCandliss".

Con un gesto alegre, ya recuperado del encuentro con Beatrice, el chico desapareció en el pasillo, y un momento después Douglas pudo oír el portazo de una taquilla. Respiró hondo y contó hasta diez. Lentamente. Y luego otra vez. Oyó el tintineo de la cadena cuando Daniel desbloqueó la bicicleta, el crujido de la grava al alejarse.

La rabia estalló. Con paso firme y acompasado, Douglas atravesó la puerta del granero, cruzó el solar de grava y se dirigió a la clínica. Pasó junto a las recepcionistas sin decir palabra, aunque era consciente de que lo seguían con expresiones de asombro, del repentino silencio que se hizo a su paso cuando se extinguió su amistosa charla. Abrió de golpe la puerta que conducía a los despachos, sólo para encontrarse cara a cara con Beatrice, que salía... tan casualmente... del despacho de Troy, con una hoja de papel en una mano.

Su control se hizo añicos cuando avanzó a grandes zancadas, arrancándole el papel de la mano y metiéndoselo en el bolsillo sin mirarlo.

"Fuera". Su voz estaba ronca de rabia. "Coge tus cosas y lárgate. No quiero que vuelvas a poner un pie en esta clínica".

Beatrice lo miró boquiabierta, y detrás de él pudo oír el grito ahogado de Holly y la exclamación sorprendida de Anna.

"I ... ¿Qué? ¿Me estás despidiendo?" preguntó ella, como si no pudiera creérselo. "¿A mí?"

"Lo estoy haciendo. Has terminado aquí. Lárgate".

Sus mejillas se enrojecieron y sus brillantes ojos verdes brillaron con rabia. "No puedes despedirme. Suzanne me contrató".

"Soy socio de esta clínica. Eso significa copropietario. Como tal, puedo despedirte. Es más,

no tengo ningún problema en contarle a Suzanne exactamente *por qué te he despedido*". Bajó la voz, sus ojos se entrecerraron en el rostro habitualmente bello de ella, ahora retorcido y feo por la ira. "Sé quién eres. Sé *lo que eres*. Y ni se te ocurra acercarte a Troy. Mi mejor amigo -recalcó, mientras la conciencia se encendía en su rostro y su repentino color se desvanecía al comprender exactamente lo que él quería decir. "Si vuelves a acercarte a mi mejor amigo -dijo, en voz lo bastante baja como para que sólo Beatrice pudiera oírle-, desearás no haber nacido... *gatita*. ¿Está claro?"

Sin mediar palabra, pasó junto a él y se apresuró a dejar atrás a las recepcionistas boquiabiertas y a otro veterinario que estaba atónito en una puerta cercana.

"Tom", dijo Douglas al otro técnico, un hombre mayor y corpulento que llevaba con ellos desde que abrieron la clínica. Dudaba que Beatrice se convirtiera en un leopardo allí en la clínica, con una docena o más de personas como testigos, pero la quería fuera de la clínica, y fuera de sus vidas. "Ve tras ella, asegúrate de que recoge sus pertenencias y acompaña la fuera del local. Si te da algún problema, llama al 911. No lo dudes, no te pares a pensar, llama".

Tom asintió, haciendo un visible esfuerzo por tragarse su curiosidad. "Ya lo creo, Doc".

Dando la espalda a las miradas, a los susurros, Douglas bajó por el pasillo hasta su propio despacho. Necesitaba llamar a Jacinth, necesitaba oír su voz. Tenía que contarle lo que había hecho, para que estuviera alerta. Dios sabía lo que haría Beatrice. Pero la habían descubierto, y ella lo sabía. ¿Qué podía hacer, en realidad?

CAPÍTULO 24



TROY SILBÓ UNA melodía alegre al entrar en su garaje. No solía salir temprano dos veces en la misma semana, pero dos clientes que habían cambiado su cita y una cancelación le habían dejado libre a media tarde. Había aprovechado el inesperado tiempo libre para pasar por el supermercado y comprar filetes, guarniciones para la ensalada y mazorcas de maíz para el sábado. Los guardó y luego sacó a los cachorros de Cherie y los dejó jugar por el patio. Ya tenían los ojos abiertos y eran lo bastante mayores para salir del sótano. Tendría que construirles un corral para que no se escaparan al bosque o a la carretera. En cada camada parecía haber siempre al menos uno lo bastante aventurero como para meterse en líos. Aquel leopardo del vecindario también le preocupaba. Tendría que pensar en cómo hacer para que los cachorros estuvieran a salvo.

Cargado de bolsas de la compra, hizo malabarismos con ellas mientras encontraba la llave de la puerta principal. Abrió la puerta, la empujó y entró... y casi tropezó con Cat, que se enroscó en sus piernas con un lastimero "mrwoww". Cherie salió disparada del sótano, chillando de alegría, con las uñas haciendo un tatuaje en el suelo de madera mientras bailaba excitada, moviendo la cola de un lado a otro.

"Hola, gatita bonita. ¡Hola, Cherie! ¿Me echáis de menos?"

Pasó por encima de Cat, luego esquivó a Cherie y se dirigió a la cocina. Dejó las bolsas sobre la mesa, se volvió y se agachó para darle un buen masaje a Cherie. Se rió cuando pareció que Cat se le echaba encima, y se enderezó para sostenerla en el pliegue del brazo izquierdo mientras ella ronroneaba y metía la cabeza bajo su mandíbula.

"Ahí está mi niña", le dijo con cariño, haciéndole cosquillas en las orejas. Ella le ronroneó, parpadeando con sus suaves ojos dorados, mientras le amasaba la camisa con sus patas empenachadas. Riéndose, la acomodó mejor contra él y chasqueó los dedos hacia Cherie.

"Venga, chica, vamos a ver a tus cachorros, ¿quieres?"

Abajo, en el sótano, se divirtió al ver a Gata observando a los cachorros con toda clase de indicios de interés. Parecía inspeccionarlos tan minuciosamente como él, mientras Cherie se acomodaba junto a sus cachorros, acariciándolos con su hocico largo y puntiagudo.

"¿Te gusta lo que ves?" Preguntó a Gato. "¿Quieres un cachorro, gatito bonito?"

Ella estornudó... casi sonó como un bufido, y él sonrió. El maldito gato era más humano que algunos humanos. "No, ¿eh? Vale, subamos a guardar la compra".

Cat aguzó las orejas, sentándose en los brazos de Troy con mucho más interés del que había sentido con los cachorros. No es que no fueran bastante monos, admitió en privado. Como

bolitas peludas. Cuando llegaron a la cocina, saltó de los brazos de Troy a la mesa y se acercó trotando a olisquear las bolsas de la compra. ¿Fresas frescas? ¿De verdad?

Echó las orejas hacia atrás mientras la levantaban de la mesa y la colocaban en el suelo. Miró fijamente a Troy.

"Lo siento, gatito. Esos son para otro gato... Katerina, mañana por la noche".

Oh. Bueno, pues vale. Aun así, siseó su disgusto antes de darle la espalda y dirigirse al salón, con la cola en alto. De todas formas, no importaba que fueran para ella. Era el principio del asunto.

El crujido de los neumáticos en el camino de grava le hizo aguzar el oído y saltó ligeramente sobre el respaldo del sofá. Tal vez fueran Jacinth y Douglas. Si era así, haría que el Djinn sugiriera a Troy que les preparara su tiramisú. ¡Eso sí que sería estupendo!

Con decepción, vio que no era el todoterreno azul de Jacinth, sino un coche que no había visto nunca. Sin embargo, mientras miraba, algo en la berlina verde que se deslizaba hasta detenerse detrás del camión de Troy hizo que se le erizara el vello de la espalda, una conciencia instintiva de peligro. Salió volando del sofá, con la espalda arqueada, silbando mientras miraba hacia la puerta principal. Justo cuando la puerta del coche se cerró de golpe, oleadas de intención violenta inundaron sus sentidos inquisitivos. ¡Beatrice! ¡Y estaba furiosa!

Aterrorizada y furiosa, Gata aulló, con las orejas pegadas a la cabeza y el cuerpo agazapado, temblorosa. No sabía qué hacía Beatrice aquí, pero la Werecat estaba tan furiosa que el aire casi crepitaba. Los pícaros eran eso... *Pícaros...* y no era raro que mataran a sangre fría cuando estaban presos de una furia asesina. Ni siquiera podía contar con que la Ley Doméstica las mantuviera a salvo; Beatrice bien podría haber decidido hacer una barrida limpia, sin dejar testigos, antes de trasladarse a otra zona, de vigilar otro territorio en otro lugar. Unos pasos decididos sonaron en el porche delantero, y el timbre de la puerta sonó fuerte y repetidamente.

"¿Qué demonios?"

Cat miró a su alrededor y vio a Troy en la puerta de la cocina, mirándola fijamente mientras avanzaba para responder a la llamada del timbre. Ella se lanzó hacia él y él la atrapó instintivamente con un sobresaltado: "¡Vaya!".

Se aferró a él, temblorosa, con las garras enganchadas en su camisa. ¡No podía abrir la puerta! En su desesperación, hizo lo único que podía hacer. Envío un mensaje telepático urgente.

¡No abras la puerta, Troy! ¡No la abras!

"¿Qué...?" Troy se detuvo, mirando a su alrededor, atónito, en busca del origen de la voz femenina, la misma voz que había oído hacía una semana. "¿Quién es?"

¡Yo! ¡A mí! Cat le empujó la cabeza bajo la barbilla, incapaz de contener los pequeños gritos aterrorizados que salían de su garganta. Él la abrazó con fuerza y la miró con una mezcla de incredulidad y toma de conciencia. Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarle fijamente. *¡Sí, sí! Soy yo, Cat... ¡tu Cat! ¡No puedes abrir la puerta! Está tan furiosa, tan furiosa como para matarnos a los dos. Creo que ha venido por eso.*

El timbre dejó de sonar y ahora se oía un golpeteo de nudillos en la puerta principal. La voz de una mujer se elevó lo suficiente como para que se oyera desde fuera.

"¿Troy? Soy yo... Beatrice. Necesito hablar contigo enseguida".

Cat vio cómo Troy miraba hacia la puerta, desconcertado, y luego volvía a mirarla. Cat se estremeció y, a pesar de su determinación, de su garganta brotaron gritos de miedo. ¡El Were estaba tan enfadado!

Unos ladridos agudos y entrecortados resonaron desde abajo cuando Cherie subió a toda velocidad las escaleras desde el sótano. La collie patinó sobre la alfombra, se agarró y se dirigió

a la cocina. ¡La puerta del perro! ¡Nooooooooo! ¡No, Cherie!

Gata saltó de los brazos de Troy, interceptando a Cherie, colocándose entre la perra y la puerta de la cocina, siseando y escupiendo, con la espalda arqueada y las garras desnudas.

Troy, ¡llama a Cherie! Ella ordenó. *No dejes que salga. Cierra la puerta de las mascotas, deprisa, deprisa.*

"¡Cherie, ven!" ordenó Troy, con los ojos clavados en Cat.

Troy entró rápidamente en la cocina, agarrando el collar de Cherie. Condujo a la collie al sótano, cerrando la puerta para mantenerla dentro. Se volvió para ver a Gata agazapada ante la puerta principal, con el pelo erizado, pero fueron aquellos pequeños gritos asustados que emitía... como nunca antes había oído... lo que le convenció de que había un peligro real. Bajó la mirada hacia los grandes ojos dorados que parecían suplicarle.

Llama a Douglas. Dile que llame a Jacinth para que venga rápidamente. Su gato le hablaba. Su gato. ¿Se estaba volviendo loco?

No estoy enfadada, no. Por favor, créeme. Recuerda aquel día que me quedé atrapada en el granero y te llamé a casa.

Recordaba... el vello aún se le erizaba en la nuca al recordar los gruñidos graves que había oído en la oscuridad.

¡Sí! Te lo explicaré más tarde, te lo prometo. Debes asegurar la casa, Troy. Ciérralo todo. Ella no debería poder entrar en la casa sin permiso. Pero está enfadada, puede que no obedezca nuestras leyes.

¿Leyes? ¿Qué leyes?

"¿Las leyes de quién?" Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas.

Leyes de los cambiaformas.

¿Qué demonios?

Al fin y al cabo, Douglas se casa con un Djinn.

Eso le hizo reflexionar. Miró a Gato, con sus grandes ojos dorados. ¿Era una inteligencia humana lo que veía en aquellas profundidades brillantes? Es más, ¡él conocía esos ojos! La voz de su cabeza se suavizó.

¿Es mucho más difícil creer en mí, una vez que has creído en los genios?

"¿Quién eres?", quiso saber. Lo sabía, estaba seguro de que lo sabía. Pero quería oírse lo decir.

Hubo una salva de golpes en la puerta, ahora más impacientes. "¡Troy! Abre la puerta. Es urgente".

Troy se pasó una mano por el pelo. Qué demonios, iba a escuchar a su gato. Ya comprobaría su cordura más tarde. Salió del salón y se dirigió a la cocina, donde tenía la bolsa de veterinario junto a la puerta. La puso sobre la mesa, sacó la pistola tranquilizante y los dardos, y comprobó con calma que estaba cargada. Sin embargo, cuando se volvió, casi se le cae el arma. De pie junto al sofá, desnuda salvo por la manta de ganchillo de su abuela que la cubría con pliegues, estaba Katerina. Pero ahora sabía dónde había visto antes aquellos ojos dorados. Los ojos de su gata.

"Creías en Jacinto", le dijo, con voz grave y urgente. La mirada que lanzó a la puerta principal, donde los golpes se habían convertido en aporreos, estaba llena de aprensión. "Ahora cree en mí. Lo que hay al otro lado de esa puerta tampoco es del todo humano, y quiere hacerte daño. Es la que me ha estado acechando, y está aquí para ponerle fin".

Troy se quedó mirándola. Al cabo de un momento se llevó la mano al bolsillo y sacó el móvil.

¿"Douglas"? ¿Dónde " Hizo una pausa, escuchando. "Sí, creo que llegas un poco tarde. Ella está aquí. ¿A qué distancia estás?

Fuera, los golpes en la puerta habían cesado.

"¡Dios mío, está cambiando!" Katerina corrió hacia él. "¿Douglas?" Se inclinó sobre el brazo de Troy y alzó la voz para hablar por teléfono. "Soy Cat. Beatrice está aquí y está Cambiando. Puede que no obedezca el Reglamento Interno. Llama a Jacinth, dile que necesitamos a ese príncipe Djinn aquí, y que lo necesitamos rápido".

Más allá de la puerta se elevó un profundo crescendo de gruñidos, un sonido que Troya había oído una vez en su granero, y muchas veces desde entonces en sus pesadillas. ¡Dios! Habló urgentemente con Douglas antes de desconectar. "¡Ven aquí rápido! Y ten preparada la pistola tranquilizante".

Liberado por fin de su incredulidad, Troy corrió hacia la puerta trasera, empujó el cerrojo y cerró de golpe la tapa de la trampilla para perros. Un cuerpo grande y pesado golpeó con fuerza la puerta principal.

"Arriba", instó a Katerina, empujándola ante él con una mano, con la pistola tranquilizante preparada en la otra. Ella tropezó con la manta que arrastraba y maldijo, luego la dejó caer para correr desnuda escaleras arriba. Había un momento y un lugar para el pudor, y éste no era uno de ellos.

"A mi dormitorio", llamó, cerrando tras de sí la puerta del vestíbulo de la planta baja. No tenía cerradura, pero manejar el anticuado y temperamental pomo podría suponer un reto para algo con garras en lugar de manos. Además, se abría hacia fuera, no hacia dentro.

Katerina se apresuró a ir a su armario cuando un estruendo anunció el derribo de la puerta principal. Sacó la primera camisa que sus dedos tocaron y estaba abotonándola cuando él entró en la habitación.

"Si Jacinto es un genio tan todopoderoso", jadeó, habiendo subido las escaleras a toda velocidad, "¿por qué no está aquí todavía?"

"No lo sé", se preocupó Katerina. "Quizá Douglas no pudiera localizarla enseguida. Y tendría que tener a alguien que vigilara a Ben y Molly, ¡no podía traerlos aquí!"

"Dios, no", asintió él, cerrando la puerta de golpe y yendo a tirar de su cómoda. "Ayúdame con esto".

Juntos empujaron la pesada cómoda de roble hasta colocarla contra la puerta.

"Jacinto me dijo que te había dado una especie de ficha o algo así. Para que la llamaras en caso de que estuvieras en peligro".

"Sí", jadeó ella, empujando la cómoda. "Está abajo, en tu habitación de invitados, ¿quieres ir a buscarlo?"

"Al infierno".

"Al menos tu ventana no está sobre el porche", dijo Katerina, cruzando la habitación para mirar hacia los arbustos y el césped de abajo. "Sin una escalera, no hay forma de que pueda subir aquí".

"A menos que pueda transformarse en algo que pueda volar", respondió Troya, y no había diversión en su voz, ni en sus ojos cuando ella se volvió para mirarle. "¿Puede?"

"No. Los metamorfos tenemos una naturaleza dual, sólo podemos Cambiar entre las dos, nuestra forma humana y la animal". Había llegado la hora de la sinceridad.

"¿Su ser?"

Katerina se puso rígida y miró hacia la puerta. La Werecat se había ocupado de la endeble puerta del vestíbulo, y ahora estaba en las escaleras.

"Leopardo. Leopardo negro. Ya viene". Le tembló la voz.

"¿Y eso de hablar en mi cabeza?", preguntó con voz educada.

Oh. Eso. Katerina se aclaró la garganta. "Podemos hacerlo, sí, pero sólo en nuestras formas cambiantes. No puedo hablarte así cuando soy humana".

Troy le cogió la mano y tiró de ella hacia el suelo mientras él se hundía, con la espalda apoyada en la cómoda y las largas piernas apoyadas en el poste de la cama.

"La puerta se abre hacia dentro, y de ninguna manera esta cómoda va a ir a ninguna parte", explicó brevemente. "Deberíamos poder resistir aquí hasta que llegue la ayuda. Entonces, ¿quieres decirme por qué mi casa está siendo destrozada por uno de mis empleados que también es, al parecer, un leopardo?".

"Um". Una petición razonable. "¿Versión larga o versión corta?"

"Como en este momento parece estar intentando atravesar la puerta del dormitorio, que sea la versión corta. En caso de que deba reunirme con mi Creador de forma intempestiva, me gustaría saber al menos lo básico del porqué".

Katerina se estremeció y echó una mirada nerviosa por encima del hombro, donde unas fuertes garras desgarraban la madera.

"Hola". Troy la rodeó con el brazo y la acercó a su lado. "Todo irá bien. Esa cómoda se fabricó en tiempos de mi tatarabuelo, no va a atravesarla tan fácilmente como hizo con la puerta del vestíbulo. Además, tengo la pistola tranquilizante".

Hizo una pausa y ella sintió la repentina tensión del fuerte brazo que la rodeaba. "Por cierto, ¿funcionan los dardos tranquilizantes con esa cosa?".

Horrorizada, levantó la vista hacia él. "Dios mío. No lo sé". Empezó a entrar en pánico. "¡No lo sé! Troy, viene Douglas, es todo lo que puede tener con él. Si llega sin Jacinth..."

Troy ya estaba sacando su móvil, pulsando el botón del móvil de Douglas. No contestó. Maldijo y volvió a centrar su atención en Katerina.

"Habla. Que sea rápido".

"Los metamorfos somos como los Djinn en el sentido de que tenemos leyes y códigos propios, que nos ayudan a vivir entre los humanos con seguridad sin que nos descubran. Como los Djinn, y como los hombres, algunos son buenos y otros malos. Pero algunos nacen... equivocados. Con las peores características de ambas naturalezas. Su único objetivo es la autoconservación y la supervivencia".

Dudó, mirándole para ver su reacción. Troy parecía sombrío.

"Adelante, dámelo directamente".

"Busca pareja. Se mudó a esta zona, la reclamó como suya. Por eso atacó a mi hermana en el bosque, y luego puso a ese perro a atacarme en el parque aquel día. Creo que primero fue a por Douglas, pero él se juntó con Jacinth. No había forma de que se enfrentara a un Djinn, y cuando se dio cuenta, te eligió a ti. Las hembras Granujas... después de aparearse, se vuelven contra el macho y lo matan. Cuando tienen gatitos, lo que ocurre si los Cambiantes dan a luz en su forma Cambiada, también los matan al nacer".

Troy negó con la cabeza. "Si no fuera por esa cosa que está derribando mi puerta ahora mismo, nunca me creería semejante historia".

Como para puntuar sus palabras, un sonido desgarrador anunció el primer agujero en la puerta, por encima de la barricada de la cómoda. Katerina sintió que la sangre se le escurría de la cara.

"¡Va a entrar!"

Troy cruzó la habitación hasta la ventana, subió la hoja inferior y arrancó la mosquitera para

mirar hacia fuera. Le hizo una seña.

"Sube tú", dijo en voz baja, "mientras yo mantengo su atención en mí. Estarás en el tejado del porche, la caída no es tan mala si tienes cuidado". Rebuscó en el bolsillo y sacó las llaves. "Sube a mi camioneta y lárgate de aquí".

"No voy a dejarte", dijo ella con fiereza.

Le empujó las llaves. "Iré detrás de ti, créeme. En cuanto sepa que estás dentro, yo también me largo".

Cruzó de nuevo la habitación y aporreó la puerta. "¡Fuera de aquí, Beatrice! He llamado a la policía, llegará en cualquier momento".

Un grito enfurecido fue su respuesta, y volvió a arañar la madera. Troy se volvió. "¡Vete!", dijo en silencio.

Se deslizó por el alféizar de la ventana, aterrizando en el tejado sobre el porche delantero. Había un enrejado a un lado, y supuso que era lo bastante ligera como para que la sostuviera. Así fue, aunque las espinas de las rosas le arañaron los brazos y las manos. En cuanto estuvo lo bastante baja, se dejó caer al suelo y corrió hacia la camioneta de Troy.

Ya a salvo en el interior, se apoyó en el claxon, sujetándolo mientras sonaba a todo volumen.

Troy salió rápidamente por la ventana, tirándose al suelo y aterrizando en cuclillas. Luego se levantó y echó a correr, pero detrás de él el leopardo irrumpió desde la casa. Sólo tenía una fracción de segundo para actuar. Nunca llegaría al camión. Se dio la vuelta y se arrodilló, llevándose el rifle de aire comprimido al hombro y disparándole un dardo.

Al principio parecía que no iba a funcionar. Ella siguió acercándose, durante lo que pareció mucho tiempo, pero que probablemente sólo fue el espacio de una respiración. Todavía estaba cargando un segundo dardo cuando ella pareció vacilar, sus patas tropezaron con el suelo, y entonces cayó. En un instante, Troy se puso en pie, retrocediendo, alejándose de ella, con el rifle preparado. Unos ojos amarillos le miraron con maldad, y la leopardo se puso en pie, claramente temblorosa pero no incapacitada. Cabizbaja, dio un paso amenazador hacia delante. Tropezó de nuevo, cayó, pero le gruñó furiosa.

Los neumáticos sobre la grava hicieron que Katerina saliera volando del camión. "¡Es Douglas!"

Troy estaba a su lado, empujándola de nuevo al camión justo cuando Douglas salía de su propio camión. De nuevo el leopardo se puso en pie.

"¡Atrás!" gritó Troy. "¡Quédate en el camión! No sabemos cómo funciona el tranquilizante en ella!"

Douglas se quedó inmóvil, mirando con lo que parecía conmoción la fachada de la casa, presumiblemente ante lo que debía de ser la destrucción de la puerta principal.

"Jacinto", bramó al aire.

Un instante después, la delicada Djinn estaba a su lado, mirando perpleja a su alrededor. Su mirada también se congeló ante el espectáculo que se encontró ante sus ojos.

"¡Jacinth!" chilló Katerina a través de la rendija de la puerta. "¡Es Beatrice! Necesitamos a ese príncipe Djinn AHORA!"

Jacinth se encogió contra Douglas, que la rodeó con el brazo. Un momento después, un hombre alto y delgado se situó junto a Jacinth. Tenía el pelo plateado, largo y liso como una flecha, y la piel del color del pergamino. Incluso desde allí, Katerina podía ver sus penetrantes ojos azul pálido bajo unas cejas negras. Su aspecto era impresionante, vestido de negro, con una túnica de terciopelo bordada en hilo de plata sobre unos pantalones, y los pies calzados con botas de cuero suave.

El Djinn levantó los brazos y juntó las manos por encima de la cabeza. Hubo un estallido de luz brillante, y un estampido como un trueno sacudió la casa.

Se hizo el silencio.

Katerina y Troy se miraron, y luego se volvieron hacia el leopardo del jardín delantero. Una jaula de acero descansaba sobre el césped ante el trío, y en su interior un furioso leopardo negro se retorció, intentando en vano atravesar los barrotes con sus garras endiabladamente afiladas. Cuando vio a Katerina y Troy, rugió de rabia y se lanzó contra los barrotes de la jaula, mordiendo con furia el acero soldado.

"Es seguro. Sal ahora". La voz del Djinn anciano era fría, pensó Katerina, fría como el hielo seco, en el sentido de que te atravesaba. Incluso en su forma humana podía sentir el increíble poder que había en él, un poder masivo controlado con una voluntad de hierro.

Troy ya estaba levantando a Katerina del camión. Corrió hacia Jacinth y se agarró a ella, abrazándola tan fuerte como pudo.

"Gracias", susurró ella. "Creía que iba a por nosotros".

"No pude localizar a Jacinth por teléfono", explicó Douglas. "No me di cuenta de por qué la necesitabas, hasta que vi esa puerta".

Kieran dirigió una mirada severa a Katerina y Jacinth.

"¿Por qué no se me ha informado antes de lo que ha estado ocurriendo?"

Katerina soltó a Jacinto y se volvió hacia él. Tragó saliva ante el poder en bruto que emanaba del Djinn macho, claramente uno de sus Ancianos. "El Consejo no puede actuar hasta que se haya probado la acusación", explicó. "Si se presentaba una acusación pero no se probaba, entonces Beatrice quedaría libre, y podría esconderse... y tal vez venir a por nosotros más tarde y cogernos desprevenidos. Y temía que se vengara yendo a por Jacinth, y a por Ben y Molly, porque Jacinth nos ha ayudado. De hecho, me lo dijo cuando me atrapó en el granero hace un tiempo".

Aquella mirada gélida se suavizó ligeramente. "Tu preocupación por los niños humanos es buena, pero, de haberlo sabido, yo misma habría llevado esto ante tu Consejo, y te aseguro que me habrían escuchado y habrían actuado".

"Ninguno de los dos lo sabía", se defendió Jacinth con firmeza. "Sabía que velabas por los niños, pero no sabía que podías acudir a su Consejo sin pruebas".

El djinn enarcó una ceja delgada. "¿Pruebas? Ya me he encontrado antes con esta criatura. Tengo todas las pruebas que yo, o ellos, necesitamos".

Ahuecó las manos y, entre los largos y delgados dedos, apareció un globo de niebla azul. La niebla se arremolinó, reorganizándose en árboles y arbustos que crecían densamente. Apareció una figura... Jacinto, y luego Julián y Alessandra, y con ellos... Katerina jadeó. "¡Melanthe! Y sus cachorros".

Todos observaron, embelesados, cómo un leopardo negro saltaba hacia el claro, claramente decidido a atacar. Entonces Kieran se movió, colocándose entre la pantera y el pequeño grupo, y el animal se escabulló entre la maleza, gruñendo.

La bola de niebla se despejó, volviendo a su azul original, y luego, con un gesto, Kieran la despidió y el orbe desapareció.

Jacinto parecía contrariado.

"Es una de esas cosas de Príncipe", explicó en tono disgustado. "Sería muy práctico poder hacer eso".

"Sí", dijo Douglas con ironía. "Cada vez que hacía algo mal, me lo echabas en cara durante años".

Jacinth soltó una risita, acurrucándose en sus brazos.

A Troy se le crisparon los labios. Miró a Katerina, cuya cabeza apenas le llegaba al pecho.

"¿Así que me estabas salvando?"

Jacinth se erizó en defensa de su amiga. "¡Pues sí!"

Katerina seguía mirando al príncipe djinn, a sus manos, donde había estado el orbe. Levantó la mirada hacia su rostro, sintiéndose totalmente destrozada.

"No lo sabía", susurró. "Todo este tiempo... hemos estado viviendo con mucho miedo, Melanthe y yo, escondiéndonos de la Werecat y rezando para que se escabullera y consiguiéramos las pruebas que necesitábamos para llevarlas al Consejo antes de que matara a uno de nosotros".

Jacinto se volvió y le tendió una mano. "Lo siento. Es culpa mía. Sabía que Kieran tenía el orbe de memoria, simplemente no lo relacioné. Debería haberlo hecho".

"No es culpa tuya", replicó Katerina al instante, cogiendo la mano de su amiga y apretándosela. "Claro que Melanthe y yo deberíamos haber ido directamente al Consejo en primer lugar. No sé en qué estábamos pensando".

"Si me disculpas", dijo Kieran secamente. "Llevaré a este Werecat a vuestro Consejo de Cambiantes. Debo pedirte que me acompañes... ¿Katerina? Sí, muy bien. Supongo que conoces a la joven de los gatitos del bosque. Tu Consejo puede tomarle declaración cuando lo desee, pero por ahora bastará con tu relato de los acontecimientos de hoy".

Katerina asintió. "Por supuesto".

Se volvió como si fuera a hablar con Troya, pero entonces desapareció... se desvaneció en el aire... al igual que la jaula con el leopardo.

Troy se quedó mirando dónde habían estado, luego miró a su mejor amigo y a Jacinto.

"¡No, *no* me lo creo!"

Douglas sonrió entonces.

"Créetelo". Le dio una palmada en la espalda a su amigo. "Bienvenido al club".

CAPÍTULO 25



EL ALTO DJINN... ¿no había dicho Katerina algo sobre un príncipe? ... permaneció en el césped con ellos, y ahora se volvió para dirigirse a Troya.

"También se solicita tu presencia". Fue más que una petición, pero no llegó a ser una orden. "Como entraron en tu casa sin tu permiso y causaron daños, tu testimonio directo tendrá peso ante el Consejo".

Sí, le había encantado aquella puerta principal, con su motivo de caballo tallado a mano y sus vidrieras.

"Eh... Este Consejo. ¿Qué van a hacer exactamente?" Preguntó con cautela.

"Oirán y verán las pruebas, y dictarán sentencia". La voz del Djinn era fría, tan carente de emoción como su rostro. Podría haber sido tallado en piedra... o en hielo. "El Werecat no escapará al castigo, pero deben presentarse las pruebas. Piensa en ello como en un jurado de iguales de tu sistema de justicia americano". Ahí estaba, el destello de emoción apenas discernible en el leve apretamiento de los labios del Djinn. "Pero sin lagunas".

Troy pensó en Katerina desvaneciéndose ante sus ojos, junto con el leopardo furioso en una jaula de acero. "Entonces, ¿cómo llego? ¿A este Consejo?"

"Si estás de acuerdo, te llevaré".

Troy asintió. "De acuerdo, hagámoslo".

Ni siquiera hubo un destello de luz. En un momento estaba de pie en el césped, delante de su casa, y al siguiente, en una gran sala que parecía llena de gente. Parpadeó, sacudiendo la cabeza, y miró a su alrededor. Se encontró de pie junto a Katerina, y Jacinth y Douglas aparecieron un momento después junto a ellos.

La mano de Katerina se deslizó hasta la suya, apretándole los dedos con fuerza.

"Nunca he estado ante el Consejo", se inclinó hacia ella, susurrando suavemente. Tenía los ojos muy abiertos y parecía nerviosa.

Troy miró con curiosidad a su alrededor. La sala era octogonal, con las paredes pintadas de color crema pero lisas por lo demás, un techo alto por encima y suelos de madera noble por debajo. En un extremo de la sala había una mesa curvada en forma de U sobre una plataforma elevada. Había casi dos docenas de sillas detrás de la mesa, orientadas hacia el centro. Algunas estaban ocupadas por hombres y mujeres -¿formas cambiantes? - que pensó que debían de ser miembros del Consejo. No estaba seguro de lo que esperaba, pero parecían... bueno... personas. La mayoría parecían mayores, aunque unos pocos tenían entre treinta y cuarenta años. Parecían ser de todas las razas... al menos, se enmendó a sí mismo, razas humanas, y la mayoría vestían de

forma informal, como si vinieran de hacer la compra o las tareas domésticas. Un hombre mayor y canoso iba vestido con un mono manchado y una camisa de cuadros.

"¿Son todos gatos?" Mantuvo la voz baja para que sólo Katerina pudiera oírlo.

Katerina soltó una carcajada, sus ojos dorados centellearon al mirarle. "Dios mío, no. Los metamorfos pueden ser cualquier tipo de animal. Pero sólo tenemos una forma animal. Por ejemplo, yo no podría transformarme en oso. Ni siquiera en otro tipo de gato. Siempre soy un gato atigrado rojo de pelo largo". Le guiñó un ojo. "En realidad soy de pura raza... Mis padres también son Maine Coons, y mis abuelos, y sus abuelos".

Iban llegando más miembros del Consejo, que entraban por una puerta situada frente a la mesa. Se lanzaron miradas curiosas hacia el grupo del centro de la sala, pero pasaron de largo hasta la mesa, saludando a los demás miembros del Consejo. Ante la plataforma elevada estaba el leopardo negro en su jaula. Había dejado de enfurecerse, pero miraba torvamente a los reunidos a través de los barrotes.

"¿Dónde estamos?", susurró. "¿Seguimos en Estados Unidos?"

Katerina le dedicó una rápida sonrisa. "Denver".

"¿Todos llegan aquí como nosotros?"

Asintió con la cabeza. "Para las reuniones programadas regularmente, por supuesto, todo el mundo viene de la forma normal. Aviones, trenes, autobuses. Coches. Los metamorfos no pueden transportar a la gente a través del espacio y el tiempo. Pero para los tribunales de emergencia como éste, existen acuerdos con otras especies mágicas, como los Djinn, que pueden teletransportar aquí rápidamente a los miembros de nuestro Consejo."

"Teletransporte", repitió Troy, sintiéndose como si se hubiera encontrado en un episodio de Star Trek. "Especie mágica".

Al otro lado de Katerina, Douglas le sonrió.

"Esto es otra cosa, ¿eh?"

Junto a Douglas, Jacinth estaba agarrada a su brazo, con los ojos tan abiertos como Katerina mientras miraba a su alrededor. Katerina se inclinó alrededor de Douglas, susurrándole a Jacinth, que parecía divertida. Un momento después, la camisa de gran tamaño de Troy, que había envuelto la esbelta figura de Katerina, desapareció, sustituida por un par de esbeltos vaqueros, una blusa holgada y unas sandalias que aparecieron en sus pies descalzos.

"¡Uf! Gracias", sonrió Katerina a Jacinth, que le devolvió el guiño.

El Príncipe Djinn, Kieran, se acercó a Katerina, inclinándose para murmurarle algo al oído.

"Sí, por supuesto", respondió ella inmediatamente. Se apartó de ellos, a un lado, donde Kieran le entregó un teléfono móvil. En serio. ¿Un móvil? Troy intercambió miradas con Douglas. Katerina habló brevemente por el teléfono y luego asintió, devolviéndoselo al alto Djinn. Troy observó cómo el djinn hablaba con Jacinto mientras Katerina volvía a su lado. Un momento después, Jacinth desapareció. Simplemente... desapareció.

"¿Qué ha sido eso?" le preguntó a Katerina, rodeándole la cintura con el brazo y acercándose. Ella inclinó la cabeza para mirarle, con sus ojos dorados muy abiertos y serios.

"Mi hermana. Ha ido a buscar a Melanthe. Nuestra abuela está de crucero y no puede estar aquí. Es una Guardianas... lo cual te explicaré -dijo apresuradamente-, pero no ahora. El Consejo está a punto de empezar".

Prevenido, no se sobresaltó cuando Jacinto reapareció momentos después con una joven a su lado. Melanthe parecía un poco mayor que Katerina, aunque él recordaba que Katerina había dicho que eran gemelas. Era más alta y un poco más delgada que Katerina, pero con el mismo pelo negro y espeso y los mismos ojos dorados. En sus brazos sostenía a dos adorables gatitos

Maine Coon. Supuso que tendrían unas seis semanas. Un murmullo sobresaltado de los presentes le hizo mirar a su alrededor, desconcertado. Sin embargo, nadie dijo nada, y se oyó un suave llanto cuando Melanthe vio a Katerina y corrió hacia ella, abrazándose las hermanas.

"No pasa nada", oyó que decía Katerina en voz baja. "No pasa nada, ahora estamos a salvo. Los bebés están a salvo. La tienen. Se acabó".

Troy observó que la mayoría de las sillas de la mesa central estaban ocupadas. Un recuento rápido mostró que había veinte miembros del Consejo. Se preguntó si habría tantos tipos de cambiaformas, o si algunos estarían representados por más de un miembro del Consejo. Tendría que preguntárselo a Katerina después de esto. Se hizo el silencio en la sala cuando el Príncipe Djinn se acercó a la plataforma elevada.

"Consejo de los Cambiantes Soy Kieran, un Anciano de los Djinn. Presento graves cargos contra este miembro de tu especie. No sólo ha quebrantado la Norma Interna de los Cambiaformas, sino la Directiva Principal de todos los Otros, no una, sino dos veces. Por ello, me erijo en representante no sólo del Consejo Djinn, sino del Alto Consejo de los Otros".

Se oyó un murmullo sorprendido, y al menos una voz se alzó en señal de asombrada preocupación. Katerina tiró del brazo de Troy, que se inclinó para oír su susurro.

"Cada especie paranormal tiene su propio Consejo... Cambiaformas, Djinns, etcétera. El Alto Consejo está formado por representantes del Consejo de cada especie individual. Sólo intervienen cuando se trata de algo que afecta a todos los Otros en su conjunto... como la Directiva Primaria, que consiste en mantener nuestra Otredad en secreto para los seres humanos".

Una mujer mayor ocupaba la silla del centro de la mesa. Era latina, quizá de unos cincuenta años, y su espeso pelo negro estaba salpicado de canas. Prolijamente vestida con pantalones negros y un jersey azul de ganchillo sobre una blusa blanca, parecía la abuela de alguien. Normal. Le costaba hacerse a la idea de que ella... junto con todos los demás presentes... se convertía en algún tipo de animal en su tiempo libre.

La concejala levantó la mano y la sala se quedó en silencio. "Traednos vuestras pruebas, milord Kieran".

¿Señor? Troya intentó no quedarse boquiabierto.

El Djinn se dirigió al centro de la sala y levantó las manos ahuecadas, y de nuevo apareció un parpadeante orbe azul, esta vez lo bastante grande como para que todos lo vieran con claridad.

"Éste es el primer episodio del que tengo conocimiento", declaró Kieran, con voz fría, desprovista de toda emoción. "Dos de los que estaban en el claro son Djinn; la mujer rubia era humana y desconocía la existencia de los cambiaformas. La otra mujer es metamorfa, Melanthe", y señaló con una mano a la joven que estaba junto a Katerina. "Es hermana de esta joven metamorfa, Katerina".

Se volvió, indicando con la cabeza a Melanthe que se adelantara. Uno de los gatitos se retorció, deseando bajar, y se lo entregó a Katerina, acunando al otro que dormía en sus brazos.

"Soy fotógrafa de naturaleza", se dirigió al Consejo. "Mi marido está en la Marina estadounidense, en un portaaviones. Yo estaba embarazada de siete meses. Recibí una llamada de una mujer sobre una reunión de mariposas raras en unos bosques del norte del estado de Nueva York. Se ofreció a llevarme hasta ellas". Se pasó las manos por los brazos, como si tuviera escalofríos. "No tenía motivos para pensar que algo fuera mal... ¿por qué iba a hacerlo? Así que me reuní con ella y me condujo al bosque. Entonces Cambió", se estremeció Melanthe, mirando al leopardo enjaulado, que arrugaba el hocico hacia ella, mostrando unos largos caninos blancos. "Yo tampoco tuve más remedio que Cambiar para escapar. Como humana no habría

tenido ninguna oportunidad contra ella. Conseguí encontrar una zanja con un tronco caído encima, donde ella no podía alcanzarme. Me mantuvo atrapada allí durante días".

Las lágrimas recorrieron sus pálidas mejillas mientras miraba al gatito acurrucado contra su pecho. "El estrés hizo que me pusiera de parto antes de tiempo, y me vi obligada a dar a luz en mi forma de gata".

Al instante surgió un grito airado de los que estaban alrededor de la mesa. La concejala que ocupaba la silla central de la mesa levantó una mano y se hizo el silencio.

"Por favor, continúa", le dijo a Melanthe con una cálida voz de contralto, ligeramente acentuada. Su mirada a la mujer más joven era alentadora.

"Me mantuvo atrapada allí, bajo el tronco. Podría haber salido sola, durante los breves periodos en que nos dejaba cazar, comer. Pero no había forma de sacar a mis dos bebés, ni ningún lugar seguro cercano al que llevarlos. No tenía comida ni agua. Al cabo de una semana, percibí a alguien mágico cerca... un Djinn. Estaba con una mujer humana. Corrí hacia ellos y me siguieron hasta el tronco. El Werecat había estado allí, había estado cavando. Esta pequeña -y bajó la mirada hacia la diminuta gatita que acunaba, más pequeña que la otra-. "Estaba destrozada por las garras de la Werecat. El Werecat volvió, iba a atacarnos. Entonces llegó Jacinth y llamó a mi señor Kieran, que ahuyentó al Werecat. Julian, el Djinn, salvó a mi bebé. La mujer humana que estaba con él era su *Sahiba*, y deseaba que la salvara".

Ante esto, se levantaron las cejas.

"¿Una humana utilizó uno de sus tres deseos para salvar a un bebé cambiaformas?", preguntó otro de los hombres de la mesa.

Melanthe tragó saliva, pero levantó la barbilla y se enfrentó a su dudosa mirada sin inmutarse. "Sí, señor".

Detrás de ella, Jacinth asentía con la cabeza. Llamada a su vez, relató que Julian la había llamado, que el leopardo se había enfrentado a ellos y que su propio miedo la había llevado a invocar al Príncipe Djinn, Kieran. Levantando el orbe, Kieran mostró la escena para que todos la vieran. Jacinth, Julian y Alessandra, la gata madre y los dos gatitos, desgarrados y sangrantes, se lamentaban lastimosamente. Con un movimiento de los arbustos, el leopardo aterrizó en el pequeño claro, con sus ojos amarillos ardiendo de odio y los colmillos enseñados. Los gruñidos que salían de su feroz boca resonaron en la silenciosa habitación. Entonces la cosa se giró y se alejó, desapareciendo entre la espesa maleza.

Jacinth dio un paso adelante, con la ira destellando en sus ojos, habitualmente amables. "Unas semanas después de esto, atacó a Katerina cerca de mi casa".

Por primera vez, Katerina pareció vacilar cuando todas las miradas se volvieron hacia ella. Sus dedos apretaron con fuerza la mano de Troy.

"Estaba en el parque, donde había conocido a Jacinto y a los niños. Estaba tumbada en un banco en mi forma gatuna, durmiendo a la luz del sol, cuando me atacó un perro". Tragó saliva, como Melanthe, y miró a Kieran. "Mis recuerdos lo mostrarían mejor de lo que yo puedo explicarlo".

De nuevo el Djinn conjuró la bola ardiente. "Coloca las manos a ambos lados de las llamas", ordenó. "No te dolerá. Luego simplemente recuerda, y ya veremos".

Katerina devolvió el gatito que sostenía a su hermana, y luego colocó las manos como él le había indicado. La escena apareció con claridad... la hierba verde, el calor de la luz del sol. Los sonidos de los niños jugando en el fondo. Luego el perro, la malevolencia, la inteligencia humana y la satisfacción enfermiza que impulsaban al animal. La zarandeaban de un lado a otro, aullando de dolor, luchando por escapar, aquellos enormes dientes blancos apretándose,

acercándose, cortándole el aire.

No fue consciente del grito asustado que escapó de sus labios, hasta que unos brazos fuertes se cerraron a su alrededor, una mano apretó su cabeza contra un pecho ancho, acariciándole el pelo. Troy, rescatándola de nuevo. Se aferró a él, temblando. No quería tener que revivir nunca más aquel recuerdo.

"También hubo otra vez", oyó su profunda voz por encima de ella. Él se apartó un poco para mirarla. "¿También fue Beatrice, aquel día que te encontré en el granero?"

Asintió, volviéndose de mala gana hacia Kieran. Había que demostrar las amenazas que Beatrice había proferido aquel día. Una prueba. Él le tendió el orbe y ella volvió a rodearlo con las manos. Apareció el interior del granero, con la luz del sol moteada incidiendo sobre el heno del desván donde ella estaba encogida, el depredador mortal merodeando debajo, las ondas de amenaza e intención mortífera claras para todos.

"Ya te tengo". La voz de Beatrice sonó desde abajo, goteando alegría maliciosa y la anticipación de la victoria. "No creas que no llegaré hasta tu hermana y esos gatitos, y también hasta tu amigo Djinn. Todos estaréis fuera de mi camino y no quedará nadie que lo sepa".

"Entonces llegó Troya, y ella huyó por la parte de atrás". Katerina dejó caer las manos y la escena desapareció.

"Nos acechó en una feria a la que habíamos llevado a los niños", corroboró Jacinth. "No sabíamos quién era hasta entonces... Es decir, no sabíamos que era Beatrice, que trabajaba en la clínica veterinaria con Douglas y Troy. Katerina sintió su presencia, así que utilicé mi magia de Djinn para encontrarla, y allí estaba. Ya la había visto antes, así que la conocí al instante".

Una explosión de siseos y escupitajos procedente de la jaula atrajo la atención de todos. El odio del gato era evidente, aquellos malvados ojos amarillos clavados en la esbelta mujer Djinn.

Troya observó que nadie prestaba la menor atención al Consejo. Ninguno de sus miembros había mirado siquiera una vez al metamorfo cautivo.

Junto a Jacinth, Douglas se agitó. "Tengo algo que añadir, si me permites".

Miró de Kieran a la mesa del Consejo, como si no estuviera seguro de a quién debía preguntar. La Concejala del centro de la mesa se inclinó un poco hacia delante, con los brazos apoyados en el reluciente tablero.

"¿Y tú eres?"

Kieran dio un paso adelante, llamando su atención.

"Éste es Douglas McCandliss, el Elegido del Djinn, Jacinto. Él y Troy Shelton -y señaló a Troy- son socios de una clínica veterinaria. Ambos están directamente implicados en esto. La Werecat ha estado empleada en su clínica como ayudante veterinaria a la que conocen como Beatrice. Hoy, esta Werecat ha infringido tanto el Reglamento Interno como la Directiva Primaria. Se ha presentado en casa del Dr. Shelton, ha forzado la puerta principal y ha arañado otras dos para intentar llegar hasta él y Katerina. El Dr. Shelton no conocía a los cambiaformas hasta ese momento".

"Puedes repetirlo", murmuró Troy en voz baja. Al parecer, los metamorfos oían mejor que los humanos normales, ya que los comensales soltaron varias risitas.

La concejala asintió a Douglas. "¿Qué tiene que decirnos, doctor McCandliss?"

"Sabía lo del... el Werecat" -Douglas tropezó con el término, echando un vistazo al leopardo que había en la jaula cercana. Ella le gruñó, con el hocico arrugado por el odio. "Katerina vino a nuestra casa y discutimos qué hacer... ella, Jacinth y yo. Me dijeron que la Werecat era Beatrice, pero insistieron en que no debía haber confrontación. Tenían miedo, las dos, de lo que ella pudiera hacer. Katerina expresó su temor y el de su hermana de que si llevaban el asunto ante

este Consejo sin pruebas, sólo con su palabra contra la de Beatrice, no se haría nada y Beatrice, aún más enfurecida, pasaría desapercibida y vendría a por ellas más tarde en busca de venganza. Pensé que debíamos decírselo a Troya, pero...

Douglas se interrumpió, pasándose los dedos por el pelo, recordando la frustración. "Tío, ¿cómo le dices algo así? Es una locura. Pero joder, Troy ha sido mi mejor amigo desde que éramos niños, y no podía decirle que su vida corría peligro, por el amor de Dios. Así que hoy decidí, al diablo. Iba a acorralarlo y hacer que me escuchara. Hacerle creer. Quiero decir, él ya sabía lo de los Djinn, lo de Jacinto. Así que fui a la clínica. Troy no estaba allí, pero me encontré con uno de nuestros estudiantes del programa de trabajo. Un chico de instituto llamado Daniel. Aspira a ser veterinario, estudia mucho, saca las mejores notas en sus clases. Ayuda en el establo en verano y los fines de semana durante el curso escolar. Salía del establo... corriendo. Llevaba sus cosas. El chico estaba muerto de miedo".

Miró a Beatrice al otro lado de la habitación, sintiendo el ardor de la ira, tan fresco ahora como hacía unas horas. "Había estado con él. Amenazándole, para obligarle a conseguir información sobre nuestros amigos, Julian y Alessandra". Señaló con la cabeza a Kieran. "El Djinn y la *Sahiba* que habían rescatado a Melanthe y sus gatitos".

"Me acogieron", insertó Melanthe, lanzando a Jacinto una mirada agradecida. "No podía volver a casa, ella sabía dónde vivía. Me quedé un tiempo con Katerina, pero el Canalla también sabía dónde vivía. Así que Julian y Alessandra nos acogieron, a mí y a los bebés. Beatrice no sabía quiénes eran ni dónde vivían y, además, Julian había puesto protecciones mágicas en su casa para que estuviéramos a salvo".

"Daniel estaba aterrorizado", retomó Douglas la historia. "Sólo es un niño, caramba. Le di el día libre y le dije que yo me encargaría de todo. Luego entré en la clínica, donde encontré a Beatrice saliendo del despacho de Troy con una hoja de papel en la mano, y me enfrenté a ella. La despedí allí mismo. Le dije que sabía quién y qué era, que no volviera nunca más y que dejara en paz a Troy. Ya había tenido bastante, ¿sabes? Simplemente... suficiente".

Se metió la mano en el bolsillo y sacó de él el papel arrugado. Se acercó a la mesa y lo depositó ante la portavoz. "Éste es el papel que le quité. Es una impresión de un mapa de Google, con indicaciones para llegar a la dirección de Daniel. Un chico de dieciséis años".

La concejala apretó los labios y la mesa se llenó de miradas sombrías. Miró a Troy.

"¿Dr. Shelton?"

Se aclaró la garganta, sintiendo todas las miradas puestas en él.

"No sabía nada de todo esto hasta... hace una hora o así. Estaba en casa, guardando la compra, cuando sonó el timbre. Estaba a punto de ir a abrir, cuando oí una voz en mi cabeza, bastante insistente, que me decía que no abriera la puerta."

Hizo una pausa, sacudiendo la cabeza mientras revivía aquel momento. "Ella... la voz... decía ser mi gata. La que había rescatado del refugio de animales y traído a casa. La voz era tan real, y estaba tan aterrorizada. Había oído la misma voz llamándome al granero una o dos semanas antes, cuando encontré las huellas del leopardo. Pensé que me estaba volviendo loca. Pero allí estaba Beatrice aporreando la puerta, y entonces ella... el gato... mi gato, quiero decir... er... bueno, cambió. A una mujer, quiero decir. Katerina".

Miró a Katerina, que seguía abrazada a él. "Corrimos escaleras arriba, cerrando la puerta del vestíbulo inferior tras nosotros, y entramos en mi dormitorio. Movimos algunos muebles contra la puerta para atrancarla. Pude oír cómo se rompía la puerta principal, y luego pude oírlo... estaba claro que no era humano. Estaba gruñendo, furioso. El leopardo estaba arañando la puerta de mi habitación para llegar hasta nosotros. Llevaba conmigo una pistola tranquilizante, pero no

sabíamos si funcionaría con ella. Llamé a Douglas, que llegó, y luego a Jacinth. Katerina gritó por la ventana que necesitábamos a Kieran". Señaló con la cabeza al príncipe Djinn. "Un momento después estaba allí. Todo sucedió muy rápido después de eso. En un momento el leopardo estaba destrozando mi puerta, al instante siguiente estaba en una jaula en el jardín delantero, y él... Kieran... nos dijo que era seguro bajar. Y aquí estamos".

Hubo un momento de silencio. Entonces, la concejala de más edad, que parecía ser la jefa del Consejo, o quizá su portavoz, miró a los demás en la mesa. "¿Alguien disiente?"

Se agitaron las cabezas.

"De acuerdo entonces. El Pícaro será castigado con todo el rigor de nuestras leyes. Os agradecemos a todos vuestro testimonio y vuestra ayuda para detener a este Werecoat."

Troy parpadeó. Se inclinó para susurrar a Katerina: "¿Eso es todo? ¿Ningún contrainterrogatorio, ninguna defensa?"

"¿Cómo defiendes eso?" Señaló al leopardo que gruñía en la jaula.

"Tienes razón", admitió.

Kieran, lo suficientemente cerca como para escuchar, se volvió hacia ellos. "Las acciones de este Werecoat ponen en peligro a todos los Otros. Los humanos no deben saber nada de nosotros, aparte de esos pocos de confianza". Su mirada se dirigió al rostro de Katerina. "Supongo que es tu Elegido".

Katerina se sonrojó, incapaz de mirar a Troy, pero asintió con la cabeza. Troy la miró.

"¿Elegido?"

Se sonrojó aún más, pero susurró: "Más tarde", mientras la concejala jefe se acercaba.

"Dr. Shelton". La concejala se acercó, le tendió la mano y se la estrecharon. "Soy Larissa Gonzales. En nombre del Consejo, te presento nuestras disculpas por el peligro al que te ha expuesto una de los nuestros. Te aseguro que nos ocuparemos de ella y que tú y los tuyos no correréis más peligro. Además, los gastos de reparación de los daños causados a tu casa te serán reembolsados por nuestro Consejo."

Troy asintió. "Te lo agradezco".

La mujer se volvió hacia Katerina. "En cuanto a ti, joven, comprendemos que no tuvieras forma de saber que podrías haber acudido a nosotros cuando os encontrasteis en peligro, aun careciendo de pruebas. Fue un descuido nuestro, al no insistir en que se enseñara a nuestros jóvenes no sólo a reconocer los métodos de un Werecoat, sino que tenemos formas de averiguar la veracidad de tales acusaciones, y de proteger a nuestro pueblo. Nos ocuparemos de ello y lo integraremos en la educación de nuestros jóvenes en lo sucesivo".

"Ojalá lo hubiéramos sabido", le dijo Katerina con fervor. "Teníamos tanto miedo y no teníamos a quién recurrir. No sabíamos qué hacer, salvo escondernos de ella. Escondí a Melanthe, pero no podía abandonar Troya".

Miró a Troy a su lado, con los dedos aferrados a los de él, temblando débilmente. "No podía dejarte... sabiendo lo que haría".

Troy miró a través de la habitación, hacia donde unos hombres habían levantado la jaula del leopardo sobre unos palos bajos, preparándose para sacarla. "¿Qué le ocurrirá?"

La Concejala suspiró, observando cómo se llevaban al leopardo gruñón por una puerta a un lado de la sala. Unas zarpas negras se extendían a través de los barrotes, intentando golpear con las garras extendidas a los que llevaban la jaula. Su voz se llenó de arrepentimiento.

"Probablemente el enfrentamiento con el Dr. McCandliss la llevó al límite final, borrando los últimos vestigios de humanidad. No es que pudiera ser recuperada". Su mirada se dirigió de nuevo a Troya. "Los pícaros no se dan con frecuencia. No hay forma de rehabilitarlos. Aunque

sin duda es capaz de cambiar a humana, podría haberlo hecho en cualquier momento de este procedimiento para hablar con nosotros, no lo hizo. Realmente no queda nada de su naturaleza humana. El animal salvaje ha prevalecido. Se le colocará un dispositivo, indetectable y permanente, que le impedirá volver a cambiar a su forma humana. Luego se la colocará en un lugar especial, que tú llamarías santuario, donde haya quienes sepan lo que ella es. La alimentarán, la cuidarán y la tratarán con humanidad. Es todo lo que podemos hacer por ella".

CAPÍTULO 26



DE PIE EN el jardín delantero de su casa, Troy miró las astillas que solían ser su puerta principal, y se estremeció visiblemente.

"Me gustaba mucho esa puerta".

Douglas negó con la cabeza. "Seguro que le hizo un número. También el marco".

"También la puerta de la escalera y la del dormitorio", dijo Troy. "Estaba a punto de abrirse paso cuando llegó la caballería".

Katerina cogió la mano de Jacinto y la apretó con fuerza. "Sabía que vendrías", dijo. "Todo lo que teníamos que hacer era aguantar hasta que llegaras. Habría sido mucho peor si no lo hubiéramos sabido".

"No es que no fuera espeluznantemente terrorífico", añadió Troy. "Gracias por venir tan rápido y traer los refuerzos".

"Sí, Kieran es un tío que da miedo, tengo que decírtelo", respondió Douglas.

Jacintó miró a su prometido con el ceño fruncido, y sus bonitos labios formaron un mohín. "¡No lo es!"

Douglas le sonrió. Estaba claro que éste era un tema recurrente entre ellos. "Me alegro de que esté de nuestro lado". Su mirada hacia Troy era más seria, y la sonrisa de sus labios se apagó. "Lo siento, tío. Llevábamos días intentando averiguar cómo decírtelo. De hecho, esta mañana he venido a trabajar dispuesta a contártelo todo. Entonces me topé con Daniel y todo se convirtió en una bola de nieve. Iba de camino hacia ti cuando todo se fue al infierno".

"No lo sabía", dijo Jacinto, sorprendido.

"No tuve tiempo de decírselo. En un momento estaba con todo el plan de decírselo poco a poco, y de repente me harté, ¿sabes? Toda la situación, y no podía decirle a mi mejor amigo que corría un grave peligro. Decidí decírselo en cuanto llegara a la clínica. Y entonces... bueno, ya sabes el resto".

Troy pensó en los últimos días. "Puedo verlo", admitió. "Los preparativos. Las conversaciones contigo y con Jacinto, y con Katerina. Lo veo ahora, mirando hacia atrás".

"Nunca íbamos a dejar de decírtelo", le dijo Katerina. "Eso nunca estuvo en las cartas. Pero era cuestión de cómo decírtelo, no sólo lo de los metamorfos, sino todo el asunto de Beatrice".

"Tienes que admitir que fue bastante extraño", añadió Douglas. "Podrías haber hecho que me internaran".

"O hice que me internaran", se rió Troy. "Es decir, te vas a casar con un genio... perdón, Jacinto, un Djinn... Yo estoy saliendo con mi gato, y uno de nuestros empleados era un leopardo

malvado y asesino sacado directamente de Mujeres Gato. ¿Hay algo más que deba saber? ¿Como que Ladybug es un centauro, o algo así?". Su mirada se posó en Katerina, que se esforzaba por contener la risa. "¡Y tú! ¡Mis toallas! Creía que me estaba volviendo loca, porque encontraba mi toalla en el baño pulcramente doblada".

"Menudo crimen". Jacinth puso los ojos en blanco. Deslizó su mano por la de Douglas. "Supongo que deberíamos volver a casa, con los niños. Benny se alegrará de saber que ahora estás a salvo, Katerina".

"¿Benny?" Troy se quedó con la boca abierta. "¿Benny sabe lo de Cat?"

Douglas casi resopló de orgullo. "Sí, lo descubrió él solito. Es un chico muy listo, te lo aseguro".

"Pero no sabe lo de Beatrice, ¿verdad?". preguntó Katerina rápidamente alarmada. "Eso le daría pesadillas a la pobre niña".

"No, pero sabe que pasó algo con aquel ataque en el parque", respondió Jacinto. "Puede que sea joven, pero no se le escapan muchas cosas. Sé que está preocupado por ti, siempre pregunta si estás bien".

"Bueno, ahora puedes decirle que el peligro ha pasado y que estoy bien".

"¿Estás seguro?" Jacinto pareció dudar, como si se resistiera a marcharse. Su mirada preocupada pasó de Katerina a Troya, y luego de vuelta.

"Sí, estoy bien". Extendió la mano para abrazar a Jacinth en una rara muestra de afecto. "Realmente bien. Y, bueno... ya sabes, Troy y yo tenemos que hablar, los dos solos".

"De acuerdo", asintió Troy.

"De acuerdo. Recuerda que sólo estoy a una llamada de distancia".

"Sí, ya lo sé. Y gracias de nuevo".

Troy y Douglas hicieron como los hombres, dándose palmadas en los hombros, y luego Jacinth y Douglas se dieron la vuelta y se dirigieron al camión de Douglas. Katerina se volvió hacia la casa y tropezó con un gran trozo de madera. La mano de Troy salió disparada para agarrarla por el codo y estabilizarla. Intentó sonreír, y casi lo consiguió.

"Todavía estoy un poco conmocionada", admitió.

Su mano se deslizó hasta la de ella, envolviéndole los dedos en un cálido apretón. "Es comprensible. Yo tampoco estoy segura de haber llegado a ese punto".

Volviéndose, utilizó el lateral del pie para apartar las astillas de madera y los trozos de cristal, abriéndose paso entre los escombros mientras cruzaban el porche hasta la puerta abierta, con trozos de madera aún aferrados a las bisagras. Giró la cabeza y miró a Katerina, que estaba a su lado. "Supongo que será mejor que tengamos esa charla que mencionaste".

Ella se tranquilizó al ver que su mano seguía firmemente agarrada a la de él y asintió. "Supongo que sí".

Pasaron por encima de los escombros del suelo del salón, y ella lo condujo con paso firme a la cocina. Estaba a punto de sentarse cuando se acordó de Cherie y, dirigiéndose a la puerta del sótano, la abrió, llamándola con un silbido. Ella llegó arrebuja, llena de alegría al verle. Probablemente también de alivio, pensó Katerina, al ver cómo el collie salía corriendo por la trampilla para perros, que Katerina había desbloqueado cuidadosamente.

Sacó un cartón de leche del frigorífico, vertió un poco en una cacerola para calentarla y sacó dos tazas, mientras Troy se sentaba a la mesa, viéndola sacar una caja marrón del armario. Levantó una ceja. "¿Cacao caliente?"

Le lanzó una mirada humorística por encima del hombro. "¡Nada de Chivas Regal para ti! No te fue muy bien la última vez, si te acuerdas".

Se estremeció al recordarlo y se pasó los dedos por el pelo. "Sí, la peor resaca que he tenido desde mi primer año en la universidad".

Se acercó a la mesa, la limpió con agua caliente y jabón, y le lanzó una mirada mordaz. "No es higiénico comer en una mesa donde se han sentado gatos".

"¡Eh, tú eres el que saltaba y sentaba el culo en la mesa cada vez que yo entraba en la cocina!". se defendió.

Ella le devolvió el golpe. "Me pusiste sobre la mesa de la cocina el primer día que me trajiste a casa. Y después de eso nunca me echaste de ella".

Fue a la cocina y volvió un minuto después con dos tazas de cacao humeantes, llenas de nata montada. Puso una delante de él y se sentó en la silla de enfrente, con las manos envueltas en la taza de cacao.

"No sé muy bien por dónde empezar".

"¿Qué tal con el tema de los metamorfos?", sugirió.

Asintió con la cabeza. Nunca antes había tenido que ser ella quien explicara su existencia, pero sabía que esta conversación iba a producirse y estaba preparada... o al menos, admitió para sí misma, tan preparada como nunca lo estaría.

"Incluso a sus oídos sonaba rígida e instructiva, pero nunca antes había tenido que explicar su existencia. "Ni siquiera nosotros sabemos cómo o cuándo surgieron los metamorfos. No sabemos, por ejemplo, si los mitos de hombres que cambian de forma para convertirse en otra cosa se debieron a avistamientos de metamorfos, cuándo los metamorfos se hicieron reales y no simplemente... un mito, una leyenda urbana".

"¿Hombres lobo?" preguntó Troy.

Katerina se estremeció, pasándose las manos por los brazos. "Diría que Beatrice estaba tan cerca de eso como cualquiera podría estar... ¡y mucho más cerca de lo que yo nunca quise estar!".

"¡De acuerdo!" Él levantó su taza y ella tocó la suya.

La bebida caliente era reconfortante al bajar, extendiéndose por ella. No se había dado cuenta de lo tensa que seguía estando, hasta que sintió que se relajaba lentamente.

"Entonces... ¿Mutaformas?" preguntó Troy.

"Cierto. Nunca hemos sido muy numerosos, en relación con la población humana. Hay todo tipo de metamorfos, pero en realidad nunca estuvieron organizados como, ni en contacto con otros metamorfos, hasta la Edad Media, y especialmente la Inquisición. En ese momento empezaron a formarse sociedades secretas, para que los metamorfos que necesitaran ayuda, o esconderse, supieran con quién ponerse en contacto. Somos igual de susceptibles a las cosas que dañan a los humanos... heridas, enfermedades, inanición. Pero la organización sería no empezó hasta el siglo pasado, con la llegada de la tecnología. Cada vez es más difícil esconderse a plena vista, y más crucial que permanezcamos bajo el radar. No sólo para los cambiaformas, sino también para otras especies mágicas".

Vio cómo se lo pensaba.

"¿Así que los Cambiaformas se consideran especies mágicas, como los Djinn?"

"No nos consideramos. Somos una especie mágica. El Cambio no es fisiológico, Troy. Eres veterinario. Piénsalo", instó. "¿Cómo podría el esqueleto humano transformarse en el de un gato o un perro? Ve aún más lejos... un lagarto o un halcón. Y eso es sólo el esqueleto, eso aún sin tener en cuenta la piel al pelaje o las plumas, las escamas. Todo. No, esto es magia, Troy. Y el Cambio en sí es suave... indoloro y rápido. Nuestros cuerpos simplemente... bueno", arrugó la nariz, intentando pensar en cómo describir lo que para ella era tan natural como respirar. "Se

disipan y reaparecen como nuestra otra forma".

"Magia... ¡oh, demonios!" Troy se sentó derecho en su silla, mirándola fijamente al otro lado de la mesa. "Esa conversación con Douglas del otro día".

Cogida por sorpresa, Katerina no pudo contener una carcajada. "¡Werepuppies!"

Sonrió. "Técnicamente, ¿no sería werecubs, por lobos? Pero en serio... algunas de esas otras cosas de las que hablábamos, como los grifos...". Se interrumpió, con cara de pregunta.

Katerina negó con la cabeza. "Que yo sepa, no. Aunque no puedo asegurarlo. Incluso entre los metamorfos, algunas de las especies más exóticas, como los dragones, tienden a...".

"¿Dragones?" Troy se atragantó con el sorbo de cacao que acababa de tomar. "¿Dragones?"

Ella se rió y se acercó a la mesa para golpearle la espalda mientras tosía. "¿TMI?"

"Podría decirse que sí", resolló. Bebió otro trago hondo, vaciando la taza, y su voz se aclaró un poco. "Demasiada información".

Se mordió el labio. "Perdona".

La miró y le tendió la taza vacía. "No pareces muy arrepentida".

Intentando controlar el temblor de sus labios, cogió la taza. "¿Más?"

"Claro. Nunca lo he hecho así. Simplemente, abro un paquete de los instantáneos".

Puso los ojos en blanco al darse la vuelta, pero fue consciente de que él la miraba mientras cruzaba la habitación hacia la nevera. Preparó más chocolate caliente para los dos y esperó.

Se aclaró la garganta. "Veo que no te apresuras a asegurarme que estabas bromeando".

Katerina lanzó una mirada por encima del hombro, incapaz de ocultar su diversión. "No".

"¿En serio? ¿Dragones?"

Vertió la leche caliente en ambas tazas, removiendo para mezclarla con el cacao y el azúcar, y volvió a la mesa. Se sentó y le acercó la taza.

"En serio, sí. Bueno... sí a los dragón metamorfos. Dragones de verdad, no sé si aún existen. Debieron de existir, en algún momento del pasado. Todos nuestros *Otros* lados, por así decirlo, también existen en la naturaleza. Los cambiadores de dragón probablemente sabrían si aún existen dragones de verdad... pero nunca te lo dirían. No algo así. Aunque encontraras uno al que preguntarle", reflexionó en voz alta. "Son muy raros y se mantienen estrictamente al margen".

Troy negó con la cabeza. "Vale, dejemos eso a un lado por ahora. Necesito un poco de tiempo para asimilarlo. Háblame de ti, de ser un gato".

Sorbió lentamente su cacao caliente, queriendo tomarse su tiempo para encontrar las palabras adecuadas, para explicárselo de modo que él lo entendiera.

"Bueno... tú cuidas de los gatos, así que no tengo que explicarte nada sobre naturalezas felinas. Cuando soy Gato, mi naturaleza felina aflora. No toma el control, precisamente, pero... flota hasta la cima, podría decirse. El humano sigue ahí, pensando y razonando, pero el punto de vista del gato se convierte en el dominante. Las cosas que son importantes para un humano... citas, trabajo, responsabilidades... no tienen la misma importancia, porque a un gato no le importan esas cosas".

Asentía con la cabeza. "Vale, ya lo veo. Así que cuando estás en forma felina eres realmente un gato, pero con plena conciencia e inteligencia humana".

"¡Sí, exactamente! Al principio, por supuesto, tuve que quedarme en forma de gato... Me dolía demasiado como para poder volver a cambiar. Además, esos horribles cortes me habrían dejado cicatrices si los hubiera dejado curar mientras estaba en forma humana. Es parte de la magia, supongo, que las heridas que recibimos en una forma no afectan a la otra. Aunque -añadió- eso no se aplica a las heridas mortales. Muerto es muerto. Pero de todos modos, al principio tuve que quedarme en forma de gato. Además, a mi gato le caíste bien enseguida".

Sonrió, levantando la taza caliente para dar un sorbo al rico y dulce cacao. "Oías bien".

Levantó las cejas. "¿Oía bien?"

Dio un sorbo a su cacao. "Mmhmm. Todo al aire libre y en el bosque. Hacía que ella... yo... me sintiera cómoda, segura, como un fuego ardiente en el hogar de una cabaña en invierno".

Tuvo que reírse de su expresión. "Es difícil expresar en términos humanos lo que siente un gato. Pero luego estaba tu casa". Hizo una mueca. "Has visto mi casa. Es estéril. Es el tipo de hogar que se espera de mí. Pero tu casa es un hogar de verdad, Troy, y lo parece, y me encantó desde el momento en que me trajiste y me pusiste en la mesa de la cocina."

"Y luego estabas tú". Ella se coloreó un poco bajo su mirada firme. "Hiciste que Cat se sintiera segura. Quería estar contigo. Mi gata es difícil de impresionar, créeme. Es distante y tiene un poco de actitud. Pero no contigo. Y cuanto más estaba contigo como Cat, más me gustabas, más quería quedarse. No sólo Cat, sino los dos. Y esperaba que, si podía conocerte como humana, tal vez yo te gustara, Katerina, tanto como te gustaba Cat". Le dedicó una sonrisa ligeramente despectiva. "Más, incluso. Pero no sabía cómo hacer que nos conociéramos, hasta que Jacinto nos invitó a las dos a la cena de compromiso".

"¿Y Beatrice? ¿Cuándo supiste de ella?"

Katerina se estremeció, sintiendo frío de repente, y sus dedos se apretaron contra la taza que sostenía. Era difícil deshacerse del miedo que la había acechado durante meses. "Al principio no sabía que era ella. Es decir, no sabía que era Beatrice. Sabía que eras el objetivo de la Were, o al menos, estaba bastante segura, aquel día que volviste a casa de la clínica y la olí en tu camioneta. Los Were suelen elegir un objetivo y luego lo acechan. Era improbable que hubiera estado en tu camión, si no fueras su objetivo".

"Hola". Su voz era tan cálida como el cacao e igual de reconfortante. Extendió la mano por encima de la mesa, una gran mano cubriendo la de ella. "Ya se ha acabado".

"Lo sé. Sus dedos giraron bajo los de él, estrechándose con fuerza. "Teníamos tanto miedo, Melanthe y yo. No sabíamos qué hacer, adónde dirigirnos. Al principio sólo nos perseguía a nosotros... para limpiar su territorio. Veía a cualquier metamorfo hembra como una posible competencia, y por eso había que eliminarnos. Entonces intervino Jacinto, cuando ayudó a salvar a Melanthe. Sólo me di cuenta más tarde, cuando nos dimos cuenta de que la Pícaro era Beatrice. Y entonces no sólo Jacinth, sino también Benny y Molly estaban en peligro".

Le miró, con expresión seria. "Era perfectamente capaz de ir tras ellos, ¿sabes? Los Werocats no están cuerdos. No tienen ningún concepto de la compasión, ni siquiera del bien y del mal. Habría matado a los niños por venganza sin ningún reparo. Es un poco irónico, la verdad", reflexionó. "Envió a ese perro a matarme, lo que me hizo acabar aquí contigo, y tú eras su verdadero objetivo".

Troy se aclaró la garganta. "Eh... siendo el objetivo y todo eso... Nunca lo he entendido del todo. ¿Quiero saberlo?"

"No". Ella negó rotundamente con la cabeza. "De verdad, de verdad que no quieres saberlo".

"Voy a aceptarlo, y quizá vuelva a preguntártelo dentro de un año o dos, cuando estemos en la fase de mirar atrás y reírnos de ello. Mientras tanto -suspiró, mirando a través de la puerta abierta que daba al salón-. "Será mejor que me ponga en marcha y haga algo con respecto a una nueva puerta principal".

Levantándose, fue al salón, inspeccionando la puerta destrozada, el marco hecho jirones y las bisagras rotas. Ella le siguió, haciendo una mueca de dolor al ver los daños.

"Supongo que ese tal Djinn...". preguntó Troya frunciendo el ceño.

Ella arrugó la nariz. "No creas. Si fuera a hacerlo, lo habría hecho. Pero el Consejo dijo que

te reembolsaría". Su mirada se dirigió más allá de la puerta, hacia el sedán verde aparcado detrás del camión de Troy. ¿"Uy"?

Su mirada siguió la de ella e hizo una mueca. "Sí, es de Beatrice. ¿Qué demonios hago al respecto?"

"No estoy segura", dijo insegura. "No quieres que quede constancia oficial de que ha estado aquí, así que llamar a una grúa está descartado. ¿Puedes rodearlo con tu camión?"

Estudió el camino de entrada y la estrecha extensión de verde del otro lado, antes de que el patio se inclinara bruscamente hacia una zanja poco profunda. "Sí, puedo arreglármelas".

"Entonces esperemos. El Consejo dijo que te reembolsaría, así que es de suponer que alguien aparecerá en algún momento. Creo que eso es mejor".

La mirada de Troy se posó en su rostro, incómodamente aguda. "¿Mejor que qué?"

"Um". Se royó el labio inferior, sintiéndose absurdamente culpable. "¿Mejor que llamar a mi familia Guardianas para pedirles que envíen a alguien a buscarlo?"

Levantó la mirada y vio la pregunta en su rostro. "Cada familia de cambiaformas tiene un Guardián designado, que es el contacto de esa familia con el Consejo. No es el representante ante el Consejo... Ésa es otra función. Cada especie tiene un representante en el Consejo, los Guardianes son la línea de comunicación entre las familias metamorfofomaga, los clanes, las manadas, etc., y sus representantes. Es una cadena de mando... si hay un problema o una pregunta, el Guardián se ocupa de ello, o se lo transmite al representante, según el caso".

"Y no quieres llamar a tu Alcaide, ¿por qué?"

Suspiró, pasándose la mano por el pelo. "Ya tengo muchos problemas por no haberles contado todo esto".

Levantó una ceja. "El Consejo pareció comprender el dilema en el que te encontrabas. Diablos, hasta yo lo entendí".

"Sí, pero mi Alcaide es mi abuela materna. Y somos matriarcales".

Troy la miró fijamente un largo instante y luego asintió. "Estás jodido".

"Básicamente. No se lo dijimos porque se había ido de crucero, algo que llevaba años deseando y planeando. Es decir, había esperado tanto y no sabíamos que iba a escalar así. Estábamos esperando a que volviera a casa". Suspiró. "Dado el mal de ojo con que me miraba en la reunión, no lo va a ver así".

Apartó la mirada del sedán y volvió a fijarse en la puerta abierta. "¿Qué vamos a hacer mientras tanto?"

"Ni que lo supiera". Miró por encima del hombro el reloj de la repisa de la chimenea. "Los lugares de suministros para la construcción ya estarán cerrados".

"¿Una sábana?", sugirió. "Y si tienes chinchetas, podemos usarlas para colgarla en su sitio".

"Sí, buen plan. Puedo ir al Depósito a primera hora de la mañana".

Ella le sonrió. "Sé dónde están las sábanas, voy a por una mientras tú vas a por las chinchetas..."

"Ya lo tienes, nena".

Cinco minutos más tarde, tenían la puerta cubierta por la sábana, tensada a lo largo de la abertura. "Bueno, no detendrá a los bichos nocturnos más decididos", reflexionó Katerina en voz alta. "Pero, de todos modos, mantendrá a la mayoría fuera".

Troy se encogió de hombros. "No hay problema. Tengo una gata a la que le gusta perseguir cosas que se mueven. Un poco de proteína extra en su dieta no le hará daño".

Ella le dio una palmada en el brazo. "Muy gracioso".

"¡Te pillé!" Le sonrió. "Espera, quiero probar algo".

Cruzó la habitación, se sentó en su gran sillón reclinable y luego le dio una palmada en la rodilla, invitándola. "Toma, gatita bonita".

Con una carcajada, Katerina se lanzó al otro lado de la habitación, acurrucándose en su regazo mientras él la rodeaba con los brazos. Apoyó la cabeza en su hombro, sintiéndose como en casa. Allí encajaba perfectamente, tal y como ella sabía que haría.

"Ahí está mi chica", dijo con aquella voz grave y retumbante que a ella le encantaba, mientras le acariciaba el pelo con la mano.

Katerina sonrió. "Podría acostumbrarme a esto".

Ella sintió su risa en lo más profundo de su pecho, bajo su mejilla.

"¿Podrías acostumbrarte? Ya lo has hecho!"

Ella levantó la cabeza para sonreírle. "No te he oído quejarte".

"No. Nada me gusta más que relajarme en mi sillón reclinable con mi gato en el regazo". Hizo una pausa, mirándola, con una mano deslizándose bajo su barbilla. "Eres mi gata, ¿verdad?"

Sus labios se curvaron en una sonrisa. "¡Todo tuyo... de los dos!". Se mordió el labio, confesando. "Temía que te enfadaras. Quería decírtelo, pero no sabía cómo".

Sintió el profundo estruendo de su risa bajo la mejilla.

"¿Cómo podría enfadarme? Tengo a mi linda gatita y a mi linda señorita. ¿Qué más podría querer un hombre?"

Le encantaba... *le encantaba* de verdad que la llamara su dama.

"Creo que lo que necesitamos es ver una película", anunció Troy, acariciándole el pelo con la mano. "Nos distraerá, nos dará un respiro".

Katerina se incorporó. "Haré palomitas", se ofreció voluntaria, deslizándose fuera de su regazo.

"¿Con mantequilla?" preguntó en tono esperanzado.

Ella le frunció el ceño por encima del hombro. "¡Claro que con mantequilla! No son palomitas si no llevan mantequilla".

Troy sonrió. "Attagirl". Tráenos también un par de refrescos. Voy a ver cómo están los cachorros y me aseguraré de que se instalan para pasar la noche".

Cinco minutos después, instalada de nuevo en su regazo con un enorme bol de palomitas (con mantequilla), Katerina rompió a reír encantada cuando él pulsó el botón "Play" del mando a distancia.

"¿Aladino?"

"Pensé que necesitábamos algo ligero". Sus ojos verde musgo centellearon al mirarla. "Puedo ponerte Cat People si quieres. Original, de 1942, en blanco y negro".

Se estremeció. "No. Eso me pilla demasiado cerca ahora mismo. Aladino está bien".

"Ya me lo imaginaba", dijo, sonando engreído.

Cherie subió del sótano, dejándose caer en el suelo junto al sillón reclinable de Troy con un gemido perruno. Katerina se rió y le lanzó un trozo de palomitas, que la collie atrapó en el aire con un chasquido de dientes blancos.

"No está mal, para ser un perro", admitió Katerina.

Troy sonrió. "Snob", le acusó.

"Mhmm, totalmente". Cogió un puñado de palomitas, se recostó contra él y vieron la película en un silencio agradable, entre risas a medida que avanzaba la historia.

"Había olvidado lo buena que es esta película", comentó Troy al final, apagando el reproductor de DVD cuando llegaron a los créditos finales.

"Yo también", admitió, y luego ahogó un bostezo. Tras el bostezo, como si hubiera enviado algún tipo de señal al resto de su cuerpo, sintió de repente un agotamiento que le caló hasta los huesos. "Sé que todo esto de la película -señaló con la mano hacia la pared donde estaba el televisor- ha sido como un tiempo muerto para nosotros. Debes de tener tantas preguntas, y ni siquiera has tenido tiempo de asimilar el shock..."

"O emborracharse como una cuba", se rió Troy, y ella soltó una risita.

"O eso, sí. Pero ahora mismo siento que voy a caerme de bruces en cualquier momento".

"Te ha alcanzado", asintió Troy. "No estoy muy lejos de ti, nena. Yo también lo siento. Para serte sincero, ahora mismo lo de tirarse por la cara suena condenadamente bien".

Miró el reloj de la pared con un leve suspiro de pesar. "Será mejor que coja el móvil y pida un Uber para que me lleve de vuelta a la posada".

"Quédate". La respuesta de Troy fue instantánea, y sus brazos la rodearon con fuerza. "No me gusta pensar en que estés sola esta noche. No después de todo lo que ha pasado hoy".

Ella sonrió, inclinando la cabeza para mirarle a la cara, y sus ojos verdes se clavaron en los suyos con seriedad. "Estaré bien. De verdad".

"Tuviste pesadillas", dijo. Subió una mano para acariciarle el pelo y su voz se volvió más grave, preocupada. "Incluso de gato tuviste pesadillas, aquellas primeras noches. No haremos nada más que dormir. Te abrazaré y sabrás que estás a salvo. *Sabré que estás a salvo*".

Ella no podía negar que lo deseaba, y giró la cabeza para frotarla contra su hombro. "Vale".

Se levantó bruscamente con ella aún en brazos, y ella se agarró a sus hombros. "¿Qué haces?"

Los ojos de Troy centellearon mientras le sonreía, cruzando el suelo del salón en tres largas zancadas. "Llevándote a la cama, por supuesto".

Se detuvo en el estrecho umbral de la escalera, observando el marco de la puerta. Ella siguió su mirada, estrechándole los brazos.

"Si me golpeas la cabeza contra eso, toseré bolas de pelo en todos los pares de zapatos que tengas".

Él se rió, moviéndola entre sus brazos para que su cabeza descansara sobre su hombro.

"Dios no lo quiera".

Una vez superadas las escaleras, la bajó para que se pusiera de pie justo delante de la puerta de su dormitorio. "¿Supongo que tienes ropa escondida en alguna parte?"

"Sí, pero no en pijama". Ella le sonrió. "No hay problema".

Se dirigió a su cómoda, abrió uno de los cajones y sacó una vieja camiseta de fútbol, descolorida y desgastada. "Esto servirá".

Entró en el cuarto de baño, saliendo unos minutos después con el jersey puesto. Le colgaba del cuerpo, cubriéndole casi hasta las rodillas. Troy se rió, sacudiendo la cabeza. "Bueno, supongo que funciona".

La levantó tan deprisa que ella pegó un grito de alarma, y la dejó caer en medio de su cama, donde rebotó un par de veces. Riéndose, apartó las sábanas y se metió dentro. Él se deslizó tras ella, atrayéndola contra sí para que apoyara la cabeza en su hombro. Con la mano libre intentó apagar la lámpara de la mesilla y luego la rodeó con ella, acunándole la cabeza y acariciándole el pelo con los dedos.

"Ahora, gatito bonito. Duérmete".

"Mmm". Murmuró, acurrucándose contra él. "Buenas noches, Troy".

"Buenas noches".

CAPÍTULO 27



EL CRUJIDO DE las ruedas sobre la grava despertó a Katerina. Bostezó, estirándose sinuosamente. La eufórica sensación de bienestar aún la acompañaba, y sonrió. A su lado, Troy seguía profundamente dormido. Se deslizó desde la cama hasta la ventana y miró fuera. Una especie de camioneta grande y maltrecha estaba aparcada detrás del sedán verde, y mientras ella miraba, los hombres parecían salir a borbotones de la cabina extendida. Parpadeó, sacudió un poco la cabeza y, contando, se dio cuenta de que sólo había cinco. Cinco hombres. Bien. Se acercó a la cama y sacudió el hombro de Troy.

"¿Hmm?"

"¡Troy, despierta! Creo que han llegado los del Consejo. Sobre la puerta", aclaró.

"Ah, claro". Se incorporó, pasándose las manos por el pelo despeinado.

Katerina se zambulló en las profundidades de su armario, sacando ropa interior de encaje, un par de pantalones cortos y una camisa del escondite que había mantenido oculto. Al menos ahora ya no tendría que ocultarlos. Se puso la ropa rápidamente y, al salir del armario, encontró a Troy en vaqueros, poniéndose una camisa por encima de la cabeza.

"Prepararé el café", ofreció, dirigiéndose a las escaleras justo cuando el timbre de la puerta, que al parecer seguía intacto, enviaba sus campanadas por toda la casa. Un ruido sordo indicó que Cherie estaba trabajando.

"Buena decisión".

Bajaron las escaleras. Katerina llamó a Cherie y se dirigió a la cocina, mientras Troy forcejeaba con la sábana que cubría la puerta para bajarla, con chinchetas y todo. Frente a él había lo que parecía una cuadrilla de tipos normales de la construcción, con camisetas desaliñadas y monos salpicados de pintura.

"¿Doctor Shelton?" Se dirigió a él el primero, un hombre compacto de unos cincuenta años, con el rostro curtido y el pelo canoso.

"Sí, soy yo".

El hombre le tendió la mano. "Paul. Venimos a ocuparnos de tu problema con la puerta".

Troy cogió la mano que le tendía y descubrió que el hombre la sujetaba con firmeza y seguridad.

"Dayyam", dijo uno de los otros hombres, mirando los escombros con asombro. "Seguro que ha hecho un buen número con esto".

"Nosotros también tenemos un problema con el coche", les dijo Troy, señalando el sedán de su entrada. "Es el suyo".

Paul giró la cabeza para mirar al coche con los ojos entrecerrados. "Greg, llama a ver qué quieren que hagamos".

"No llevaba el bolso cuando atacó la casa", dijo Troy. "Pensaría que aún estaría allí, y las llaves también".

Greg, un tipo de aspecto competente más o menos de la edad de Troy, asintió y sacó un teléfono móvil. Se apartó del grupo del porche para hacer la llamada. La mirada de Troy recorrió a los hombres.

"Estáis todos... uhh..."

Paul se rió. "Sí, así es. Tengo entendido que eres nuevo en todo esto".

"Ha sido un despertar infernal". Troy hizo una mueca expresiva.

El más joven del grupo, un chico delgado que no debía de tener más de veinte años, miró fijamente a Troy, dejando escapar un silbido largo y lento. Al girarse, Troy vio que Katerina se acercaba a él con una taza de café. Iba monísima con unos alegres pantalones cortos amarillos y una camiseta blanca con amapolas brillantes salpicadas en la parte delantera. Llevaba los pies desnudos y las uñas pintadas de un bonito rosa.

Uno de los hombres golpeó al joven en la nuca. "Alex, ten un poco de respeto".

"¡Ay!" El que se llamaba Alex fulminó al otro con la mirada. "Cuidado con la bofetada de Gibbs. ¡Tengo respeto! Puedo tener respeto, y mirar también".

Katerina se echó a reír y le dio a Troy su café antes de volver su atención a los demás. "¿También queréis todos? He hecho bastante".

"No, señora", le dijo Paul. "Estamos bien".

Giró la cabeza cuando Greg subió al porche.

"Sin duda queremos el coche", les dijo Greg. "Parece que estaba fuera del radar, nadie sabía nada de ella. Si su bolso está dentro, mejor. Quizá puedan rastrearla a través de su identificación, averiguar de dónde venía".

Los hombres intercambiaron una mirada rápida y discreta, y Troy sintió un escalofrío en la espalda. Lo que Greg quería decir en realidad era que comprobarían si había más víctimas. La mano de Katerina se deslizó entre las suyas y el escalofrío se disipó.

"Bueno, pongamos este espectáculo en marcha". Paul avanzó decidido, sacó un destornillador del cinturón de cuero que llevaba y empezó a aflojar una de las bisagras que aún se aferraban al destrozado marco de la puerta. "Alex, Ramón, mirad qué hay que hacer en los marcos de dentro... las puertas del pasillo arriba y abajo, ¿no?". Se interrumpió para preguntar a Troy, que asintió. "Correcto. Sacad las puertas, o lo que quede de ellas, para que podamos medir. Greg y Bob, sacad las cosas del camión".

"¿Hay algo que quieras que haga?" preguntó Troy.

Paul agitó una mano. "No, esto lo ha hecho uno de los nuestros. Ve a tomarte el café y relájate mientras te arreglamos".

Sintió que Katerina deslizaba la mano hacia la suya, sus dedos se entrelazaban.

"Vamos", dijo, con su sonrisa iluminando aquellos ojos dorados. "Te prepararé el desayuno".

Resopló, dejando que ella lo condujera a la cocina. "¿Qué, vas a abrirme una lata de Friskies?".

Le dio un manotazo en el brazo. "¡Que sepas que sé cocinar!"

"Ajá". Troy se deslizó sobre una silla de la mesa. "¿Eso era con C mayúscula?"

"¡Claro que sí!" Guiñó un ojo. "Mi madre enseñó a todas sus hijas a cocinar como chefs gourmet. Puedo preparar un suflé como nadie".

¿Soufflé? Troy hizo un gesto de dolor. "¿Qué tal algo corriente? ¿Panqueques o algo así?"

"Puedo hacer tortitas".

"No hace falta que cocines para mí. Tampoco tengo tan mala mano", señaló Troy.

La sonrisa de Katerina se atenuó un poco. "Lo sé. Es que... es reconfortante, ¿sabes? Cocinar me permite centrarme en algo que no sean... cosas en las que no quiero estar pensando".

"Ah". Troy asintió, recordando. "Como el cacao caliente de anoche".

Ella asintió, se dio la vuelta y abrió el armario con los cuencos para mezclar, sacando un cuenco grande de acero inoxidable.

"Joder, acabo de entenderlo", dijo Troy, sacudiendo la cabeza. "Fuiste directo a por el cuchillo, aquel día en la barbacoa".

Una risita fue su única respuesta cuando Katerina se zambulló en la nevera y salió con huevos y leche. La vio mezclar los ingredientes con la confianza de una veterana.

"¿No hay libro de recetas?" preguntó con cierta sorpresa.

Levantó la vista con una sonrisa, sin detenerse en su batido de la masa. "No. Las tortitas y los gofres eran un alimento básico de los sábados y domingos en casa. Aprendimos a hacerlos muy pronto".

"¿Pero sólo las hijas?"

La suave risa de Katerina llenó la cocina. Era contagiosa, llena de humor. "Somos griegos. Ambos grupos de abuelos llegaron juntos a la isla de Ellis. Mis padres nacieron aquí, pero el... um... machismo de los griegos sigue vivo en la primera generación de grecoamericanos".

Cherie llegó en ese momento de su incursión en el jardín trasero, y Troy se levantó y fue a llenar su plato con la gran bolsa de croquetas de la despensa. Para cuando hubo hecho eso y refrescado su cuenco de agua, había una pila de tortitas sobre la mesa. Colocó varias en su plato, las untó con mantequilla y sirope, y les dio un bocado. Levantó las cejas y miró a Katerina, que se había sentado y estaba comiendo su propia pila.

"Impresióname", le dijo con la boca llena de tortitas.

Ella asintió y le guiñó un ojo. "La receta de mi YiaYia", le dijo después de tragar saliva. "Se la dio una vecina de Brooklyn cuando acababa de llegar de Atenas".

Un pesado repiqueteo de zapatos sobre el suelo de madera le hizo mirar a su alrededor cuando Paul apareció en la puerta.

"Hemos sacado la puerta de arriba", les dijo. "La puerta del vestíbulo de abajo está bien, debió de cambiar para abrirla, o giró el pomo entre los dientes o algo así. Pero arriba... lo único que puedo decir es que menos mal que la puerta se abría hacia dentro y no hacia fuera, así que atrancarla funcionó. De todos modos, también hay que cambiar los marcos de la puerta del dormitorio y de la puerta principal. Esa mujer Djinn nos dijo que tenías una puerta delantera a medida con vidrieras. De momento te conseguiremos una puerta estándar, si consigues que te cambien la personalizada, dale el recibo al Guardián de la familia". Su mirada se dirigió a Katerina, que asintió.

"Además, pondremos los marcos nuevos de las puertas, pero probablemente querrás pintarlos, envíanos también el recibo de eso".

"Me impresiona que os ocupéis de esto por mí", le dijo Troy.

Paul se encogió de hombros y se pasó una mano por el pelo canoso. "Fue uno de los nuestros quien lo hizo. Un Pícaro, caramba. Ni siquiera recuerdo la última vez que tuvimos uno de esos. Tienes suerte, ¿sabes? Las historias que cuentan sobre los Pícaros... bueno, yo no querría que *mis* hijas estuvieran en su territorio".

"Tenemos suerte porque una de mis mejores amigas es una Djinn", dijo Katerina con fervor. "Si no hubiera venido tan rápido y hubiera traído a Kieran aquí...".

"Sí, casi había cruzado esa puerta", coincidió Paul. "Unos minutos más era todo lo que necesitaba. De todos modos, los chicos van ahora a buscar las puertas y las molduras para el marco. Yo voy a preparar los caballetes. Si quieres conservar el pomo y los herrajes originales de la puerta de arriba, podemos cambiártelos".

"Te lo agradecería", asintió Troy. "Hay un enchufe en la parte de atrás, junto a la puerta de la cocina, por si quieres instalarte en el patio".

"Estupendo, lo haré".

Paul volvió a salir y Troy regresó a sus tortitas.

"¿Quieres que prepare algo fresco?" se ofreció Katerina, que había terminado el suyo mientras los dos hombres hablaban. "Los tuyos se enfriaron".

Troy dio un mordisco a sus tortitas, sacudiendo la cabeza. "No, están buenísimas incluso frías".

Ella se levantó y habría recogido los platos para llevarlos al fregadero, pero Troy le tendió la mano y le rodeó la muñeca con los dedos.

"Deja eso. Tú cocinas, yo limpio. Yo cocino, tú limpias. Así que escucha, ve a ponerte los zapatos y saca el bolso de donde lo tengas escondido. Te llevaré a la posada y podrás coger tu coche, ya que ahora puedes ir y venir cuando quieras". Enarcó una ceja, sonriéndole. "¿Verdad?"

Katerina le devolvió la sonrisa. "¡Muy bien! Me alegraré de no gastarme todo ese dinero en Ubers".

El trayecto no fue largo, pero Troy parecía extrañamente tranquilo, incluso retraído. Katerina lo miró de reojo y vio que tamborileaba con los dedos sobre el volante. No era buena señal. Troy no solía inquietarse ni ponerse de mal humor. Era uno de los hombres más tranquilos que había conocido. Esperó a que se detuviera detrás de la posada y pusiera la marcha atrás para acercarse y poner una mano sobre la de él.

"¿De qué se trata? Te han golpeado mucho, en poco tiempo. Sé que tienes preguntas". Sonrió alentadora. "Has aguantado bastante bien, teniendo todo en cuenta".

"No es eso. Quiero decir... no exactamente". Se detuvo, arrastrando los dedos por el pelo. "Tengo una pregunta, es sólo que... no sé cómo preguntar sin que suene mal".

Se inclinó hacia ella, girando la llave del contacto a la posición de apagado. "Entonces pregunta. Prometo no tomármelo a mal, ¿vale?"

"¿Va a volver Cat?" preguntó sin rodeos. "Para quedarse, quiero decir. Maldita sea, esto es una locura. Aún estoy intentando hacerme a la idea. Estoy aquí sentado preguntándote por mi gata, pero tú eres ella". Sus dedos se apretaron contra los de ella. "Me acostumbé a tenerla cerca. Cuando pienso en llegar a casa todos los días y que Cat no esté allí... Lo odio. Tío, lo odio de verdad". Un rubor apagado se deslizó bajo su bronceado. "Ves, aquí es donde se pone raro. Te estoy contando esto y tú eres mi gato. No quiero que pienses... Quiero decir, y luego estás tú, Katerina. Tampoco quiero perderte".

Katerina comprendió de repente.

"Crees que me voy a ofender porque te preocupa perder a Cat". El alivio la inundó y soltó una carcajada. "¡Después de las últimas veinticuatro horas, no me sorprendería saber que no quieres volver a vernos a ninguno de los dos! Troy, los metamorfos son realmente de doble naturaleza. Cat es una parte de mí, una parte integral. Me ofendería que *no* la quisieras, que no te importara".

"Sí, pero te estabas escondiendo del leopardo, así que ahora que el peligro ha pasado, ella... tú... no tienes ningún motivo para quedarte".

"Espera. Espera". Se desabrochó el cinturón y se giró sobre el asiento de la camioneta para

mirarle directamente. "Trajiste a Cat a casa porque Jacinth te pidió que la rescataras tras el ataque en el parque. Sí, al principio tuve que quedarme mientras me curaba lo suficiente para poder tolerar el Cambio a mi forma humana. Pero después de eso, me quedé porque quería, Troy. Porque Cat quería quedarse. Le gustas, le gusta tu casa". Se rió. "Incluso le gusta Cherie. No quería irse. Y yo tampoco", añadió con sinceridad, y luego guiñó un ojo. "Y puede que algún día te perdone por enviarle a Suzanne la bandeja de tiramisú a casa aquella noche".

Troy se rió, echando la cabeza hacia atrás. "¿Qué tal si te lo compenso haciéndole... a ti... tu propio cazo?".

"Oh, sí, eso funcionaría", respondió Katerina, casi olvidándose de sí misma y relamiéndose los labios. "¡Estaba tan enfadada! Había planeado asaltar la nevera después de que te fueras a trabajar al día siguiente". Puso su mano sobre la de él, sintiendo su mano girar bajo la suya, el cálido apretón de sus dedos. "Has tenido que aceptar muchas cosas en un periodo de tiempo relativamente corto. Tengo que reflexionar sobre mi carrera y hacia dónde quiero dirigir mi vida, ahora que no tengo a un acosador asesino que ataca a todos mis seres queridos. Cat estará en casa contigo, y yo podré ir y venir cuando lo necesite, y hacer mis bocetos. Dejémoslo así por ahora, y veamos qué pasa".

Su mano libre se deslizó por detrás del cuello de ella, atrayéndola contra él. "Un punto de partida. Me gusta. Siempre y cuando...", su voz se hizo más profunda, mientras su cabeza se inclinaba hacia la de ella y sus labios rozaban ligeramente los de ella. "Sigamos explorando lo que hay entre nosotros".

Ella correspondió a la presión de su boca, hundiéndose en el cálido terciopelo de su boca, sus brazos rodeándola. Podía sentir el latido de su corazón contra el suyo. "Sí, tú y yo -aceptó ella con voz ronca, apartándose un poco. Sus ojos brillaban con picardía. "Y puedes hacerme tiramisú".

Una amplia sonrisa le partió la cara. "Entendido".

Con una carcajada, abrió la puerta y se deslizó fuera del camión. "Enseguida vuelvo a la casa. Ah!" Se volvió, inclinándose, con una mano en la puerta. "¿Te importa que te traiga algunas cosas de arte? Sólo algunos cuadernos de dibujo y carboncillo, acuarelas, ese tipo de cosas. Si te parece bien, he pensado que podría ponerlos en tu cuarto de aperos, ya que tiene aire acondicionado y no te estorbaría."

Troy se lo pensó y sacudió la cabeza. "Te diré una cosa, abajo está el dormitorio de invitados, el de enfrente. Le da buena sombra el arce que hay enfrente, y hay un gran escritorio viejo que está casi vacío".

Tuvo que refrenar el ridículo salto de esperanza que brotó, haciéndola querer saltar de alegría. ¡La quería! Se obligó a apartarse del camión, asintiendo con la cabeza mientras cerraba la puerta de un portazo y se dirigía a la posada con un gesto de la mano.

Por mucho que le gustara Angus, estaba bastante agradecida de encontrar a uno de los empleados de guardia en el mostrador. Sonrió al pasar y se apresuró a subir las escaleras hasta su habitación, en la tercera planta. Lo primero que hizo fue mirar su teléfono, que estaba sobre la cómoda. Había tres llamadas de Melanthe, seis de su madre y... ominosamente... una de su abuela. Aún no estaba preparada para enfrentarse a una discusión con la matriarca de la familia. Preferiblemente nunca. Llamó a su hermana.

"¿Melanthe?"

"¡Oh! ¡Katerina!" La voz de su hermana sonaba casi mareada. "¡Por fin! Me imaginaba que te habías quedado a dormir con ese veterinario tan guapo y no tenías el teléfono".

Katerina sonrió y se tumbó en el asiento de la ventana, apoyándose en los cojines y apoyando

las piernas en la pared del fondo. "Sí, fue un poco chocante para él. Esta mañana apareció un equipo para arreglarle las puertas. El Granuja tenía dos de ellas hechas astillas. Estuvo cerca, Mel. Demasiado cerca. Doy gracias a Dios por que Jacinth llegara tan rápido y llevara a Kieran allí. Habríamos muerto de no ser por ella".

"¡Oh, sí, le debemos tanto!" exclamó Melanthe. Su voz se volvió traviesa. "¿Has hablado ya con YiaYia?"

Katerina hizo una mueca de dolor. "No, pero había una llamada suya en mi teléfono. ¿Es muy grave?"

"Mal. Me han dado por culo", dijo Melanthe con pesar. "Creo que se desahogó conmigo, pero dale un par de días antes de llamarla. Mamá entendió perfectamente que no supiéramos qué hacer, al menos cuando se calmó. Dijo que dejáramos que ella y papá trabajaran con YiaYia y que sería seguro volver a casa para Acción de Gracias".

"¿Acción de Gracias?" Ay. "Tan malo, ¿eh?"

"No, mamá bromeaba". Pausa. "Eso espero. En fin, ¡estoy tan contenta de que esto se haya acabado! Alessandra me ha ayudado a hacer las maletas y esta mañana he vuelto a casa. Es maravilloso volver a estar en casa".

"Aunque tus bebés sean gatitos", espetó Katerina, sintiendo que empezaba a subir la rabia que había estado reprimiendo durante tanto tiempo.

"Estamos vivos, y ellos están vivos", le dijo Melanthe en voz baja. "Ésa es la parte importante. Dentro de unos meses podrán Cambiar y ser bebés. Están bien, Katerina".

"Lo sé, lo sé". Exhaló un suspiro, mirando por la ventana las colinas boscosas que se extendían en la distancia. "Creo que estaba demasiado ocupada preocupándome por seguir viva, por manteneros a salvo a ti y a Troy, como para tener tiempo de enfadarme. Pero ahora que todo ha terminado, es como si lo hubiera tenido tapado todo este tiempo y me lo hubieran quitado".

"Sé exactamente lo que quieres decir. Pero míralo por el lado bueno. En realidad se lo debes". La voz de Melanthe se rió. "Si no hubiera sido por ella, no habrías conocido a Troya".

Bueno, algo de razón tenía. "Si vas a sugerirme que le envíe una nota de agradecimiento, puedes olvidarlo", le dijo Katerina a su hermana.

Casi podía oír la sonrisa de Melanthe a través del teléfono. "Es el adecuado para ti, ¿verdad? ¿Troy?"

"Sí, realmente lo es. Aún tenemos cosas que resolver, y todo esto es una gran sorpresa para él... aunque ayudó que se enterara de que Jacinto era un Djinn hace unas semanas. No fue un shock tan fuerte como podría haber sido. Pero aún así, necesita tiempo para hacerse a la idea". Sonrió, sintiendo un cálido cosquilleo al pensar en Troy, sus fuertes brazos y su voz profunda y retumbante. "Cat sabía que era él casi desde el principio. Pero él no conocía a los metamorfos y tardó un tiempo en encontrar la forma de que me conociera como Katerina. Sólo habíamos tenido un par de citas, cuando ocurrió todo esto. Ya hemos hablado un poco, anoche y hoy, y vamos a tomarnos las cosas con calma a partir de ahora".

"Me parece un buen plan. Pero, ¿cuándo voy a verte?". La voz de Melanthe era lastimera, casi un lamento. "Sé que hablamos por teléfono, y por correo electrónico y esas cosas, pero hace siglos y siglos que no podemos estar juntas por culpa de ese horrible Werecat, ¡y quiero verte!".

Katerina frunció los labios, pensativa. "Creo que hoy se acabó. Tengo que ducharme y reunir algunas cosas para llevarlas a casa de Troy. Hay una cuadrilla de cambiaformas allí ahora para cambiar las puertas y los marcos. Apuesto a que va a invitarlos a quedarse para una comida al aire libre".

La risita de su hermana se oyó al otro lado de la línea telefónica. "Sí, porque... chicos".

"Bien. ¿Qué vas a hacer mañana?"

"Ir al supermercado. Todo lo que había en la nevera estaba estropeado. Al menos no ha entrado a robar y ha destrozado todo, cosa que temía que hiciera. Debería ir hoy, pero me estoy mimando, tumbada con los pies en alto, bebiendo vino y comiendo helado y sintiéndome feliz de estar viva".

"Estupendo", aprobó Katerina. "Buen plan. ¿Qué te parece si mañana voy a casa y cuido a los bebés mientras tú vas a la tienda?"

"¿Por qué no vienes mañana y vamos juntos a la tienda?". replicó Melanthe. "Y podemos parar en Starbucks de camino y tener una larga charla de chicas".

Katerina se apartó el teléfono de la oreja, lo miró con el ceño fruncido y volvió a colocarlo en su sitio. "¿Y los bebés? No puedes conseguir exactamente una niñera para los gatitos".

La risita de su hermana era contagiosa. "Los pongo en el cochecito del bebé, con mantas y una botella de agua para mantenerlos frescos", le dijo Melanthe. "La gente se vuelve loca, pensando que es tan mono que lleve gatitos en el cochecito, y se vuelven locos cuando les doy el biberón. Nos han hecho tantas fotos en Instagram que me sorprende que no se haya hecho viral".

Katerina enarcó las cejas. "¿Instagramado? ¿Eso es una palabra?"

"Bueno, si no lo es, debería serlo". Melanthe soltó una risita. "En fin, ¿qué te parece? ¿Es un buen plan?"

"Lo mejor. Hagámoslo!" Sonrió. "Puede que haga algunas fotos e Instagram yo mismo. Ah, y quizá podamos pasarnos por una tienda de materiales de arte. Troy me deja guardar algunos de mis materiales en su habitación libre. Tengo lo estrictamente necesario escondido en un rincón de su armario, pero ahora que no tengo que esconderme, quiero más cosas".

Miró el reloj de la mesilla de noche. "Melanthe, tengo que irme. Tengo que ducharme y volver a casa de Troy. ¿A qué hora mañana?"

"No sé, he tenido problemas para dormir, por una razón u otra". El tono de su hermana era irónicamente divertido. "Espero que esta noche pueda dormir de verdad. Te enviaré un mensaje cuando me levante".

"Eso funciona. Hasta mañana".

Cerró el teléfono y lo tiró en la cama antes de ir al baño. Se duchó rápidamente y eligió un ligero pelele aguamarina del pequeño armario. Se calzó las sandalias, guardó el móvil en el bolso y salió por la puerta. Sin duda iba a ser mucho más fácil no tener que esconder cosas a escondidas.

Al llegar a la entrada de Troy un cuarto de hora más tarde, se sintió satisfecha y algo aliviada al ver que el sedán verde había desaparecido. No se había dado cuenta de cuánto la había estresado verlo allí, aunque no había ninguna posibilidad de que Beatrice volviera para recuperarlo. Aparcó detrás del camión de Troy y se dirigió al patio trasero, donde oía voces masculinas y ladridos caninos.

La sonrisa acogedora de Troy la calentó al doblar la esquina, y él se acercó a ella rápidamente. En sus ojos había algo más que placer... ¿Alivio? ¿Pensaba que no volvería? Se puso de puntillas para rozar sus labios con los de él, no más que una ligera presión, como la de una mariposa, pero los brazos de él la rodearon, envolviéndola en un sólido abrazo.

Una nariz fría y húmeda se clavó en su mano, y ella miró hacia abajo, riéndose al ver a Cherie. Más allá del patio, media docena de cachorros de collie retozaban en la hierba con dos de los chicos. "¡Oh-hoh! Por fin salen los cachorros!"

Troy dio un paso atrás, soltándola, aunque sus manos se deslizaron por los brazos de ella antes de retirarse con aparente desgana. "Sí. Los habría subido antes, de no ser por ese leopardo

que anda suelto. Iba a construir un corral reforzado para ellos con una trampilla de escape al sótano. Me alegro de no tener que hacerlo".

Se oyeron martillazos en el interior de la casa. "Están trabajando en los marcos de las puertas", le dijo, señalando con la cabeza los dos caballetes colocados y una sierra mecánica sobre una mesa improvisada.

"Alguien ha montado un puesto de mercado en ese descampado que hay al final de tu calle, donde desemboca en la autopista", le dijo. "Cogí algunos limones, pensé en hacer limonada para todos. También compré más fresas".

"Oh, sí, gran idea. ¿Pastel de fresa?"

Se rió y asintió con la cabeza, yendo a la cocina a dejar el bolso y cogiendo la bolsa de limones y el bote de fresas del coche. Acababa de salir al patio cuando se abrió la puerta de la cocina y salió Paul, con el móvil en la mano.

"Recibí un mensaje de los chicos. Dijeron que se habían quedado colgados y que tardarían una hora más. Pero ya casi hemos terminado con los marcos. Estaremos listos para las puertas cuando lleguen".

Troy miró por encima del hombro hacia el establo. "Entonces voy a acicalar a los caballos", decidió. "Lláname si me necesitas para cualquier cosa. Hay café en la cafetera y cerveza en la nevera".

"Y yo estoy a punto de hacer limonada fresca", añadió Katerina. Miró a Troy. "Luego he pensado en ir al prado, en lo alto de esa elevación bajo el arce, y hacer algunos bocetos".

Ella desapareció dentro de la casa, Paul le sujetó la puerta y la siguió al interior, y Troy se dirigió al granero.

Media hora después, soltó a Morgana en el prado con una palmada amistosa en su grupa reluciente. Al volverse, vio que otro de los Cambiantes se acercaba a él. El hombre silbó apreciativamente. "Son unos caballos fabulosos. Aquí Joe Malloy". Extendió una mano. "Soy herrero".

Troy le estrechó la mano. "Encantado de conocerte".

Joe deslizó una mano en el bolsillo, sacó una tarjeta y se la entregó. "Si necesitas un herrador, llámame".

Pues vaya. ¿Por qué no? Troy se embolsó la tarjeta y asintió. "Por supuesto.

"Así que, por lo que he oído, ¿te enteraste de lo nuestro ayer?". preguntó Joe.

"Claro que sí". Troy exhaló un suspiro. "Me enteré de que los genios eran reales hace unas semanas, y aún estaba intentando hacerme a la idea, cuando ayer se desató el infierno. De repente, mi gato es la mujer con la que he estado saliendo, y hay un leopardo derribando mi puerta con una furia aparentemente asesina. Lo siguiente que sé es que está en una jaula y que nos han llevado mágicamente a un lugar llamado Consejo".

"Ey-yah. Ya veo que sería duro. ¿Tienes alguna pregunta en particular en la que pueda ayudarte?"

"Cubrimos lo básico anoche, después de volver. Aún no estoy seguro de saber lo suficiente como para hacer preguntas inteligentes". Reflexionó sobre los acontecimientos y dijo lentamente: "Sin embargo, Katerina dijo al Consejo que yo era su Elegida. Podría hacer algunas suposiciones, ya que nos hemos estado viendo. Pero sonaba más significativo de lo evidente".

Joe asintió. "En eso tendrías razón. En la comunidad mágica, el Elegido es tu compañero, tu pareja, esa persona por encima de todas las demás que eliges para un compromiso de por vida, en cuerpo y alma. O -añadió, levantando la mano cuando Troya empezó a hablar-, en tu caso, ya que deduzco que no habéis llegado tan lejos, era una declaración de intenciones. Eso es lo que

Katerina desea, y espera que así sea".

La mirada de Troy se dirigió a la menuda figura de Katerina, sentada bajo el arce que se extendía a lo lejos, con su cuaderno de dibujo sobre una rodilla y un lápiz en la mano mientras daba pequeños trazos por la página. Hubiera sido un hermoso cuadro en sí mismo, pensó. El viejo granero con los prados más allá, el pasto a la derecha, subiendo por la pequeña elevación hasta donde estaba sentada la joven bajo las ramas extendidas, con el cuaderno de dibujo en equilibrio sobre las rodillas. La luz del sol se filtraba a través de las hojas, proyectando un patrón moteado sobre la hierba que la rodeaba, mientras los caballos pastaban cerca. Una de las yeguas levantó la cabeza, sacudiéndola, y la pesada crin voló.

Compromiso. Tener a Cat... y a Katerina... en su vida siempre. Eso le parecería bien.

"Sí, vale, lo entiendo. Pero ¿por qué anunciarlo al Consejo?"

Joe no contestó durante un minuto. Se cruzó de brazos en lo alto de la valla, con un pie calzado en la barandilla más baja. "¿Has visto alguna vez esa vieja película, Splash! con Darryl Hannah?"

Troy parpadeó ante este aparente sinsentido. "¿Sí?"

"Cuando los científicos la tenían cautiva, la estudiaban, le hacían pruebas. No reconocían que fuera una persona, un ser sensible con inteligencia y sentimientos. Era un objeto de estudio, nada más. Si el mundo supiera de nosotros, a eso podríamos estar sometidos. No a todos, por supuesto, pero hay un número importante de personas exactamente como las de la película. Luego estarían los que nos temerían, no por otra razón que la de que existimos. Para los fanáticos seríamos el mal; incluso abominaciones, que habría que eliminar. ¿Hace falta que siga?"

"No, lo he entendido perfectamente", le tranquilizó Troy. "Y eso sin tener en cuenta las reacciones del gobierno".

"Cierto. Y a diferencia de otros seres mágicos, los Cambiantes serían especialmente vulnerables a la detección y la captura. Los Magos y los Djinn pueden alejarse con hechizos. Diablos, los Djinn incluso tienen su propia patria, en otro plano. Pero los Cambiaformas vivimos como humanos, en el mundo humano. No tenemos adonde ir... y también es nuestro mundo. Tenemos familia, trabajo, casa, pagamos impuestos, votamos, como todo el mundo".

Troy se frotó la frente. "Joder. Entiendo lo que quieres decir. Habría la caza de brujas de las cazas de brujas".

"Sí, exactamente. Todavía hay quemados de cruces en esta época por el simple hecho de ser de otro color, por el amor de Dios. Y no se limitaría sólo a los humanos. Puedo ver a algunos locos capturando lobos de verdad, u osos o algo así, y torturándolos, intentando obligarlos a Cambiar".

"Claro que sí". Troy maldijo. "Como si no hubiera ya suficiente maltrato animal".

"Así que puedes comprender lo importante que es que permanezcamos, en su mayor parte, bajo el radar. En estos tiempos de teléfonos móviles e Internet, puede que sea sólo cuestión de tiempo que alguien pille a uno de nosotros Cambiando, o a un Djinn Apareciendo, y se haga viral. Por ahora, sin embargo, hacemos lo que podemos y tomamos muchas precauciones. Hay un grupo de ciertos Djinn y Magos, especialmente entrenados y nombrados por el Consejo Mágico, cuya tarea principal es eliminar de los humanos el conocimiento de cualquiera de los seres mágicos. Hay dos excepciones a esto: los Confiados, que generalmente suelen ser los destinatarios de los deseos de los Djinn, pero también pueden ser humanos a los que se avala y confía el conocimiento de nuestra existencia; y los Elegidos".

"Así que, en efecto, respondía por mí", dijo Troy. "Haciéndoles saber que no eliminaran ninguno de mis recuerdos. Ahora recuerdo que la semana pasada estuve hablando con Doug y me contó algo de esto, de los recuerdos. Yo ya sabía lo de Jacinto, por supuesto, y le pregunté

por qué no me habían quitado los recuerdos, y me dijo algo de que confiaban en mí".

Joe sonrió ampliamente. "Ya está".

"No puedo decir que me importe mucho la idea de que me quiten los recuerdos... ninguno de ellos", admitió Troy. "Se siente como... una violación".

"Nadie está muy contento por ello. Pero cuando miras la alternativa, se convierte en una cuestión de supervivencia para todos nosotros. Por eso quienes lo hacen son intensamente examinados y formados antes de ser nombrados. Aunque -añadió-, por lo que tengo entendido, no se trata exactamente de eliminar recuerdos, sino más bien de taparlos, supongo que dirías".

En ese momento, Katerina los vio y los saludó con la mano. Dejó a un lado su bloc de dibujo y se levantó, cruzando el prado para reunirse con ellos, justo cuando llegaba el resto de la tripulación.

"Tenemos los marcos de las puertas hechos", dijo Joe, dando un largo trago a una botella de agua. "Sólo esperamos a que traigan las puertas, y las tendremos colgadas en un santiamén".

Troy abrió la verja del prado y rodeó a Katerina con el brazo.

"Eh, ¿queréis quedaros por aquí cuando acabéis? Puedo encender la barbacoa, poner unos filetes o algo".

Katerina soltó una risita, recordando la predicción que le había hecho antes a Melanthe por teléfono. Joe miró rápidamente a su alrededor. "¿Filetes?"

Greg, que estaba a su lado, le dio un codazo en las costillas, riéndose. "Hombre lobo".

"¡Aw-roooh!" gritó uno de los otros. Se oyeron risitas por todas partes. Troy lo miró con interés.

"¿Un lobo? ¿De verdad?"

"Sí. Estos otros tíos son unos maricones", murmuró con buen humor.

"¿Supongo que eso significa que el resto de vosotros sois felinos?"

"Gato montés en su mayoría", confirmó Greg. "Excepto Alex, que es un lince canadiense. Y Miz Princess aquí, por supuesto".

Katerina le sacó la lengua a Greg y soltó una sonora pedorreta.

"En realidad, los gatos domésticos domesticados son bastante raros", explicó a Troy.

"Entonces, ¿eso te convierte en una especie de miembro de la realeza?". preguntó Troy confundido, preguntándose por el comentario de la princesa.

"No". Katerina miró mal a Greg. "Mi madre se llevó el Primer Puesto en una exposición felina en Madison Square Gardens hace unos años. Nunca nos han dejado olvidarlo".

Troy la miró fijamente durante un largo minuto. "¿Un metamorfo en un concurso de gatos? ¿No es una especie de trampa?"

Ella le devolvió la sonrisa, guiñándole un ojo alegremente. "No hay nada en las normas que lo prohíba".

Tuvo que reírse. "¿Supongo que no lo hay!". Echó un vistazo al grupo. "Así que hay lobos, gatos salvajes, algún que otro gato doméstico..."

"Dragones", le recordó Katerina.

"Claro". Troy no estaba seguro de querer insistir en eso.

"Osos, coyotes, chacales", añadió Paul. "Zorros. También rapaces... águilas, halcones... aunque no son tan comunes como los mamíferos".

"¿Todos los cambiaformas son animales depredadores?"

"En su mayoría", asintió Paul. "A lo largo de los siglos ha habido algunos cambiaformas presa, pero se han extinguido de una forma u otra. Y el hombre también es básicamente un depredador, por lo que un animal de presa no encaja bien, por lo que he averiguado. Sin

embargo, la mayoría de los metamorfos no depredadores dejaron de cambiar porque era demasiado peligroso para ellos, de modo que, con el paso de las generaciones, la capacidad metamorfa se extinguió y se convirtieron en humanos. El caso es que... un animal depredador que normalmente no se acercaría a un humano, no va a saber que el animal que está cazando para cenar es un metamorfo. Si eres un conejo, por ejemplo, un búho o un coyote pueden estar sobre ti antes de que te des cuenta, y se acabó".

"Conozco una familia de cambiaformas canguro en Australia", añadió Joe. "Pero los canguros tienen unas defensas propias bastante buenas, y además hicieron una especie de pacto con una manada local de cambiaformas dingo".

Canguros. Dingos. Troy levantó las manos en un gesto de rendición. "Vaya, chicos. Creo que me explota la cabeza".

Hubo algunas risas de buen humor, los hombres sonrieron. Troy negó con la cabeza. "Voy a la tienda a comprar carne y guarniciones para la ensalada".

"Hay limonada fresca en la nevera, si queréis, mientras esperáis", les dijo Katerina.

"También cerveza", añadió Troy. "Sírvete tú mismo".

Para deleite de Katerina, Troy se inclinó para besarla, rozando ligeramente sus labios. Los gritos de los hombres llenaron el ambiente y Katerina sintió que sus mejillas se encendían.

Troy se rió y le tocó la nariz con un dedo. "Cuida el fuerte", le dijo. "Volveré dentro de un rato".

Joe le dio un codazo con el hombro mientras ella observaba cómo Troy se alejaba de ellos a grandes zancadas.

"Es bueno", dijo. "Un guardián. ¿Te lo vas a quedar?"

Giró la cabeza para sonreírle. "¡Claro que sí!"

CAPÍTULO 28



TRAS UNA BARBACOA de gran éxito, Troy regresó al patio trasero después de despedir al camión cargado de Cambiaformas. Katerina no estaba a la vista. Un momento después vio a una gran atigrada roja sentada pulcramente en lo alto de uno de los postes de la valla del prado, con las patas delanteras juntas y la larga y esponjosa cola enroscada a su alrededor, de la que sólo ondeaba la punta. Troy esbozó una amplia sonrisa y su paso se alargó.

"¡Gato!"

Se levantó, balanceándose precariamente sobre sus cuatro patas, con las delanteras tamborileando un tatuaje impaciente. Cuando estuvo a pocos metros, se lanzó sobre él, y él la atrapó, riendo.

"¡Ahí está mi gatito bonito!"

La estrechó contra sí, rascándole la pesada gola mientras ella ronroneaba como una loca lancha motora, con los ojos dorados entrecerrados de felicidad.

Katerina se va a poner muy celosa. La voz de ella en su cabeza sonaba algo petulante. *Nunca la saludas así.*

La profunda risita de Troy reverberó en su pecho y le rascó detrás de las orejas. "Es una mujer. Las mujeres son complicadas. ¿Cómo demonios iba a saber que ella quería que lo hiciera?".

Podrías preguntar.

"Sí, claro. Los gatos son más fáciles. Me quieren siempre que les acaricie bien y les dé de comer".

Ella inclinó la cabeza para que los dedos de él dieran justo en el lugar adecuado. *¡Tiramisú!*

Se echó a reír. "¡Sí, sí, tiramisú! Mañana haré una sartén sólo para ti".

Cerró los ojos y ronroneó de felicidad. Cherie se acercó a ellos en ese momento, contoneándose de alegría al ver de nuevo a su amo, y él se inclinó para acariciarla.

Perro tonto.

Troy soltó una risita, se enderezó y miró hacia la mesa de picnic. "Así que tengo que limpiar este desastre. Supongo que estoy solo".

Los invitaste a todos.

Su voz mental era un poco sarcástica. Subió por su pecho hasta rodearle el cuello, ronroneándole en la oreja derecha. Su cola se agitó delante de su cara, haciéndole cosquillas en la nariz. La movió hacia abajo para que se enroscara en su cuello, y luego se puso a recoger los platos de papel y los vasos de plástico, echándolos en la gran bolsa de basura que había sacado

antes. Apiló los utensilios de la barbacoa en las bandejas que habían contenido la carne y las llevó a la cocina.

La gata saltó de su hombro a la mesa, luego al suelo, y trotó hacia el salón, con la cola plumiza en alto. Un minuto después, oyó una exclamación muy humana.

"¡Dios mío! ¡Troy, tu puerta!"

Salió de la cocina, secándose las manos con una toalla, y vio a Katerina de pie en medio del salón, con la sábana que había estado sobre la puerta envuelta en su forma desnuda, mirando la puerta. Sonrió de satisfacción, tanto por la mujer ligeramente desnuda que había en su salón como por la nueva puerta, con sus vidrieras.

"Así es, estabas fuera dibujando cuando los chicos trajeron las puertas", le dijo, yendo a abrir la puerta para que ella pudiera ver los caballos tallados de la fachada. "Por eso tardaron tanto en volver con ellas. Douglas sabía dónde había conseguido la puerta original a medida, pues me acompañó a recogerla y me ayudó a colgarla. Hizo que Jacinth se pusiera en contacto con los Shifters y se reunieron con él en el taller del tipo y eligieron esto. Mi puerta estaba hecha a medida, así que no tenía un duplicado real, pero éste se parece bastante".

"Me alegro. Me sentía tan mal por tu puerta principal", confesó. "Realmente era preciosa... ¡y ahora vuelve a serlo!"

Troy asintió. "Tengo que decir que estoy bastante impresionado. Sé que el Consejo dijo que se ocuparía de ello, pero nunca imaginé esto".

Katerina sonrió. "Los metamorfos sabemos hacer las cosas". Se le escapó un enorme bostezo. "Será mejor que busque mi ropa y pierda esta sábana, y te ayude a limpiar la cocina. Esta metamorfa está a punto de derrumbarse".

Un brillo perverso apareció en los ojos de Troy mientras observaba su figura, con la sábana envuelta. "No me importa que pierdas la sábana".

Se echó a reír. "Sin embargo, eso no hará que se limpie la cocina".

"Puede que tengas razón", admitió. "Empezaré mientras te cambias".

Se dirigió a la habitación de invitados para volver a ponerse la ropa y se apresuró a reunirse con Troy en la cocina. Al ver el desorden que había en la encimera y la isla, se estremeció.

"Yo lavaré, ¿tú secas y guardas?", se ofreció.

"Iba a meterlo todo en el lavavajillas".

"Sí. Sin enjuagarlas primero ni nada", asintió, llenando un fregadero con agua caliente y jabón. "Entonces salen todavía sin limpiar y tienes que volver a pasarlas".

Troy se encogió de hombros. "Bueno, es fácil".

"Eres un tío. Coge un paño de cocina".

"Sí, señora". Sonrió, saludándola.

Lavaron los platos en un silencio agradable. Casi habían terminado cuando Troy preguntó: "No sé cuántas cosas tuyas tienes en el bed and breakfast, ¿quieres que vaya con mi camión y te ayude a volver a casa?"

Katerina casi dejó caer el vaso que acababa de enjuagar y que estaba a punto de entregarle. Giró la cabeza para mirarle fijamente, con la mente dándole vueltas. Todo en ella retrocedía ante la idea de abandonar su habitación de la torreta, de volver a la hermosa... y estéril... casa adosada de su propiedad. No quería volver a su casa... no, no era una casa, era el lugar donde vivía. No quería volver a su vida, a la carrera de alto nivel con toda su presión, plazos, reuniones, estrés... la carrera que había elegido, se recordaba a sí misma. Había estado tan atrapada en ella que ni siquiera se había dado cuenta de que poco a poco se había convertido en una jaula. Había necesitado estas semanas fuera para ver con claridad hasta qué punto aquello no era lo que

quería... nunca había sido lo que quería.

"¿Katerina?" Troy había dejado la toalla y la miraba preocupado. No debía de ser la primera vez que la llamaba por su nombre.

"Estoy bien", le tranquilizó ella. "Es sólo que... Creo que aún no estoy preparada para volver. Las cosas han sucedido tan deprisa que aún estoy adaptándome".



"ME QUEDÉ HELADA", le contó a Melanthe al día siguiente, sentadas frente a su Starbuck favorito, a la vuelta de la esquina del edificio de apartamentos donde vivía Melanthe. "En cuanto lo dijo, fue como si algo dentro de mí gritara: '¡No quiero! No quiero vivir en esa casa del pueblo. No quiero volver a trabajar. Bueno, al trabajo no, quiero decir, no es el diseño, es todo lo demás que conlleva. Odio mi casa y odio mi carrera, siento que odio toda mi vida, Melanthe, y ni siquiera lo sabía'".

"Esto es lo que llaman una llamada de atención, cariño". Su hermana dejó su moca helado y se inclinó sobre la mesa para acariciar la mano de Katerina. "Ahora que lo sabes, puedes cambiarlo".

"Ya lo había estado pensando, un poco", admitió Katerina. "Las últimas semanas he tenido la sensación de que quería dejarlo, pero no me golpeó tan fuerte hasta que Troy dijo eso ayer. Estuve despierta media noche pensando y pensando. De momento me quedaré en el bed and breakfast y venderé la casa".

Melanthe la miró fijamente, parpadeando sorprendida. "¿Venderlo? ¿Pero dónde vivirás? No puedes quedarte en la pensión para siempre".

"Bueno, podría", admitió Katerina. "Tendrías que verlo, tengo una habitación en la torreta, y hay asientos en la ventana que dan al bosque. Y la gente que lo dirige es toda de la familia. *Me siento* como en familia, ¿sabes?"

"Y está cerca del guapo Troy", añadió Melanthe socarronamente.

Con una carcajada, Katerina asintió. "Me gusta mucho. Lo admito, me preguntaba si mi descontento no se debía a que lo había encontrado y quería estar con él en lugar de irme a reuniones y pruebas y... y todo eso. Quiero decir, realmente he pensado en eso. Pero no es eso. Aunque no hubiera pasado todo esto, seguiría sintiéndome así". Hizo una mueca. "Sólo que no me daría cuenta de que me siento así".

Melanthe se inclinó para mirar bajo la capota del cochecito. La había subido para que pudieran hablar tranquilamente sin que la gente se acercara a exclamar sobre los gatitos. Cuando volvió a sentarse, tenía los labios fruncidos, pensativa.

"Será caro vivir en una posada, incluso en una pensión, ¿no?"

"No tanto como te imaginas. Está un poco apartado, así que no es tan caro como otros. He hablado con Angus esta mañana, me dará una tarifa mensual por el tiempo que quiera quedarme. No me quedaré para siempre, claro. Sólo hasta que resuelva las cosas".

Su hermana sonrió. "No tendrás que preocuparte de hacer café en cuanto te levantes".

"Amén". Katerina levantó la mano para chocar los cinco. "Café y zumo de naranja recién exprimido, listos y esperándome abajo".

"Creo que me escaparé de casa e iré a vivir contigo", decidió Melanthe. Su rostro se iluminó de repente. "¡Oh! ¡Con todo esto, se me olvidó decírtelo! Hace un par de días recibí un mensaje de texto de Brad. Su período de servicio termina dentro de un par de meses y ha decidido no volver a alistarse. Ya sabes que es mecánico de motores a reacción; pues bien, ha recibido una

oferta de una de las compañías aéreas de Nueva York".

Katerina sintió una oleada de vertiginoso alivio. Melanthe y ella estaban tan unidas que temía que su hermana tuviera que trasladarse al siguiente destino de Brad. "¡Dios mío, es fantástico! ¿Así que no te vas a mudar?"

"No". Melanthe se retorció de alegría. "De hecho, me ha pedido que empiece a buscar una casa, si no para comprarla, al menos para alquilarla de momento, hasta que se instale en su nuevo trabajo cuando salga".

Sus ojos se abrieron de par en par y sus miradas se encontraron al otro lado de la mesa.

"Dios mío", dijo Katerina. "¿Estás pensando lo mismo que yo?"

Melanthe sonrió. "Ah, sí. Esto está muy bien. Y a Brad *le encanta* tu casa de la ciudad".

"¡Esto es genial! Tendrías mucho espacio para los bebés, y está muy cerca de ese parque tan bonito donde conocí a Jacinth y a los niños".

Melanthe rebuscó en el bolso y sacó el móvil. "Le estoy enviando un mensaje ahora".

Ambos se sentaron en el borde de sus sillas, mirando el teléfono que ella tenía en la mano, esperando el tintineo de un mensaje.

"Quizá esté de servicio o algo así", se inquietó Melanthe. "O durmiendo".

Ding.

Melanthe tanteó el teléfono, luego lo estabilizó y miró la pantalla.

"¡Sí!", chilló. "Está totalmente de acuerdo. Dice si puedes estar libre el domingo por la tarde para una conferencia telefónica y hablaremos de los detalles".

"¡Claro que sí! Te diré una cosa, ¿por qué no planeas venir el domingo por la noche y cenamos todos juntos? Quiero que conozcas a Troy".

Esperó a que Melanthe respondiera al mensaje de su marido.

"Ya sabes", dijo ella, con la mente trabajando a toda velocidad. "Aún estará en el mar dos meses. Aunque vosotros dos decidierais alquilarla por ahora, podríais mudaros. Saldrías de ese pequeño y cutre apartamento, y yo tendría la casa ocupada. Y no te importaría que me tomara mi tiempo para revisar las cosas, decidir qué guardar y de qué deshacerme".

"Sí, pero..." Melanthe vaciló, con los dientes mordiéndole el labio inferior. "¿Y si las cosas no funcionan con Troy?"

"Aun así, no me gustaría vivir allí", respondió Katerina sin vacilar. "Ésa es la cuestión. Estar con Troy me hizo darme cuenta de que no tenía un hogar... un verdadero hogar, Melanthe. No una casa de exhibición, ni una casa adosada o un piso. Una bonita casa de piedra con chimenea y patio. En el campo, donde pueda cambiar y tener espacio para correr y jugar".

Sonrió de repente a su hermana y le guiñó un ojo con picardía. "Pero todo saldrá bien con Troy. Es un hecho. Está loco por mí". Suspiró, sacudiendo la cabeza.

"Vale, eso ha sonado mal. El caso es que... está loco por Cat, hasta el punto de que lucharía por conservarla, y yo siento lo mismo por él. Pero aún le cuesta entender que Cat soy yo. Es un poco complicado. Es decir, obviamente lo sabe, pero no ha comprendido que cuando quiere a Cat, también me quiere a mí. ¿Lo entiendes?"

"Complicado", asintió Melanthe. "Pero sí, lo entiendo. Sigue pensando en vosotros como dos entidades separadas. Necesita tiempo para acostumbrarse a vosotros dos juntos".

"Sí. Y yo también necesito tiempo", admitió Katerina con un suspiro. "No sobre Troya, sino sobre el diseño. Quiero salir. Me he comprometido a hacer la próxima colección, ya está en marcha, pero voy a tener una charla con mi director comercial esta semana, les diré que me retiro. Aún queda mucho por hacer, y mi ausencia este último mes ha desordenado toda la agenda. Ya estoy preparado para trabajar en mi habitación del B&B. Puedo hacerlo durante el día

mientras Troy trabaja en la clínica, y estar allí cuando vuelva a casa".

Melanthe cruzó la mesa y le cogió la mano con un cálido apretón. "Creo que es un plan muy bueno, hermanita. Incluso con todo lo que ha pasado con el Werecat, me pareció que estabas mucho más contenta y feliz desde que Troya te llevó a casa. Más relajada".

"Lo soy. ¿Sabes el poco tiempo que he tenido para ser Cat en los últimos ocho años? Fue una casualidad que estuviera en el parque el primer día que conocí a Jacinth, Benny y Molly. Estaba estresadísima y desesperada por pasar un tiempo alejada de las constantes llamadas telefónicas, reuniones y citas. De la presión. Después de conocerlos, empecé a salir más para visitarlos, pero ni siquiera eso suponía más de un par de horas de vez en cuando. Una vez en casa de Troy, y sintiéndome mejor a medida que me recuperaba, casi no quería volver como Katerina -confesó-.

Melanthe jadeó y se llevó una mano a la boca. "¡Katerina!"

"Lo sé, lo sé. Ahora entiendo de qué hablaban mamá y papá cuando éramos niños aprendiendo, cuando nos decían que no era bueno pasar demasiado tiempo en nuestras formas animales. Hay una especie de... una especie de seducción en ello, ¿sabes?"

"No creo que sea eso en absoluto", objetó Melanthe, con el ceño fruncido por la reflexión. "Te atacaron y te hirieron gravemente. Claro que querías meterte en un agujero y esconderte durante un tiempo... Lo hice, después de que Julian y Alessandra me salvaran, pero no pude porque tenía a los bebés. Pero quería hacerlo, créeme".

"Hmmm". Katerina lo meditó. Lentamente, asintió. "Tienes razón, no lo había pensado así. Fue... bastante malo".

Se estremeció, recordando que yacía indefensa sobre la mesa, el veterinario del refugio con la aguja en la mano. Aquel momento le provocaba más pesadillas que el propio ataque.

"Hola". Melanthe puso una mano sobre la suya, dándole una pequeña sacudida. "No pasa nada. Hemos sobrevivido. Ahora estamos a salvo. Eso es lo que cuenta".

Respirando hondo, Katerina ahuyentó el recuerdo y sonrió a su hermana. "¡Lo hicimos y lo estamos haciendo! A seguir adelante!"

Levantó su taza de café con leche, la acercó a la de Melanthe y ambas bebieron un sorbo. Hizo una mueca. "Creo que necesitábamos entrar en calor".

"Para ti... He tomado moca helado, pero no pasa nada, de todas formas tenemos que ponernos en marcha. Quiero hacer la compra y volver a casa antes de que haya que dar de comer a los bebés".

"¡Oh, buena idea!" Katerina se levantó y tiró su taza de café con leche, ahora fría, a la papelera cercana. Se echó la correa del bolso al hombro y se volvió para sonreír a su hermana. "Quiero comprar unos bizcochos. Troy hace el tiramisú más fabuloso que jamás hayas probado".

"Tráeme un poco", suplicó Melanthe, deshaciéndose de su propia taza. "¡Sabes que me encanta el tiramisú!"

"También hace unos espaguetis bastante buenos. Déjame que lo consulte con Troy para ver si el domingo le va bien, y te lo haré saber".

Se despidió alegremente de su hermana y se metió en el coche. Le gustó volver a conducir ella misma, en vez de tener que depender de Ubers, y bajó la capota, disfrutando de la sensación del viento en el pelo mientras se dirigía al supermercado. Tras una parada rápida para comprar los bizcochos, se dirigió a su casa. Iba a necesitar más ropa que la básica que había llevado inicialmente al bed and breakfast. En los próximos días tendría que organizarse mejor, por supuesto, pero aún no estaba preparada para hacerlo.

Estaba colgando unos vestidos en el armario de la habitación de la torre cuando sonó el teléfono, sobresaltándola.

"¿Sí?" respondió ella.

"Soy Angus", se identificó la voz profunda y pausada. "Tiene visita, señorita Katerina. Un tal Jacinth Khayyam".

"¡Oh!" Sonrió contenta. "Ahora bajo".

Bajó corriendo los dos tramos de escaleras y dobló la esquina del pequeño vestíbulo, donde encontró a Jacinth y Angus mirándose con desconfiado interés. Vale, eso era diferente. Reprimió su curiosidad instantánea y estrechó al Djinn en un fuerte abrazo.

"Me alegro mucho de verte". Se apartó para sonreír a su amiga. "Veo que has conocido a Angus, el dueño de esta encantadora posada".

"Tienes amigos interesantes, señorita Katerina". El rostro de Angus estaba impasible.

Jacinth asintió con la cabeza, y su pesada coleta se balanceó con el movimiento. "Me alegro de conocerte. Katerina sólo tiene elogios para tu posada". Dirigió su brillante mirada, rebosante de curiosidad, hacia Katerina. "He venido a robarte la cena".

"¡Oh, qué bien! Espera, déjame subir a por mi bolso".

Katerina subió corriendo las escaleras. Cuando regresó, reinaba el silencio en el vestíbulo, Jacinth y Angus seguían mirándose con esa extraña tensión que flotaba en el aire.

"¿Qué ha sido todo eso?" preguntó Katerina a su amiga cuando la puerta de la posada se cerró tras ellas.

"¡Vaya! Simplemente... vaya". Jacinth miró por encima del hombro hacia la posada que acababan de abandonar, como si pudiera ver a Angus a través de las robustas paredes. "¿No lo sentiste?"

"¿Supongo que no? ¿Sentir qué?"

"Magia. Magia fuerte, que le hace saltar chispas. Y su mujer también, cuando entró a traerle una taza de café".

Parpadeando sorprendida, Katerina se detuvo con la puerta del coche entreabierta para mirar fijamente a Jacinto. "¿De verdad? No tenía ni idea. Aunque los metamorfos sólo percibimos ciertos tipos de magia, así que no me sorprende. ¿De qué tipo?"

Jacinto negó con la cabeza. "No tengo ni idea. Pero hay protecciones en las puertas, y probablemente también en las ventanas, creo".

"Eso no es malo. ¿Es un humano con poderes mágicos? ¿O uno de los Otros?"

"¿Sinceramente? No lo sé, pero la magia que tiene es muy antigua, muy poderosa. Es difícil explicar cómo se siente, pero... la palabra antigua no deja de aparecer en mi cabeza. Y te diré algo más, supo que soy Djinn en el instante en que puso sus ojos en mí. No me preguntes cómo lo sé, simplemente lo sé". Hizo un gesto. "¡Vamos, entra!"

"Ah, claro". Riéndose de sí misma, Katerina se deslizó en el asiento del copiloto. "Aunque quizá debería conducir mi propio coche, así no tendrías que traerme a casa".

Jacinth le sonrió mientras arrancaba el coche. "No hace falta. Douglas tiene órdenes de traer a Troy cuando cierre la clínica. Puede llevarte de vuelta. Pensamos que ahora que ha tenido un poco más de tiempo para procesar las cosas, sería un buen momento para que nos reuniéramos los cuatro y pudiera hacernos preguntas a todos. Y como los niños nos conocen, eso no es un problema".

¡Niños! Katerina recordó la conversación anterior con su hermana. "¿Podríamos invitar también a Melanthe? Estábamos hablando en la comida de reunirnos para que conozca a Troya. Y me imagino que él tendrá preguntas... cuando empiece a pensar en todo esto... sobre lo de los bebés como gatitos, y ella estaría a mano para explicárselo".

"Es una idea estupenda. Llámala ahora. Aún faltan un par de horas para la hora de cenar,

tendrá tiempo de abrirse paso entre el tráfico para llegar hasta nosotros".

"Es una idea estupenda", le dijo Katerina a Jacinth después de colgar con su hermana. "Estará aquí sobre las cinco".

"Perfecto". Jacinto le lanzó una mirada. "¿Cuánto terreno has recorrido hasta ahora?"

"No mucho", admitió Katerina con una mueca. "Hablamos un poco justo después de volver del Consejo, pero después de conseguir una sábana para tapar la puerta principal, nos acomodamos para ver una película, evitando el elefante en la habitación".

Jacinto parecía comprensivo. "¿Demasiado, demasiado rápido?"

"Más o menos. Quiero decir que yo no sufrí el shock que sufrió Troy, pero todo el episodio fue bastante estremecedor. Al día siguiente, el equipo de construcción fue a arreglarle la puerta y eso fue bueno, porque Troy pudo hablar con otros cambiaformas, ¿sabes? Verás, eran tipos normales, a pesar de ser cambiaformas lince. Ah, y un lobo. Los invitó a todos a quedarse después a una barbacoa".

Se rió mientras Jacinth ponía los ojos en blanco. "Lo sé, chicos, ¿verdad?" De repente frunció el ceño, retorciéndose para mirar en el asiento trasero del todoterreno. "¿Dónde están los niños?"

"Maman los llevó por la tarde a Qaf para que jugaran con algunos de los niños de allí".

Katerina se enderezó, mirando fijamente a su amiga. "Eh... ¿Qaf?"

Las comisuras de los labios de Jacinto se crisparon. "Sí, ya sabes... ¿la patria de los Djinn?".

"Ya. Ya lo sé". Aun así, su mente se quedó perpleja ante la idea de que dos niños muy humanos tuvieran una cita de juegos con niños djinn en una tierra mística que muy pocos no djinns habían visto jamás.

Jacinto se echó a reír. "¡Si pudieras verte la cara! ¿Pensabas que los Djinn no tenían hijos?".

"¡No, no!" se defendió. "Simplemente me cogió desprevenida. Supongo que nunca me lo había planteado. No lo de que tuvieras hijos, quiero decir, pero lo de las citas para jugar es tan moderno y... ¿sabes qué? Voy a dejar esto antes de hundirme más".

Jacinto seguía riéndose. "Estarán en casa para cenar. Molly probablemente se irá a dormir justo después, pero Ben estará despierto, y creo que participar en la conversación será bueno para él. Por un lado, está que revienta con ese gran secreto que no puede compartir, y esto le dará una salida, ampliará el número de personas con las que puede hablar libremente, ¿sabes?".

"Es una buena idea", aprobó Katerina. Y añadió socarronamente: "¿Sigue Douglas detrás de ti para que sepas sobre vampiros y hombres lobo?".

Jacinto soltó una incauta carcajada. "¿No lo sabes? Sonríe y le doy una no-respuesta, y eso le vuelve loco".

"Ha hecho que Troya empiece con eso", dijo Katerina con una sonrisa. "Tendrías que haberles oído hablar de grifos y cachorros de hombre la otra noche".

¿"Werepuppies"? El Djinn se echó a reír de nuevo, mientras Katerina relataba la conversación.

"¡Dios mío!" Se enjugó los ojos al entrar en la calzada de la amplia casa de ladrillo que compartía con Douglas y los niños. "¡Es precioso! ¡Estoy deseando contárselo a mamá! Se morirá... ¡simplemente se morirá!".

"Creía que los Djinn eran inmortales". Katerina saltó rápidamente del coche, esquivando por poco el manotazo que le propinó Jacinto.

"Ten cuidado, o no interferiré por ti cuando Skye te visite", le sonrió Jacinth, guiándola hacia la puerta principal.

Katerina tragó saliva, recordando a la madre de Douglas persiguiendo a Cat con un cepillo, queriendo guardar su largo pelaje para hilar. "¡No lo harías!"

Con una risita, Jacinth desbloqueó la puerta principal y la abrió de un empujón.
"Probablemente no, pero es divertido verte retorcerte".

CAPÍTULO 29



"¡SEÑORITA KAT! SRTA. KAT!"

Riendo, Katerina se volvió cuando Benny entró corriendo en la cocina, con su hermana pisándole los talones. Le alborotó el pelo cuando se detuvo a su lado, mientras Molly le tiraba de la blusa.

"¡Arriba!", exigió, levantando los brazos regordetes para que la levantaran.

Detrás de los niños iba la madre de Jacinto, una visión sensual con su reluciente pelo rojo y sus brillantes ojos esmeralda.

"¡Mamá!" Jacinth cerró la puerta del horno, donde había estado comprobando el asado, y se acercó con una sonrisa, besando la mejilla de su madre. "No sabía cuándo llegarías. ¿Te quedas a cenar?"

"No, querida, sólo traigo a los niños. Después de pasar la mayor parte del día con la brigada preescolar, me espera en casa un buen Cabernet con mi nombre".

Jacinth se rió. "¡Hay días que me identifico con eso! Muy bien. Disfruta de la velada, mamá".

Sin más, Zahra desapareció. Katerina sacudió la cabeza. "Incluso cuando me lo espero, sigue siendo surrealista cuando los Djinn hacéis eso".

"Douglas también sigue luchando con eso". Jacinth sonrió y volvió su atención hacia el chico que estaba mirando dentro del horno.

"Benny, ¿nos pones la mesa? Troy viene con Douglas, y la hermana de Katerina también se unirá a nosotros".

"Por supuesto, señorita Jas".

Benny salió corriendo hacia el armario de la ropa blanca, al final del pasillo. Molly se retorció para bajar. Katerina bajó a la niña al suelo y ésta salió trotando tras su hermano.

"¿Alguna vez... ya sabes... camina?" Katerina se inclinó más para preguntar a Jacinto en voz baja.

Los ojos del Djinn brillaron con humor. "No, parece que tiene dos velocidades... Avance rápido y Parada".

Ambos rieron cuando Benny regresó, de nuevo a toda velocidad. Katerina observó, sin embargo, que prestaba mucha atención a la colocación de los manteles individuales y las servilletas, alineándolos pulcramente con las arrugas alisadas. Hecho esto, corrió a la cocina a por los utensilios. Los colocó con el mismo cuidado, el tenedor a la izquierda del mantel individual y el cuchillo y la cuchara a la derecha, con el filo del cuchillo hacia dentro.

"Buen trabajo", le dijo. "Veo que tienes un futuro prometedor como jefe de camareros".

Le sonrió. "De mayor voy a ser Emeril", anunció con orgullo.

Parpadeó. "Errr....", dijo con cautela. "Bueno, eso es ambicioso".

Asintió enérgicamente. "Ya sé hacer crepes de fresa".

Al instante se le hizo la boca agua. "¡Crepes! ¡Qué rico! Tendrás que hacerme unos".

"¡Vale!" En un instante se había ido corriendo a la cocina, y Katerina volvió la mirada hacia Jacinto.

"¿Cuántos años tiene?" preguntó, y su amiga se echó a reír.

"Seis, casi siete. Es increíble, ¿verdad? Realmente sabe hacer crepes... ¡algo que yo no puedo hacer sin mi magia!".

Benny volvió, más despacio, sosteniendo con cuidado una pila de platos. Tras colocarlos alrededor de la mesa, se plantó frente a Katerina, mirándola con ojos grandes y serios.

"¿Sigues desaparecida, señorita Kat?"

Ella sonrió, agachándose para quedar a la altura de sus ojos. "No, Benny. He estado en contacto con mi ayudante y ha hecho saber a todo el mundo que he tenido un accidente y que estoy en casa recuperándome".

El niño frunció el ceño. "Pero no fue un accidente".

"No", admitió. "Pero no puedo contarles exactamente lo que ocurrió en realidad".

"Oh, te pillé", dijo, en una imitación tan perfecta de Douglas que Katerina tuvo que reprimir una sonrisa. El chiquillo se rascó un pie y miró hacia otro lado, luego de nuevo hacia ella. Estaba claro que tenía algo más en mente, y ella esperó.

"¿Así que estás bien de verdad?" aventuró por fin Benny.

Katerina no pudo evitarlo, tuvo que alargar la mano y despeinarle.

"Sí, estoy muy bien", le tranquilizó. "Alguien malo me perseguía, pero la han pillado y está... bueno, ahora está en la cárcel. Todo va bien".

Su rostro se aclaró y esbozó una brillante sonrisa. "¡Es estupendo, señorita Kat! Sabía que algo iba mal, pero no querían decírmelo. Pero yo lo sabía".

"Eres un chico listo, Benny". Se inclinó para besarle la mejilla.

En ese momento se abrió la puerta principal y apareció Douglas, seguido de cerca por Troy.

"¡Papá!" gritó Benny, corriendo por la habitación.

Hubo una oleada de actividad cuando Molly y Jacinth convergieron sobre Douglas, abrazándose y besándose. Por encima del hombro de Douglas, Troy miró a Katerina a los ojos y sonrió. Apartándose de sus amigos, cruzó la habitación y la estrechó entre sus brazos.

Levantó la vista y sólo pudo esperar, sin aliento, a que sus labios descendieran para reclamar los suyos. Se puso de puntillas para recibir su beso y le rodeó la cintura con los brazos. Por un momento olvidó dónde estaban y que tenían público, hasta que volvieron bruscamente a su entorno.

"¡Qué asco! Vosotros también no!"

La reacción de Benny hizo que se separaran, riendo. Katerina se abalanzó sobre él, abrazándolo mientras le hacía cosquillas en las costillas mientras él chillaba feliz.

"Vayamos al salón hasta que la cena esté lista, ¿te parece?". sugirió Jacinto.

Entraron en la gran sala, dominada por un amplio sofá seccional de suave cuero color caramelo. Había leña para encender el fuego en el hogar de ladrillo, y sobre la repisa de la chimenea había una tetera de plata ornamentada. Troy se inclinó para susurrar al oído de Katerina: "¿Eso es...?".

Ella asintió mientras se acomodaba a su lado en el sofá, hundiéndose en los mullidos cojines. "Mhmm. Pregúntale alguna vez si encontró a Benny buscándola dentro".

La miró sorprendido, luego al otro lado de la habitación, donde los dos niños jugaban a algún juego en un rincón. "¿Sospechaba?"

Ella asintió. "Mucho antes del incidente de la piscina. En cuanto a Benny, sólo fue una confirmación".

"También se ha enterado de lo de Katerina", añadió Jacinth, asomando la cabeza por la esquina de la cocina. "Melanthe acaba de llamar, dice que se ha encontrado con algún tipo de fallo y que empiece sin ella, pues no sabe cuánto tardará".

"Qué raro", frunció el ceño Katerina. "¿Por qué no me ha llamado?"

Jacinth le devolvió el gesto con el ceño fruncido. "Tienes el teléfono apagado".

"Bueno, demonios". Rebuscó en el bolsillo, sacó el teléfono y lo encendió. "Efectivamente, dos llamadas perdidas de ella".

Jacinth se limitó a reírse de la expresión contrariada de Katerina, y se volvió hacia Douglas. "¿Me ayudas a sacar el asado del horno? Es bastante pesado, y necesito los goteos para la salsa".

"Claro que sí". Douglas se levantó y la siguió hasta la cocina justo cuando un gatito medio crecido entraba en la habitación, estirándose y parpadeando somnoliento.

"Eh, ahí está el pequeñajo". Troy se agachó, moviendo los dedos hacia el gatito, que le bostezó. Katerina se rió y también le tendió la mano.

"Ven, Brandivino", canturreó. "Ven, deja que te admiremos".

Para disgusto de Troy, el gatito fue directo hacia ella, y Katerina volvió a reírse, cogiéndolo y depositando un beso entre sus orejas empenachadas.

"Me conoce mejor, ya que vengo a visitar a Jacinto y a los niños", explicó.

Extendió la mano para acariciar el espeso y largo pelaje. "Pensé que tal vez era porque podía sentirte".

Katerina negó con la cabeza. "No, no funciona así. Al menos, no con los gatos. He oído decir a los cambiaformas lobos y perros, los animales de manada, que tienen una estructura social organizada, que es más probable que los demás animales los reconozcan como alfa."

Troy se lo pensó mejor. "Eso está bien, pero ¿qué pasa cuando se encuentran con el alfa de la manada?"

Hizo una pausa en sus caricias, con la mano apoyada en la cabeza del gatito. Brandywine le dio un codazo y ella se rió, reanudando el roce entre las orejas.

"No lo sé", admitió. "He oído a algunos de ellos hablar de correr con las manadas de lobos, pero, sinceramente, nunca se me ocurrió preguntar". Sus ojos brillaron. "Quiero decir... perros, ¿no? Qué asco".

Levantó las cejas. "¡Parece que te llevas bien con Cherie!"

"¡Oh! Bueno, ella es diferente". Le sonrió. "Y, de todos modos, Cat la tiene agarrada por la pata, así que, ¿qué no te va a gustar?"

Troy rió apreciativamente, justo cuando Douglas apareció en la puerta. "La cena", anunció. "Jacinth dice que traigáis vuestros culos aquí".

"Eso no es lo que he dicho", gritó desde la cocina.

Sonrió, sin disculparse. "Es lo que querías decir", respondió.

Jacinth ya estaba colocando a Molly en su asiento elevador cuando entraron y tomaron asiento alrededor de la mesa. El Djinn dirigió una mirada severa a cada uno de ellos por turno.

"Nada de Otros asuntos en la mesa", advirtió.

Douglas hizo una mueca mientras les indicaba que se sirvieran de los cuencos de puré de patatas, judías verdes y salsa, y de la enorme fuente de trozos de carne asada.

"¿Supongo que eso significa que no puedo discutir el embarazoso asunto de cómo voy a

explicarle a Suzanne lo de haber despedido a su técnico veterinario el viernes, y su posterior y misteriosa desaparición?".

Ella le dirigió una mirada. "No", dijo con firmeza.

"Lo que podríamos discutir es la necesidad de contratar a un nuevo empleado", intervino Troy. "Nos falta personal técnico, y Anna va a empezar mañana la baja por maternidad".

Douglas maldijo y se disculpó cuando Jacinth le dio un manotazo. "Lo siento. Sí, me había olvidado de Anna. Es más, Suzanne tiene vacaciones la semana que viene, y con nosotros dos cubriéndola, vamos a estar muy ocupados".

Troy asintió pensativo. "Conseguiremos anuncios enseguida para un técnico cualificado, pero estoy pensando que quizá podríamos buscar a una recepcionista que tenga suficiente experiencia con animales y que pueda suplir algunas de las partes menos técnicas, como llevar a los pacientes a una sala de exploración, obtener el historial, ese tipo de cosas."

"Algo así como una recepcionista plus", añadió Jacinth. "Me gusta".

Un pitido repentino hizo que todos comprobaran sus bolsillos y carteras. Douglas levantó su teléfono. "Es mío. Llamada de emergencia". Se alejó de ellos para hablar en privado en el pasillo. Regresó a toda prisa, deteniéndose para pasar el brazo por la cintura de Jacinth e inclinarse para besarla.

"Tengo que irme. Un potro salió de su prado y se las arregló para encontrar una maraña de alambre de espino. Lo siento, chicos".

Katerina dio un respingo. "Ay, eso tiene que doler".

"Malditas cosas", se quejó Douglas. "Se lo digo y les digo que se deshagan de él, pero nunca me hacen caso".

La puerta le pisó los talones cuando se apresuró a salir. Terminaron de cenar y acababan de levantarse de la mesa cuando volvió a sonar el timbre. Katerina miró a su alrededor, con los ojos brillantes de impaciencia.

"¡Oh! ¡Será Melanthe!"

Jacinth fue a abrir la puerta, y Melanthe les echó un vistazo por el marco de la puerta, la emoción le hizo sonreír ampliamente.

"Traje conmigo a un invitado no deseado", explicó sin un ápice de disculpa. "Apareció justo cuando metía a los bebés en el coche".

Entró, seguida de un joven alto y bien formado, muy bronceado, de ojos dorados y pelo rubio teñido por el sol.

"¡Ohmigosh! ¡Kester!" Katerina corrió por la habitación, arrojándose a sus brazos. "¡No sabía que venías! ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?"

La abrazó con fuerza. "Hola, hermanita", saludó. "Pensé que sería mejor que viniera a cuidar de mis hermanas, ya que parece que no tienen el sentido común de, ya sabes... *llamarme...* cuando se enfrentan a un cambiaformas decidido a acabar con ellas".

Se mordió el labio y se apartó de él. "Um, ¿ups?"

Melanthe hizo una mueca. "Considérate afortunada. Se lo ha sacado casi todo de encima, desahogándose conmigo durante todo el trayecto hasta aquí".

"No sabíamos quién era", se defendió Katerina acaloradamente. "Al menos no hasta el final. Y podría haberte convertido en su objetivo".

"O decidieron aniquilarte junto con nosotros", añadió Melanthe.

"¡Tiempo muerto!" gritó Jacinto, y les hizo una seña, señalando con la cabeza la cesta de mimbre cubierta que Melanthe llevaba sobre un brazo. "Venid a la sala de estar y podréis dejar eso".

Mientras su hermana colocaba la cesta con cuidado sobre la mesita, Katerina atrajo a Troy a su lado. "Troy, ésta es Melanthe, y mi hermano mayor Christopher, que se cree que puede mandarnos". Miró a su hermano con el ceño fruncido.

Troy estrechó la mano del hombre más joven, cuyos ojos dorados se parecían tanto a los de sus hermanas. Se encontró en el extremo receptor de un intenso escrutinio. Aquellos ojos dorados lo examinaron y luego se dirigieron a Katerina.

"¿Es tu...?"

"¡Ahora no!" Katerina le cortó apresuradamente. "Acaba de descubrirnos... Me refiero a los cambiaformas".

"No era la mejor forma de averiguarlo", dijo Troy en tono irónico. "Dicho esto, sí, soy su... lo que sea. Al menos, quiero serlo".

"De lo que hablaremos más tarde, en una conversación privada", recalcó, frunciendo el ceño hacia su hermano.

"¿Qué hay en la cesta?" preguntó Benny, acercándose a la mesa baja, Molly cerca de él.

Melanthe se llevó un dedo a los labios, aunque sonrió a los niños. "Shhh", advirtió. "Están durmiendo".

Levantó la tapa con bisagras de la cesta y vio a dos gatitos acurrucados y profundamente dormidos.

"¡Gatitos!" exhaló Benny, mientras Molly se limitaba a mirar, con sus ojos azules redondos.

Benny abrió la boca para volver a hablar, pero Jacinth le negó con la cabeza, dirigiendo su mirada a Molly. Se calmó, pero estaba claro que rebotaba de preguntas. Ante otra larga mirada de Jacinth, cogió la mano de Molly y, con desgana, se llevó a su hermana al rincón donde habían estado jugando antes de cenar.

Troya miró dentro de la cesta y luego a Melanthe. "¿Me permites?"

Sonrió, pero había preocupación en sus ojos. "Sí, claro".

Con mucho cuidado, levantó a uno de los gatitos de la cesta. Estaba bien enroscado, y lo sostuvo entre sus manos ahuecadas, examinándolo por todos lados.

"¿Qué edad tienen?"

"Algo más de tres meses". dijo Melanthe, mordiéndose el labio, con los ojos puestos en el gatito.

Su mirada se agudizó, dirigiéndose a su rostro. "¿Tres meses? Parecen la mitad".

Asintió con la cabeza, parecía descontenta. "Sí, ya lo sé. Nuestros médicos... cambiantes... dicen que están sanos y que parecen desarrollarse con normalidad, aunque a un ritmo mucho más lento que los gatitos de verdad. Ya toman leche solos, y les he dado alimentos blandos para bebés, pero...". Se encogió de hombros con impotencia.

"Tienes que comprenderlo", dijo Katerina, poniendo una mano en el hombro de Troy. "Los Cambiados no suelen dar a luz en su forma Cambiada. Es tan raro, que nadie conoce bien la progresión cuando nacen como bebés Cambiados".

A su lado, Kester emitió un gruñido bajo de asentimiento. "He preguntado y preguntado, y nadie puede darme respuestas".

Benny volvió en ese momento, con los ojos brillantes y curioso. "¿Seguirán así hasta que sean mayores?"

"No, no", tranquilizó Katerina al niño. "Podrán cambiar a la forma humana cuando sean uno o dos meses mayores".

Melanthe hizo una mueca. "Es uno de los pocos hechos en los que todo el mundo está de acuerdo: que Brad y yo les ayudemos a cambiar tan jóvenes. Normalmente, como humanos,

empezarían a Cambiar espontáneamente por sí solos al año y medio más o menos, pero me han dicho que en este caso podemos forzar el Cambio con seguridad a los seis meses. Admito que será un alivio tenerlos como... bueno... bebés humanos. No puedo evitar preocuparme hasta que tenga realmente a mis niñas en brazos".

Con mucho cuidado, Troy colocó al gatito dormido junto a su hermano. "¿Las dos son niñas?"

"Sí". Melanthe sonrió. "Elisabeta, por la madre de Brad -mi marido-, y Maroulla, por nuestra YiaYia".

Katerina hizo una mueca de dolor. "¿Con la esperanza de que no nos repudie?"

Su hermano frunció el ceño en su dirección. Durante un minuto, estuvo a punto de enfadarse y pensó en mandarle a paseo. Luego suspiró y cruzó a su lado. Le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro.

"Tomamos algunas decisiones equivocadas", admitió. "Entramos en pánico e intentamos averiguar cómo protegernos a nosotros mismos y a todos los que nos rodeaban. Ya sabes que la retrospectiva es 20/20. Es fácil mirar atrás y ver lo que deberíamos haber hecho. Pero no lo hicimos". Se puso de puntillas para besarle la mejilla. "Al menos ya se ha acabado, ¿vale?"

Kester la abrazó con fuerza. "Sí, vale. Lo he entendido. Y me alegro de que estés bien, hermanita".

CAPÍTULO 30



LO PRIMERO QUE vio Troy al volver a casa de la clínica la noche siguiente fue el paquete de bizcochos en la encimera de la cocina. Soltó una carcajada profunda, y Katerina se le echó encima, rodeándole el cuello con los brazos e inclinándose de puntillas para rozarle los labios.

"¿Es una indirecta?" preguntó, devolviendo el beso con fervor.

Sus labios se curvaron contra los de él. "Claro que sí".

Se dejó caer sobre los talones, pero siguió abrazándolo, con las manos enlazadas detrás de su cuello. "Me gustaría invitar a Melanthe y a Kester a cenar con nosotros una noche. Quiero que los conozcas".

Una gran mano rozó su pelo corto y rizado. "Claro que deberías invitarlos. ¿Cuándo?"

"Bueno..." Cedió al impulso de meter la cabeza bajo su mano, con los ojos medio cerrados. Si hubiera sido Cat habría ronroneado. "Mañana es tu media jornada en la clínica... Estaba pensando que podrías prepararte los espaguetis".

Sonó su estruendosa carcajada. "Ah. Ya veo cómo va a ir esto. Voy a preparar los espaguetis y el tiramisú... ¿y qué harás tú, Miz Princesa?"

Tuvo que reírse. "Pondré la mesa, prepararé una ensalada César y limpiaré después". Hizo una pausa, pensativa. "Y yo traeré el vino".

"¡Trato hecho!" declaró, levantándola tan rápido que ella soltó un "¡ep!" sobresaltada y se aferró a sus hombros. Atravesó la habitación hasta su sillón reclinable, se sentó y la colocó sobre su regazo. Ella se sentó en la curva de su brazo derecho, sonriéndole a los ojos verdes como el musgo. Estaba loca por aquel hombre, admitió.

"Dime -le preguntó con voz grave y seria, aunque en sus ojos había un brillo extraño que ella no podía interpretar. Al instante se sintió acosada por la ansiedad y se apretó el labio inferior entre los dientes.

"¿Decirte qué?"

Inclinó la cabeza hacia ella, hasta que sus narices casi se tocaron.

"¿Tendremos bebés o gatitos?"

Ella parpadeó, jadeó y estalló en una carcajada encantada. Él se rió con ella y la estrechó entre sus brazos.

"Dime que te quedarás", le dijo, pasando una mano bajo la barbilla de ella para volverle la cara hacia la suya. "Tú lo eres para mí. Lo sé. Lo supe la primera vez que te vi, aquella noche en el restaurante, junto a la mesa, con el vestido dorado y los ojos brillantes. Os deseo. A los dos... a todos".

El corazón le latía tan fuerte que apenas podía soportarlo. "Troy, yo..." Las palabras le fallaron.

Le llevó un dedo a los labios. "Espera, escúchame. Sé que aún estás luchando con lo que quieres hacer con tu carrera. Si decides seguir adelante, estaré aquí para ti y te cubriré las espaldas. Sé que probablemente tendrías que ausentarte mucho, eso no es nada que no podamos solucionar. Y si decides no hacerlo, bueno, puedes dedicarte a tu arte si es lo que quieres....".

Riendo, ella levantó su propia mano, tapándole los labios, deteniendo el torrente de palabras. Un calor le llenó el pecho, una felicidad resplandeciente. ¡La deseaba!

"Sí", le dijo ella. "Tú también lo eres para mí. Por eso estuve en el restaurante aquella noche. Para conocerte como Katerina, para ver si podías amar a la mujer tanto como amas al gato".

"Más". La voz profunda de Troy temblaba de intensidad. "Tanto y mucho más, Katerina. Por ahora, para siempre".

"Para siempre", aceptó.

Sus labios se encontraron, sus alientos se entremezclaron. Katerina se hundió en el beso, su aroma cálido y picante la envolvió, sus brazos la estrecharon. En su interior, Gato ronroneaba.

Había vuelto a casa.

El fin

LIBROS DE ALLIE MCCORMACK

LA MAGIA DE LOS DESEOS Y LOS SUEÑOS

Deseos en una Botella

Un Regalo de Jacinth

Una Gata para Troy

Compañera Codiciada

Pícara Reacia

Una Bruja en el Tiempo

SOBRE LA AUTORA

Allie McCormack es una veterana militar discapacitada que ahora persigue el sueño de su vida: ser escritora. Allie ha viajado bastante y ha vivido en muchos lugares de Estados Unidos, además de un año en El Cairo (Egipto) como estudiante de intercambio y un año en Arabia Saudí contratada por un hospital de Riad. Allie vive ahora en la región vinícola del hermoso sur de California con su familia y dos gatos rescatados.

Allie dice: "Una escritora es quien soy y lo que soy... una escritora romántica. Escribo lo que sé, y lo que sé es romance. Docenas de líneas argumentales y literalmente cientos de personajes viven y respiran dentro de los no tan estrechos confines de mi imaginación, y es mi alegría y privilegio darles vida, compartirlos con los demás escribiendo sus historias."